KAMILLA
ORESVARD
EL BAILE DE LA NIEBLA

EL BAILE DE LA NIEBLA

Kamilla Oresvärd

Traducción de Osvaldo Rocha

WA PUBLISHING INTERNATIONAL

© Kamilla Oresvärd, 2020

Título original: *Älvdansen*

Traducido por: Osvaldo Rocha

Diseño de cubierta: Anders Timrén

ISBN 978-91-80348-31-7

© de esta edición: Word Audio Publishing International/Gyldendal A/S, Copenhague 2022

Klareboderne 3, DK-1115

Copenhague K

www.gyldendal.dk

www.wordaudio.se

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente.
Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

1

Un manto de niebla se abre paso entre los oscuros troncos y acaricia las rocas planas que sobresalen del suelo como lomos curvados. Una figura toma forma entre las sombras. Entra en el claro y se detiene, baja la cabeza y se lleva las manos al pecho. Sus pies descalzos se hunden en el musgo suave y la humedad sube por la tela blanca de su túnica.

Levanta la cabeza lentamente, lo mira directo a los ojos y dice:

—El Señor tiene el corazón afligido.

Él se inclina hacia la pantalla y sube el volumen del ordenador para escuchar mejor su voz. La larga melena oscura de la mujer cae en suaves ondas sobre sus hombros y sus ojos negros brillan con intensidad.

—El Señor ve que la maldad de la humanidad ha crecido en la Tierra. Los pensamientos e intenciones de sus corazones son todos malos.

Siente como si lo mirara directamente a los ojos y como si, al hacerlo, pudiera mirar en lo más profundo de su ser y tocar su alma. Es como si la pantalla del ordenador ya no se interpusiera entre ellos. Como si estuviera con ella allí, en el oscuro bosque.

—El Señor me ha hablado. Me ha dicho que ha de borrar a la humanidad de la faz de la Tierra. Se arrepiente de haberlos creado. Pero nosotros hemos encontrado misericordia en Sus ojos.

Entonces le tiende la mano con la palma hacia arriba, y él quisiera cogerla, pero la pantalla los separa.

2

Las ostras han sido traídas directamente desde la granja de Lysekil y ahora reposan en un lecho de hielo en el plato de color turquesa. Mona las mira y piensa que poseen una rara belleza en su fealdad, con sus conchas ásperas e irregulares que se asemejan al marrón grisáceo de las montañas o a la corteza grisácea de un viejo roble. Se sirve una copa de Veuve Clicquot y da un sorbo a la bebida de sabor afrutado y fresco. «Hay pocas cosas tan buenas como el champán frío», piensa, dejando su copa sobre la losa de mármol. Sube el volumen y corea al ritmo del tema *One of Us*, de ABBA, mientras coge una toalla con la mano izquierda para luego poner sobre ella una ostra cuyo lado ahuecado encaja perfectamente en la palma de su mano. Inserta el cuchillo en la hendidura y corta, dejando que el filo continúe por todo el interior de la ostra. Después la separa y aspira el aroma del mar.

Ayer fue un día largo. Sus viejas amigas del bufete estuvieron en su casa hasta la una de la madrugada. Mientras bebían varias botellas de vino y comían deliciosos aperitivos, hablaron de todo un poco: desde los hombres y los antiguos colegas hasta los tratamientos con láser y las sesiones de yoga. Hubo muchas risas, pero también lágrimas. Mona sonríe mientras pone las mitades de la ostra en el lecho de hielo. Es increíble que después de quince años puedan retomar la amistad justo donde la dejaron.

Se gira para sacar la salsa tabasco de la despensa, pero, al abrir la puerta, recuerda que ya no queda. La semana pasada se terminó, así que enjuagó la botella y la depositó en el contenedor de reciclaje de vidrio. Se gira para mirar las ostras y luego mira su reloj. Faltan veinte minutos para las diez. Si se va ahora mismo, tendrá tiempo de llegar al supermercado antes de que cierren.

Toma un trago de champán y después se inclina para acariciar a Coco en la cabeza.

—Tú te quedas aquí. Volveré pronto —le dice, y se marcha.

Es una noche tranquila y la luna brilla en el cielo nocturno. Las calles están desiertas. Durante el corto trayecto hasta el centro, solo se topa con un hombre que está fuera con su perro. El pantalón de chándal gris le cuelga por el trasero y, al percibir que Mona se acerca, el hombre gira su hinchado rostro rojizo en dirección a ella. Mona levanta la mano para saludarlo, pero él desvía la mirada y coge al perro, que parece tan cansado como su amo.

Unos momentos después, aparca y entra en la tienda, para luego

abrirse paso por los estrechos pasillos. Encuentra la salsa tabasco, pone dos frascos y también un bote de sal gruesa en la cesta. La tienda, que está a punto de cerrar, parece completamente vacía. Por ello, se sorprende al toparse con un hombre al doblar la esquina en uno de los pasillos.

—Lo siento —se disculpa ella.

El hombre se da la vuelta, se queda inmóvil y la mira de arriba abajo.

—Mona Schiller —dice de manera despectiva, pasándose una mano por el cabello—. Uno nunca se libra de ti.

Ella le devuelve la mirada examinadora. Es Johnny Landström, el mujeriego más famoso de la región. Y también un estafador. Por supuesto que no tiene el menor interés en encontrarse con ella, pues fue ella quien lo expuso como el enorme fraude que es. Mona tampoco lo soporta, pero es casi imposible evitar a las personas en un lugar tan pequeño como Vargön.

—Así es —contesta ella, ajustándose la cesta en el brazo—. No puedes librarte de mí por mucho que quieras. He venido para quedarme.

—Maldita sea —dice Johnny.

Detrás de él aparece una joven rubia que lleva unos vaqueros ajustados y una blusa transparente. La chica se sacude el pelo y se acerca para ponerle la mano en el brazo con aire posesivo.

Mona observa esto y levanta las cejas.

—Joder, pero ¿cuál es tu problema? —le pregunta, acercando a la chica hacia él.

Mona sacude la cabeza y da un paso adelante, pero Johnny da un paso a un lado para bloquearle el camino. Entonces se detiene y lo mira fijamente. Parece que ya ha hecho su primer enemigo desde que volvió a Vargön. Pero tampoco es que le importe demasiado. No le hace falta tener rufianes como Johnny Landström en su vida.

Mientras mira a la joven, piensa que es una pena que Johnny continúe con sus viejas costumbres. Su mujer ya no quiere saber nada de él, pero es una pena que esas pobres chicas sigan cayendo en sus engaños.

Mona da un paso al frente.

—Muévete —le dice sin apartar la vista.

Una sonrisa burlona se forma en los labios de Johnny.

—Muévete, he dicho —repite.

—¿Y si no?

Mona lo mira de manera desafiante.

—¿De verdad quieres saberlo, Johnny?

La chica coge a Johnny del brazo y tira de él.

—Venga —dice, volviéndose hacia él—, vámonos de aquí.

Johnny se gira hacia la chica y asiente. Y entonces se dirige a Mona de nuevo:

—Hasta la próxima…

Mona se encoge de hombros.

—Claro. Cuídate, Johnny —le dice, y se marcha.

«Pobre patético de mierda —piensa mientras camina por el pasillo —, me desayuno a gente como tú».

—¡Hola, Mona! —dice Lotta Götblad con una sonrisa cuando ve a Mona llegar a la caja.

—¡Hola! —contesta, y pone la mercancía en la cinta—. Bonita noche la de hoy.

Pasa la tarjeta por el datáfono e introduce el código. Enseguida coge la salsa tabasco y la sal y las mete en la bolsa.

—Que tengas buena noche —dice, y sale del establecimiento.

Oye un clic detrás de ella y, al girarse, ve a Lotta agitando una mano a través del cristal. Mona le devuelve el gesto y sigue caminando hacia el aparcamiento. Entonces se da cuenta de que un tractor EPA con música de Eddie Meduza a todo volumen se acerca desde la parada de autobús de Fyrkanten y se detiene para dejarlo pasar. En ese momento sus ojos se posan en un hombre que pasa junto a su coche en el aparcamiento. Camina con las piernas abiertas y el cuerpo ligeramente echado hacia atrás, agitando los brazos. Se tambalea hacia un lado, tropieza con el bordillo y da un largo paso hacia el césped. Mona se queda mirándolo. No es porque tenga curiosidad por saber cómo se las arreglará estando tan ebrio, sino porque hay algo en él que le resulta familiar.

Es alto y robusto. Lleva un gorro azul de punto calado sobre las orejas, a pesar de que en esta noche de agosto el termómetro marca más de veinte grados. Lleva una camiseta manchada y un par de vaqueros sucios un poco bajos que apenas le ocultan la raja del culo. Lleva una bolsa de plástico de la licorería Systembolaget en su mano derecha que se balancea de un lado a otro al compás de sus pasos tambaleantes. De repente, vuelve a tropezar y esta vez cae por la pendiente con un golpe que se oye desde donde está ella.

—¡Madre mía! —exclama en voz alta.

Mona cruza deprisa la calle para acercarse al hombre mientras este intenta levantarse torpemente. Está allí de pie, balanceándose, con los ojos clavados en la bolsa que ahora yace en la hierba delante de él. Tiene un reguero de sangre desde el codo hasta la mano. Entonces se agacha, pone las manos en el suelo para no perder el equilibrio y tira de la bolsa. Se queda ahí un momento antes de hacer un movimiento y ponerse de pie.

Abre la bolsa y mira dentro. Parece satisfecho con lo que ve, ya que hace un gesto afirmativo con la cabeza, y sigue su camino

tambaleándose por el sendero de grava para acercarse a un banco del parque sobre el cual cuelgan unas ramas pesadas. Por poco se cae del banco al intentar sentarse, pero lo consigue y vuelve la cara hacia Mona. Es entonces cuando ella lo reconoce.

3

Comienza como un débil ruido monótono que crece en intensidad hasta convertirse en un rítmico tamborileo cada vez que las suelas de las zapatillas de correr golpean la superficie suave del sendero del bosque. Agnes baja corriendo a través de la montaña, que ya ha quedado envuelta en el pálido resplandor de la luna de agosto. Un ligero viento recorre los árboles y las sombras ondulantes de las ramas danzan sobre el suelo cubierto de musgo.

No hay nada como la sensación de libertad que produce correr por un terreno salvaje, por senderos sin asfaltar y laderas llenas de musgo, saltando sobre árboles caídos y rodeando terrenos bajos y pantanosos. Es lo más cerca que se puede estar de la naturaleza.

Una rama se cruza en su camino. Ella la salta y sigue adelante, pero no siente la calma de siempre. Tal vez sea la luna llena o las sombras que aparecen en cada recodo lo que la inquieta. Varias veces ha sentido como si hubiera alguien detrás de ella, pero, cuando se ha dado la vuelta, no había nadie.

Entonces escucha un sonido. Gira la cabeza rápidamente y ve que algo relampaguea en la oscuridad. Apresura sus pasos, pero grita de dolor cuando su pie choca con una piedra. Al tropezar, da un paso hacia un lado para no caer y extiende una mano en la oscuridad. Alcanza una rama y la áspera corteza le araña la palma de la mano. Recupera el equilibrio y se detiene un momento. Se apoya en el tronco con una mano. Huele a resina y agujas de pino. Todo está en completo silencio, pero sigue teniendo la sensación de que hay alguien allí, en la oscuridad.

Suelta el tronco y, a pesar del dolor de su pie, decide correr por el sendero que la lleva más abajo de la montaña. Corre cada vez más rápido hasta llegar a la carretera.

Aquí hay más luz y se siente un poco más segura al ver un coche aparcado al lado de la carretera. Esto disipa la sensación desagradable de hace un momento y sus pasos se vuelven más ligeros. Avanza un poco más y, al distinguir el coche plateado que le ha prestado su padre entre los troncos de los árboles, da unos últimos pasos rápidos hacia el aparcamiento.

Se detiene, apoya las manos sobre los muslos y se inclina hacia delante para recuperar el aliento. Inhala y exhala un par de veces, y luego endereza el cuerpo, abre la puerta del coche y sube. Pulsa el botón del lateral de la puerta y esta queda asegurada con un clic.

Entonces exhala aliviada.

Pero la oscuridad la circunda por todas partes. Pone en marcha el coche, y esto hace que la música se encienda y los faros iluminen los densos arbustos. Finalmente, sale del aparcamiento y conduce por el camino de grava.

La música se apodera de ella y comienza a corear *God's Plan*, de Drake, primero en voz baja y luego tan fuerte que casi grita. Se siente algo tonta. Le encanta correr por los bosques y las montañas, y pasará mucho tiempo antes de que pueda volver a hacerlo, pero lo ha arruinado por estar imaginando cosas.

Al menos, ha recuperado la serenidad. Está cansada y tiene las piernas entumecidas. Y también le escuece la mano arañada. Solo quiere llegar a casa y tumbarse en el sofá para ver *El mundo de Wahlgren*. Ni siquiera piensa ducharse. Se preparará una taza de té, encenderá la televisión, levantará las piernas y se reirá de todas las locuras que se les ocurren.

Parecen una familia agradable, con sus enormes cenas italianas y sus discusiones amenas. Muy diferentes de su familia, con su madre siempre trabajando y su padre que nunca dice nada. Pero mañana va a mudarse al fin. Siente un cosquilleo en el estómago. Una nueva ciudad, una nueva escuela y nuevos amigos. Casi todo nuevo. Su móvil suena y mira hacia el asiento del copiloto. La pantalla brilla y, justo cuando se estira para mirar de qué se trata, algo golpea su coche de manera repentina.

—¡Mierda! —grita, pisando el freno—. ¿Qué demonios ha sido eso?

4

En cuanto se sienta junto al hombre en el banco del parque, Mona retrocede. Percibe de golpe un olor a suciedad, orina y borrachera prolongada que le hace dirigir la mirada hacia la entrepierna del hombre. ¿Será posible que un hombre adulto como él se haya orinado en los pantalones? Parece que en esto se ha convertido: un borracho en un banco del parque. Pero ¿quién puede culparlo después de todo lo que ha pasado?

El hombre tiene la cabeza inclinada hacia un lado y da fuertes ronquidos. Mona mira a su alrededor. No puede dejarlo aquí, no en este estado. Siente que debe asegurarse de que llegue a casa. Y es probable que también necesite comer algo.

Pone su mano en el brazo desnudo del hombre, y esa sensación cálida y húmeda la hace pensar en una masa preparada con levadura.

—Hola, Frank —lo saluda, presionando ligeramente con los dedos.

Él emite una especie de gruñido, pero no se mueve.

—Frank —dice de nuevo, presionando un poco más fuerte esta vez.

El hombre levanta la cabeza al fin y se vuelve hacia ella. Tiene los ojos enrojecidos, la cara arrugada y roja por el sol y un hilo de saliva cuelga de sus labios flácidos. Se esfuerza por fijar la mirada en ella.

—Soy yo. Mona.

Algo comienza a iluminarse poco a poco en sus ojos nublados.

—Mona —dice entonces, esbozando lo que podría interpretarse como una sonrisa, y se limpia la saliva con la parte superior de su mano sucia—. ¿Así que has vuelto?

—Sí. —Mona mira a su alrededor preguntándose si debe llevarlo en el coche o llamar a un taxi—. Me mudé aquí hace cinco meses. Ahora vivo en Villa Björkås.

—¡En serio! —exclama Frank, y luego tose.

El viento sopla entre las ramas que se mecen por encima de sus cabezas y las sombras danzan sobre su rostro.

—¿Quién hubiera creído que volverías a casa? —balbucea—. Pero ¿cuántos años has estado fuera?

—Quince. Han sido quince años —contesta—. Quería volver a casa con los chicos.

Mona se arrepiente de inmediato y desvía la mirada hacia el tronco de abedul arqueado sobre el estanque. ¿Por qué ha dicho eso? Era totalmente innecesario.

—Mmm —responde, cogiendo la bolsa de Systembolaget que tiene

a su lado en el banco. Saca una botella de vodka y desenrosca el corcho con lentitud. La etiqueta azul de la botella brilla cuando la levanta para beber. Después de esto, se estremece un poco y sonríe de manera maliciosa.

—¡Lo siento! —Mona baja la mirada—. No pensé que…

—¡Eh! —Frank agita la mano y luego le ofrece la botella.

Ella niega con la cabeza. Sentarse en un banco del parque para beber alcohol directamente de la botella no era lo que tenía pensado para esta noche. Piensa en las ostras, el champán y la serie de Netflix, pero entonces se avergüenza de su egoísmo.

—Vi que te habías caído y solo quería asegurarme de que estabas bien. ¿Quieres que te ayude a llegar a casa?

Él se encoge de hombros, carraspea y lanza un escupitajo, que cae sobre un par de briznas de hierba. Estas se doblan bajo el peso y el escupitajo se escurre lentamente hasta el suelo.

—¿Tu brazo? —La sangre de la herida del codo se ha extendido y ahora su mano también está roja—. Te has lastimado.

—No te preocupes —dice él, encogiéndose de hombros—. Es solo un rasguño.

Mona asiente sin más y se quedan en silencio. Frank toma otro sorbo de la botella y Mona ve pasar un coche por la calle.

—No te he visto por aquí antes —dice ella al fin.

—Ya —contesta él, y su cuerpo se estremece de nuevo—. Hace tiempo que no vengo por aquí.

Mona asiente en silencio.

—Les ha ido bien a tus chicos —comenta, enseñando los dientes en una sonrisa torcida.

Ella levanta las cejas al oír eso. Si bien es cierto que podría haber algún desacuerdo al respecto, a Anton y William les ha ido bien en general. Está orgullosa de sus dos hijos, aunque a William le hubiera ido bien una mano más firme en sus años formativos.

—El mayor… —Hace una pausa y menea la cabeza, intentando recordar—. ¿Cómo se llama?

—Anton.

—Sí, él. Anton. Es policía y todo. Lo conozco bien. Ha tenido la amabilidad de darme alojamiento por la noche algunas veces.

Sonríe después de su broma y ella hace lo mismo, aunque en realidad le parece más trágico que cómico que Antón lo haya metido en una celda de borrachos.

—Y el pequeño, Wille —continúa.

—Que ya no es tan pequeño.

—¡Joder! —Suelta una risa y toma un sorbo de la botella—. Lo recuerdo de cuando era pequeño. Era un crío salvaje, pero le caía bien a Elsa.

Mona se estremece al oír el nombre de Elsa, pero Frank asiente y continúa:

—Siempre hablaba de él cuando volvía del colegio. Wille por aquí y Wille por allá.

Hace una pausa para beber de la botella y luego dice:

—Compra *pizza* allí. —Señala la pizzería junto a la plaza Fyrkanten con una mano temblorosa—. Suele comprar dos y luego pasa por delante de mí para darme una. Es un chico considerado. —Vuelve a asentir y carraspea con fuerza—. Sí, son buenos chicos los dos.

Peter hizo un buen trabajo criándolos durante los años que ella estuvo fuera, lo cual hace que el dolor de haberlos abandonado sea un poco más llevadero. Pero nunca dejará de lamentarse por haber tomado esa decisión quince años atrás.

Se quedan sentados en silencio durante un rato contemplando el agua del estanque, cuya superficie se ondula cada vez que una ráfaga de viento la acaricia. Sin embargo, ella piensa que debe decir algo. No puede ver a Frank sin mencionar lo que siente acerca de lo que él y su familia han tenido que pasar.

—Frank, quería decirte que… —comienza ella, pero se detiene al ver que menea la cabeza y levanta la mano ensangrentada.

—No —dice con voz más dura—. No quiero oír nada de eso.

Tira de la bolsa y mete la botella, para después levantarse trabajosamente y alejarse con pasos vacilantes. Ella lo sigue con la mirada, preguntándose si debe seguirlo.

Pero no lo hace, sino que se queda allí sentada.

5

Agnes pisa el freno. «Mierda, mierda, mierda», maldice, y golpea el volante con la mano. Su padre se enfadará si le abolla el coche. Le encanta este viejo BMW descapotable.

Se muerde el labio y se queda mirando fijamente el camino de grava iluminado que tiene delante. Entonces se le ocurre una idea. Podría fingir que no ha sido nada. Después de todo, mañana se mudará y, si su padre no se da cuenta antes, quedará libre de culpa y será su madre quien acabará siendo incriminada.

Pone la marcha en punto muerto y echa el freno de mano. Debe saber qué es lo que ha golpeado. No puede escaparse sin más, podría ser un animal herido.

Abre la puerta del coche y pone un pie en el suelo, pero deja el otro dentro del coche. Un animal herido puede ser muy peligroso y debe estar preparada para meterse de nuevo en el coche.

Se inclina con cuidado sobre la puerta, aspira una bocanada de aire y mira si hay algo en el suelo.

—¡Madre mía! —exclama, tapándose la boca con la mano.

Hay alguien ahí. Ha golpeado a una persona. Suelta la puerta y corre hacia delante con el pulso acelerado.

Hay un hombre en el suelo delante del coche, justo al lado del neumático, iluminado por las luces del vehículo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repite, desesperada, al mismo tiempo que se pone en cuclillas junto a él—. No te he visto. ¿Estás bien?

El hombre gira la cabeza hacia ella con lentitud.

Agnes se lleva las manos a la cara al ver la sangre.

—Pero ¿estás bien? ¿Te ayudo a levantarte?

Oye que balbucea algo y lo coge del brazo, pero grita de dolor y lo suelta de inmediato.

—¡Lo siento! —exclama una vez más.

No sabe qué hacer. Mira a su alrededor. El hombre está todo ensangrentado. ¿Y si se muere? Si su madre estuviera aquí, sabría qué hacer. Levanta la mirada y decide llamarla.

Agnes se levanta enseguida y retrocede un paso. El hombre gime al intentar sentarse, y entonces ella se agacha de nuevo y lo coge del brazo, pero esta vez con mayor cuidado. La pesada respiración del hombre se mezcla con su respiración acelerada.

Vuelve a mirar a su alrededor sin entender qué ha pasado. ¿De

dónde ha salido? Parece como si hubiera aparecido de la nada. Está oscuro, pero aun así… Debería haber visto venir el coche.

El hombre vuelve a gemir y ella lo mira.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta con desesperación, soltando su brazo.

El hombre se limpia la frente, untándose la sangre en el rostro en el acto y haciendo aún más difícil que pueda verlo claramente. No puede verle los ojos, ya que los mantiene entrecerrados. Debe sentir mucho dolor.

—Tienes que ir al hospital —dice con firmeza—. Voy a llamar a una ambulancia.

—¡No! —El hombre tose al decir esto—. No es tan grave. Si puedes llevarme, estaré bien.

Ella vacila al oír su voz débil y agotada. ¿No sería mejor que fuera al hospital para que un médico lo examine? Es posible que esté gravemente herido, aunque él no lo perciba ahora. El coche no iba demasiado rápido, pero parece haberlo lastimado.

—No hace falta que te involucres en algo como esto —dice él, llevándose una mano a la cabeza—. Acabas de sacarte el permiso de conducir, ¿no?

Es verdad. Tiene veinticuatro años, pero solo lleva con el carné de conducir tres meses. ¿Cómo lo sabe? Además, ¿es posible perder el permiso por algo así? No es su culpa que el hombre no haya tenido cuidado.

Agnes da un paso atrás. Tal vez sea mejor llevarlo en su coche. No quiere pasar por lo mismo otra vez para conseguir el permiso de conducir. Ha tenido que repetir el examen teórico tres veces y no quiere volver a hacerlo. Además, parece que él mismo prefiere eso. Por otro lado, se siente responsable tras haberse distraído un segundo para mirar el móvil justo antes del accidente.

—Vale —dice rápidamente, para que ninguno de los dos tenga tiempo de cambiar de opinión—. Yo te llevo.

Lo ayuda a ponerse en pie y a subir al coche. El hombre vuelve a toser y se tapa la boca con el brazo. Ella suspira, aún consternada por que esto haya podido ocurrir.

—¿Estás bien? —le pregunta, y una vez que él asiente, cierra la puerta del coche y rodea el vehículo para sentarse en el asiento del conductor. Vuelve a mirarlo en la oscuridad e intenta sonreír para animarlo. Le resulta familiar de alguna manera.

—Creo que te conozco, ¿nos hemos visto antes?

Pone la mano en la palanca de cambios y está a punto de meter la marcha cuando siente que una mano le agarra el cuello con fuerza. Intenta girar la cabeza y un grito de sorpresa está a punto de brotar de su garganta, pero no consigue salir de su boca antes de que todo

estalle de dolor.

6

Mona se ciñe el poncho de lana. Ya se ha comido las ostras y se ha bebido el champán, y es hora de dar el último paseo nocturno para que Coco orine. Mientras camina por el sendero en dirección al hayedo, oye el sonido fantasmagórico de una paloma zurita en la oscuridad. Entonces distingue una pequeña figura acurrucada en medio del camino, bajo la luz débil de un candelero.

—Buenas noches, Bufo —dice, mirando al sapo que, sentado, espera pacientemente a que un insecto caiga y se convierta en su alimento. Está muy lejos de ser un animal bonito, con esa piel gruesa y verrugosa, pero se ha convertido en parte de sus paseos nocturnos con Coco.

Rodea al sapo y sigue caminando por el hayedo en dirección al estanque. Una vez de vuelta en casa, buscó el libro sobre Elsa que llevaba años en su estantería, pero que no se había atrevido a leer. Estuvo hojeándolo hasta llegar a una foto de Frank y comprobó que los años no habían sido amables con él. Parece el doble de viejo de lo que es en realidad. Tiene muchos surcos en el rostro y manchas en las manos, y el cuerpo musculoso ha desaparecido casi por completo, dejando apenas un jirón de lo que una vez fue.

No había pensado en él o en Elsa en muchos años. La última vez debió ser alrededor de 2012, cuando el caso apareció en el programa de televisión *Efterlyst* con Hasse Aro. Pero aquello no sirvió de mucho, puesto que Elsa siguió desaparecida.

Mona da un salto de sorpresa cuando un pato vuela de repente para alejarse con un graznido molesto. El pato aterriza en el agua y una serie de círculos se extienden por la superficie. Poco después, distingue la cabeza de Coco asomándose entre los juncos y suelta una carcajada. Los patos vivían muy tranquilos antes de que Coco se mudará allí. Le encanta perseguirlos, pero no está segura de que Coco sepa qué hacer si realmente llega a atrapar uno.

—Ven, Coco —la llama, y Coco se acerca corriendo, agitando las orejas—. Es hora de ir a casa a dormir.

Sale del camino de grava y llega al puente de madera que cruza sobre la conexión de agua entre los dos estanques. El gran chalé blanco se alza en la colina frente a ella. Su hermosa Villa Björkås, con su tejado de chapa verde y sus grandes ventanas ajimezadas. Coco ha llenado el vacío de las grandes habitaciones y, ahora que Hedda también se ha mudado allí, la casa parece aún más un verdadero

hogar.

Anton puso cara de preocupación cuando le dijo que había ofrecido a Hedda quedarse en la habitación grande que da a la iglesia. «No sabes en lo que estás metiéndote —le dijo ese día—, crees que la conoces, pero ¿qué sabes realmente de ella? Es una mujer que se gana la vida como *stripper*, y su historia es tan complicada que solo la mitad sería ya demasiado. No sabemos qué pueda hacer alguien así. No es tu responsabilidad. No tienes que cuidarla como a un perro. A nosotros nos…».

Se detuvo en esa parte, sin embargo, Mona sabía lo que estaba a punto de decirle: que los había abandonado, pero quería cuidar de una completa desconocida. Ella se ha preguntado ya si está tratando de compensar todo eso al cuidar de la perra y de Hedda. Pero no lo cree. Anton tiene razón en que Hedda no es su responsabilidad, pero se ha encariñado con ella. Es una persona fuerte y luchadora, aunque por otro lado es una chica frágil y desvalida. Ha tenido una infancia difícil, con una madre ausente y un padre alcohólico que podría padecer algún tipo de enfermedad mental. Hedda nunca lo ha dicho abiertamente, pero Mona lo ha entendido entre líneas. Hay muchas cosas que aún no sabe de ella, pero tampoco está obligada a contarle todo.

A Mona le encanta convertir a las personas desaventajadas en ganadoras. En el bufete de Londres, prefería contratar a jóvenes sin un currículum impresionante en lugar de a aquellos que procedían de familias acomodadas y que habían estudiado en las mejores universidades. Las personas desfavorecidas están siempre dispuestas a trabajar más duro para llegar a donde quieren y se sienten agradecidas por sus éxitos, sin darlos nunca por sentado. Además, es satisfactorio ver cómo triunfan. Suelen tener una visión mucho más amplia, un impulso mucho más fuerte y una ambición mucho más profunda. No hay nada mejor que ayudar a alguien a alcanzar sus objetivos y realizar sus sueños. Y eso es lo que hará por Hedda.

Sigue avanzando por el camino adornado con arbustos de boj a ambos lados. William reaccionó de forma muy diferente a Anton cuando le contó lo de Hedda. Asintió y esbozó una sutil sonrisa que ella no pudo descifrar. Después de eso, encendió un cigarrillo y se alejó, y ella interpretó que Wille estaba de acuerdo con el giro de los acontecimientos.

Menea la cabeza. William no es fácil de entender. Puede ser abierto, encantador y buen conversador, pero, al mismo tiempo, es inescrutable y reservado. Es como si tuviera una capa adicional impenetrable debajo de toda esa franqueza. Cada hijo es distinto. Anton es introvertido y no le gusta hablar de lo que siente, pero, a pesar de ello, Mona sabe con qué está lidiando. Con William, por el

contrario, no tiene ni idea de qué es lo que siente en realidad.

Se detiene y se da la vuelta.

—Ven, Coco —la llama, pero la perra se queda quieta en el sendero del jardín, mirando a la oscuridad. Tiene que llamarla una vez más para que se acerque corriendo y se siente a su lado. Se agacha y pasa los dedos por su cálido pelaje.

Está reconstruyendo su vida aquí, en Vargön. Sigue mejorando su relación con Anton y William, y también ha recuperado varias de sus viejas amistades, como su grupo del tribunal del distrito. Pero también ha hecho nuevas, como Charles, Gustav, Hedda y el inesperado reencuentro con Anki en Casa Ronnum.

Sube las escaleras donde hace tres meses encontró a una Coco cadavérica y con una pata rota. Abre la puerta y entran en la casa, pero no ve la figura sombría que acecha en la oscuridad entre los troncos del hayedo.

7

Una gota de sudor se abre paso desde la raíz del cabello de Anton. Siente un cosquilleo en la frente cuando levanta el martillo para clavar con fuerza el último clavo en el armazón del pabellón. Se limpia el sudor con la parte superior de la mano, deja el martillo y endereza el cuerpo. Apenas son las nueve de la mañana, pero ya hace bastante calor. Un calor inusual para finales de agosto.

Se quita el jersey de un tirón, dejando al descubierto su torso bronceado y musculoso, y luego se quita los pantalones y los calzoncillos. Deja toda la ropa en un montón, da dos pasos rápidos hacia la ladera rocosa y se sumerge en el agua.

El frescor del lago lo envuelve de inmediato y da un par de fuertes brazadas bajo el agua. Con el lago sosteniendo su cuerpo ingrávido, siente como si sus pensamientos se aquietaran y todo se detuviera. Nada con los ojos abiertos, observando los refulgentes rayos de sol que danzan alrededor de la superficie. Da algunas brazadas más bajo la superficie y saca la cabeza del agua para coger aire con un resuello.

Se gira y flota hacia delante sobre su espalda. Un águila pescadora planea bajo el cielo azul y se sumerge en ese momento. Sale del agua con un pez entre sus garras y vuela hacia el monte Halleberg. Pueden verse muchas aves marinas en el lago Vänern: gaviotas, colimbos, halcones, águilas pescadoras e incluso pigargos. Parece un mar con sus rocas e islotes desnudos y ese horizonte infinito, sin tierra a la vista. También ofrece bahías poco profundas, largas playas de arena y archipiélagos interiores con multitud de islas e islotes en los que puede practicarse la pesca.

Levanta la cabeza y mira hacia tierra. Allí está Gabbi. Viene caminando por el césped. Desde el lago puede ver su largo pelo rubio ondeando con el viento y sus piernas desnudas y bronceadas. Gabbi sale al peñasco, pero, al no ver a Anton junto al pabellón, se detiene y se lleva una mano a la frente para dar sombra a los ojos y poder mirar a su alrededor. Se fija en el montón de ropa y se gira para mirar hacia el agua.

—¡Anton! —le grita, agitando la mano en alto con su móvil—. ¡Tienes una llamada! Es Bodil.

Anton suspira. No es que le moleste. En realidad, le agrada su compañera franca y, a menudo, incómodamente vulgar. Pero hoy tiene el día libre y tenía pensado pasar unas horas con Gabbi y ponerse a trabajar en el pabellón. Necesitan pasar más tiempo juntos.

Hay muchas cosas en torno a ese bebé que nunca llega a ser. Deberían intentar relajarse. Hace unos días, Anton escuchó un *podcast* sobre entrenamiento mental donde una experta insistía en que lo mejor que puedes hacer para quedarte embarazada es dejar de pensar en ello. Es entonces cuando ocurre. Pero ellos están pensando en eso todo el tiempo. Ha tratado de hablar con Gabbi sobre el tema, pero ella no quiere escucharlo.

Anton saca un brazo del agua y lo agita en el aire.

—¡Dile que la llamaré! —grita en respuesta.

—No, Bodil quiere hablar ahora —contesta Gabbi, meneando la cabeza—. Es algo importante.

8

El pelo de Anton apenas ha tenido tiempo de secarse cuando entra en la sala de conferencias de la comisaría de Trollhättan. Hay una pareja sentada en dos sillas contiguas muy cerca la una de la otra. Se levantan de inmediato y miran a Anton. Él percibe de inmediato cierta desesperación en sus ojos, lo cual queda todavía más claro cuando les da la mano y se presenta como el inspector de policía Anton Asplund. Supone que deben estar preguntándose si les trae buenas o malas noticias.

—Mi colega Bodil… —hace un gesto hacia ella. Está a su lado con las manos en los bolsillos del pantalón, empujando con la lengua el *snus*, que ya le ha deformado el labio superior— ya me ha explicado la situación, pero me gustaría escuchar de vosotros qué es lo que ha pasado.

—Sí. —La mujer mira a su marido—. Estamos aquí por Agnes —dice, cogiendo uno de los anillos de su mano izquierda, y empieza a girarlo—. Ha desaparecido.

—Y Agnes es vuestra hija, ¿no? —pregunta, mirando a ambos.

Durante la llamada telefónica, Bodil le explicó que Eva y Arne Jakobsson acudieron a la comisaría para denunciar la desaparición de su hija en extrañas circunstancias. Entiende la situación, pero es bueno empezar por el principio y con preguntas sencillas en casos como este. Ya ha comenzado a prepararse la búsqueda, así que no están perdiendo el tiempo.

—Sí, es nuestra hija. —Eva pone la mano sobre el brazo de su marido. Los dos anillos que lleva en el dedo son bastante caros y tiene uñas largas muy bien cuidadas. Lleva el pelo cortado al estilo paje, teñido en varios tonos de castaño cálido, y tiene la frente muy lisa, lo cual podría indicar que se ha inyectado justo la cantidad necesaria de bótox en el borde para que parezca más natural.

—¿Cómo que ha desaparecido? —contesta Anton con una sonrisa tranquilizadora—. ¿Podríais explicármelo, por favor?

Eva mira a su marido de soslayo y continúa:

—Salió a correr anoche, pero no ha vuelto a casa.

—Sí —asiente Anton.

—Le presté mi coche ayer —interrumpe Arne. Su voz suena tranquila, pero lo delata el temblor de su mano al rascarse la mejilla barbuda—. Esta mañana he ido a cogerlo y, al ver que no estaba, he ido a preguntarle a Agnes por él, pero ella tampoco estaba.

—Había desaparecido —dice Eva, esta vez con ojos llorosos.

—¿Así que lo habéis descubierto en ese momento?

—No sabíamos qué hacer —continúa Arne como si no hubiera escuchado a Anton—. Intentamos llamarla, pero no contestaba al móvil. Luego llamamos a sus amigos, pero ninguno sabía nada.

—Al final, no podíamos seguir esperando más tiempo —añade Eva —. Así que cogimos nuestro otro coche y fuimos a buscarla.

Se quedan en silencio y Eva ya no puede contener las lágrimas. Arne la rodea con el brazo, la acerca hacia él y le da palmaditas en la espalda para consolarla.

—¿Y después? —interviene Bodil, gesticulando con las manos de forma inquisitiva.

Anton la mira. Sabe que la paciencia no es lo suyo.

—Solamente estaba el coche… —dice Arne sobre la cabeza de su mujer.

—En el aparcamiento —solloza Eva sobre el pecho de Arne—. Con la puerta abierta de par en par.

9

Mona aparca el coche a un lado de la calle y deja salir a Coco. La perra corre enseguida hacia Charles Backe, quien la espera enfundado en sus viejas botas negras, sus pantalones encerados y una camiseta verde con la palabra «Sveaskog» en el pecho.

—¡Hola! —exclama Mona, tirando de su sombrero Burberry a cuadros mientras se acerca—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Unos quince minutos. —Sus ojos verdes chispean—. Aunque ya sé que tú te guías por un horario diferente.

Mona se ríe y mira su reloj de pulsera, que ahora brilla bajo el sol. Ha llegado un poco tarde, pero Charles no está enfadado, solo está fingiendo. Le da un abrazo y sus manos acaban en la mochila que lleva a la espalda. Mona lo coge del brazo y hace que se gire. Mira la abultada mochila negra y le pregunta:

—Pero ¿cuánto tiempo piensas estar fuera?

—He traído algo de comida. Me parece que sería genial hacer un pícnic.

—Ah, qué buena idea —responde—. Hace muchos años que no voy de pícnic.

En Londres apenas tuvo alguno, y en Marbella fue lo mismo. En Londres tenían Hyde Park, pero ¿quién quiere sentarse allí? En España comían en los clubs cerca de la playa, y algunas veces se limitaban a unas aceitunas y una copa de vino en casa, junto a la piscina. La última vez que hizo un verdadero pícnic fue cuando sus hijos eran pequeños, y parece que hubiera sido hace siglos.

—¿Nos vamos? —pregunta Charles, y ella asiente sin más.

Mona sigue sus pasos alrededor de la barrera roja y amarilla que resguarda la carretera, la cual está tan cubierta de hierba que parece un sendero de montaña. Según la previsión meteorológica, iba a ser un día nublado, pero ha resultado ser todo lo contrario. El sol está pegando tan fuerte que es un alivio meterse bajo la sombra de los árboles.

Ir de excursión con Charles es algo especial, pues conoce cada roca y cada grieta, cada árbol, cueva y cabaña de todos sus paseos por las montañas como guardabosques. Fue justamente en el monte Hunneberg donde se conocieron, cuando la ayudó después de que se cayera del caballo. La muñeca todavía le duele un poco cuando la mueve en un ángulo determinado. Esto es así. Después de todo, tiene cincuenta y seis años y, a medida que envejece, su cuerpo necesita

más tiempo para recuperarse.

Mira a Charles mientras este camina delante. Forma parte de su nueva vida, y eso le gusta. Es bastante taciturno, pero, cuando dice algo, siempre es interesante. No soporta a los palabreros que no tienen nada que decir. La vida es demasiado corta para eso. También es guapo y bastante bueno en la cama. Es considerado y apasionado de una manera que no se esperaba en este hombre tranquilo. Sin embargo, aún siente cierta vacilación. Si alguien dijese que es porque tiene miedo de dejar que un hombre vuelva a su vida y que Alexander la ha dejado destrozada, le daría la razón a esa persona.

A veces piensa que todo lo que ha tenido que pasar para llegar hasta aquí puede haber sido la forma brutal del universo de decirle que es hora de cambiar de rumbo en la vida. Ha decidido mejorar su forma de vivir el momento, sin detenerse en los errores ni en el pasado, sin hacer demasiados planes para el futuro. Sabe que debe detenerse a escuchar el canto de los pájaros, a oler la hierba recién cortada y a disfrutar del hermoso paisaje que rodea Vargön. Ya no quiere vivir corriendo, pues entiende que todo le dará alcance a su debido tiempo. Por otro lado, sabe que la vida puede arrebatarle todo en un instante.

Pasan el embalse redondo y siguen caminando por el sendero. La espesa alfombra de corteza de abeto amortigua sus pasos y el denso bosque los envuelve cálidamente. Al llegar a la cresta, Mona siente una ráfaga de viento y, de repente, se encuentra con una vista majestuosa. Es Ättestupan, el punto más alto del Halleberg. La montaña se precipita a sus pies en una pared de piedra gris acanalada completamente vertical, descendiendo hasta el valle Lilleskogsdalen, que se extiende entre las dos montañas.

Mona da un paso adelante y el estómago se le revuelve al mirar hacia abajo.

—¿Crees que la gente de verdad se tiraba desde aquí? —pregunta, incapaz de apartar la vista del acantilado.

—Se cuenta que recibían alguna ayuda para tirarse.

Charles se acerca a ella, le pone las manos en los hombros y la abraza.

—¿Qué quieres decir?

—Los familiares sostenían un palo enorme que utilizaban para empujar al viejo por el precipicio.

—Qué horrible —exclama Mona, volviéndose hacia él.

—Sí —asiente—. Pero no hay pruebas de que haya sido así en realidad. Así que esperemos que sean solo cuentos.

—Sí, eso espero. —Se gira y vuelve a mirar hacia el precipicio. Un par de cuervos se aproximan volando por el valle y el sol hace brillar su plumaje negro.

—Se cuenta que aquí estaba el Valhalla de Odín —dice Charles, y él también mira los cuervos negros.

Mona asiente en silencio y piensa en su abuela Johanna y todas sus historias sobre montañas y bosques misteriosos, sobre gnomos y elfos y todas esas cosas que la gente común inventaba para lo que no podía explicarse.

—Entiendo por qué creían que el hogar de los dioses nórdicos estaba aquí arriba. Es imponente.

Se quedan quietos por un momento, contemplando el abismo.

—Bueno —dice Charles al fin—. ¿Te parece si bajamos ahora para comer algo?

—Excelente idea.

Comienzan a descender caminando por las empinadas laderas del sendero hacia el valle Bokedalen, pero Charles se detiene de repente. Golpea algo con la punta de la bota y se agacha para recoger el objeto. Aparta una hoja húmeda que se ha pegado encima y sostiene el objeto frente a él.

—¿Qué es? —pregunta Mona, acercándose.

—Es una cruz —contesta, frotándola con el pulgar—. Parece que está hecha de madera. —Frunce el ceño—. Creo que tiene algún dibujo tallado encima.

La cruz mide unos diez centímetros de largo y está sucia de tierra. De repente, una hormiga pasa velozmente sobre la cruz y él la aparta con cuidado.

—Es un lugar un poco extraño para dejar caer una cruz —dice Mona, mirando a su alrededor.

—Sí —asiente Charles, y mete la cruz en su mochila y la cierra con un chasquido—. Es importante llevar un registro de lo que uno se encuentra en el bosque. Hace solo veinticinco años que encontraron el tesoro de Vittene. Y resultó ser el tercer hallazgo de oro más grande de la historia de Suecia. Por eso siempre tengo los ojos abiertos cuando ando por las montañas. En estas partes puede haber todavía algunos tesoros escondidos. —Le da una palmadita a su mochila—. Esta parece muy nueva, pero de todas formas me la llevaré. Alguien podría echarla de menos.

10

—¿Nos sentamos? —les pregunta Anton, señalando las sillas en las que la pareja estaba sentada hace unos momentos.

Ellos asienten y se sientan. Anton coge un paquete de pañuelos del bolsillo de su chaqueta y se lo da a Arne, quien se lo agradece con la mirada y saca uno para dárselo a Eva de inmediato. La mujer se frota bajo los ojos con suavidad.

—¿Así que habéis encontrado el coche con la puerta abierta en un aparcamiento?

—Sí, pero no a Agnes —dice Eva, y se suena la nariz con fuerza—. Hemos venido aquí enseguida porque sentimos que algo le ha pasado.

—¿Cómo habéis llegado a esa conclusión? —pregunta Anton con el ceño fruncido.

—Por lo que pudimos ver. —Se le quiebra la voz y oculta los ojos tras el pañuelo.

Su marido le pone una mano en la espalda y le da unas palmaditas para reconfortarla.

—Al decir que la puerta del coche estaba abierta, ¿significa que no estaba asegurada? —pregunta Anton.

—No, estaba totalmente abierta —contesta Arne—. De par en par. Como si la hubieran sacado del coche y después la hubiesen hecho desaparecer en el aire. Y también vimos… —Se calla y mira a su mujer—. En el volante y alrededor de él, parecía haber sangre. Esto es lo que ha querido decir mi mujer.

Anton mira a Bodil, y esta asiente y dice:

—El coche está aún en Hunneberg. En el aparcamiento del club de bandy. Ya hemos enviado un equipo de técnicos forenses. Deben estar allí ahora mismo.

Anton piensa que esto pinta muy mal. No es raro que una chica desaparezca por la noche. En realidad, ocurre todo el tiempo. Pero luego aparecen arrepentidas, diciendo que se olvidaron de avisar. Esto parece ser otra cosa. Además, Agnes es joven, aunque no tanto como hacer algo así. Según le ha contado Bodil, tiene veinticuatro años, así que ya debería haber superado esos años adolescentes en los que las personas solo piensan en sí mismas. Pero lo que más le inquieta es el coche. El hecho de que lo hayan encontrado así no augura nada bueno.

—¿Ocurrió algo antes de que perdieran la comunicación con ella? —pregunta Bodil.

—¡No! —contesta Eva de manera enfática, asomándose detrás del pañuelo—. Agnes siempre es muy cuidadosa al respecto. Sabe que nos preocupamos si no se comunica con nosotros.

Arne carraspea y mira a su mujer.

—Pero no siempre ha sido así.

—¿Cómo? —dice Eva, volviéndose inmediatamente hacia él.

—Solo digo que hace unos años no era tan cuidadosa.

Se produce un silencio en la sala, y luego Eva asiente y dice:

—Es cierto. También pasó por una etapa difícil, como la mayoría de las adolescentes, supongo. Pero eso fue hace mucho tiempo. Hoy en día se comporta muy bien.

—¿Y suele estar bien de ánimo? —pregunta Anton—. Es muy común que las chicas jóvenes padezcan depresión, así que tengo que asegurarme de que no sea el caso.

—Agnes está muy bien. Yo diría que está mejor que nunca. No está deprimida —dice Eva con firmeza.

—Y unos años atrás, cuando era adolescente, ¿se rodeaba de personas que no eran una buena influencia? Es importante que sepamos estas cosas —interviene Bodil.

—Creo que no hace falta darle demasiada importancia —dice Arne —. Agnes fue una adolescente como tantas otras. Rebelde. Y hubo un periodo en el que fue extrovertida y, bueno, algo difícil, se podría decir. No estábamos del todo contentos con sus amistades, pero no eran delincuentes, drogadictos o personas peligrosas, sino simplemente jóvenes que no tenían grandes ambiciones en la vida. Se fue de casa a los diecisiete, pero volvió hace dos años y desde entonces no es la misma. Parece que ha madurado y entendido que ese no es el mejor camino.

—Entiendo —asiente Bodil, y se levanta de su silla.

—¿Y anoche no notasteis que no había llegado a casa? —pregunta Anton.

—No —contesta Eva, siguiendo a Bodil con la mirada mientras esta camina por la sala—. Ya estábamos en la cama, viendo la televisión, y luego nos quedamos dormidos y no pensamos en el hecho de que no había vuelto.

Bodil se pasa el índice bajo el labio y despega el tabaco con un solo movimiento para luego tirarlo en la bolsa de plástico blanca de la papelera.

—¿No habéis pensado en eso? —pregunta Bodil, limpiándose el dedo en los vaqueros, y vuelve a sentarse.

—No. Y no es de extrañar. Se suponía que hoy iba a mudarse a Gotemburgo. Tiene planeado empezar la universidad este otoño y le hace mucha ilusión. Esta era su última noche en casa. Cogió el coche prestado porque iba a salir a correr y después quería ir a despedirse de

sus amigos. Supusimos que estaba con ellos, pero hemos llamado a uno de ellos esta mañana y nos ha dicho que, en realidad, nunca llegó. Sus amigos también estuvieron llamándola, pero no contestó, así que estaban un poco enfadados.

Arne se inclina sobre la mesa.

—Por supuesto que ahora pensamos que deberíamos habernos quedado despiertos a esperarla, pero, como he dicho, Agnes es una chica muy responsable. Nunca se mete en problemas, así que no teníamos razones para estar preocupados.

—Entiendo —dice Anton—. ¿Y dónde suele correr?

—No tiene una ruta fija. Hace *trail running*, así que corre por todo el bosque. Le gusta porque dice que es menos monótono.

—¿Y fue a correr sola?

—Sí. Normalmente, le gusta ir sola. Dice que si va con alguien tiene que correr más despacio. Es muy rápida.

Anton asiente de manera pensativa. Estaba sola en el bosque y ya era de noche. ¿Podría haber sido un accidente? No, eso no explicaría por qué el coche estaba abierto de par en par.

—¿Habéis podido ver si le robaron algo del coche?

—No, no parece.

Anton asiente una vez más y luego se levanta.

—Vamos a hacer esto. Primero, os aconsejo volver a casa. Es mejor que estéis allí en caso de que vuelva Agnes. Mientras tanto, vamos a continuar con la denuncia de persona desaparecida y enviaremos una foto de ella a todas las patrullas. Esperemos que alguien la vea y podamos solucionar esto lo antes posible. ¿Tenéis una foto de Agnes?

—Sí, por supuesto —dice Eva.

—¿Tenéis alguna en el móvil para enviarla directamente?

Eva asiente y él mira hacia otro lado, pero siente que sus ojos se aferran a él como un náufrago a una balsa. Levanta la vista y les sonríe para intentar tranquilizarlos, pero la sangre en el coche y la puerta abierta le preocupan más de lo que ellos podrían imaginar.

11

Un ciclomotor se acerca a ella a gran velocidad desde la cresta. El motor parece trabajar a toda marcha y su rugido ahoga los demás sonidos. El conductor llega hasta donde está Mona, acelera, levanta la rueda delantera y se balancea pasa pasar delante de ella. Ella lo sigue con la mirada a través del espejo retrovisor y ve que baja la rueda delantera antes de desaparecer en una nube de polvo.

Sonríe mientras menea la cabeza pensando que algunas cosas nunca cambian. Aunque los ciclomotores eran más pesados cuando ella era joven, también era posible levantarlos de esa forma. Ella misma lo hizo alguna vez con su Zündapp.

Entra en el camino de acceso a su casa y apaga el motor. Todavía tiene el sabor del pollo asado que Charles llevaba consigo, pero el sudor ya se ha secado en su ropa. Solo quiere ducharse. ¿O tal vez debería ir a bañarse al lago en Nordkroken? Mira a Coco, que está sentada en el asiento, a su lado. Seguramente, ella también tiene ganas de salir a correr por la playa y recoger palos del agua.

Sale del coche y el sonido de su portazo resuena en la tranquila tarde. Después rodea el coche para abrirle la puerta a Coco y esta sale corriendo y ladrando. Es entonces cuando ve a un hombre que se levanta despacio de los escalones de la entrada.

Se ve mucho mejor que ayer. Lleva ropa limpia, el pelo blanco parece recién lavado, y cuando estira la mano para que Coco se la olfatee, Mona ve que se ha puesto una tirita en la herida del codo.

Se agacha para acariciar torpemente el lomo de Coco y esta se lo permite con mucha paciencia. Pero, en cuanto se levanta, la perra sube por las escaleras y se queda sentada frente a la puerta.

—¡Hola, Frank! —dice Mona, colgándose las llaves alrededor del dedo medio para luego atraparlas en su mano.

—¡Hola! —Inclina la cabeza y traga saliva varias veces antes de pasarse la mano por el pelo corto y pasear la mirada a su alrededor. Entonces baja los brazos por los costados y empieza a arrastrar las manos por los vaqueros que lleva puestos.

Mona no sabe si es por nerviosismo o porque tiene síndrome de abstinencia. Se pregunta qué hace aquí, en su casa. Le cuesta creer que sea solo una visita social.

—Qué bonita se ve la casa —exclama emocionado—. ¿Quién iba a pensar que Villa Björkås estaría en semejantes condiciones?

—Gracias —responde ella con una sonrisa, genuinamente feliz de

oírlo decir eso. Le encanta su casa y lo bien que ha quedado—. He trabajado mucho en ella.

Frank asiente y sigue arrastrando las palmas de las manos por encima de los muslos.

Mona mira a su alrededor.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—He cogido el autobús hasta la parada de Fyrkanten y luego he caminado hasta aquí.

Mona asiente en silencio. Ha sido lo más prudente, en todo caso. No debería conducir hoy, teniendo en cuenta lo borracho que estaba ayer.

—¿Quieres entrar para ver la casa? —le pregunta, señalando hacia la puerta. Mona no soporta ver esa sudorosa ansiedad. Tiene que sacarle lo que sea que haya venido a decir.

—Sí —contesta enseguida como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Vamos —dice, adelantándose en subir los pocos escalones.

Mona abre la puerta de un tirón. Coco entra corriendo y ellos la siguen a la cocina. El sol reluce por las grandes ventanas. Hedda está sentada a la mesa de la cocina y un rayo de sol se abre paso a través de la superficie de la mesa y por su pelo oscuro.

—Hola, Hedda —saluda Mona, y ella levanta la vista, sonríe y se quita los auriculares. Entonces dirige la mirada hacia Frank—. Te presento a Frank, un viejo amigo. Y ella es Hedda —le dice a Frank—, una nueva amiga que vive aquí conmigo y que también trabaja como mi asistente mientras estudia.

—Hola. —Hedda alza la barbilla en una especie de saludo. Sin quitarle los ojos de encima, levanta una lata de Coca-Cola y bebe. La pone de nuevo en la mesa y eructa de manera ruidosa—. ¡Uy! —exclama, y se tapa la boca con la mano y mira a Mona—. Lo siento.

Mona frunce el ceño. Ha conseguido que deje de hablar cuando tiene comida en la boca y que utilice servilletas para limpiarse en lugar de chuparse los dedos, pero aún queda trabajo por hacer, eso está más que claro.

—¡Hola! —dice Frank, y se queda mirando a Hedda.

Hedda suele tener ese efecto. Hay algo en ella que atrae tanto a hombres como a mujeres. Mona la ve coger un brillante mechón de su pelo para luego hacerlo girar alrededor de su dedo mientras mira abiertamente a Frank. La mirada de Mona se desplaza hacia las manos ásperas y llenas de cicatrices de Frank, y nota que le tiemblan un poco. La mirada de Frank comienza a vagar y su nuez de Adán se mueve como si tratara de quitarse la sequedad de la garganta. Hedda se sacude el pelo y se vuelve hacia Mona.

—Hay café —dice, señalando la cafetera—. Casi recién hecho.

—¿Quieres una taza? —le pregunta a Frank.

—Sí, gracias.

—Siéntate.

Aparta la silla con un sonido rasposo y se sienta. Se queda allí en silencio mientras ella saca las tazas y las rellena. Hace un intento de levantar la taza por el asa, pero le tiembla tanto la mano que tiene que bajarla. Lo intenta de nuevo, pero esta vez coge toda la taza, que casi desaparece en su gran mano arqueada mientras se la lleva a la boca y bebe de ella.

—Entonces, Frank —dice Mona una vez que él baja la taza—, ¿por qué has venido?

12

En el letrero amarillo puede leerse «Hunneberg 1». Debajo de él, han puesto un cartel de madera en el que han grabado a fuego las palabras «Casa Club de CBV» y han colgado una flecha con unas cadenas delgadas. Bodil y Anton siguen la dirección de la flecha y se adentran en un estrecho camino de grava que tiene una ligera inclinación descendente.

—Detente allí —dice Anton, señalando un punto al lado de la barrera de la carretera.

Bodil asiente y se detiene. Salen del coche y oyen el sonido del agua espumosa de la cascada Byklevfallet mientras se dirigen hacia las barreras de plástico azul y blanco que acordonan la zona. Hay un BMW plateado con la capota gris levantada en medio de la carretera. La puerta del lado del conductor está abierta y detrás de ella está My, de espaldas a ellos, con las manos en la cintura, mirando hacia el interior del coche.

—¡Hola, My! —grita Anton—. Ya estamos aquí.

Al oír su voz, la forense levanta la vista y se vuelve hacia ellos. Lleva un mono blanco con la capucha sobre la cabeza, de manera que su oscura melena queda oculta y sus enormes ojos bizcos parecen aún más grandes de lo normal.

—Vaya, vaya. Aquí viene la policía.

—*Sip* —dice Anton.

—¿Cómo va todo? —le pregunta Bodil una vez que se acercan a ella.

—Hemos encontrado sangre —contesta con su voz cadenciosa y aguda que la hace sonar más como una chica de quince años que como una forense de treinta y ocho que ha visto las escenas más horrorosas que alguien pueda imaginar—. Dentro del coche, pero también aquí… —continúa, dando un paso a un lado, y señala bajo el parachoques.

Anton mira allí. El suelo está seco y duro y no ve sangre, pero si My lo dice, debe ser verdad. Levanta la vista.

—¿Crees que haya chocado contra algo?

—Es posible.

Mira a su alrededor. «Randhemsvallen», el nombre del antiguo campo de bandy en el que se celebró un partido internacional entre Suecia y Noruega a finales de los años cincuenta. A lo largo del muro rojo de la casa club pueden verse algunos bancos de madera y sobre

ellos cuelga la insignia azul del Club de Bandy de Vargön. Hay basura en todas partes, cubos de basura rotos y desbordados y bolsas de plástico viejas que nadie ha recogido. Es una pena que tenga este aspecto en la actualidad.

Anton se vuelve hacia My.

—¿En qué parte del coche habéis encontrado la sangre?

My frunce los labios y menea la cabeza. Entonces contesta:

—No va a gustarte esto —contesta, y él la mira de manera inquisitiva—. En el lado del conductor.

My da un paso atrás, y él se acerca a mirar la tapicería de cuero rojo y el volante negro dentro del coche. Eva y Arne tenían razón.

—Hemos intentado reconstruir lo que sucedió aquí —continúa My —. Parece ser la sangre de Agnes, suponiendo que estaba sentada aquí, aunque todavía no lo sabemos con certeza. En cualquier caso, la persona sentada en el asiento del conductor debe haberse golpeado la cabeza contra el volante con tal fuerza que se produjo una hemorragia importante. Supongo que debe haberse roto la nariz, dada la cantidad de sangre.

—Uy, qué jodido —dice Bodil con una mueca de dolor—. Una vez me rompieron la nariz en una pelea. Fue una patada justo en el hocico, y recuerdo que la sangre brotaba como una maldita fuente. Me dolió tanto que grité de inmediato. Por eso está tan torcida, por si alguna vez os lo habéis preguntado.

Ambos miran la nariz de Bodil. Está torcida, pero Anton nunca había pensado en ello. Debe ser porque todo en ella está un poco torcido. Ahora se da cuenta también de que sus gafas están rotas y que las ha pegado con cinta aislante, de modo que también han quedado torcidas.

—¿Y no te has operado nunca? —pregunta.

—Sí, por supuesto, pero no salió muy bien, así que no me he molestado en volver a intentarlo. Estoy suficientemente guapa así como estoy.

Anton asiente y sonríe. De alguna manera, está de acuerdo con ella. No se imagina a Bodil de ninguna otra forma. Entonces se dirige a My:

—Pero, si Agnes chocó contra algo, tal vez frenó tan fuerte que se golpeó la cabeza con el volante, ¿no?

—No lo creo —dice, meneando la cabeza—. No iba a mucha velocidad y la frenada no fue tan fuerte como para provocar algo así. Hemos confirmado esto al mirar las marcas que dejaron las ruedas. —Va hacia su bolsa y se agacha como si quisiera sacar algo—. Después encontramos esto. —Se levanta para mostrarles una bolsa de plástico que contiene un móvil con carcasa rosa.

—¿Es el móvil de Agnes? —pregunta Anton, mirándola.

—Sí.

—Joder.

My asiente en silencio. Los tres saben lo que significa: ninguna persona de veinticuatro años dejaría su móvil de manera voluntaria.

13

La mirada de Frank vaga por la cocina. Tose, se relame los labios y mira a Hedda y luego a Mona. Se retuerce las manos, se aclara la garganta y, finalmente, dice lo que ha estado callando:

—He venido a pedir ayuda.

Mona, despacio, se lleva la taza de café a la boca. ¿Qué clase de ayuda busca Frank? ¿Quiere dinero prestado? Claro que quiere ayudarlo, pero darle dinero sería tan malo para él como darle una botella de licor.

—¿Con qué? —le pregunta, dejando la taza.

—Para encontrar a Elsa.

Las palabras cortan a través del silencio. Al mirarlo a los ojos, ve la desesperación en ellos. Comprende que esto no debe ser fácil para Frank. Han pasado muchos años desde que Elsa desapareció. Hace tiempo que la policía dejó de buscarla y las posibilidades de que siga con vida son mínimas. Aunque no se haya encontrado su cadáver, no hay pruebas de que esté viva. Es probable que haya sufrido un destino terrible.

—Frank —dice, acercando una mano hacia él.

—Está viva —contesta él de inmediato, y se aleja—. Sé que está viva.

Mona suspira. Frank sabe lo que quería decirle, pues ya lo ha escuchado muchas veces de otras personas.

—Lo siento —continúa de todas maneras—. Pero, con sinceridad, no creo que eso sea posible.

Frank la mira fijamente a los ojos, pero esta vez con un nuevo brillo en la mirada que refleja una claridad y una fuerza que antes no existían.

—Yo sé que está viva —replica, golpeando la mesa con el puño.

Mona se estremece ante el golpe y aleja la mano.

—¿Y qué te hace pensar eso? —pregunta, lanzándole una mirada a Hedda, quien sigue mirando a Frank sin comprender nada—. ¿Has sabido algo de ella? ¿O es que la policía tiene una pista nueva? ¿Ha ocurrido algo en particular en los últimos años?

Son preguntas duras, pero no puede hacerlas de otra manera.

—¡No! —responde, meneando la cabeza—. Pero puedo sentirlo. En todo el cuerpo. —Hace una pausa—. Puedo sentirlo —repite, y parece encogerse delante de ella.

Le duele verlo así. Lo recuerda como un hombre vigoroso, con

músculos abultados y una barbilla cuadrada. Era el tipo de persona con la que nadie quería problemas. Era como un barril de pólvora a punto de estallar a la menor señal de injusticia. Sigue siendo un tipo grande, pero ha perdido esa fuerza. Solo pueden verse rastros del antiguo Frank cuando habla de Elsa y sus ojos se llenan de ese brillo intenso que acaba de mostrar.

—¿Quién es Elsa? —pregunta Hedda, y mete la mano en la bolsa de caramelos que está en la mesa, junto a su ordenador.

Se oye el fuerte crujido de la bolsa, y Mona y Frank la ven coger un pez de regaliz para luego llevárselo a la boca.

—Es mi hija —contesta Frank.

Hedda asiente, muerde la cabeza del pez y se queda mirando a Frank mientras mastica.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta.

—La secuestraron hace dieciocho años.

Hedda se queda mirándolo, coge el pez por la aleta de la cola y se lo lleva a la boca para chuparlo. Luego lo saca y agita el trozo brillante de caramelo negro.

—¿Y no has vuelto a saber nada de ella?

Él niega con la cabeza.

—Pero ¿tú crees que está viva? —pregunta, levantando las cejas con incredulidad—. ¿Después de dieciocho años y sin señales de vida?

Frank baja la mirada y su cuerpo se encoge aún más.

—No lo sé… —dice, y toda la certeza y el fervor que mostraba antes desaparecen de su voz—. Pero esto debería tener un cierre. No puedo seguir viviendo así. Necesito saber qué le pasó. —Gesticula hacia Mona—. Cuando me enteré de que habías empezado a trabajar como investigadora privada, pensé que era una señal. No volveré a tener una oportunidad como esta en la vida.

Mona arruga la nariz al oír esto y dice:

—Bueno, yo no diría que soy detective privado.

En realidad, Mona prefiere presentarse como asesora jurídica. *Detective privado* le suena más bien a alguien que trabaja en casos vulgares, como los casos de infidelidad, y ciertamente eso no es lo que ella hace. Pero entiende que así la llaman desde que resolvió el asesinato de Lisa-Marie. Con alguna ayuda de Antón, es verdad, pero se resolvió sobre todo gracias a ella.

—Puedo pagarte —dice Frank—. Puedo conseguir el dinero.

—No es eso.

No le interesa el dinero de Frank. Es probable que él lo necesite más que ella. El problema es que no quiere darle falsas esperanzas de que podrá recuperar a Elsa.

—Pero, por favor —insiste él—, necesito saber. Incluso si no pudieras encontrarla. Me conformaría con cualquier información.

Algo… Cualquier cosa. —Gesticula con las manos y luego las pone con fuerza sobre la mesa.

—¿Cualquier información? ¿A qué te refieres?

—No lo sé —responde, con la cabeza baja—. Cualquier cosa. Incluso si la encontraran muerta. Solo quiero saber algo antes de morir.

14

Las villas con vistas al parque Skräcklan son una de las zonas más bonitas de Vänersborg. Las casas aparecen una tras otra como un collar de perlas, mirando hacia el frondoso parque que se extiende a lo largo de las aguas azules del lago Vänern, donde las pequeñas embarcaciones blancas se mecen junto el muelle.

A Anton le hubiera gustado vivir aquí si no tuviera la casa en Vargön. Si bien es cierto que las villas de aquí son más elegantes y grandiosas, nada supera a su casita roja a orillas del lago. No hay nada mejor que despertarse, caminar descalzo por la suave hierba hasta el peñasco y lanzarse al agua como Dios lo trajo al mundo. Cierra los ojos, sintiendo el calor del sol en la cara. Desearía poder quedarse en casa para terminar de construir el pabellón en lugar de buscar a una persona desaparecida.

—¿Vienes? —le pregunta Bodil.

Anton abre los ojos, asiente y empuja la reja de la villa blanca de principios de siglo donde Agnes Jakobsson vive con sus padres. Se abre la puerta principal de la casa y ven a Eva Jakobsson salir a los escalones de la entrada. Se lleva una mano al collar que le rodea el cuello y mira sus rostros de manera sucesiva.

—Por desgracia, aún no tenemos noticias que comunicaros —dice Anton, levantando la mano a modo de saludo.

—Excepto que hemos encontrado el móvil de Agnes —corrige Bodil.

Eva se lleva ambas manos a la cara y pregunta:

—¿Dónde?

—Estaba en el coche, bajo el asiento delantero.

La mujer palidece.

—Dios mío. ¡Arne! ¡Arne! —grita—. Han encontrado el móvil de Agnes. —Y después se dirige a ellos—: Nunca iría a ningún sitio sin su móvil. ¡Nunca! Debe haberle pasado algo.

Anton asiente y pregunta:

—¿Podemos entrar?

—Sí, claro, lo siento. —Se hace a un lado—. Entrad. No hace falta que nos quedemos aquí pregonando nuestra desgracia a todo el vecindario.

Una alfombra oriental recorre el vestíbulo pintado de blanco y la luz que entra a través de la puerta abierta se posa directamente sobre Arne Jakobsson, quien está de pie al final de la alfombra con la

mirada puesta en ellos.

—Pero ¿qué estáis diciendo? ¿Habéis encontrado el móvil de Agnes? —pregunta con ansiedad, acercándose a ellos.

—Así es —contesta Anton—. Pero no asumamos lo peor. Vamos a seguir buscando —continúa, y mira a su alrededor. Al lado de las escaleras que conducen al segundo piso se ven dos maletas grandes y, junto a ellas, tres cajas de mudanza apiladas una encima de otra—. ¿Son las cosas de Agnes? —pregunta.

—Sí, ya lo había guardado todo —dice Eva, poniéndose al lado de Arne—. Agnes iba a mudarse hoy y nosotros íbamos a ayudarla a instalarse en el nuevo piso. Ha encontrado un piso de dos habitaciones en subalquiler en Lunden. Con lo difícil que es encontrar algo así en Gotemburgo.

—Sí, es casi imposible. Ha tenido mucha suerte de conseguir uno —asiente Anton. Mira las maletas y las cajas pensando que deben llevárselas a la comisaría—. Nos gustaría echar un vistazo en su habitación, si os parece bien.

—Sí, por supuesto. Está arriba. Os la muestro.

Eva se adelanta en subir las escaleras. Lleva unos zapatos delicados con suelas finas que provocan un ruido sordo amortiguado a cada paso. Sus piernas desnudas son delgadas y tonificadas, ante lo cual Anton concluye que Agnes ha heredado el cuerpo de su madre.

Una vez arriba, se detienen frente a una puerta cerrada.

—Aquí es.

—Muy amable, gracias —dice Anton.

Anton y Bodil entran primero en la habitación y Eva da un paso para seguirlos, pero Bodil se vuelve hacia ella y dice:

—Nos gustaría hacer esto a solas.

—Sí, por supuesto —dice Eva con vacilación, mirando a Anton mientras este saca un par de guantes de plástico de su bolsillo y se los pone. Eva da un paso atrás y dice—: Voy a preparar un poco de café mientras tanto.

—Excelente idea —contesta Anton, y la sigue con la mirada mientras se aleja. Se gira y mira alrededor del dormitorio. Se ve muy limpio y ordenado, tal vez incluso demasiado ordenado, pero esto debe tener algo que ver con la mudanza. Los objetos personales de Agnes están en las cajas que se llevará a Gotemburgo.

Da un paso hacia los armarios blancos, que le llegan a la altura de la cintura y ocultan parte de una de las paredes. Abre la primera puerta y se agacha para mirar dentro. Busca cuidadosamente entre botes llenos de bisutería y maquillaje barato y ojea pilas de diplomas y dibujos viejos. Oye a Bodil abriendo los armarios detrás de él. Las perchas vacías traquetean, y se oye un ruido sordo cuando ella vuelve a colocar un par de botas que Agnes ha dejado allí.

Anton se levanta y se acerca a la cama, que está hecha. Levanta el colchón para ver si hay algo debajo, pero todo está vacío.

Abre un cajón del escritorio y saca un montón de papeles. Al examinarlos, ve que hay invitaciones a conciertos, servicios litúrgicos y campamentos de una multitud de grupos religiosos, desde la Iglesia bautista y Palabra de Vida hasta Movimiento Maranate y la Iglesia pentecostal. Los deja sobre el escritorio vacío y se dirige a Bodil:

—¿Agnes era cristiana?

15

—El Señor se arrepiente de haber creado a los seres humanos, de en lo que se han convertido y de lo que hacen. De cómo envenenan la tierra, el agua y el aire —dice, y da un paso adelante. El bosque se eleva imponente detrás de ella y las sombras danzan.

Se acerca el portátil y pone las manos alrededor de la pantalla. Ya sabe lo que viene después.

—En las Sagradas Escrituras se cuenta la historia de Noé. Dios le encomendó la tarea de construir un arca para llevarse en ella a los animales y a su familia. La Tierra estaba a punto de colapsar.

La mujer asiente y él ve que una gota de sudor le recorre la frente.

—Ahora sabemos que era una profecía, una predicción sobre este futuro —afirma, y sonríe débilmente.

—La hora ha llegado. Todo se desmorona y el fin del mundo está cerca. —Da un paso adelante sobre el musgo.

—Por eso, Dios me ha dicho que debo crear un arca al pie de la montaña. Y allí reuniré a los elegidos. —Después de estas palabras, señala directamente a la cámara.

—Dios nos ha designado como sus instrumentos para asegurar la supervivencia de la humanidad. Cuando los campos de cereales se sequen y los bosques y los demás paisajes sean asolados y devastados, cuando los seres humanos se hayan aniquilado a sí mismos, solo quedaremos nosotros para repoblar la Tierra.

Se calla, da otro paso adelante y vuelve a asentir con gotas de sudor brillando en su frente.

—Esa será nuestra misión. Viviremos en armonía con todo lo que Dios ha creado y encontraremos salvación y supervivencia en nuestra interacción con la naturaleza.

Inclina la cabeza y luego la levanta poco a poco. Sus ojos negros brillan en el bosque oscuro.

—Se acerca el día en el que poblaremos nuestra arca y quiero que estéis conmigo.

Baja los brazos y los deja colgando a sus costados.

—Escuchad mi llamado.

Entonces la imagen se oscurece y ella desaparece como si el bosque se la hubiera tragado.

16

—¿Más café? —pregunta Mona, y enseguida se levanta de la silla frente a Frank, va a por la cafetera y la lleva a la mesa para rellenar la taza de su invitado sin esperar respuesta.

Debe haberle costado mucho ir a pedir ayuda. Es un último acto desesperado cuando todas las demás opciones se han agotado y Mona piensa que se merece al menos una oportunidad de hablar de lo que siente. Tal vez eso es lo que necesita, más que nada.

Rellena su propia taza y la de Hedda, y se sienta.

—¿Tina también se siente como tú? —pregunta, acercándose la taza de café a la boca.

Recuerda que utilizaron todos los recursos posibles durante los primeros días después de la desaparición de Elsa. La familia Gunnarsson no tuvo un momento de calma y la cobertura mediática fue intensa. Concedieron entrevistas a todos los periódicos y a la televisión con la esperanza de que el secuestrador viera a la madre con la cara roja e hinchada de llorar y cambiara de opinión y le devolviera a su hija. También tenían la esperanza de que el público aportara pistas sobre las que la policía pudiera trabajar. Pero pasaron los días y nunca tuvieron noticias del secuestrador. El público, por su parte, aportó muchas pistas, pero ninguna que pudiera ayudar a la policía a avanzar en la investigación.

Frank la mira y contesta:

—Nunca nos hemos sentado a hablar del tema. Es demasiado doloroso. —Suspira—. Verás, Tina lo ha pasado muy mal durante muchos años. Siempre se tomaba libre el dieciocho de junio y la semana siguiente. Esa fue la fecha en que desapareció. Y también el día de su cumpleaños: el doce de diciembre. Se quedaba en casa a llorar y no había forma de consolarla. Lo he intentado, créeme. —Menea la cabeza—. Pero no ha servido de nada. Estuvo yendo a un psicólogo y, después de siete u ocho años, le dijo que tenía que ponerle fin a todo eso. No podía seguir así. Se estaba autodestruyendo.

—Lo entiendo —contesta, preguntándose cómo lo ha llevado el propio Frank. ¿Acaso no ha recibido también ese tipo de ayuda para superar la pérdida?—. ¿Y lo ha hecho? ¿Lo ha superado de alguna manera?

Frank se encoge de hombros.

—Ya no nos hablamos. Se ha mudado a Kungsbacka. Tiene un nuevo trabajo y un nuevo marido. —Deja escapar un profundo

suspiro, y luego levanta la cabeza y la mira a los ojos—. Éramos una familia feliz. Tina, Elsa, la pequeñita y yo. Pero ninguna familia podría soportar lo que hemos pasado. Nadie —repite—. Esta desgracia destruyó nuestro matrimonio y nuestra familia. Por muy bien que estuviéramos antes, el desgaste era demasiado.

—Sí —responde Mona, y después todo queda en silencio. Solo se oyen las profundas respiraciones de Coco y el zumbido del congelador en la cocina. Algunas partículas de polvo danzan bajo la luz del sol que se asoma por la ventana y la madera de las paredes cruje.

Al cabo de unos instantes, Frank se retuerce y empieza a hablar de nuevo:

—¿Sabes?, Tina y Elsa tienen una personalidad muy similar. Las dos son muy tranquilas y fáciles de tratar. Nunca tuvieron ninguna rabieta. Tina y yo nunca discutíamos como otras parejas, ni por dinero ni por otros temas. Y Elsa estaba empezando a salir de su caparazón y a disfrutar de la vida. Le iba bien en la escuela e incluso había hecho algunos amigos, aunque no era una persona que hiciera amigos fácilmente.

Mona asiente en silencio. También tiene recuerdos de Elsa. No por quien era, sino por lo que le ocurrió. No destacaba. Era bonita, rubia y de ojos azules, pero sin ningún rasgo distintivo. Era tímida y callada, con una personalidad desaborida que no llamaba mucho la atención. Pero, como dice Frank, era agradable y fácil de tratar.

Incluso solían utilizarla como *silenciadora* en el colegio. Es decir, una chica —pues las silenciadoras son casi siempre chicas— a la que ponían al lado de los chicos más revoltosos para que se callaran. No se tenía en cuenta lo que Elsa y las demás chicas pensaran al respecto o el efecto que esto pudiera tener en su desempeño. Era una solución cómoda para los profesores y para la dirección, y ellas acataban lo que se les decía que hicieran.

Siente una punzada de remordimiento y se muerde ligeramente el labio inferior. Elsa tuvo que sentarse al lado de William durante un tiempo, fue su *silenciadora*. Frank le dijo que le agradaba Wille, pero ¿cómo había afectado eso a su rendimiento académico? En realidad, eso ya no importa. Deja escapar un profundo suspiro ante la crueldad de lo que acababa de pensar.

—¿Y tú, Frank? —le pregunta—. ¿Cómo has estado?

Al oír esto, Frank menea la cabeza y el dolor vuelve a aparecer en sus ojos. Mona lo entiende, pero a la vez no. ¿Cómo puede vivir una persona con tanta incertidumbre durante tantos años, preguntándose cada día si estará viva? Si está viva, ¿qué tipo de vida tendrá y a qué habrá estado expuesta? Si está muerta, ¿qué habrá tenido que soportar antes de ser asesinada? Intenta imaginar todos los pensamientos que Frank tiene que soportar día tras día. Debe ser insoportable. No es de

extrañar que recurra al licor.

—Para mí ha sido diferente que para Tina —dice—. Y, cuando nos encontramos ayer, me di cuenta de cuántos años han pasado. Además…

—¿Además qué? —pregunta, ya que él no continúa.

—Eh —responde, volviéndose hacia Hedda como si sintiera la necesidad de explicarse más para hacerse entender—. Estábamos contentos después de habernos mudado del gueto de hormigón de Bergsjön, en Gotemburgo, a una casita ubicada en Vänersnäs. Era un sueño hecho realidad. Queríamos volver a la región donde creció Tina. El verano anterior habíamos alquilado una casa de campo a las afueras de Vänersnäs y todos nos enamoramos del lugar. Era imposible no hacerlo. —Mira a un punto fijo—. Era una casita de campo roja junto al agua. No era muy lujosa. —Sonríe y mueve la cabeza al recordarlo—. Tenía solo un retrete y el agua caliente apenas alcanzaba para un lavado.

»Teníamos un barquito de madera al que se le metía un poco el agua y en el que salíamos a remar y pescar. No es que consiguiéramos muchos peces, tal vez una perquita o dos, pero eso no era lo importante, sino que estábamos juntos en familia. Así que decidimos aprovechar la oportunidad y nos mudamos aquí. Entonces trabajaba en la fábrica de Volvo en Torslandaverken y tenía que desplazarme hasta allí. Pero conseguí trabajo en Saab y mi primer día allí iba a ser un mes después más o menos. Nos hacía mucha ilusión el aire limpio, el ritmo tranquilo y estar lejos de todos los riesgos de vivir donde vivíamos. Nos parecía un lugar donde la familia podía estar segura.

Resopla y desvía la mirada hacia la ventana.

—Qué equivocados estábamos.

17

Eva Jakobsson examina sus rostros cuando bajan las escaleras, pero aparta la mirada al no encontrar nada. Anton ya lo ha visto muchas veces. Las víctimas y los familiares suelen aferrarse a ellos, creyendo que pueden aparecer como una especie de Gandalf con su báculo mágico y solucionarlo todo. Pero solo son humanos, no tienen poderes mágicos ni pueden averiguar dónde está Agnes. Todavía no.

Anton huele el café recién hecho y le apetece una taza. Solo pudo tomar media taza en la comisaría de policía antes de que tuvieran que marcharse. Pero esto debe ser peor para Bodil. Normalmente, a esta hora ya se ha tomado unas cuatro tazas.

—¿Cómo ha ido? —les pregunta Eva, poniendo la mano en la barandilla—. ¿Habéis encontrado algo?

—Sí y no —responde Anton.

—Nos encantaría tomar ese café ahora —interviene Bodil, dando un paso hacia Eva.

—Sí, por supuesto —dice, sorprendida, quitando la mano de la barandilla—. Vamos a la cocina.

La cocina se ve nueva, aunque por el estilo parece que se renovó hace un par de décadas. Las paredes están pintadas en un hermoso tono verde grisáceo, que le quedaría perfectamente al techo de su pabellón.

—¿Cómo se llama ese color? —le pregunta Anton, acercándose a la pared, y pone una mano sobre ella.

—¿Perdón? —dice Eva, meneando la cabeza.

—El color de las paredes. —Se vuelve hacia ella, gesticulando con la mano—. Es un color excelente. ¿Cómo se llama? He estado buscando algo así.

Eva lo mira como si no entendiera la pregunta.

—Anton tiene mucho interés en la decoración de interiores —explica Bodil, sacando una silla de la mesa de la cocina—. Por eso pregunta.

—Ya veo —dice Eva, desviando la mirada—. Sinceramente, no tengo ni idea de cómo se llama, pero puedo preguntar a nuestro diseñador de interiores si lo necesitas.

—No, no hace falta. Pero gracias de todos modos.

Ella asiente en respuesta.

—¡Arne! —le grita tan fuerte que casi hace saltar a Anton de la sorpresa—. Ya han terminado. ¿Puedes venir?

Anton se acerca a la mesa, alrededor de la cual hay ocho sillas de cuero negro. Pone una mano en el respaldo y lo acaricia antes de retirar la silla con cuidado y sentarse.

Eva ha dispuesto las tazas y platos blancos en la mesa de roble barnizado en blanco, así como una bandeja de cristal que contiene bollos de canela caseros adornados con azúcar perlado y copos de almendra. Ella misma rellena las tazas de café mientras Arne entra en la cocina. Deja un libro en la encimera y se sienta frente a Anton y Bodil.

—Aquí tenéis —ofrece Eva, sosteniendo el plato.

—Gracias —dice Bodil, y enseguida coge un bollo y despega ávidamente el papel.

—Hemos terminado de inspeccionar el dormitorio de Agnes —informa Anton—. Nos gustaría revisar también lo que está empaquetado, pero lo haremos en la comisaría de policía.

—Sí, por supuesto.

—Hay algo que quisiéramos preguntaros. Encontramos varias invitaciones a eventos cristianos en el escritorio de Agnes. ¿Es una persona creyente?

Eva y Arne se miran entre sí.

—Sí, bueno —Eva se encoge de hombros—, puede ser.

—¿Puede ser? —Anton levanta las cejas.

—Sí —dice, lanzándole una mirada a Arne—. Me refiero a que no sabemos muy bien de dónde le ha venido eso, pero de repente llegó un día a casa hablando de Dios y esas cosas.

—¿Debemos concluir que no sois creyentes? —pregunta, pasando la mirada de Eva a Arne y de vuelta a ella.

Eva frunce el ceño como si todo aquello fuera un pensamiento completamente extraño.

—Nunca hemos sido religiosos y no entendemos muy bien de dónde le viene eso a Agnes.

—Supongo que debe haber sido por la música en primer lugar —interviene Arne, mirándola—. O, mejor dicho, por el canto.

—¿Cómo es eso? —pregunta Bodil, poniendo el dedo índice sobre un par de granos de azúcar perlado que quedan en el plato, y se los lleva a la boca.

—Le ofrecieron cantar en una banda cristiana —contesta, mirando a Bodil—. También dicen *banda* en la iglesia, ¿no?

—Supongo que sí —asiente Bodil.

—Así es como empezó y después se adentró cada vez más en eso, qué puedo decir… —explica, y mira a su mujer.

—Empezó a leer la Biblia —añade Eva—, y también a ir a cursos y campamentos y cosas así. Pensamos que se trataba solamente de una fase por la que estaba pasando, pero no.

—Y esa banda en la que cantaba, ¿dónde está?
—En la Iglesia ecuménica de Trollhättan.

18

«Parece una maldita hamburguesa con queso», piensa Hedda al mirar la figura encorvada de Frank mientras este desaparece por el sendero que atraviesa el hayedo. Es una figura triste con manos temblorosas y ojos enrojecidos a los que les cuesta fijar la mirada. Habría encajado bien entre los amigos de su padre. También ellos tenían ese aspecto rosado y lustroso cuando se vestían para salir. Algo que sucedía, generalmente, cuando tenían que ir a un funeral. Era entonces cuando se ponían elegantes. Se lavaban, se vestían con trajes finos y se sentaban muy derechos en los bancos con el escaso pelo bien peinado y lleno de pomada —como ellos la llaman—, y con las manos temblando, conscientes de que la próxima vez podía tocarles a ellos.

Su padre siempre quería que ella lo llevara. No sabe por qué lo hacía si él nunca había hecho nada por ella. Pero pedía prestado un coche, lo llevaba y se sentaban allí en los duros bancos, cantando himnos de una manera tan exagerada que se creaban olas en la pila bautismal. El sacerdote decía unas palabras sobre el difunto, lo cual siempre resultaba extraño porque no solía conocer a la persona fallecida, y todo terminaba con un último adiós junto al ataúd mientras los asistentes lloriqueaban un poco. Era entonces cuando ella quería salir porque la reunión se volvía un café de iglesia en el que se bebía *kask* (café con *whisky*) y se hablaba de viejos recuerdos.

Frank desaparece al fin tras el recodo y Hedda mira el patrón tembloroso del sol que se filtra a través del follaje. Luego se gira y se une a Mona, que ya ha empezado a caminar hacia la casa.

—No recuerdo lo del secuestro —comenta, y en ese momento percibe el olor de una barbacoa encendida. Las tripas le gruñen y recuerda que no ha comido desde el desayuno.

Mona la mira.

—Tú tenías apenas seis años cuando eso ocurrió, pero fue una gran conmoción en el pueblo. Las personas no se atrevían a dejar que sus hijos salieran solos, incluso mucho tiempo después de la desaparición de Elsa.

Hedda no recuerda que su padre le dijera nunca que se quedara en casa y tuvo que aprender por sí misma que debía desconfiar de los extraños. Una vez el maldito pedófilo de Bjarne la llevó a un callejón detrás de la biblioteca y se bajó los pantalones para mostrarle el paquete. Aunque ella no sabía lo que era, se dio cuenta de que no era algo bueno y salió corriendo tan rápido como pudo. Después de ese

incidente, lo evitaba siempre que lo veía con su asqueroso abrigo. Y así fue durante años.

Entran en la casa y ella se quita los zapatos en el vestíbulo.

—¿Tú también trabajaste en el caso de Elsa?

—No —contesta Mona, meneando la cabeza, y cuelga la correa de Coco en el gancho—. Acababa de dejar mi trabajo como abogada para comenzar a trabajar como concejal. Ese caso nunca llegó a los tribunales porque no había ningún autor del delito. Pero fue muy sonado y se difundió por todas partes. Todo el mundo hablaba de eso, era imposible no enterarse. Poco tiempo después, un periodista de un periódico vespertino escribió un libro sobre el tema. De hecho, lo tengo en la estantería por si te interesa leerlo.

—¿Y cómo conoces a este *señor hamburguesa*?

—¿*Señor hamburguesa*? —Mona levanta las cejas.

Hedda se encoge de hombros. Casi todo el mundo tiene algún apodo, así se acuerda mejor de las personas. Ha conocido muchas a lo largo de su vida. De pequeña le costaba recordar quién era quién, pues todos hablaban, olían y bebían igual, pero entonces descubrió que si les ponía un apodo podía saber inmediatamente de quién se trataba. Como Claes *Espía*, Janne *Lata* y Katta *Uñas*.

—Es que tiene el cuerpo todo torcido.

Mona la mira.

—Sí. Supongo que tienes razón. Lo conozco porque Elsa iba a la misma clase que William en el colegio Rånnum. Tenía diez años cuando se mudaron aquí, y Frank y Tina tenían mucho interés en que encajara bien en el colegio. Eran muy activos como padres e hicieron un esfuerzo por conocernos al resto de nosotros.

—Entiendo —dice, aunque en realidad no lo entiende, ya que ella siempre tuvo que valerse por sí misma cuando era pequeña. Nadie las acompañaba a ella y a sus amigas al colegio, y cuando tenían tiempo libre, solían pasar el rato en el patio de recreo o en alguna arboleda. Cuando eran adolescentes y era invierno, a veces iban al centro juvenil, pero solía haber muchas peleas allí. También solía ir al *dojo* con su hermano. Le caía bien al entrenador y este le daba lecciones a cambio de limpiar.

Podría haber sido tan buena como su hermano en el *wushu*. O incluso mejor. El entrenador le decía eso todo el tiempo, pero ella no quería robarle el protagonismo a Ragnar, así que fingió que no estaba interesada en competir. Pero por supuesto que quería hacerlo. Le habría encantado subir al *ring* para aplastar a sus oponentes. En lugar de eso, prefirió dejar los entrenamientos y luego comenzó a holgazanear cada vez más. Faltaba a clases todo el tiempo y salía con sus amigos, hasta que, un buen día, decidió que ya era suficiente y que iba a ser alguien en la vida.

Ragnar, por su parte, llegó a convertirse en uno de los mejores artistas marciales de Suecia durante un tiempo, pero no soportó la presión y empezó a consumir drogas. Más tarde, Hedda descubrió que el problema no era la presión, sino más bien el hecho de que al entrenador le gustaban demasiado los chicos. Cómo odia a ese hijo de puta, con su sonrisa zalamera y sus manoseos depravados. Si no hubiera sido por él, Ragnar aún estaría vivo.

Mira a Mona, quien coloca una cápsula en la cafetera y la pone en marcha. A veces no puede creer la podredumbre que ha tenido que tragarse. ¿Y si nunca hubiera ido a buscar a Mona tras su visita al club? Ese día tuvo el presentimiento de que tenía algo que ganar con esa visita y, sin duda, tenía razón. Le abrió su casa y ahora vive aquí, en esta villa lujosa, y puede ir y venir a su antojo.

Desearía no haber sido tan estúpida la primera vez que estuvo aquí. Este sentimiento de culpa la carcome, pero no sabe qué hacer al respecto. ¿Debería decírselo a Mona? No está segura de que sea una buena idea. Mona es una persona muy firme y siempre hace hincapié en la confianza y en la importancia de decir la verdad. No está segura de que pueda perdonarla.

19

Hedda respira con dificultad. Sus pies desnudos rebotan ágilmente sobre la colchoneta roja. Al momento de recibir el impacto, casi se dobla de dolor a causa de la fuerza del mismo. Pierde el aliento y deja escapar un grito, pero en menos de un segundo el dolor se convierte en ira y Hedda va a por todas, lanzando una patada alta que golpea a su oponente justo en la cabeza. Este cae en la colchoneta con un ruido sordo y se queda allí tendido.

El entrenador se acerca corriendo, enfundado en sus pantalones cortos Adidas y su camiseta negra. Se cuela entre las cuerdas, se agacha junto a Amir y, de inmediato, le levanta la cabeza, le saca el protector bucal y le da unas palmaditas en la mejilla para intentar reanimarlo. Hedda los mira mientras sigue dando pequeños saltos en su lugar y su respiración agitada resuena en sus oídos.

Perdió la concentración por un instante. El golpe fue duro y no estaba preparada para ello. Ha sido su culpa. No puedes permitirte distracciones como esa cuando estás en el *ring*. No tenía derecho a enfadarse con su compañero de entrenamiento, pero esa patada en el muslo le ha dolido demasiado y así es como suele responder al dolor: devolviendo el golpe duramente y sin piedad.

—¡Amir! —grita el entrenador.

Amir se mueve un poco. Levanta algo la cabeza y la sacude, y después se incorpora lentamente sobre un codo.

—Estás loca —dice el entrenador dirigiéndose a ella. Sus ojos negros brillan con ira y Hedda da un paso atrás—. ¡Si no puedes controlarte, no deberías subir al *ring*! —le grita.

Ella menea la cabeza. No soporta que le griten. Siente el jersey pegado a la espalda y también el pelo mojado de sudor.

—¿Acaso no te das cuenta de que podrías haberlo matado con una patada como esa?

Hedda se encoge de hombros y empieza a quitarse los guantes.

—No puedes volver aquí hasta que entiendas eso.

Ella frunce el ceño. ¿Acaba de expulsarla del club?

—Que te jodan —contesta, girando sobre sus talones, y se marcha.

20

La Iglesia ecuménica de Trollhättan es un edificio moderno y frío, pero también solemne y digno de respeto. Del alto techo cuelgan lámparas tan largas que parecen columnas y las paredes interiores están revestidas del mismo ladrillo amarillo que la fachada. Anton y Bodil suben por el pasillo del altar y las suelas de goma de sus zapatos resuenan sordamente sobre las baldosas de color terracota. Pasan por delante de varias hileras de bancos de madera clara y se detienen delante de la zona del coro, que también sirve de escenario. Los cinco jóvenes que están allí siguen el recorrido de Anton y Bodil por la iglesia mientras siguen tocando y cantando sus tributos a Jesús.

—Disculpad —dice Anton, levantando una mano.

Los instrumentos se silencian uno tras otro hasta que el último acorde de guitarra se apaga.

—Somos de la policía —continúa, y ambos muestran enseguida sus respectivas identificaciones—. Necesitamos hablar con vosotros sobre Agnes Jakobsson.

—¿Sí? —La chica que estaba cantado contesta con el micrófono y su voz clara llena la sala—. ¿Qué pasa con ella?

Anton se encuentra con su mirada mientras un rayo del sol de la tarde cae sobre él a través de la alta ventana de vidrio estampado que está detrás del presbiterio. Da un paso a un lado para no verse deslumbrado por el sol y continúa:

—Tenemos entendido que estaba en vuestra banda.

—Sí, es correcto —dice, y mueve una mano para apagar el micrófono—. ¿Por qué lo preguntáis?

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Bodil, dando un paso adelante mientras saca un cuaderno negro y un bolígrafo.

—Anna —responde con una voz menos dura.

—Muy bien, Anna, voy a pedirte que respondas algunas preguntas. Intenta hacerlo de la manera más clara posible.

—Vale —contesta, encogiéndose de hombros, y deja una pandereta en el suelo, con el repiqueteo correspondiente, antes de sentarse en una silla junto al piano.

—Ya no está en la banda —comenta un tipo de ojos grandes y pelo oscuro, cuyo aspecto hace pensar a Anton en Jesucristo—. Se ha mudado a Gotemburgo.

—Sí, debería haberse mudado a Gotemburgo —dice Bodil—. Pero sospechamos que le ha ocurrido algo.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Anna, volviéndose hacia los otros miembros de la banda, y su mirada se detiene en el tipo con aspecto de Jesucristo—. ¿Tú sabes algo, Dogge…?

—¿Qué? —interrumpe él, dejando la guitarra y poniéndose de pie —. ¿Qué ha pasado?

—Si bajáis todos, podremos hablar mejor. —Bodil retrocede un paso y continúa mientras se acercan a ella—: Los padres de Agnes han denunciado su desaparición y nosotros…

—Disculpad. —La voz detrás de ellos suena autoritaria. Al girarse, ven a un hombre con pelo gris y gafas. Lleva vaqueros y una chaqueta negra, y lo único que revela su cargo es la camisa negra con cuello de clérigo—. ¿Quiénes sois vosotros? —pregunta, poniéndose delante de ellos.

—Somos de la policía.

El hombre se queda mirándolos durante un instante con el ceño fruncido.

—¿Y tenéis alguna identificación?

Los dos muestran sus identificaciones y el hombre las mira con atención. Entonces asiente y dice:

—Vale, todo bien. Solo quería asegurarme. Es muy importante para nosotros cuidar a nuestros jóvenes. Por eso, cuando vienen personas desconocidas a nuestra iglesia para hablar con ellos, nos gusta saber quiénes son.

—Entiendo —dice Anton—. ¿Y quién es usted?

—Me llamo Joel Lööv. Soy el pastor de esta parroquia.

—Entonces, ¿también conoce a Agnes Jakobsson?

—Sí, por supuesto. Agnes solía venir aquí a menudo. —Mira a Anton y a Bodil de manera sucesiva—. Pero ¿por qué lo preguntáis? ¿Le ha pasado algo?

—Ha sido declarada como desaparecida. Y las personas de esta iglesia parecen estar entre las últimas que la vieron.

21

Hedda está masajeando su muslo dolorido cuando Mona entra en la cocina. Trae consigo un olor a caballo mezclado con su perfume de Dolce & Gabbana. Mira a Hedda y sonríe con sus brillantes labios.

—¿Así que aquí estabas? Pensé que te habías ido al gimnasio.

—Acabo de regresar —dice, mirando su ordenador. Ha estado pensando en todo lo que Frank les contó y si sería posible que Elsa siguiera viva.

No se puede hacer *thai boxing* sin enfocarse por completo. El golpe que se ha llevado en el muslo es una buena prueba de ello. Ya ha hablado con Amir y está bien. La única cuestión ahora es cómo hacer las paces con el entrenador. Hedda reconoce que ha sido un poco infantil por su parte marcharse sin más, pero él tampoco hizo lo correcto al gritarle así. Dejará pasar unos días y entonces irá a hablar con él. De alguna manera, podría ver esto como una oportunidad para empezar a practicar sus habilidades diplomáticas.

Levanta la vista hacia Mona.

—He estado pensando —dice, dejando de masajearse el muslo.

Mona sonríe levemente.

—¿En Elsa?

Hedda asiente en silencio. Parece como si pudiera leerle la mente. Antes de conocerla, no creía que alguien pudiera hacer algo por otra persona sin esperar nada a cambio. Mona ha cambiado su visión del mundo por completo. Aunque, por supuesto, también podría ser la excepción que confirma la regla. Sonríe para sí misma. Aunque tal vez su forma de pensar se deba simplemente al hecho de que se ha rodeado de la gente equivocada.

También hay otra cosa que le agrada de Mona. Ha conocido a muchas personas duras y que no se echan atrás. Del tipo de gente que siguen golpeando a pesar de tener un brazo roto y que escupen un diente caído como si no fuera nada. Pero Mona es dura en otro sentido. Una vez que se decide a hacer algo, va a por ello como si fuera una maldita excavadora. Por primera vez en la vida, siente admiración por otro ser humano. Además de Jan Eliasson, a quien en realidad no conoce en persona. Mona no es solo una vieja rica que la ha acogido como proyecto de caridad. Es genuina. Entonces mira hacia otro lado. ¿Y si la única persona a la que ha admirado descubre que la ha traicionado?

—¿Qué has pensado? —le pregunta Mona, acercándose a la

nevera.

«Joder —piensa, volviéndose hacia Mona—. ¿Será que estoy ablandándome? Debo controlarme. Siempre me las he apañado sola y puedo seguir haciéndolo». Si Mona se enterara de lo que ha hecho, no podría hacer nada al respecto de todas maneras. En cambio, el destino de Elsa es algo que podrían llegar a resolver y se muere de curiosidad por saber más al respecto.

Pero no es solo por curiosidad. Por alguna extraña razón, también se siente culpable. Cuando desapareció a los once años, Elsa tenía todas las condiciones para disfrutar de una buena vida. Sus padres hacían todo por ella. Se preocupaban de que ella y su hermana pequeña tuvieran una buena educación y buscaban que se integrara en su nuevo colegio y que hiciera amigos. A esa edad, Hedda vagaba por las calles, robaba caramelos y ya había probado el alcohol. Se movía entre borrachines, pedófilos, drogadictos y ladrones, pero fue a Elsa a quien secuestraron y no a ella. ¿Cómo es posible que se haya librado de ese destino?

—Es extraño, ¿no? —dice Mona como si se hubiera metido en su cabeza—. Uno se pregunta por qué fue ella en particular. ¿Fue casualidad? ¿Tuvo la mala suerte de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado o fue una operación de secuestro muy bien planificada?

—Sí, exactamente —responde Hedda—. Provoca mucha curiosidad.

Mona asiente.

—Entiendo que Frank quiera darle un cierre. Debe ser terrible no saber qué ocurrió en realidad. —Hace una pausa—. Pero me he quedado con la sensación de que había algo más.

—¿A qué te refieres? —pregunta Hedda.

—No lo sé. —Abre la puerta de la nevera para mirar dentro—. Parece como si hubiera algo que no quiere decir. —Se encoge de hombros y coge algo—. Pero puede que me equivoque.

Hedda asiente, pensando una vez más en su propio secreto, que ahora le escuece como una piedra en el zapato.

—¿Vas a ayudarlo? —le pregunta.

Mona empuja la puerta de la nevera y esta se cierra de golpe con su usual sonido de succión. Lleva el paquete de salami picante a la encimera de la cocina y empieza a desenvolverlo.

—No lo sé —contesta, sacando un plato del armario.

—Ha dicho que está dispuesto a pagar.

—Sí, pero no dudo por eso. —Comienza a poner las finas rebanadas en la bandeja—. Si decidiera ayudarlo, tendría que ser *pro bono*.

—¿Quieres decir que lo haríamos gratis?

—Sí.

—¿Y? —le pregunta, gesticulando con las manos—. ¿Vamos a hacerlo o no?

Mona se vuelve hacia ella.

—No lo sé. ¿Tienes tiempo? Las clases van a comenzar pronto y eso va a requerir mucha dedicación.

—Joder, claro que tengo tiempo. No hay problema.

Mona coge una loncha de salami y se la lleva a la boca. La mastica lentamente con la mirada puesta en Hedda. Luego asiente y dice:

—Está bien. Vamos a ayudarlo.

—¡Sí! —exclama, aplaudiendo emocionada más allá de su propia comprensión—. ¡Así se habla!

Mona saca dos copas de vino y las pone sobre el banco. Luego coge una botella de vino tinto, quita la cápsula y saca el corcho. Vierte el vino en las dos copas y se vuelve hacia ella.

—Para ser sincera, dudo mucho que encontremos algo. Es uno de los casos que más atención ha recibido en la historia de Suecia. Es poco probable que podamos dar con algo nuevo, pero puede ser una buena oportunidad para que comiences a trabajar en una investigación criminal.

Hedda se levanta y maldice a causa del muslo. Le duele mucho todavía, pero se ha vendado la pierna para mejorar la situación.

Mona la mira.

—¿Qué pasa? ¿Te duele?

—Ah, sí, me he llevado un golpecito. —Hedda ignora el tema y continúa—: Quizá podamos encontrar algo —comenta, intentando con ello que Mona no cambie de opinión—. ¿Dónde puedo leer más sobre el tema?

Mona coge las dos copas y se acerca a ella.

—Puedes empezar por buscar en Google. *Efterlyst* hizo un seguimiento del caso. Y también puedes leer el libro del que te he hablado antes. Podemos pedirle a Frank que venga mañana y que nos cuente los hechos con sus propias palabras. Quizá tenga que pedir ayuda a mis antiguos contactos. —La mira a los ojos—. Hay una cosa más. No es que importe demasiado, pero deberías saber que Frank no es el padre biológico de Elsa.

22

La sala de reuniones es tan grande que parece que podría albergar a un par de cientos de personas. De las paredes cuelgan tapices con motivos bíblicos. Anton ya ha conseguido identificar la Última Cena, la Zarza Ardiente y el Arca de Noé, pero no tiene ni idea de lo que representan los demás. Puede oír los murmullos de Anna, Dogge y los demás miembros de la banda desde el otro extremo de la sala. Van a hablar con ellos un poco más tarde, ya que antes quieren intercambiar unas palabras con Joel Lööv en privado.

—¿Así que usted es el sacerdote aquí? —pregunta Anton.

—Así es. —Joel tira de su cuello de clérigo blanco—. O pastor, en realidad.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunta Bodil.

—Un sacerdote trabaja en la Iglesia Estatal de Suecia y un pastor, en una iglesia independiente, como la Iglesia ecuménica. Pero las tareas son esencialmente las mismas —explica con sonrisa—. Aunque también puede haber alguna diferencia en cuanto a la formación. Un pastor suele tener un título universitario de cuatro años en Teología. Por supuesto que hay muchos pastores que también cuentan con una formación teológica, pero no es un requisito en todas las iglesias. Así que, en teoría, se puede llegar a ser pastor de todos modos.

—¿Así que cualquiera puede convertirse en pastor?

Joel se encoge de hombros.

—Podría decirse que sí, pero es poco probable. Para ser pastor se necesita una vocación y una fuerte fe en Dios, así que yo diría que no es para cualquiera.

—Entiendo. Pues bien, ahora que lo sabemos —dice Bodil—, hablemos de Agnes. ¿Es miembro de su parroquia?

—Sí, ha sido acogida en nuestra comunidad. He tenido muchas conversaciones con ella. Sus inquietudes la habían llevado a buscar en varias parroquias, pero finalmente ha sido aquí donde ha encontrado su hogar.

—Debe ser una lástima que vaya a mudarse a Gotemburgo.

El pastor asiente con seriedad y vuelve a tocarse el cuello de la camisa.

—Sí, por supuesto que la echaremos de menos, pero hay varias parroquias en Gotemburgo que la acogerán y la invitarán a unirse. Ya le he recomendado un par de ellas que creo que pueden ser una buena opción. Sería maravilloso que se mantuviese cerca de Dios y se uniera

a una iglesia como la nuestra. Dios y nuestras comunidades están en todas partes, siempre dispuestas a tender una mano.

—Qué bien —dice Anton. Aunque no ha tenido contacto real con la iglesia y la comunidad religiosa, aparte de cantar en el coro de la iglesia durante un par de años cuando era niño, entiende que los verdaderos creyentes encuentran fuerza y consuelo en ello.

—En estas conversaciones que dice haber tenido con Agnes, ¿alguna vez ha surgido algo que le hiciera pensar que ella querría desaparecer o que hubiera alguna amenaza para ella?

—No, en absoluto. Hemos hablado sobre todo de su búsqueda. Me sorprende oír que alguien la haya amenazado.

—No lo sabemos todavía, era más bien una pregunta general.

—Entiendo. —Joel junta las manos en su regazo—. No, no he escuchado nada de eso.

Anton asiente y luego dice:

—Si se enterara de algo, nos encantaría que nos lo dijera.

—Por supuesto.

Anton se levanta y se dirige a Bodil:

—Entonces, ¿vamos a hablar con los demás?

23

—¿Qué? ¿No era su verdadero padre? —repite boquiabierta, mirando a Mona—. Joder —continúa—. Si mi padre hubiera sido la mitad de lo que Frank fue con su hija de mentira, yo habría tenido una infancia totalmente diferente. —Pone cara de fastidio—. De verdad.

Mona entiende la sorpresa de Hedda y el hecho de que sienta cierta envidia. Para alguien con una historia como la suya, es difícil comprender cómo alguien puede mostrar un compromiso genuino y total con una hija que ni siquiera es de su propia sangre.

Mona asiente y lleva a la mesa el salami picante, las aceitunas y el pan.

—Se metió en un gran compromiso —dice, dejando el plato—. Quizá demasiado grande, teniendo en cuenta que esto se ha vuelto un ancla. No ha sido capaz de seguir adelante. —Saca una silla y se sienta —. Creo que se ha convertido en una obsesión malsana para Frank. Si hubiera recibido o, mejor dicho, aceptado ayuda para superarlo, su vida podría haber sido muy diferente.

—Sí, es posible —contesta Hedda, pensativa—. Pero, ya sabes, a algunas personas no se les puede hacer cambiar de dirección. —Se da un golpecito en la cabeza—. Una vez que a la gente se le mete alguna idea, es imposible sacársela de la cabeza.

—Sí, supongo que tienes razón —asiente Mona mientras rocía el plato con aceite de oliva—. Elsa tiene una hermanastra que es hija biológica de Frank. Se llama Michelle y tenía un año cuando Elsa desapareció. Pero Frank casi nunca habla de ella.

Hedda entorna sus ojos oscuros y pregunta:

—¿Quién era su verdadero padre entonces?

Mona coge un trozo de pan de la panera y lo moja en el aceite.

—No lo sé. Nunca llegué a verlo durante el tiempo en el que Elsa estuvo en la clase de William. Pero, según lo que escuché de otra gente, no era una persona muy grata. Tengo entendido que Tina lo dejó por eso. Y varios años después conoció a Frank.

—¿No era una persona muy grata? —Se ríe al repetir esas palabras —. ¿Qué significa eso?

—Me refiero a que era un criminal con problemas de alcohol y parece que también de drogas. Y sospecho que golpeaba a Tina — explica mientras coge la sal—. Según tengo entendido, Elsa nunca llegó a conocerlo. Era muy pequeña cuando Tina lo dejó y nunca lo vio como a un padre. Elsa tenía siete años cuando Frank llegó a su

vida, y hasta entonces ella y Tina habían vivido solas. Tenían una relación muy estrecha, más como hermanas que como madre e hija.

Mona espolvorea la sal sobre el aceite, vuelve a mojar el pan en el aceite y muerde un trozo.

—Pero, entonces, puede ser que él se la haya llevado. El padre, quiero decir —contesta Hedda—. ¿Es un inmigrante? Porque hay muchos casos así en los que se les mete en la cabeza que tienen que mandar a sus hijas a su país de origen para que se casen con su primo treinta años mayor. Le ocurrió a una amiga mía.

—No —dice Mona, negando con la cabeza—. No es de origen extranjero. En todo caso, me sorprendería mucho que no lo hayan investigado. Pero vale la pena investigarlo de nuevo, por si acaso. Voy a intentar conseguir todos los documentos de la investigación policial.

—¿Puedes hacer eso?

Mona asiente. No sabe si son documentos confidenciales, pero sabe con quién hablar en caso de que lo sean.

—Sí, no creo que sea difícil conseguirlos. Y también deberíamos hablar con los policías que estuvieron a cargo de la investigación.

Hedda se levanta y acerca su ordenador.

—He estado pensando en lo que dijo Frank, ya sabes, que Elsa y su madre nunca tuvieron arrebatos de ira ni nada de eso. ¿No te parece raro que dijera eso? —pregunta, meneando la cabeza—. Y que eran muy tranquilas y fáciles de tratar. ¿Quién dice eso de su mujer y de su hija?

Mona asiente. Ella ha estado pensando lo mismo.

—Sí, es algo extraño. Estoy de acuerdo.

—Sí, ¿qué demonios ha sido todo eso? —contesta, abriendo el ordenador—. Elsa tenía once años cuando desapareció, ¿no? Y las rabietas son de lo más común a esa edad. A menos que fuera muy madura para su edad.

—Aunque en este caso no creo que importe si era madura o no. Simplemente, no era el tipo de chica que tiene rabietas.

—Puede ser. Pero no se sabe cómo habría sido de adolescente.

—Es cierto. —Mona vuelve a mojar el pan y observa mientras el aceite desaparece del plato al ser absorbido por el pan. Luego mira a Hedda—. Honestamente, no entiendo nada. Un minuto dice que está seguro de que su hija está viva y al siguiente se conforma con que la encuentren muerta. ¿Qué es lo que quiere en realidad?

24

Hay un ambiente angustioso alrededor de la mesa. Anna, Dogge y los demás están sentados en silencio y cabizbajos, mirándose unos a otros. Anton quiere hablar con ellos en grupo, ya que esto podría hacer más fácil entablar una conversación. Les dirige una sonrisa y enseguida se sienta en una de las sillas vacías.

—¿Así que Agnes está en la banda?

Anton mira a los chicos sentados alrededor de la mesa.

—¿Nadie quiere contestar?

En caso de que los chicos no quieran hablar, tendrá que optar por mantener conversaciones individuales. Pero entonces el pastor Joel se aclara la garganta y comienza a hablar:

—Supongo que yo puedo empezar describiendo lo que hacemos en nuestra iglesia. Ofrecemos una amplia variedad de actividades, desde rítmica para niños y cursos de confirmación en acampadas hasta veladas de gofres y reuniones de jubilados. Y, en general, la música es una parte esencial de nuestra comunidad. Por eso estamos encantados de recibir bandas cristianas en nuestra parroquia. Como la que tenemos aquí hoy. —Les dirige una sonrisa a la vez que hace un gesto con la mano, pero, al no obtener respuesta, continúa—: Agnes estaba en la banda. Era la vocalista. Y debo añadir que canta muy bien. Tiene una voz clara y limpia que llega directamente al corazón.

Anton asiente y se dirige a la chica rubia:

—Y tú, Anna, ¿estás sustituyendo a Agnes?

Al oír esto, la chica asiente y se ruboriza.

—Sí. No soy tan buena como Agnes, pero hago lo que puedo.

—Aunque primero era tu lugar —dice otra chica con perspicacia y agresividad.

Anna se encoge de hombros y evita mirarla.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Bodil.

—Vanessa —contesta, alisando su larga y espesa cabellera de modo que esta se ondula sobre su espalda.

—Vale, Vanessa. ¿Y qué quieres decir con que era su lugar?

—Cuando Agnes llegó, se hizo con el puesto de vocalista.

—Sí, pero eso no importa —dice Anna, retorciéndose—. Ella canta mucho mejor de lo que yo jamás podría.

—Ah, ¿eso piensas ahora?

Anna lanza una mirada suplicante a Dogge, pero no consigue respuesta.

—Recuerdo muy bien cómo la llamabas —interviene Vanessa, cruzándose de brazos e inclinándose hacia atrás en su silla—. Decías que era una perra.

—No, no es verdad.

—¡Por favor! Si todos aquí lo sabemos —insiste Vanessa, mirando alrededor de la mesa. Alguien se encoge de hombros, otra mira hacia otro lado. Dogge la mira a los ojos, pero no dice nada—. Es tan típico de vosotros callar ahora. Todo el mundo pensaba que era una perra, pero Joel insistía en que cantara con nosotros.

La sala queda en silencio y todos miran al pastor, quien se aclara la garganta y comienza a hablar:

—No entiendo… —dice, pero su voz se apaga—. Supongo que no era consciente de que os sentíais así. Entonces, tal vez sea bueno que se mude a Gotemburgo.

Vuelve a haber silencio.

—Parece que Agnes no os cae bien —comenta Anton al fin, y todos bajan la vista excepto Vanessa, quien enfrenta su mirada de manera desafiante—. ¿Anna? —insiste Anton, pero ella menea la cabeza. Dirige una mirada a Bodil y, después, a los demás—. Tal vez deberíamos hablar con vosotros de uno en uno.

Ahora es Dogge quien levanta la vista y se lleva un mechón de ese largo pelo de Jesucristo detrás de la oreja.

—No es tan malo como parece. Vanessa está exagerando. —Recibe una mirada de enfado de ella, pero la ignora—. Agnes llegó a finales de marzo y se convirtió en la vocalista. OK, es cierto, es una chica un poco difícil. —Gesticula con las manos—. Una vez que se unió, quería tomar todas las decisiones, y eso no funciona en una banda. Pero sabíamos que sería solo por un tiempo, porque luego tendría que mudarse a Gotemburgo.

Anna asiente y dice:

—Dogge tiene razón. Era un poco pesada. —Mira a Vanessa—. Y Vanessa también tiene razón. Decíamos cosas cuando no estaba, pero, en realidad, pensamos que es buena persona.

—¿Cuándo la visteis por última vez? —pregunta Anton.

—Ayer, para una pequeña despedida. Incluso compramos una tarta. Podéis mirar en el frigorífico, ha sobrado un poco.

El pastor Joel carraspea una vez más.

—Eh —suelta una carcajada—, me temo que ya no está. Tenía tanta hambre que me he comido lo que quedaba.

Anton mira al pastor y, luego, a Dogge.

—¿Elsa no mencionó nada sobre ir a ver a alguien después? ¿O si iba a ir a alguna parte?

—Sí, dijo algo sobre ir a correr —responde Anna en lugar de Dogge —. Le gusta hacer *trail running*, así que va a correr a todas partes, pero

creo que dijo que iba al monte Hunneberg.

Anton asiente.

—Sí, es lo que sabemos. —Se vuelve hacia a Bodil para ver si quiere hacer más preguntas, pero ella niega con la cabeza—. Bueno —sonríe—, si no tenéis nada más que añadir, es todo por nuestra parte. Pero, si recordáis algo después, os agradeceremos que nos lo comuniquéis.

—De acuerdo —dice el pastor Joel—. Es bueno que todo haya quedado aclarado. Solo queda rezar por que Agnes esté bien. —Se levanta y continúa—: Por cierto, sobre vuestra pregunta de cuál es la diferencia entre un sacerdote y un pastor.

—¿Sí? —asiente Anton, mirándolo de manera inquisitiva.

—Además de la formación, hay otra diferencia importante. Un sacerdote siempre jura guardar el secreto, así que, por ejemplo, no puede testificar ante un tribunal. De hecho, el sacerdote es la única persona en nuestra sociedad que tiene una obligación absoluta y de por vida de guardar el secreto profesional. Con los pastores es un caso un poco diferente, pues no siempre sucede que un pastor haya hecho el mismo voto estricto de guardar el secreto.

25

El sol del atardecer tiñe el cielo de un tono dorado mientras Mona se recuesta en el mullido sillón de ratán. Está a punto de cerrar los ojos cuando tiene la impresión de que algo se mueve por el rabillo del ojo. Gira la cabeza y, al otro lado de la hierba, ve un ratoncito de campo. El ratón cambia de trayectoria varias veces antes de detenerse de repente y quedarse sentado sobre sus patas traseras. Mona sonríe. Le parece tan gracioso con sus cortas patas delanteras sobresaliendo por delante del resto del cuerpo. El ratón la mira directamente con sus brillantes ojos negros. Parece casi como si estuviera tratando de decirle algo.

Mona se ríe de esta idea y se lleva el porro a la boca. Da una profunda calada y deja escapar el humo con lentitud. Su ansiedad suele empeorar por la noche. Algo le pasa cada vez que el sol está a punto de ponerse. Se ha dado cuenta de que, a medida que envejece, su ansiedad se parece cada vez más a la que tenía su abuela Johanna.

La abuela tenía los mismos ojos azules que tiene Mona. Ojos que veían todo, incluso lo que no podía verse. ¿Era la sabiduría acumulada durante toda una vida o algo más? ¿Realmente tenía un sexto sentido? Mona estaba convencida de eso cuando era pequeña, aunque no supiera cómo expresarlo con palabras. Sin embargo, al crecer, aprendió que no había tal cosa.

Aún recuerda todas las veces que se sentaron frente a frente en la reluciente mesa de la cocina, cada una con una gran taza azul. La abuela siempre echaba un chorrito de café en la taza de Mona y ella fingía que bebía. Este recuerdo la hace sonreír. Obviamente, la abuela sabía que no le gustaba el café, pero el chorrito de café la hacía sentirse mayor. Era su momento de estar juntas. Hasta que las cosas cambiaron. Los ojos de la abuela se quedaron en blanco y no hubo forma de comunicarse con ella.

Al principio, esos ojos en blanco le parecían espantosos, pero luego comprendió que no era para tanto. A veces le duraba poco, a veces mucho, pero siempre volvía. Y, cuando volvía en sí después de un rato, le decía que quería un trago de aguardiente y Mona se lo conseguía.

Se mira los pies descalzos. Lleva las uñas pintadas de un rojo coral que brilla contra el parqué de color gris claro. Mueve los pies lentamente de un lado a otro de la madera suave y casi puede sentir las alfombras tejidas de tiras que tenía su abuela. Solían fregarlas en el

lago con jabón verde cada primavera.

La abuela guardaba el aguardiente en un armario de madera de pino ubicado en la esquina de la cocina. El armario tenía detalles de hierro forjado negro en las esquinas y la llave estaba siempre en la cerradura. Costaba un poco abrirlo en determinada posición, así que siempre tenía que luchar antes de conseguir abrirlo con un clic. Las bisagras crujían débilmente al abrir la puerta del armario y allí, en el estante del medio, había un vaso y una botella con un barco vikingo con una vela a rayas rojas y blancas en la etiqueta. Tiempo después se enteró de que se trataba de Vodka Explorer.

No era un vaso de chupito, sino un vaso de verdad. Lo llenaba hasta la mitad, tal y como quería la abuela, y la veía tomárselo sin hacer el menor esfuerzo. Contenía la respiración durante un momento y le guiñaba un ojo como para decir que todo estaba bien, y después se levantaba de la mesa.

Cuando llegaba el verano, salían para sentarse en los escalones, y la abuela la abrazaba y le hablaba sobre gnomos, troles y ninfas de los bosques. Le encantaban todas esas historias.

Mona mira otra vez hacia abajo. El ratoncito sigue sentado en el césped, mirándola. Un rayo de sol hace brillar su pelaje y sus bigotes tiemblan ligeramente cada vez que mueve el hocico. Mona sonríe y respira hondo. La abuela tenía sus secretos y ella también tiene los suyos. Secretos que solo ella y Alexander saben. El hombre que entró en su sala del tribunal aquel glorioso y bello día de primavera de hace ya muchos años y la hizo perderse por completo en su mirada. Alto, de pelo oscuro y vestido con un tipo de traje que no se veía muy a menudo en el tribunal de distrito de Vänersborg. Cuando sus miradas se encontraron, Mona supo que todo estaba a punto de cambiar en su vida. Alexander tenía unos ojos oscuros que podían ser tan suaves como el terciopelo, pero también tan duros como el acero de la pistola que ella guarda en su armario.

Vivía muy bien con él. Tenía todos los lujos. Compraba lo que quería e iba donde le apetecía sin pensárselo demasiado. Pero un día, mientras estaba frente al gigantesco espejo de su dormitorio —el cual era a su vez tan grande como un apartamento normal de dos habitaciones—, Mona se preguntó: «Si este fuera el último día de mi vida, ¿lo pasaría de otra manera?». La respuesta fue inmediata: «Sí». Tal vez había intuido algo, porque al día siguiente se enteró de lo que Alexander había hecho.

Podría haberse marchado y abandonado todo, pero ese nunca ha sido su estilo. Prefirió seguir el adagio del ojo por ojo y diente por diente que el de poner la otra mejilla. Así que se quedó para vengarse y luego dejó atrás ese episodio de su vida.

Sabe que, algún día, lo que hizo para vengarse se volverá en su

contra. Mientras tanto, piensa aprovechar al máximo cada nuevo día.

Vuelve a respirar hondo y se queda pensando en lo mismo que ha pensado tantas veces antes: su reacción fue así de fuerte porque había renunciado a mucho por él. Había dejado a su familia y se había mudado al extranjero para estar con él, así que, cuando supo lo que había hecho, sintió que la venganza era la única opción.

En ese momento recuerda las palabras de Frank sobre Anton y William: «Son buenos chicos los dos». Fue confortante escucharlo decir eso. No fue nada fácil dejarlos, aunque sabía que estarían bien con su padre, Peter.

Fue su elección. Pero el caso de Frank es totalmente diferente. Al menos, en lo referente a Elsa. Mona contempla los árboles que se balancean formando una ondulante masa verde. Se siente más relajada de lo que debería estar. Intenta dar alguna estructura a sus pensamientos. No está muy segura de que sea lo correcto intentar averiguar lo que le pasó a Elsa. Al hacerlo, podría desencadenar fuerzas que es mejor no tocar.

Pero ya está decidido: va a trabajar en el caso de Elsa.

Le parece oír el sonido de unos pasos que cruzan la grava delante de la casa y se endereza de inmediato en el sofá. Escucha con aprensión, pero el sonido desparece. Debe habérselo imaginado. Mete el porro dentro del vaso que está en la mesa y este chisporrotea cuando el rescoldo hace contacto con el agua.

Cuando mira nuevamente hacia abajo, nota que el ratoncito ya ha desaparecido.

26

Anton mira la mesa cubierta de artilugios y ropa que han sido ordenados en montones.

—My ha hecho un buen trabajo —dice, tirando de sus guantes de plástico.

—Sí, eso parece —contesta Bodil, acercándose a una pila de libros. En la parte superior hay una Biblia revestida de cuero rojo. La coge, la abre y hojea algunas páginas. Saca una foto que hay escondida entre ellas y la sostiene delante de sus ojos—. Esto es de lo que hablaba My.

Anton deja un jersey y se acerca a Bodil para mirar la foto. En ella aparece Agnes con el pelo oscuro hasta los hombros, peinado por la mitad, y con una gran sonrisa, mirando directamente a la cámara. Junto a ella están dos chicas sentadas, una morena y otra rubia, y detrás de ellas se puede ver que dos chicos asoman la cabeza para intentar entrar también en la foto.

—Ninguno de ellos estaba ayer, ¿o sí? —le pregunta Bodil.

—Es cierto. No los reconozco.

Bodil pone la foto en la mesa.

—Tendremos que preguntar a sus padres si saben quiénes son estas personas.

—¿Y la Biblia? —La levanta y abre la cubierta. El nombre «Jens» aparece escrito en letras muy ornamentadas—. ¿Quién es Jens?

—Debe ser algo antiguo. Nadie escribe así hoy en día, ¿no te parece?

Anton se encoge de hombros.

—Yo creo que es una Biblia que heredó o recibió de alguien. Y ese Jens debe ser un anciano que no tiene ni idea de dónde ha ido a parar su Biblia de confirmación.

Bodil da unos pasos a un lado y coge el neceser de Agnes. Es un cacharro con flores y desgastado que parece haber estado en muchos sitios. Lo abre y mira a su alrededor.

—No llevaba mucho consigo. Un cepillo de dientes, dentífrico y jabón. Parece que es una chica bastante natural, es decir, que no usa mucha prebase, base, maquillaje de contorno y demás. Solo tiene un rímel para pestañas.

Anton la mira con aire sorprendido. ¿Es Bodil quien ha dicho eso?

—¿Tú sabes qué es todo eso? —le pregunta.

—Por supuesto —contesta, levantando las cejas—. He estado viendo el programa de las Kardashian.

Anton se echa a reír. Bodil, con su pelo desordenado y cortado en casa, con su ropa holgada y sus gafas con cinta adhesiva, la misma que lleva siempre una pizca de *snus* bajo el labio, es la última persona que podría imaginarse viendo ese programa. De hecho, Bodil es todo lo contrario de esas celebridades plásticas.

—Sí, ¿por qué? —Presiona el tabaco con la lengua—. ¿Tienes algún problema con eso?

—¡No, no! —contesta Anton con tono de disculpa, y se ríe—. Es solo que me ha sorprendido. Uno cree conocer a la gente y luego…

—Sí, hombre —replica con una gran sonrisa que permite ver el *snus* negro—. No te creas que lo sabes todo de mí solo porque trabajamos juntos.

—Sí, ya lo veo.

Anton vuelve a mirar por encima de la mesa y entonces se da cuenta de algo. Se acerca a la foto y la levanta.

—¿No te parece un poco extraño? —pregunta.

—¿El qué?

—Que tenga una foto física. ¿Quién tiene fotos así hoy en día? En cualquier caso, no parecen personas de veinticuatro años.

Bodil asiente lentamente mientras se acerca a él para ponerse a su lado. Se quedan mirando la foto donde aparece Agnes con sus amigos sonrientes.

—Tienes toda la razón —dice Bodil mientras pone el rímel en el neceser—. Me pregunto qué hace que esta foto sea tan especial.

27

—¿Frank? —Mona se detiene sorprendida al abrir la puerta principal y ver a un hombre alto en la escalera. El sol de la mañana la deslumbra y sujeta a Coco con la correa mientras esta le olfatea el pantalón al hombre—. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—No, no te preocupes —contesta mientras retuerce su gorro azul de punto entre las manos y da un paso hacia un lado. Su rostro se estremece y luego se rasca la nariz.

—Podrías haber entrado a desayunar con nosotras.

—No, no quiero molestar. Es solo que… —Se calla y se encoje de hombros.

—Después de tu llamada de ayer, he estado pensando que sería bueno empezar cuanto antes.

Parece que Frank no ha podido esperar más, así que debe haber salido justo después de despertarse esta mañana. Mona mira el cielo azul claro.

—Podemos quedarnos aquí fuera para que Coco corra libremente. ¿Por qué no vas y te sientas junto al estanque? Vuelvo enseguida. —Señala una mesa rústica con dos bancos que decidió conservar después de restaurar la casa.

—Sí —contesta Frank, y comienza a caminar, pero enseguida se detiene—. ¿Quieres que retire el cadáver por ti?

—¿El cadáver? —Mona frunce el ceño—. ¿A qué te refieres?

—Hay un sapo por allí. O lo que queda de él —dice, girándose y señalando. Una urraca llega volando y aterriza cerca de ellos. Avanza con un saltito, pero no se atreve a seguir—. Algún pájaro debe haber pasado por aquí. Se ve bastante desagradable.

Mona se pone los zapatos, baja las escaleras y dirige la mirada hacia donde señala Frank. El sapo yace con la cabeza cercenada y el vientre abierto. Los pájaros han estado picoteándolo y ahora hay trozos de sus tripas esparcidos por el suelo. Es obvio que se trata de Bufo, pero ¿quién le habrá hecho esto? Mona mira a Frank y le pregunta:

—¿Qué habrá pasado?

Frank se encoge de hombros.

—Debe haber sido algún animal.

Ella asiente con tristeza porque ya no se encontrará con el sapo durante sus paseos nocturnos. Aunque solo era un sapo, una criatura verrugosa y fea, echará de menos su paciente espera bajo la luz de la

calle cada noche.

Se vuelve hacia Frank.

—Puedes deshacerte de él. Si quieres, coge la pala del almacén y entiérralo en la composta.

—Veo que también tienes una pala allí apoyada contra el muro de la casa. ¿Puedo usar esa?

Mona mira en esa dirección y se da cuenta de que es cierto.

—Pero ¿por qué está ahí?

28

Frank parece estar desesperado por un trago. Se rasca el cuero cabelludo, se pasa el dedo sobre la nariz y vuelve a rascarse. Se retuerce las manos con nerviosismo y parece que preferiría estar en cualquier sitio menos aquí, a pesar de haber acudido por su propio pie.

—¡Bueno! —dice Hedda al fin tras haber perdido la paciencia. Se aparta un mechón de pelo que el viento le ha movido y se lo pone detrás de la oreja—. ¿Piensas contarnos lo que ha pasado o damos por terminado este asunto?

Frank asiente en silencio y se relame los labios secos, pasándose el dedo sobre la nariz una vez más.

—Era un día caluroso. Como hoy. —Tose con una tos mucosa y profunda que hace que su cuerpo se estremezca. Coge el paquete de cigarrillos, pero luego se detiene en seco, mira a Mona y retira la mano—. Había cerrado la verja y volvía hacia la casa cuando oí el coche pasando por la carretera, en dirección a Vänersnäs. Me di la vuelta, pero para entonces ya había pasado. Pero pude escuchar que giraba en el centro comunitario. —Hace una pausa, juntando las cejas —. Algo en ese sonido provocó que se me revolviera el estómago.

Alcanza la taza de café que ha traído consigo y pone ambas manos alrededor de ella.

—Así que volví a la verja. Elsa estaba bajando la colina —dice, sonriendo débilmente al recordarla, y mira a Mona a los ojos—. Le habíamos comprado una mochila nueva para sus libros de texto y estaba muy contenta. Era de color rosa. Le encantaba el rosa.

Mona sonríe también y asiente en silencio.

—Pero esa sensación en el estómago seguía ahí, y justo cuando puse la mano en la verja, el coche volvió. Pasó de largo y bajó la colina. Era una furgoneta gris. —Su mirada se dirige una vez más al paquete de cigarrillos.

—Adelante —asiente Mona—. Puedes fumar si quieres.

Frank deja la taza y de inmediato coge el paquete y saca un cigarrillo con una sacudida. Se lo lleva a la boca y lo enciende con su mano temblorosa. Da una calada fuerte y profunda y deja salir el humo lentamente.

—Me quedé mirando mientras la furgoneta se acercaba a ella. Fue como si lo supiera. Pero no hice nada.

Da otra calada profunda, haciendo que las brasas consuman el

tabaco y el papel.

—Cuando se detuvo delante de ella, empecé a correr.

Frank las mira como para asegurarse de que están siguiendo su relato y, una vez que ambas asienten, continúa:

—Era una de esas furgonetas con una puerta corredera en el lateral. Cuando noté que la puerta se abría y un brazo se asomaba, me quité los zuecos y corrí como loco. Creo que también grité, pero no estoy seguro. Es como si todos los sonidos… —hace una pausa—, como si todos los sonidos se hubieran apagado bajo el estruendo de un martillo que golpeaba dentro de mi pecho. —Sacude la cabeza—. Es raro, pero recuerdo algunas cosas más que otras. Por ejemplo, el sonido de los zuecos golpeando el asfalto detrás de mí, el sabor de la sangre en mi boca y sus gritos. —Da otra calada a su cigarrillo—. Fue un grito agudo y aterrorizado.

Mira a su alrededor, tira la colilla al suelo y la pisa. Luego mira a Mona.

—Esa fue la última vez que la vi. La puerta de la furgoneta se cerró y se alejó en una nube de polvo.

Mona lo mira en silencio. Pensar que Frank estuvo tan cerca, pero no pudo llegar. La vio desaparecer y no pudo hacer nada.

—¿Se veía algo en la furgoneta? —le pregunta Hedda—. ¿Algún nombre o el logotipo de alguna empresa?

—No. Nada.

El cuerpo de Frank parece desplomarse cuando se inclina hacia delante para poner la cabeza entre las manos. Su columna vertebral se marca a través de la delgada tela del jersey. Mona está a punto de levantarse para reconfortarlo, poniéndole una mano en la espalda, pero entonces oye la voz de Hedda:

—Has contado todo con mucho detalle —dice, cruzando las piernas bajo la mesa—. ¿Cómo puedes recordarlo todo tan bien?

Él levanta la cabeza y la mira.

—*¿Cómo puedo recordarlo todo tan bien?* —repite, sacudiendo la cabeza, y se incorpora por completo—. No sabes cuánto quisiera no tener que recordar. Créeme, desearía no haberla visto desaparecer en esa maldita furgoneta. Pero veo esa escena todos los días en mi cabeza, preguntándome si podría haber hecho algo más y si podría haber conseguido con ello que aún estuviera aquí.

Hedda se rasca la barbilla y asiente.

—¿Y qué hiciste después?

Mona está a punto de detenerla. Es demasiado brusca con sus preguntas. Es demasiado dura con Frank, considerando que ya ha pasado por tantas cosas. Pero se contiene cuando Frank empieza a hablar de nuevo al darse cuenta de que eso es justamente lo que parece necesitar. Las preguntas insensibles de Hedda hacen que se

reponga en lugar de romperse.

—Volví corriendo a la casa y cogí mi bicicleta para intentar alcanzarlos.

—¿La bicicleta? ¿Y por qué no el coche?

—Tina se lo había llevado para dejar a Michelle, la hermana pequeña de Elsa, con la niñera, y luego se fue al trabajo. Solo teníamos un coche. Yo estaba trabajando por turnos y tenía pensado coger el autobús más tarde. —Gesticula con las manos—. No sé, supongo que no estaba pensando con claridad. En retrospectiva, es obvio que nunca habría podido alcanzar la furgoneta. Entonces, a mitad del camino, cerca de la casa solariega de Näsbyholm, me di la vuelta y regresé a casa. Una vez allí, corrí dentro y llamé a la policía para denunciar lo que había pasado.

—¿Y Elsa había desaparecido?

—Sí —asiente Frank—. Había desaparecido y nuestro infierno comenzó.

29

Petra Tallberg deja sus cosas con un ruido sordo. Un portátil, una pila de documentos, un bloc de notas y, encima, su teléfono móvil. Lo coge, lo pone en modo silencio y deja que su mirada vague por entre los objetos y luego entre Anton, Bodil y My. Unos segundos más tarde, se sienta, se ajusta las gafas y comienza a hablar:

—Ya ha pasado un día y medio desde la desaparición de Agnes Jakobsson. ¿Qué tenemos? —pregunta, tocándose el moño en la nuca. Debe parecerle que está un poco desarreglado, pero Anton sabe que Petra cuida hasta el más mínimo pelo. En general, es bastante meticulosa en todo lo que hace.

Está descontenta con el escaso progreso del caso, pero él es el jefe de la investigación y no le gusta que llegue así sin avisar y se ponga a cargo de todo. Menoscaba y debilita su liderazgo. Anton abre la boca para responder, pero My habla primero:

—Ya tenemos el resultado de los análisis de sangre —explica—. La sangre en el coche es de Agnes, pero la que encontramos en el suelo, delante del coche, nos ha sorprendido. Es de un animal. Un cerdo, para ser más exactos.

Petra tensa el rostro con una expresión de escepticismo.

—Entonces, debe haber golpeado a un cerdo. O a un jabalí, ¿no?

—No, era la sangre de un cerdo de granja. Y no parece que ella lo haya atropellado. Tendría que haberlo golpeado con gran fuerza para que se produjera un derrame de sangre de esa magnitud, pero no hay daños en el coche que sugieran eso. Si realmente había un cerdo en ese lugar, que no creo que lo hubiera, ya estaba herido.

—Pero, si no había nada allí, ¿de dónde salió la sangre?

—Buena pregunta —responde, gesticulando con las manos, y continúa—: Había una fina capa de polvo en el coche, y sobre ella encontramos la huella de una mano.

—Ah, ¿sí? —Petra se estira con interés.

—Por desgracia, no nos sirve para rastrear a nadie porque la mano llevaba un guante. Pero parece que alguien golpeó la chapa con fuerza. Debió oírse un golpazo dentro del coche. Tal vez eso fue lo que hizo que Agnes se detuviera.

—¿Quieres decir que se asustó y por eso se detuvo?

—Sí.

Petra asiente y dice:

—No me gusta toda esa sangre en el coche. Si se hubiera roto la

nariz, habría buscado atención médica de inmediato. —Mira a Anton de forma inquisitiva.

—Por supuesto que lo hemos investigado —asegura—, pero no hay registros de que haya buscado atención médica, lo cual nos indica que por alguna razón no puede moverse libremente.

—Puede estar herida de gravedad —comenta Bodil—. Incluso puede que haya perdido la memoria. O puede que tenga una lesión grave en la cabeza y se haya perdido en la montaña.

—Al menos, no hace frío por las noches. Si acaso, unos quince grados.

—Los perros no han captado ningún olor —interviene Anton.

—Es verdad.

Anton coge un trozo de la corona de pan y continúa:

—No hay rastro de ella. Ninguna patrulla ha visto nada. Ni los perros ni los drones han encontrado ningún rastro. Las batidas han dado vueltas sin éxito. No hay huellas de zapatos ni nada parecido. Ni siquiera un mechón de pelo.

—Y nuestros colegas de Gotemburgo ya han inspeccionado el apartamento al que iba a mudarse y está vacío —añade Bodil.

Anton menea la cabeza.

—Ha desaparecido sin dejar rastro. —Muerde el pan y se oye el crujido del azúcar perlado entre sus dientes.

—La gente no desaparece así sin más —comenta Petra, meneando la cabeza—. Y tenemos a los medios encima como una jauría de *pitbulls* —continúa, mirando su teléfono—. Saben que Agnes ha desaparecido.

—Claro —dice Bodil—. Estamos hablando de una chica joven, guapa y cristiana que ha desaparecido…

—¿Y qué hace la policía? —añade Anton.

Petra asiente y dice:

—Un montón de clics.

—Sería mejor darles lo que tenemos hasta ahora, ¿no crees? —Anton la mira de forma inquisitiva—. Diles que hemos enviado las fotos de Agnes a todas las comisarías y patrullas del condado, que estamos vigilando y que seguimos buscándola en la montaña, aunque estemos seguros de que no está allí. Pero no hace falta hacerlo público. Aún no tenemos suficiente información —añade.

—Sí, y hay que seguir investigando eso de la sangre, tanto la suya como la del cerdo. —Petra menea la cabeza—. No me gusta esto. Preferiría que tuviéramos algo más que decirles. Espero que los medios puedan ayudarnos. Quizá alguien haya visto algo.

Anton asiente lentamente.

—Esperemos que todo quede en una chica de veinticuatro años que se ha escapado sin avisar.

—Pero, Anton, por Dios —dice Bodil, volviéndose hacia él—. A veces eres demasiado ingenuo. La chica lleva un día y medio desaparecida y había mucha sangre suya en el coche. Es obvio que algo le ha pasado, ¿no lo entiendes?

—Por supuesto que lo entiendo —asegura con una sonrisa—. Solo digo que no podemos decírselo a los medios de comunicación.

30

Mona recuerda que era como si el tiempo se detuviera y que el pánico y la angustia la invadían por completo cada vez que alguno de los chicos desaparecía en una tienda o en el patio de recreo. Pero después sentía un alivio liberador cuando los encontraba entre los estantes de los juguetes o escondidos detrás de un tobogán. Eran solo unos segundos, pero parecían una eternidad. Y Tina y Frank fueron sometidos a esa angustia durante días, semanas, meses y años. Es difícil imaginar lo que pasaron, incluso después, cuando los medios de comunicación informaron sobre la desaparición y especularon sobre si Elsa se había ahogado o había sido vendida, asesinada y desmembrada, además de hablar de las cosas que Tina y Frank deberían y no deberían haber hecho. ¿Quién podría volver a tener una vida normal después de algo así?

—Acabas de decir que vuestro infierno empezó —dice Hedda—. ¿A qué te referías con eso?

Frank la mira y saca un cigarrillo del paquete.

—No pasó mucho tiempo antes de que Tina se derrumbara. Se encerraba en el dormitorio y se negaba a salir. Ya no podía hablar con los medios. Pero yo sabía que teníamos que apresurarnos para encontrar a Elsa. Hice muchas entrevistas para difundir su nombre y su foto. Hablé con gente de la televisión y la radio y también me entrevistaron en los periódicos. Pero el tiempo pasó y, al no saber nada tras una semana, empecé a asustarme de verdad.

—¿Y la policía no tenía ninguna pista?

—Seguían buscando la furgoneta, por supuesto. Y nos llegaron muchos avisos del público diciendo que habían visto a Elsa, pero siempre eran falsas alarmas. —Menea la cabeza—. Fue un infierno. Tina lloraba todo el tiempo, no quería comer, y tuvimos que dejar a Michelle con la abuela. Y yo no podía dormir. Solo podía pensar en esos brazos asomándose por la puerta de la furgoneta que se la llevaron. Cada día era un maldito desafío que superar y las noches eran aún peores.

—¿Y qué hizo la policía al respecto? —pregunta Hedda.

Frank se encoge de hombros.

—Me mantuvieron al margen de casi todo, pero sé que estaban buscando la furgoneta. En realidad, había muchas que coincidían con la descripción, pero nunca la encontraron.

—¿Viste a alguna de las personas que iban dentro?

—Vi los brazos asomándose por la puerta. Y luego… —Hace una pausa y menea la cabeza—. No sé, pero me dio la impresión de que era una mujer la que estaba al volante.

—¿Por qué?

Frank se encoge de hombros una vez más.

—No pude verla, solo eché un vistazo rápido mientras pasaban y me pareció que había una persona pequeña sentada al volante.

Hedda asiente y pregunta:

—Dices que la policía te mantuvo al margen de casi todo. ¿Por qué lo hicieron?

—Porque pensaban que estaba mintiendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me hicieron pasar por el detector de mentiras y responder a un montón de preguntas estúpidas que no tenían nada que ver con Elsa.

—¿El detector de mentiras? —interviene Mona, sorprendida.

—Sí —asiente.

Hedda frunce el ceño. ¿Será cierto lo que dice?

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, claro que sí.

—Mmm. —Tendrá que comprobarlo, sabe que en la policía no usan polígrafos—. ¿Y qué te preguntaron?

Hace girar el cigarrillo sin encender entre sus dedos.

—Me preguntaron cosas como si alguna vez había deseado que Elsa no existiera o si había falsificado los papeles. Mientras tanto, yo pensaba: «¿Por qué no me preguntáis de una vez y de frente si estoy involucrado?».

—Pero ¿nunca lo hicieron?

—Sí, también me lo preguntaron. Y un mes más tarde me preguntaron si quería repetir el test. Acepté y las preguntas fueron básicamente las mismas. Igual de estúpidas.

—¿Así que la policía pensó que estabas involucrado?

—Sí, maldita sea. Y, en cuanto llegaron nuevos investigadores, empezaron con lo mismo otra vez. —Se rasca la cabeza, luego coge el mechero y tiene que pasar el pulgar por la rueda varias veces antes de hacer salir la llama y poder encender el cigarrillo. Da una calada y agita la mano, haciendo que el bucle de humo forme un dibujo torcido en el aire—. Parece que, en cuanto pasa algo en este puto pueblo, vienen a por mí.

Mona asiente. No debe haberlo tenido fácil todos estos años, y ahora es momento de dejar de hablar y ponerse a trabajar.

—Gracias por contarnos todo esto —dice ella, poniéndose de pie—. Solo una cosa más. Antes de empezar, quiero que sepas que debes estar preparado para abrir las viejas heridas, y eso va a doler. Además,

las posibilidades de encontrarla son mínimas. No lo digo por maldad, sino porque no quiero que te hagas muchas ilusiones. La policía ya ha hecho todo lo posible y no han tenido éxito, y es poco probable que nosotras logremos otro resultado.

—Lo sé. No soy tan estúpido. —Asiente pesadamente—. Pero, como os he dicho, solo quiero un cierre para todo esto. Puede que esté agarrándome a un clavo ardiendo, pero…

Se queda callado. Mira hacia abajo y empieza a tocar el parche de su codo, que se ha desprendido por los bordes.

—Pero ¿qué? Dinos qué pasa —pregunta ella, sentándose de nuevo.

Frank deja escapar un profundo suspiro.

—Estoy muriéndome.

31

Los altos abetos forman un muro alrededor del claro. Ella aparece en el centro. Con una mano sostiene una ramita con hojas verdes lobuladas, y tiene los ojos cerrados. Cuando los abre, están húmedos de lágrimas. Él sonríe al ver esto. Está haciéndolo muy bien.

—Dios ve la Tierra sumida en la violencia y el caos y corrompida por la humanidad. —Mira a la cámara—. No hay soluciones para toda esa devastación. Día a día, parte a parte y segundo a segundo, nuestra Tierra está siendo aniquilada. Nuestro planeta azul. El paraíso que Dios creó para nosotros.

Levanta las manos y las extiende hacia la cámara.

—Dios me ha dicho que la humanidad se destruirá a sí misma, pero que nosotros, los justos, entraremos en el arca.

Al hablar con la mirada fija al frente, parece como si le hablara directamente a él.

—En las Sagradas Escrituras se dice que Noé fue tachado de loco cuando construyó su arca, pues nunca antes había llovido ni se había inundado así la Tierra. Se rieron de Noé por desperdiciar su vida y a su familia en esa locura. Y, así como el arca de Noé fue vista como una tontería, así seremos vistos nosotros. Y Dios lo ha previsto. La gente se niega a creer que el fin esté cerca. Los diferentes países del mundo siguen emitiendo gases de efecto invernadero y cada día se extinguen más de doscientas especies de la Creación.

Guarda silencio por un momento.

—Por eso, tenemos que reunirnos. El arca es nuestra protección contra la ira de Dios, allí nos mantendrá a salvo. Solo aquellos que entren en el arca con fe se salvarán.

De repente, se detiene y parece estar escuchando. Entonces se queda mirando algo y parece seguir su trayectoria en el aire. Él la sigue ansiosamente con la mirada. De pronto, se vuelve hacia él y lo mira fijamente con sus llameantes ojos oscuros a través del titileo de la pantalla del ordenador.

—Nosotros somos el pueblo elegido. Nosotros limpiaremos la Tierra y a sus humanos. Dios lo ha ordenado, y así será. Debes venir a mí —dice—. Has sido elegido para vivir en el arca mientras los demás esparcen su maldad y su veneno en nuestros mares, lagos y naturaleza. Llevan la muerte a todo lo que Dios ha creado. Todo en la Tierra perecerá a manos del hombre.

Se acerca a la pantalla y cuenta el número de personas que se han

conectado a través de un enlace. Son trescientas treinta y siete. Se limpia la frente, ya que la habitación es sofocante. Se han conectado más personas que nunca. Y el número aumenta con cada sermón. Se inclina hacia atrás y asiente satisfecha.

32

—¿Y nunca había desaparecido?

—No —contesta Anton—. Sus padres dicen que es una chica muy ordenada y que siempre avisa de a dónde va.

Petra mira la pantalla de su teléfono móvil. Debe ser la décima vez que lo hace desde que comenzó la reunión. «De qué está tan pendiente?», se pregunta Anton.

—Mmm —resopla Bodil, abriendo la tapa de la caja de *snus* y llenando la habitación con un olor penetrante. Pasa los dedos para coger una pizca del *snus* negro con evidente destreza—. Según mi experiencia, los padres no saben tanto como creen sobre sus hijos. —Se mete el *snus* bajo el labio como de costumbre, escupe los granitos sueltos y se lo acomoda con la lengua—. Se imaginan que sus hijos son unas blancas ovejitas y después resultan ser algo totalmente distinto.

Estas palabras acerca de que los padres no siempre lo saben todo sobre sus hijos hacen que Anton piense en el caso de Lisa-Marie, la joven novia que encontraron muerta en el Velo de la Novia en junio y que luego resultó que tenía muchos secretos. ¿Podría ser lo mismo con Agnes? Tal vez también tiene facetas que nadie conoce.

—En realidad, parece que era más difícil cuando era más joven —dice Anton.

—¿Más difícil? —pregunta Petra, meneando la cabeza—. ¿Y eso qué significa?

—Que no siempre se ha portado tan bien, pero que, según sus padres, ya es una mujer adulta y sabe comportarse.

—Entiendo. ¿Y cómo es la situación con su familia?

—Es de buena familia. Hija única. Sus padres parecen personas tranquilas y estables económicamente. No son cristianos como Agnes, pero parecen buena gente.

—¿Tiene novio?

—No, o al menos eso han dicho sus padres. Y tampoco hemos encontrado evidencia que sugiera lo contrario.

—Tal vez quería mantenerlo en secreto.

Anton asiente.

—Existe esa posibilidad, sin duda. Estamos revisando su móvil y sus cuentas de Instagram y Facebook. Y parece que también está en Snapchat. También estamos revisando su ordenador. Por cierto, hemos encontrado una foto donde aparecen Agnes y otras cuatro personas que podría ser interesante para la investigación. Le pedí a Bellini que

preguntara a los padres si sabían algo de eso y dijeron que la foto debe ser de un campamento de orientación cristiana al que Agnes asistió este verano en Jönköping.

—Hay que investigar el campamento y tratar de localizar a los que aparecen en la foto. No debería ser tan difícil con la lista de participantes.

—Bellini está investigando el tema y poniéndose en contacto con la gente del campamento. El único nombre que Eva y Arne recuerdan haber oído decir a Agnes es «Rebecka»; podría ser una de las personas de la foto.

—¿No hay nada más que un nombre?

—Así es, desafortunadamente.

—¿Y qué hay de la iglesia y la banda? —pregunta Petra.

—Parece que Agnes no era del todo querida por sus amigos de la iglesia. Suele dar la impresión de que es decidida y de carácter fuerte, y, bueno, eso no agrada a todo el mundo. Al parecer, había cierta competencia y ella se hizo con el puesto de la cantante anterior, lo cual causó cierto revuelo. Pero al final parece que no fue algo tan serio. Incluso le organizaron una fiesta de despedida con tarta y todo.

—¿Y qué hay de sus otros amigos?

—También hemos hablado con ellos, pero parece que se habían distanciado con el paso del tiempo.

—¿Cómo es eso?

—No se sabe realmente —dice, gesticulando con las manos—. Quizá a causa de otros intereses. Pasaba mucho tiempo corriendo y ensayando con la banda de la iglesia. Y las preparaciones para la mudanza también deben haberla mantenido ocupada durante una buena parte del tiempo. No parece que haya conflictos, sino que las cosas evolucionaron de esa manera.

Petra asiente y mira alrededor de la habitación.

—¿Algo más?

Anton y Bodil niegan con la cabeza, pero el tema de la iglesia ha hecho que Anton vuelva a pensar en las palabras del pastor Joel sobre la confesión.

33

Mona sonríe al escuchar el estruendo de un coche que se acerca. William nunca pasa desapercibido. Siempre ha sentido debilidad por los coches gigantescos con grandes motores y el sonido de su V8 puede oírse desde lejos. Llega a la entrada de la casa y apaga el motor, dando paso al silencio. Unos instantes después, se acerca a la puerta y la abre de un tirón.

—¡Hola a todo el mundo! —grita, levantando sus gafas de sol para ponérselas en la cabeza.

Coco ya se ha adelantado a recibirlo mientras Mona avanza por el pasillo.

—Hola —contesta entonces, extendiendo los brazos para darle un abrazo—. ¿No tienes trabajo hoy?

Él se ríe a carcajadas y la casa se siente llena de repente.

—No. Hoy estoy libre. Así pasa con nosotros, los empresarios. Ya sabes, no nos van bien los horarios regulares.

Mona abre la boca para preguntarle qué hace en realidad, pero cambia de opinión. Es inútil, sabe que no recibirá una respuesta clara y honesta. Se queda mirándolo. Está agachado y forcejea con Coco ahora que esta ha recuperado su peluche. Él gana en el tira y afloja y lanza el conejo blanco. Coco corre detrás y vuelve con él. Juegan durante un rato hasta que William se cansa y coge la bolsa que ha traído.

—Te he traído esto —dice, acercándole la bolsa.

—¿Qué es?

—Es salchicha italiana fresca. Sé que te gusta.

Mona sonríe. Hay pocas cosas que aprecie más que una buena comida. Especialmente, cuando se trata de una sorpresa. Ha estado en varios restaurantes con tres estrellas Michelin, pero una de las mejores comidas que ha degustado en su vida fue en un pequeño y discreto restaurante en un callejón de Roma.

En realidad, fue pura casualidad la que la llevó hasta ese local. Una vez que se canceló su vuelo a Londres, decidió que se merecía una buena comida y pidió al taxista que la llevara a un restaurante de su agrado.

Al entrar en la estrecha *trattoria*, vaciló y se arrepintió un poco, pero algo la hizo quedarse. Tal vez porque solo había comensales italianos o por la sensación acogedora y familiar que la envolvía.

Le ofrecieron una mesita con un mantel rojo y blanco y pidió

antipasti con tomates madurados al sol con *mozzarella*, alcachofas fritas, *bruschetta* a la parrilla con ajo y vino tinto de la Toscana. Para el plato principal seleccionó una pasta con *salsiccia classica* cocinada a la perfección que todavía le hace la boca agua.

Tuvo que pagar por ese festín con unas cuantas sesiones extra en el gimnasio, pero la comida había valido cada ejercicio.

Recibe la bolsa de la mano de William. Está convencida de que una comida no es solo algo para llenar el estómago, sino que debe aportar alegría y placer. De lo contrario, es mejor no comer.

—Gracias —le dice con una sonrisa.

—De nada —responde, y en ese momento levanta la mirada y la fija en algo detrás de Mona. Se gira y ve que Hedda ha salido de la cocina. Está allí, de pie, con la luz detrás de ella, y un aura rodea su cuerpo delgado. William la saluda con la cabeza y se vuelve hacia Mona—. Estaba pensando que tal vez podríamos hacer algo de pasta.

—Claro, vamos —dice ella, cogiéndolo de la mano.

34

La voz del pastor Joel Lööv suena amable y paciente al teléfono.

—No pasa nada —le asegura a Anton—. Estoy de camino a casa, pero podemos hablar mientras conduzco. ¿Cómo va todo? ¿Habéis encontrado a Agnes?

—Me temo que no. Pero me gustaría retomar una cuestión de nuestra conversación de ayer. Mencionó algo sobre la confesión cuando estuvimos en su iglesia, pero no lo entendí muy bien.

—Ah, ¿sí? —contesta con cierta expectación en la voz—. ¿Fui poco claro en mi explicación?

—Recuerdo que nos explicó que los sacerdotes siempre deben respetar el juramento de confidencialidad, pero que en el caso de los pastores no siempre hay esa restricción.

—Es correcto.

—Lo dijo cuando estábamos en la mesa, pero no sé si esto iba dirigido a nosotros o a los jóvenes. Es decir, que pueden decirle lo que saben, pero esto no será transmitido a otros.

Joel guarda silencio y Anton oye el tictac de sus intermitentes.

—¿O se refería a que sabe algo, pero no tiene permitido decir nada? —continúa, pero el pastor sigue callado.

—Porque, si sabe algo de la desaparición de Agnes, ahora es el momento de decírnoslo. Podría ayudarnos a encontrarla.

—No sé… —Hace una breve pausa—. Como os he dicho, Agnes y yo tuvimos varias conversaciones. Solía decir que era una persona en búsqueda espiritual.

—¿Sí?

—Esto no es inusual, pero hacía algunas preguntas extrañas.

—¿Por ejemplo?

—Alguna vez preguntó qué es lo que debe hacer una persona cristiana si sabe que alguien está haciendo mal, pero que decírselo a alguien puede dañar a esta persona.

—¿Qué quería decir con eso?

—No lo sé. No quiso decir más, y aunque lo hubiera hecho, no estaría bien que yo lo repitiera. Pero quiero hacer todo lo posible para ayudar a encontrarla. —Hace otra pausa antes de continuar—: Supongo que buscaba cierta orientación. O quizá ya había tomado una decisión y lo que buscaba era que yo le confirmara que era la correcta.

—¿Y qué le respondió?

El pastor deja escapar un suspiro.

—Al recibir tan poca información, me resultó imposible darle una buena respuesta. No sé a qué se refería o cuál era su dilema.

Anton comprende que no conseguirá nada más. El pastor Joel Lööv no sabe nada. Pero parece que Agnes tenía algo en mente.

La llamada termina con la promesa de que el pastor contactará con ellos en caso de tener más información. Anton apaga el ordenador, se levanta y está a punto de apagar la luz cuando oye que alguien llama discretamente a la puerta.

—¿Tienes un minuto? —pregunta su colega Janne.

—Estaba a punto de irme a casa, pero claro. Entra.

Janne se pasa la mano por el pelo cano que, a pesar de su edad, es tan espeso como el de un veinteañero.

—No puedo dejar de pensar en Elsa —dice.

—¿Elsa? —pregunta, levantando las cejas—. ¿Te refieres a Elsa Gunnarsson?

—Sí, ella. Nunca la encontramos.

—Pero, Janne, ¿por qué estás pensando en ella? Hace casi veinte años que desapareció. Tenemos otros casos más recientes, ¿no?

—Lo sé, pero sigo pensando que deberíamos investigar a Frank Gunnarsson. Hace unas tres semanas se lo vio merodeando cerca del colegio Granåsskolan. Recibimos una llamada de la directora, así que fuimos y lo encontramos muy borracho, como siempre. No me fío de él.

Anton asiente sin más. No encuentra ninguna relación directa entre la desaparición de Agnes y la presencia de Frank alrededor de ese colegio. Pero Frank ha mostrado un comportamiento irracional en el pasado que merece atención. Como cuando se puso en medio de la calle Drottninggatan en Vänersborg, gritando y pateando los coches. O aquella vez que olvidó el nombre de Anton, aunque sabía muy bien quién era.

Se queda mirando a Janne.

—Sí, puede que tengas razón. Por si acaso, deberíamos hablar con él y averiguar qué ha estado haciendo todo este tiempo desde que su hija desapareció.

35

La cocina huele a ajo y hierbas. Mona sirve una copa de *amarone* para cada uno y salen al sol de la tarde. Saciada de pasta, se sienta en el cojín de color crema del sillón de ratán y sube las piernas. Coco salta al sofá y se tumba junto a William, y él saca un paquete de cigarrillos que lleva en la manga doblada de su camiseta. Mona no puede evitar mirar sus horribles tatuajes. Son tan feos que un niño podría haberlos hecho mejor. Es un desastre. Se vería mucho mejor sin ellos.

Levanta la vista después de contemplar los tatuajes y sus ojos se encuentran. Él la mira con expresión divertida mientras se lleva un cigarrillo a la boca. Lo enciende, da una calada y echa la cabeza hacia atrás para expulsar el humo hacia el cielo azul.

—¿No te gustan mis tatuajes? —le pregunta.

—No —contesta, y enseguida suelta una carcajada—. Son espantosos.

William asiente lentamente y extiende un brazo para mirarlo.

—Es cierto, pero hay una historia detrás de cada uno de ellos.

«¿Es que acaso me he perdido algo cuando no estaba? ¿Será eso lo que quiere decir?», piensa Mona. Entonces dirige la mirada a su dedo anular y al pequeño tatuaje que esconde bajo los anillos. También tiene su historia.

Se inclina para coger su copa de vino.

—Hoy me he encontrado con Frank Gunnarsson —dice con el objetivo de llevar la conversación a otro tema.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo está el bueno de Frank?

—Pues… —Hace una pausa, ya que no sabe cuál es la relación de William con Frank. Pero tiene que decírselo. Tarde o temprano se va a enterar, y más vale que sea ahora y por ella. Carraspea—. No está muy bien que digamos. Me ha dicho que está muy enfermo.

—¿Qué dices?

Mona asiente lentamente.

—Tiene cáncer. Muy avanzado. Se… —Vacila una vez más—. Se está muriendo.

William fuma en silencio. Mientras tanto, ella se pregunta si lo ha dicho de una manera demasiado brusca. Quizá el vínculo entre ellos sea más fuerte y profundo de lo que pensaba.

—Pero hay tratamientos, como la quimioterapia y esas cosas.

Mona menea la cabeza.

—Sí, pero, por desgracia, no para todas las variantes.

—Es cierto. —La mira, da una profunda calada a su cigarrillo y deja salir el humo poco a poco—. Como sucedió con Alexander.

Mona coge la copa y bebe un sorbo de vino. Es ahora cuando la mentira vuelve a por ella. Siempre es así. Tarde o temprano. Esa es la versión oficial: que Alexander murió de cáncer de páncreas, que ya se le había extendido por todo el cuerpo y que, una vez que se le diagnosticó, todo fue muy rápido.

—Es extraño cómo afecta a algunos —continúa William.

—Sí —dice Mona, alejando a Alexander de sus pensamientos. Debe dejar de pensar en él. Ya le ha dado quince años de su vida, no vale la pena darle ni un segundo más.

Escucha un sonido y levanta la vista. Se trata de Hedda, quien sale sin hacer apenas ruido, para después sentarse con las piernas cruzadas en uno de los sillones. Se echa el largo pelo a la espalda y se vuelve hacia Mona.

—Entonces, ¿es un hecho que Frank está muriéndose?

—¿Por qué habría de inventarse algo así?

—Para hacernos sentir lástima por él y que lo ayudemos.

—No —dice Mona—. Estás llevando esto demasiado lejos.

—¿Tú crees? —Levanta las cejas—. Crecí entre borrachos. Los conozco y sé cómo mienten para salirse con la suya. Además, les encanta hablar de sus enfermedades y nunca ven la relación con su alcoholismo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno. —Gesticula con las manos—. Lo he oído todo. Sudan y tienen pesadillas, y eso es porque están intoxicados. El dolor de estómago es una úlcera sangrante. El dolor en la espalda es por las hernias discales o la ciática, pero insisten siempre en que no tiene nada que ver con su consumo de alcohol.

Mona recuerda a Frank tambaleándose en el parque junto al supermercado Ica y tropezando sobre los escalones de piedra.

—Y así podría seguir, porque ya he oído todas las variantes —continúa Hedda—. Así que perdóname si soy un poco escéptica sobre el cáncer de Frank. Sé por experiencia que lo que se dice no siempre es verdad. —Hace un silencio y luego levanta la mano—. Puede que esté siendo demasiado dura. Es posible que Frank esté diciendo la verdad, lo cual sería terrible, pero no me gusta que me manipulen.

Mona asiente en silencio. No está acostumbrada a escuchar a Hedda tan cínica. Suele tratar sus experiencias de la infancia entre bromas, nunca de esta manera. Se vuelve hacia William.

—¿Tú qué piensas? Lo ves con cierta con frecuencia, ¿no?

William se encoge de hombros.

—No me ha dicho nada de eso. Pero tampoco es que seamos los mejores amigos, por decirlo así.

—Me ha dicho que a veces le das comida.

—Ah —responde, agitando su cigarrillo—. Sí, supongo que lo he hecho alguna que otra vez. No es nada. Me da lástima, no lo ha tenido fácil. Primero, lo de Elsa y, después, Tina lo dejó, perdió su trabajo y se convirtió en un alcohólico. Y, si encima es verdad que tiene cáncer, no sé cuánto podrá aguantar.

—Bueno —dice Hedda—. No pretendía ser insensible ni nada por el estilo. Está claro que lo ha pasado muy mal. Solo decía que no debemos confiar en todo lo que dice.

William asiente.

—Puede que tengas razón en eso. Pero últimamente no se le ve tan a menudo. Otros veranos se le veía siempre durmiendo en el parque y orinándose.

—Ahí fue donde lo vi —explica Mona—. Borracho como una cuba. —Se queda callada por un instante—. ¿Te acuerdas de Elsa?

William asiente una vez más.

—Sí. Después de lo que le pasó, es imposible no hacerlo. ¿Recuerdas cómo cambió todo justo después del secuestro? Todo el mundo estaba cagado de miedo y las chicas pensaban que iban a ser raptadas una por una.

—Sí, pero las cosas se calmaron con el tiempo.

—¿Tú conocías a Elsa? —le pregunta Hedda.

—Sí. Estábamos en la misma clase.

—¿Y cómo era?

Se encoge de hombros.

—Qué te puedo decir. Era una persona bastante reservada. Una chica guapa, de pelo rubio y ojos azules. —Se queda pensando durante un momento—. Es difícil de describir, era un poco invisible. ¿Sabes a qué me refiero?

—Eso creo —asiente Hedda.

—Solo llevaba un semestre con nosotros y era muy reservada.

—¿Solía salir?

—No, no mucho. Era un poco tímida y no era de las que tenían muchos amigos. Pero tampoco la trataban mal, que yo sepa. No la acosaban en el colegio. —Se endereza en el sofá y Coco levanta la cabeza para mirarlo—. Yo pienso que fue una presa fácil para los que se la llevaron.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Mona, y coge su copa de vino y se la lleva a la boca.

—Ya sabes… —Se encoge de hombros—. Solía estar sola, era algo tímida. El tipo de persona que pasa desapercibida.

—Sí, creo que tienes razón. Quizá no fue una coincidencia que se llevaran a Elsa. —Deja la copa en la mesa—. Hemos decidido aceptar el caso.

—¿Qué? No… —Menea la cabeza—. Pero ¿para qué? —Las mira a ambas—. Sí entendéis que está muerta, ¿verdad?

—Tal vez —contesta Mona—. Es lo más probable, pero Frank quiere saber qué fue de ella antes de morir. —Mira a Hedda—. Esté enfermo o no, vamos a ver qué podemos hacer. Quizá haya una pequeñísima posibilidad de encontrar algo que ayude a explicar lo que le pasó en realidad.

36

La casita roja a las afueras de Sjuntorp descansa sobre cimientos suspendidos y ofrece una hermosa vista sobre extensas praderas. Dentro del viejo corral, las vacas de color blanco y negro pastan sobre una hierba que les llega hasta las rodillas, y también se ven islas de los últimos tallos de epilobios rosados del verano. Mona conduce por la carretera, a lo largo de una franja central verde y bien podada, cuando ve que el exinspector de policía Sören Claesson se acerca a ellas a grandes zancadas.

—¡Hola, Sören! —lo saluda tan pronto como abre la puerta del coche.

—¡Ah, Mona Asplund! —responde, acercándose a ella con la mano extendida—. ¿A qué debo el honor de tu visita esta mañana de miércoles?

—Mona Schiller hoy en día. Lo de Asplund fue hace ya mucho tiempo.

—Ah, sí, claro. —Le da la mano.

Mona se sorprende de ver lo viejo que se ha vuelto. Esos pómulos marcados y esos ojos hundidos le dan un aspecto casi demacrado. Siempre ha sido de constitución pequeña y delgada, pero, al igual que otras personas mayores, parece haberse encogido y se ve aún más pequeño.

—Lo sé —dice—. Fue con el señor Schiller con quien desapareciste. Era un…

—Esta es Hedda Magnusson —lo interrumpe, extendiendo una mano hacia Hedda, que está de pie junto a ella—. Trabaja como mi asistente.

—Ah, ¿sí? —Levanta las cejas—. ¿Tu asistente?

—Sí. Ahora soy consultora jurídica.

Sören suelta una risa seca y desganada.

—Ya veo. Así que te has ido y te has convertido en consultora legal. Bueno, supongo que hay que mantenerse ocupado con algo. —Menea la cabeza—. Precisamente acabo de volver de Vattenpalatset, el parque acuático, y estoy asombrado y enfadado.

—¿De Vattenpalatset?

—Sí, es martes —dice, como si eso lo explicara todo—. Siempre voy a nadar los martes. Pero quizá tenga que reconsiderar eso ahora. No es que crea que soy el indicado para hacer algo al respecto. No he hecho nada malo. Pero me molesta tanta indecencia.

—¿Indecencia?

—Sí. Parece que ducharse desnudo es algo olvidado y pasado de moda. ¿Puedes creer que ahora los hombres adultos se duchan con el bañador puesto? Y, por supuesto, sus hijos hacen lo mismo. —Se pone las manos en las caderas, justo por encima de la cintura del pantalón —. Eso tiene que parar. No podemos permitir que ese tipo de obscenidades continúen. Hoy se lo he dicho a algunos, pero ha sido como hablarle a la pared. —La saliva salpica de su boca mientras habla—. Por supuesto que voy a plantear esta cuestión. Esto no puede quedarse así.

»De hecho, acababa de sentarme para escribir una columna sobre el tema poco antes de que llegarais. Hace falta que más personas cumplan con su deber social y denuncien esta clase de impropiedad. —Entorna los ojos e inclina la cabeza—. Quizá necesite una abogada en este asunto. ¿Puedo contar contigo?

—Sí, tal vez —contesta Mona con cautela. ¿Qué ha pasado con Sören Claesson? ¿Se ha convertido en un vigilante de la ley en su vejez? Lo recuerda como un hombre inflexible que insistía en que lo correcto debe ser lo correcto, pero esto le parece exagerado—. Hemos venido para hablar de Elsa Gunnarsson.

—¿Elsa Gunnarsson? —repite, con el ceño fruncido—. Y eso, ¿por qué?

—Hemos recibido el encargo de volver a investigar el caso.

—Ya veo. —Da un paso atrás—. Así que por eso querías venir. Déjame preguntarte algo… —Se estira al decir lo último—. ¿Qué es exactamente lo que crees que vosotras vais a encontrar que yo no haya encontrado? Trabajé en el caso desde el primer día y hasta que me retiré hace cinco años, y no pude resolverlo.

—Yo tampoco sé si podremos lograrlo —dice Mona—. Pero lo intentaremos. A veces es bueno empezar desde cero, como sabes.

Sören entorna los ojos hasta convertirlos en estrechas rendijas.

—¿Y quién te ha dado ese encargo? Porque no creo que haya sido la policía.

—No podemos revelar quién es nuestro cliente.

—Mmm —gruñe, y saca un pañuelo a cuadros de su bolsillo para limpiarse una gota de mucosidad de la punta de la nariz.

—Entonces, ¿te importa si te hacemos algunas preguntas? Como he dicho, no hay nadie que esté tan familiarizado con el caso como tú.

Parece estar pensando por un momento. Entonces se encoge de hombros y da un paso a un lado.

—Supongo que sí. Será mejor que entréis a la casa.

37

Anton levanta la mano, aún soñoliento, para rascarse. Siente algo en la cara. Se sacude molesto, tratando de quitárselo, cuando oye la risa de Gabbi y abre los ojos. Su rostro está justo encima del suyo y su larga cabellera rubia le hace cosquillas en la piel. Anton mira sus ojos azules, que ahora brillan con una expresión traviesa.

—Buenos días, cariño —saluda ella, pasándole una mano por la mejilla.

—Uy —exclama Anton, girando la cabeza—. Pero ¿qué hora es?

—Son las once. Pero, tranquilo, hoy no tienes que ir a trabajar. —Le pone las manos en el pecho—. ¿Has dormido bien?

Anton se vuelve a echar hacia atrás, preguntándose si está bien quedarse a descansar. ¿No debería estar fuera con sus colegas, buscando a Agnes?

Gabbi suelta una carcajada.

—Está bien, puedes quedarte a descansar —dice, como si supiera lo que Anton está pensando—. Un policía también necesita días libres o, de lo contrario, no durará mucho.

Estira los brazos y rodea a Gabbi por la espalda para acercarla a él. Al sentir su cuerpo cálido y suave, la abraza más fuerte.

—Bueno, ya me conoces. Y sí, he dormido bien. —Suelta una carcajada—. Cómo no hacerlo después de lo de anoche —susurra sobre su pelo.

Fue una noche de sexo, pero de verdad, no sexo mecánico para intentar hacer bebés, sino amoroso, apasionado y genuino. Se quedaron en la cocina después de limpiar la mesa. Compartieron una botella de vino, y él se sintió relajado y contento cuando Gabbi de repente le cogió la cabeza entre las manos y lo besó. La lujuria se apoderó de todo de una manera tan intensa y repentina que siente un poco de vergüenza ahora que lo recuerda. No pudo contenerse, así que lo hicieron en ese mismo momento. La levantó sobre la mesa de la cocina y le quitó los pantalones y las bragas. Fue como en una de esas películas que le gustan a Gabbi, cuando de repente empiezan a arrancarse la ropa. El tipo de escena que él siempre consideraba una tontería porque la gente no hace eso en la realidad, no pierden el control ni se dejan llevar por la pasión. Pero eso es justamente lo que sucedió ayer, por primera vez en su vida.

Anton mira hacia arriba y levanta una mano para apartar un mechón de pelo rubio que se ha posado sobre su boca. La mira a los

ojos, sonríe y la acerca de nuevo para no tener que mirarla otra vez a los ojos. Nota su aliento y el cosquilleo que le provoca su pelo, y de pronto siente vergüenza. No por lo que hicieron, sino porque estaba pensando en otra persona durante el sexo.

38

En la pared, junto a la chimenea de ladrillo, cuelga una cornamenta de ciervo. Y hay un viejo fusil Mouser apoyado contra ella. En el suelo tiene una maceta negra con una sansevieria y en las demás paredes ha colgado pinturas con escenas de batallas marítimas en llamas. Mona se estremece al contemplar esas horribles obras de arte en los pesados marcos marrones.

Se sienta en uno de los sillones y deja su bolso en el suelo, pero Hedda se queda de pie.

—En aquella época eras investigador de la policía. ¿Qué fue lo primero que pensaste al recibir el aviso de que Elsa había sido secuestrada?

Sören cruza los brazos.

—Pues nada, que había sido secuestrada, simplemente.

Mona ha tenido que tratar con él en varias ocasiones en su vida profesional. Una vez, como abogada, cuando tuvo que defender a una mujer que había contestado la agresión de su marido maltratador y Sören estaba a cargo de investigar el caso. Y otra vez cuando fue testigo en la sala del tribunal. Las dos veces fue tan correcto y pulcro como esas botas negras lustradas que tiene en la alfombra gris del vestíbulo, y espera lo mismo de él en esta ocasión.

—¿Y fue Frank, el padre de Elsa, quien llamó para informar a la policía? —pregunta.

Él levanta las cejas y asiente.

—Sí, el padrastro. Porque no era su verdadero padre. Pero ya lo sabes, ¿no?

Hay un tono hostil en su voz, pero Mona no cree que esa hostilidad esté dirigida a ellas, sino a Frank, pues recuerda las palabras de este sobre cómo lo trató la policía.

—Sí. Lo sé —responde—. Pero parece que la quería como a su propia hija.

Sören resopla.

—Eso no lo sabemos. Ni tú ni yo podemos estar seguros de lo que siente o no siente Frank Gunnarsson. Yo solo me guío por los hechos y dejo las emociones fuera de esto.

Mona levanta las cejas. No le parece que sea tan ecuánime como dice. Por el contrario, su actitud se volvió más agresiva tan pronto como se mencionó el nombre de Frank.

—Frank fue el único testigo —dice, sentándose frente a ella.

—Entiendo —asiente—. ¿Y qué fue lo que dijo cuando llamó a la policía?

—Supongo que ya lo habrás leído en el informe, ¿no?

—No. Aún no lo he recibido. —Mira a Hedda y, luego, a Sören—. Pero, aunque lo hubiera hecho, no es lo mismo que escucharlo directamente de ti.

—Por supuesto que no —asiente—. Todo fue bastante extraño. Gunnarsson describió muy bien todos los detalles. Por ejemplo, el coche. Era una furgoneta gris que, al parecer, era una Volkswagen Caddy. También estaba seguro de que había dos personas dentro y dijo que eran un hombre y una mujer. Describió cómo uno de ellos metió a Elsa en la furgoneta por la puerta lateral. Esa parte de la historia puede ser correcta. —Se aclara la garganta—. La furgoneta era nuestra pista principal, así que nos centramos en buscarla. —Hace un silencio—. O, mejor dicho, era nuestra única pista.

—Así que teníais una furgoneta en la que iban un hombre y una mujer, según Frank. También teníais la marca de la furgoneta y sabíais exactamente dónde estaba y cuándo. —Gesticula con las manos—. Debería haber sido fácil encontrarla, ¿no?

—Sí, se podría pensar que sí. —La hostilidad vuelve a aparecer en su voz—. Si hubiera sido hoy en día, la habríamos encontrado. Estoy seguro. Pero hace dieciocho años no contábamos con todos los avances tecnológicos que existen actualmente. Ahora se puede rastrear hasta lo más mínimo, no se puede ocultar nada. Y menos, una furgoneta.

Mona asiente sin más. Entiende a qué se refiere. Hay muchas cámaras en Suecia y muchos de los coches nuevos cuentan con dispositivos de seguimiento y GPS que permiten saber con exactitud dónde está el vehículo. Todo ello ha complicado la vida de los ladrones de coches, mientras que la policía lo ha tenido más fácil. Pero ella no está dispuesta a rendirse todavía.

—Estoy de acuerdo en que la tecnología ha avanzado. Pero, aun así, ¿cuántas Caddys grises podía haber en Suecia en 2001?

—No tenemos la certeza de que haya sido una Caddy en realidad. Pero déjame ponerlo de esta manera: no dejamos nada al azar. Comprobamos cada una… —Golpea la mesa con la palma de la mano y se inclina hacia delante—. Y me refiero a todas y cada una de las furgonetas grises de este largo país, así que no vengas a decirme que fuimos descuidados.

—No estoy diciendo eso. No eres tú el descuidado, ¿cierto? —responde Mona con una sonrisa.

—No, claro que no.

—¿Y el padre biológico de Elsa? ¿Hablaste con él?

—Por supuesto —contesta, mirándola con aire de ofendido.

Está demasiado cerca de pisar su frágil ego. Pero a ella tampoco le gustaría que alguien fuera a su casa a cuestionar su trabajo.

—En cualquier investigación policial, toda persona debe considerarse siempre como sospechosa —explica Sören—. Y esta investigación era todavía más delicada, ya que es enormemente difícil trabajar con la desaparición de una niña. No quería descartar a nadie que conociera a Elsa. Y el historial del padre tampoco era tan bueno, a pesar de que después se había reformado y había puesto su vida en orden. Por eso, Frank era nuestro principal sospechoso.

Suena muy seguro. Como si supiera algo que nadie más sabe.

—Pero ¿por qué? —pregunta ella, meneando la cabeza—. ¿No podría ser que solo fuera testigo de algo terrible?

Sören vuelve a resoplar. Entonces pone su dedo índice sobre la mesa y tamborilea mientras habla:

—Su historia no encaja del todo.

—¿En qué sentido?

—Déjame decirte algo. Gunnarsson describió la furgoneta con gran detalle. Recuerda todos los sonidos, los olores, el chirrido de la verja e incluso a quiénes vio mientras pedaleaba tras Elsa. En otras palabras, parece tener muy buena memoria. Además, parece que tuvo mucho tiempo para mirar la furgoneta. Primero, pasó por delante de él y, luego, bajó la colina, donde se detuvo y se quedó durante lo que estimo que fueron entre quince y veinte segundos. Tal vez incluso hasta medio minuto.

—Sí, ¿y entonces? —Mona gesticula con las manos.

—A pesar de todos estos detalles y de todas las oportunidades que tuvo para mirar y pensar, se le escapó el dato más importante, el único detalle que podría habernos llevado a encontrar a Elsa.

—¿Y cuál es?

—Nunca tomó la matrícula de la furgoneta. Ni una sola letra o número —dice, mirando a una y a otra—. No sé vosotras, pero a mí eso me parece jodidamente extraño.

39

Anton pone su pie descalzo en la hierba para darse un impulso. La hamaca cruje cuando empieza a mecerse lentamente, y entonces se echa hacia atrás. Gabbi se sienta a su lado en un mar de cojines de colores con una enorme taza floreada de té en la bandeja que hay entre ambos. Tiene las largas piernas desnudas estiradas mientras mastica un bocadillo hecho con el pan casero de masa madre que ha horneado Anton. Entonces se vuelve hacia él, como si sintiera que está observándola.

Primero lo mira con ojos inquisitivos, pero luego sonríe.

—¿Tú crees que funcionará?

Él inclina la cabeza y le tiende la mano.

—Eso espero —contesta, mirando su vientre plano.

Ella suspira satisfecha y mira hacia el agua. No debería haber ningún problema. Ambos han sido examinados y, en teoría, no hay nada que les impida convertirse en padres. Los médicos dicen que solo es cuestión de tiempo. Pero ¿cuánto tiempo más habrá que esperar? Llevan más de un año intentándolo.

—¿Algún plan para el día? —pregunta, volviéndose hacia él.

Anton asiente, le acaricia la mano y coge su té.

—Sí, de hecho. Ya que tienes que trabajar, pensaba ir a almorzar con mi madre.

—Ya veo —responde, con la mirada aún puesta en el agua. Ve su barquito de remos amarrado en el muelle, teñido de un hermoso gris por los estragos del tiempo, y la boya roja que se balancea en las aguas tranquilas—. ¿Y cómo va eso, en tu opinión?

—*¿Cómo va eso?* —Levanta las cejas—. ¿A qué te refieres?

—A que haya vuelto al pueblo.

Se lleva la taza de té a la boca. En realidad, va mejor de lo que esperaba. No estaba seguro de quererla de vuelta. Eligió su camino cuando los dejó con su padre para irse con ese Alexander Schiller, un hombre que no quería tener nada que ver con él y con Wille. En las raras ocasiones en las que visitaron a su madre en su casa de Londres o Marbella, prácticamente no lo vieron por ninguna parte. Y, durante sus viajes a Australia, China y Tailandia, él no fue con ellos. Ella les explicó que trabajaba mucho, que quería verlos, pero no tenía tiempo. «Y una mierda», piensa Anton. Todo el mundo tiene tiempo para saludar si de verdad hay interés. Es obvio que Alexander nunca lo tuvo, pero debería haber mostrado algo de buena voluntad, al menos

por su madre.

Da un sorbo al té y deja la taza. Pero ahora es demasiado tarde. La muerte le llegó muy pronto y no los invitaron al funeral. Solo después recibió la noticia. Fue una reunión muy pequeña en la que solo estuvieron su madre y alguien más. Siempre le ha parecido un poco extraño. Alexander no había cumplido los sesenta años y era un hombre de negocios bastante exitoso e internacional. Alguien como él debería haber hecho muchos amigos en su vida. Aunque nunca supieron a qué se dedicaba en realidad, su madre nunca lo dijo.

—¿Y bien? —pregunta Gabbi—. ¿Qué piensas?

Se vuelve hacia ella y responde:

—Creo que va bien.

Ella le tiende la mano.

—Me alegro. Lo único que quiero es que seas feliz.

Anton le coge la mano y se la aprieta. Sabe que lo dice en serio. No hay nadie como ella. Se siente afortunado de tener el amor de Gabbi, pues se conoce bien y sabe que no es una persona fácil. En los últimos años, han empezado a usarse ciertas palabras para describir a gente como él. Y lo mejor de todo es que ya no parece ser algo tan malo. Los llaman *introvertidos*. Él es todo lo contrario a su madre y a Wille. A ellos les encanta ser el centro de atención, pero él se siente mejor en su propia compañía. Así puede tener paz, tranquilidad y tiempo para pensar. Las grandes fiestas para él son una pesadilla, y cuando hay demasiada gente, se queda casi paralizado. No es que sea un discapacitado social, pero los lugares concurridos no le estimulan, al contrario, le roban toda la energía. Prefiere dedicarse a sus proyectos de construcción aquí, en el jardín, o estar solo en la cocina para hornear.

A pesar de eso, Gabbi se enamoró de él aquel día cuando entró en el hospital con una niña lastimada. Cuando encontró la bicicleta rosa tirada al lado de la carretera con la rueda delantera destrozada, supo que algo iba mal. Paró el coche y oyó su llanto, y la encontró en la cuneta con un brazo roto. Durante todo el camino hasta el hospital de Näls maldijo al conductor que se había escapado, eludiendo su responsabilidad.

Gabbi fue la primera persona con la que se encontró al llegar al hospital, y su cálida sonrisa lo ayudó a calmarse de inmediato. De eso hace ya cinco años. Cinco felices años.

Anton mira el agua y contempla las tranquilas ondulaciones de la superficie mientras se promete a sí mismo que nunca volverá a pensar en Hedda.

40

Se oye el mugido de una de las vacas en el prado fuera de la casa y Mona se asoma. Está de acuerdo con Sören. Es raro que Frank recuerde todos los detalles pero que se le haya escapado el más importante. Si les hubiera dado alguna matrícula, las posibilidades de encontrar a Elsa habrían sido mucho mayores. Pero, al final, Frank es humano. Hasta cierto punto, es normal que no reaccionara de la manera más lógica en una situación tan estresante. Estaba nervioso y asustado, y su único pensamiento era intentar alcanzar a Elsa.

Aparta la vista de la ventana y mira a Sören.

—Nunca había oído esto.

—Sí, conseguimos ocultárselo a los medios de comunicación. —Resopla—. Debe ser la primera vez en la historia que pudimos hacerlo, pero lo mantuvimos dentro de un grupo reducido. Era importante para la investigación que no se hiciera público.

—De lo contrario, los criminales también se habrían enterado.

—Exacto. Esperábamos que la devolvieran en algún momento. Pero, si estaban seguros de que no podíamos encontrarlos, nunca lo harían.

Mona asiente en silencio.

—Por desgracia, no sirvió de nada.

—Eso parece una contradicción —comenta Hedda.

Sören se vuelve hacia ella al oír esto último.

Mona asiente una vez más.

—Entonces, ¿la atención se centró en Frank casi de inmediato, pero al mismo tiempo dices que queríais mantener en secreto lo de la matrícula para que los secuestradores no lo supieran?

—Bueno —dice, gesticulando con las manos—, aunque Frank fuera nuestro principal sospechoso, habría sido poco profesional por nuestra parte excluir las demás pistas. Pero el padrastro debía ser investigado. Tú también lo entiendes. Frank fue la última persona en verla. Podría estar tratando de proteger a alguien. O incluso a sí mismo —explica, y carraspea—. Además, tú y yo sabemos que no sería la primera vez que un padrastro siente una atracción malsana hacia la nueva integrante de la familia. ¿No es cierto?

Ella asiente. Por desgracia, tiene razón. Lo ha visto antes, y por mucho que intente negar esa posibilidad en el caso de Frank, su experiencia le impide descartar esa opción sin más. El abuso y la explotación sexual de los menores son mucho más comunes de lo que

la gente cree. Las estadísticas muestran que uno de cada cinco niños sufre abusos sexuales, pero podría haber incluso más. Esto es debido a que los niños son todavía menos propensos a denunciar que los adultos y se cree que solo uno de cada diez lo hace.

—Pero ¡qué demonios! —exclama Hedda—. ¿Ahora resulta que Frank es un pedófilo?

Sören se vuelve hacia ella y levanta las manos hacia delante.

—Sé que es una acusación muy seria. Pero entonces pensaba, y sigo pensando, que hay muchas lagunas en su relato.

—¿Por ejemplo, lo de la matrícula?

—Sí. Es posible que haya decidido no darnos la matrícula para proteger a alguien, o a sí mismo. Pero también está la extraña historia de que volvió corriendo a por su bicicleta. ¿Qué clase de tontería es esa? —Resopla—. ¿A quién se le ocurre ir a por una bicicleta para darle alcance a un coche? Eso lo entiende cualquiera, sin importar lo estresado que esté. No puede ser que el cerebro haya dejado de funcionarle por completo, ¿o sí?

—Sí, es posible —responde Mona—. Pero pasemos ahora a lo que sucedió después.

—Lo interrogamos.

—Sí. Unas cuantas veces, ¿no?

—Sí, por supuesto.

Sören entorna los ojos al máximo y se inclina hacia ellas.

—Una cosa debe quedaros muy clara: yo trabajaba por Elsa y mi única misión era encontrarla. Si eso significaba interrogar a su padrastro cientos o incluso miles de veces, tenía que hacerlo. Todo lo que hice fue porque quería encontrarla. —Se reclina hacia atrás en el sillón, gesticulando con las manos—. Entiendo que fue duro para él, pero no me arrepiento de nada de lo que hicimos en la investigación.

Mona asiente.

—Frank afirma que fue sometido al detector de mentiras.

Sören parece dudar al principio, pero luego asiente.

—Es correcto.

—No entiendo esa parte y creo que merece una explicación. La policía nunca ha utilizado el polígrafo en sus investigaciones.

Él alza la barbilla y dice:

—Es cierto. No lo utilizamos. Al menos, no en casos normales, pero esta situación distaba mucho de serlo. Al principio, teníamos muchas pistas y avisos para investigar. Muchísima gente se puso en contacto con nosotros asegurando que habían visto a Elsa y la furgoneta, pero pronto fueron cada vez menos. Pasamos de tener cientos de llamadas a unas pocas docenas; luego, a una o dos por semana; después, a una por mes; y, finalmente, ninguna. Teníamos que hacer algo y Frank era el único que podía guiarnos. —Se rasca la cabeza y mira hacia abajo

—. Supongo que es mejor que te lo diga ahora porque vas a enterarte de todas maneras. También contratamos a una médium.

Mona levanta las cejas. No se esperaba esta información. Sören Claesson, cabal amigo del orden, había tenido que recurrir a una médium. Debió estar realmente desesperado.

—¿Y qué os dijo la médium? —pregunta Hedda.

—Nos dijo que Elsa estaba viva, que vivía en una casa con un hombre y una mujer un poco más al sur del país.

—¿Y habéis hecho un seguimiento de esa pista? —pregunta.

—Sí. Bueno, no… —Se rasca la frente—. La verdad es que no había algo concreto que pudiéramos seguir.

—Sí, ese suele ser el problema —contesta Mona—. Pero ¿qué hay del polígrafo? ¿Qué esperabas conseguir? La fiabilidad en los resultados que arroja es casi nula.

—En eso no estoy de acuerdo contigo.

—Ah, ¿no? —Resopla—. Tú sabes que esa es una de las razones por las que la policía no lo usa.

Él se encoge de hombros y desvía la mirada, y ella se vuelve hacia Hedda.

—Puede medir emociones fuertes, como las fobias, pero no puede saberse con certeza si la persona está mintiendo. La persona sometida a la prueba podría estar nerviosa y la máquina dirá que está mintiendo. Es fácil confundir las dos cosas. Además, ¿quién no se pone nervioso en una situación así?

—También hay maneras de engañar a la máquina, ¿no? —dice Hedda—. ¿O eso solo pasa en las películas?

—Es verdad que se puede engañar a la máquina, y Sören debía saberlo.

Se vuelve hacia ella malhumorado.

—Sí, es muy fácil venir aquí para criticar mi trabajo. Pero recurrí a todos los medios que pude si había la más mínima posibilidad de que me ayudaran a encontrar a Elsa. Francamente, me importa una mierda si Frank se siente ofendido o lo que sea. Tenía que usar cualquier recurso de todas maneras.

Mona asiente.

—Admiro tu determinación y el hecho de que hayas agotado todas las vías —dice, mirándolo a los ojos—. Y, entonces, ¿cuáles fueron los resultados de la prueba? O las pruebas.

—Que estaba mintiendo. Que él sabe lo que le pasó a Elsa.

41

Hedda está tumbada en el sofá del jardín. Tiene una almohada bajo la cabeza y un pie apoyado en el respaldo. Tira de la parte superior de su bikini hacia un lado. Una línea de piel clara muestra que ha cogido color durante la hora que lleva bajo sol. Se broncea fácilmente. Esboza una sonrisa al recordar que sus amigos suelen llamarla «piel de gitana», lo cual ella llama «envidia».

Estira la pierna y la mira. El gran moratón en el muslo aún no se ha desvanecido, pero tiene unas piernas muy bonitas. Se mira el vientre. Sigue siendo plano, pero no tan tonificado como cuando hacía *striptease*.

Bauer se cabreó muchísimo cuando le dijo que iba a dejar el club. Al principio buscó tentarla con más dinero, pero, cuando respondió que no, la amenazó con mandarle a Oleg. Al final, se dio cuenta de que Hedda no iba a cambiar de opinión y cedió.

A veces queda con sus antiguas colegas: Puss, Sugar, Velvet y Star. Todavía trabajan en Brygge. Los rusos ricos siguen llegando en sus aviones privados con la promesa de ir de cacería con el rey y conocer a las celebridades de Hollywood que están filmando en Trollywood, solo para descubrir que no hay nada de eso. Entonces terminan yendo al club de *striptease*, beben vodka y champán y se consuelan con las *strippers*. Y, mientras tanto, Belinda se lleva un montón de pasta.

Hedda levanta la cabeza y escucha. Un coche se detiene frente a Villa Björkås. Suena como un cacharro viejo. Entonces se levanta y se pone un kimono ligero, recorre la casa y ve un Golf oxidado de color blanco. Frank sale del coche con cierta dificultad. Pero no se da cuenta de su presencia y abre la puerta del asiento trasero, saca dos bolsas de papel y se dirige hacia la casa. Hedda lo mira con detenimiento. Parece un viejo boxeador con esa nariz ancha y torcida y esa barbilla fuerte, pero con un rostro macilento. Piensa en las palabras de Sören y no puede evitar preguntarse si es víctima o verdugo. ¿De verdad es capaz de actuar tan bien como para ir allí como si nada? Su experiencia le dice que no es así. Los alcohólicos tienden a perder su capacidad para ser astutos. Sus cerebros ya no funcionan bien y tienen problemas para mantener sus mentiras. Pero eso no cambia nada. Quiere saber qué le pasó a Elsa, y si, después de todo, resulta que Frank está involucrado de alguna manera, lo atraparán.

Frank se detiene de repente al verla.

—Parece que tu silenciador está dañado —dice, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Lo sé —contesta él, dirigiendo la mirada al coche y, luego, a ella —. He intentado arreglarlo con una de esas pastas para reparar, pero no aguanta.

—No —niega, meneando la cabeza—, eso nunca funciona. Tendrás que reemplazarlo.

Él asiente y levanta las dos bolsas de papel.

—He traído algunas cosas.

—¿Qué es eso?

—Cosas que he guardado: fotos, recortes de periódico, cartas, recuerdos. He reunido todo para traéroslo. Creo que podría ser de utilidad para vosotras.

Ella asiente y saca las manos de los bolsillos.

—Entra —le dice, adelantándose para abrir la puerta principal.

En ese momento, Coco, que estaba esperando impaciente al otro lado de la puerta, sale corriendo a saludar.

En el vestíbulo está Mona con el aroma de su perfume Dolce & Gabbana. Lleva un pantalón blanco y una blusa negra, y ahora está poniéndose los zapatos negros de Chanel.

—¿Vas a salir? —pregunta Hedda.

—Sí, pensaba ir a almorzar con Anton. —Se levanta y se dirige a Frank—. Hola —le dice con una sonrisa.

—He traído algunas cosas —repite, mostrándole las bolsas.

—¿Sí? —dice Mona, mirando a Hedda de manera inquisitiva.

—Para la investigación —explica Hedda.

—Ah, muy bien. —Se pone el otro zapato—. Tráelas a la cocina para ver de qué se trata.

Entran y Frank deja las bolsas en la mesa de la cocina con un golpe seco.

—Hoy hemos ido a hablar con Sören Claesson —comenta Mona.

Él se vuelve de inmediato hacia ella, asiente y da un paso atrás.

—Entonces, ya sabéis lo que piensa: que estuve involucrado.

—Sí —responde con cierta demora, y Hedda la mira. Esos ojos azules pueden ser muy fríos—. Nos ha dicho muchas cosas, pero hubo una en particular que se me quedó grabada —continúa.

—¿Y qué es?

—Lo de la matrícula de la furgoneta. Sören insiste en que es un poco extraño que no pudieras tomar ningún número.

Hedda se queda mirándolo. Parece estar muy incómodo.

Frank asiente y dice:

—Supongo que eso es lo único en lo que Sören y yo estamos de acuerdo. Es extraño. Sabes que debes mirar la matrícula, pero, cuando estás en una situación así, te olvidas. Es como si el cerebro no

funcionara de manera correcta. Todo lo que podía pensar era en llegar a Elsa antes de que desapareciera.

—¿No crees que deberías habérnoslo mencionado?

—Lo olvidé.

Mona lo mira fijamente.

—¿Lo olvidaste? —pregunta despacio.

—Sí —suspira y se rasca la cabeza—, pero ahora ya lo sabéis. Siento haberme olvidado de decíroslo, pero no es que esté intentando ocultaros nada. Por eso he traído todas estas cosas —añade, señalando las bolsas.

Mona lo mira por un momento y luego vuelve su mirada hacia las bolsas.

—¿Puedo ver qué hay dentro? —le pregunta Hedda, y se acerca a las bolsas.

—Sí —responde, y retrocede un paso.

Las bolsas están llenas de un revoltijo de viejos recortes de periódicos, documentos, fotos y varios trozos de papel con notas manuscritas. Hedda pone todo sobre la mesa y saca una vieja cinta de vídeo. Apenas recuerda haber visto una de esas antes y la sostiene frente a sus ojos.

—Puedes verla —explica Frank, señalando la cinta—, para ver cómo era en realidad. Para que no te quedes solamente con lo que salió en los periódicos.

—¿Tienes a Elsa en vídeo? —pregunta Hedda.

Frank asiente en silencio.

—Mmm. Pero va a ser un poco difícil. —Deja la cinta—. Es decir, ¿quién tiene un reproductor de vídeo en estos tiempos?

—Yo tengo uno —interviene Mona, levantando la mano para apartarse el flequillo de la frente. De su muñeca cuelga una gruesa pulsera de oro junto a su Cartier. Suelta una carcajada y continúa—: Todavía guardo vídeos de Anton y William, por eso lo he conservado. Así que podremos ver la cinta de Frank sin problemas.

42

Casa Ronnum brilla como el sol con su vibrante color amarillo contra el cielo azul claro. De las jardineras de las altas ventanas ajimezadas cuelgan vistosas flores rojas mientras los toldos verdes se mecen suavemente con la brisa. Mona ve a Anki fumando en el camino del jardín y levanta la mano para saludarla.

—¿Aún no has dejado de fumar? —le pregunta cuando se acerca.

Anki suelta una carcajada.

—Claro que no, y lo triste es que, según parece, nunca podré dejarlo. Lo he intentado tantas veces que ya he perdido la cuenta.

Mona asiente y mira hacia la enorme casa señorial.

—¿Y cómo va esto?

—Superbién. La comida sabe divina, el restaurante está lleno y nuestros clientes están satisfechos. Y ya tenemos reservas para todo el otoño, tanto para bodas como para conferencias.

Anki parece feliz. Se puede percibir un nuevo brillo en sus ojos bajo el rímel azul ochentero, y tiene una sonrisa muy amplia en el rostro bronceado por el sol estival.

—Vaya, no podría ser mejor —dice Mona, y deja escapar una risa —. Y yo que pensaba almorzar aquí con Anton. No hay mesas disponibles, ¿o sí?

—Siempre hay una para ti, ya lo sabes.

De repente, se pone seria y mira hacia el edificio principal.

—¿Quién iba a pensar que me convertiría en la gerente de este lugar después de trabajar aquí durante más de treinta años? Es una locura.

—No, nada de eso. No se me ocurre una gerente mejor que tú.

Anki se vuelve hacia ella y la mira a los ojos.

—No creas que no me he enterado de que tuviste que ver con que me ofrecieran el trabajo.

—Ah, no —Mona niega con ambas manos—, has conseguido el puesto por tus propios méritos y te lo mereces. De todas maneras, no creo que Carl hubiera durado mucho. Cuando malversas dinero, tienen que echarte. Es así de simple.

—Bueno, supongo que tienes razón con respecto a Carl —asiente —. Pero aun así quiero darte las gracias. Sé que hablaste bien de mí.

Mona se ajusta el bolso al hombro.

—Tal vez sí lo hice, pero se suponía que no ibas a enterarte. Aunque… —suelta una carcajada— fui muy ingenua al creerlo.

Anki asiente y se ríe con ella.

—Sí, es cierto. Tú sabes que siempre me entero de todo.

—Sí, ya lo sé.

Anki es como una de esas telefonistas de antaño. De las que estaban al tanto de todo y de todos, de las que podían decir que no hacía falta pasar la llamada porque la persona a la que llamaban no estaba en casa. Mona no sabe cómo lo hace. Quizá se deba a que Anki ha vivido aquí toda su vida y tiene una habilidad muy especial para percibir los estados de ánimo.

—¿Y es verdad lo que he oído, que vais a buscar a Elsa? —pregunta Anki como para confirmar sus pensamientos.

—Sí, es verdad. Ya se verá cómo va todo eso. —Se gira al oír el sonido de un coche que accede al aparcamiento.

Un Passat plateado entra en la sombra bajo el gran castaño y se detiene junto a su Land Rover negro. Anton sale del coche, se detiene y mira a su alrededor. Entonces las ve y se acerca a ellas.

—Hola —saluda con una sonrisa—. ¿Cómo estáis?

—Bien —contesta Mona—. Aunque estaría aún mejor con algo de comida.

—Sí, por supuesto —responde Anton, acariciándose el vientre plano, y este gesto le hace pensar a Mona en Gabbi y sus intentos de tener un bebé. Anton no sabe que ella está al tanto de esos intentos. Se ha enterado por Gabbi y, en cierta forma, le duele que él no se lo haya dicho.

—¿Alguna noticia sobre Agnes? —pregunta Anki, dando un paso adelante.

El rostro de Anton se ensombrece.

—Me temo que no. ¿Has oído algo?

—No. —Da una última calada a su cigarrillo y se agacha para apagarlo en el arriate—. Por cierto, ¿sabes algo del rodaje que están haciendo en las montañas?

—No. ¿Qué rodaje? ¿Es algo de la productora Film i Väst?

—No creo. Ellos suelen hacer producciones más grandes. Esto parece ser algo a menor escala. —Se encoge de hombros—. Solo tenía curiosidad.

43

Hedda sorbe de forma ruidosa los fideos instantáneos del vaso de poliestireno que ha calentado en el microondas. La mesa delante de ella está cubierta de papeles clasificados de la investigación policial que Mona recogió de camino a casa. Entonces le explicó que la policía puede hacer eso si se trata de un caso delicado. Por ejemplo, en casos de delitos sexuales, delitos contra la seguridad nacional o, como en este caso, cuando la víctima es una menor. Ha estado hojeando el libro que encontró en la estantería de Mona y los montones de papeles que llevó Frank. Hay muchos artículos de periódicos, así como fotos y notas viejas, y ha intentado darles un orden cronológico.

La sombría historia va desarrollándose a medida que examina el material. Los medios de comunicación presentaban a una familia desmoronándose y abundaban las especulaciones. También nota que el tono de los artículos cambia a medida que estos se alejaban del secuestro. La esperanza inicial de que todo se solucionara se reemplazó por una creciente certeza de que Elsa ya no estaba viva.

Se lleva a la boca algunos fideos y mira la cinta de vídeo. Deja el vaso de poliestireno, se limpia un poco de sopa de la barbilla y se levanta. De repente, piensa en Mona y en la pulsera que colgaba de su muñeca.

—¡Joder! —exclama en voz alta, y vuelve a sentarse. No puede dejar de pensar en ello. ¿Qué ha pasado? Mona la ha recuperado. No debió hacer eso. Es verdad que se la robó, pero eso fue antes de conocerla. Hoy en día nunca haría algo así.

Estaba allí, en el banco, la primera vez que estuvo en esta casa. Justo delante de ella. Lo único que tuvo que hacer fue estirar un poco los dedos, esconderla en su mano cerrada y guardarla en su bolsillo. Así de sencillo. En su vida anterior, robaba cosas todo el tiempo a personas que no las necesitaban. Además, pensaba que Mona era una perra cuando lo hizo. Fue solo después cuando se dio cuenta de la clase de persona que era y cambió de opinión. Pero para entonces ya era demasiado tarde. No podía devolverla.

Desde entonces, no había podido dejar de pensar en ello. Así que la semana pasada simplemente la puso en la estantería y dejó que Mona la encontrara. «Todo debería estar bien ahora», piensa Hedda.

Se estremece al oír que suena el teléfono fijo. «Joder —piensa irritada—, ¿quién tiene un teléfono fijo hoy en día?». En realidad, Mona se ha empecinado en tener un número para la empresa.

Quien llama es un hombre llamado Pierre Wilkins. Suena muy cortés y pregunta por Mona en inglés británico. Cuando le dice que no está en casa y le pregunta de qué se trata, el hombre le responde que quiere contratar sus servicios, pero que necesita hablar con Mona.

Al colgar, Hedda se siente entusiasmada. Es una llamada de un cliente real. No uno como Frank, sino uno que de verdad puede pagar. No es que Mona necesite el dinero, pero le parece importante que todo esto de la consultoría legal no sea solo un pasatiempo. Quiere que crezca y tenga éxito, y quiere formar parte de ello.

Se acerca a la mesa, coge el videocasete y entra en el luminoso salón. Se arrodilla frente al reproductor de vídeo plateado. Enchufa el cable y mete la gruesa cinta en el agujero. La máquina la coge y la introduce con un zumbido. Entonces va a sentarse en el sofá, coge el mando y pulsa el botón con un triángulo. La película comienza a reproducirse.

44

A veces, a Mona le entran unas ganas tremendas de comer comida sueca de verdad, por ello ha pedido cerdo asado con tortitas de patata rallada y arándanos rojos crudos en conserva con azúcar. Se zampa un trozo de cerdo extracrujiente, tal como lo ha pedido, y disfruta del sabor salado en su paladar.

—¿Está bueno? —pregunta Anton.

—Sí —responde—, pero creo que tendré que echarme una siesta de una hora esta tarde.

Anton se ríe y señala el plato con el cuchillo.

—Parece más el almuerzo de un leñador que el de una abogada tan menuda como tú.

—Tienes razón —afirma, y toma un sorbo de agua de su vaso—. Por cierto, el otro día me topé con Johnny Landström en Ica.

—Ah, ¿sí? —Anton tiene delante un *risotto* con setas y cebollas encurtidas, y coge un aro de cebolla para llevárselo a la boca—. ¿Y qué te dijo?

—No le caigo bien.

Anton suelta una carcajada.

—¿En serio?

—Sí. Incluso parecía querer vengarse.

—No creo que tengas que preocuparte por él.

—No pienso hacerlo.

—Muy bien. Porque ayer lo detuvieron en una redada.

Al oír esto, Mona deja el tenedor y pregunta:

—¿Qué redada?

—La policía de Gotemburgo hizo una redada en el Privat. Fue todo muy planificado y también participó gente de la Agencia Tributaria.

—Vaya, ¿y qué hay de Belinda Bauer?

—Ya veremos. Por ahora, se ha interpuesto una denuncia penal, y la investigación mostrará cómo se ha manejado el dinero y si ha habido comercio sexual oculto.

Mona asiente. Hedda le ha dicho que no sucede nada dentro del club, pero fuera es otra cosa.

—Será interesante ver en qué termina todo eso.

—Johnny Landström estaba allí y lo detuvieron por posesión ilegal de drogas —explica Anton—. Me parece que ahora intentará no meterse en problemas y no hará ninguna tontería. ¿No crees?

—Sí, claro —contesta, esbozando una sonrisa. «Es el karma»,

piensa, y se come otro trozo de carne de cerdo.

Comen en silencio mientras la vajilla tintinea al compás de los murmullos de las conversaciones de los demás comensales. Se queda mirando a Anton. Tiene que decirle que ha hablado con Sören, pero primero quiere que sepa lo de Frank.

—Tengo algo triste que contarte —comenta, dejando los cubiertos.

—¿Qué?

—Se trata de Frank Gunnarsson.

—¿Frank? —repite, levantando la vista.

—¿Sabías que está muriéndose de cáncer?

Anton se lleva el vaso a la boca y bebe, para después dejarlo en la mesa y menear la cabeza.

—No, no lo sabía. Lamento escucharlo.

—Ya. —Se encoge de hombros—. Pensé que querrías saberlo.

—Sí, por supuesto. Gracias por decírmelo. Aunque, la verdad, no sé qué hacer con esta información. ¿Deberíamos contactar con alguien? —Vuelve a coger los cubiertos—. Frank tiene a Michelle, pero no creo que nos corresponda llamarla. ¿Qué hiciste tú con Alexander? ¿Había algún pariente con el que pudieras contactar cuando le diagnosticaron el cáncer?

Mona se queda petrificada. ¿Ha sido una pregunta inocente o es que acaso Anton tiene curiosidad? Nunca ha preguntado por Alex, ¿por qué ahora?

—No —responde—. No tenía hijos ni hermanos, y sus padres ya habían muerto.

—Ya veo —dice él—. Entonces, ¿nadie que estuviera vivo?

—No, nadie excepto yo.

—Nunca llegamos a conocer a Alexander, así que…

—Prefiero no hablar de él —interrumpe—. En algún momento en el futuro, tal vez, pero no ahora. En cuanto a Frank, estoy de acuerdo contigo en que es asunto suyo a quién quiera contárselo.

Anton asiente, mete el tenedor en el *risotto* y la mira.

—Hablando de Frank. Sören Claesson me ha llamado hace un rato.

—Ah, ¿sí? —Suelta una carcajada. Ya no hace falta esperar para sacar el tema. Sören se le ha adelantado—. ¿Y qué te ha dicho?

—Que lo has visitado.

—Así es. Hedda y yo hemos hablado con él esta mañana.

Anton deja el tenedor y la mira.

—Me ha contado lo que estáis haciendo. ¿De verdad vais a abrir otra vez ese caso tan viejo? Si supieras cuánta gente ha trabajado en él. Sobre todo, Sören. —Menea la cabeza—. No creo que eso lleve a ninguna parte. Y, si como dices, Frank está muriéndose, ¿es así como va a pasar sus últimos días de vida?

Mona lo mira.

—¿Prefieres verlo borracho y meándose encima?

—No. —Anton baja la mirada—. No me refería a eso.

—¿Es Sören el que dice que esto no llevará a ninguna parte?

—No, lo digo yo.

—¿Y cómo lo sabes? —Se inclina hacia él—. ¿Y si Elsa está viva? ¿Y si está por ahí, en algún lugar? —Gesticula con la mano—. Podría haber perdido la memoria o algo así.

—Vamos, eso no te lo crees ni tú. —Menea la cabeza—. Ese es el peligro cuando no se encuentran los restos de la persona.

—Como te decía —repite, clavando el tenedor con tanta fuerza en el cerdo que la salsa de cebolla salpica el mantel—, existe una posibilidad de que esté viva. No es grande, estoy de acuerdo, pero existe.

—¿Sabes? —Anton hace una pausa y se reclina en su silla—. Estamos investigando la desaparición de Agnes Jakobsson.

—Lo sé.

Anton coge su vaso, se lo lleva a la boca y bebe. Luego lo deja en la mesa con suavidad.

—El nombre de Frank surgió en la investigación.

Mona frunce el ceño.

—¿Y debería sorprenderme? Su nombre aparece cada vez que alguien roba una bicicleta en Vargön.

—No, ahora estás siendo injusta. No es tan malo.

—Ah, ¿no?

—Sabes que era uno de los sospechosos de la desaparición de Elsa, ¿verdad?

—Sí, pero no hay pruebas de que haya sido él.

—Tal vez. —Vuelve a coger su vaso y lo mueve por la mesa. Entonces la mira—. No me agrada que estés haciendo esto.

Mona lo mira fijamente, apretando la mandíbula. ¿El pequeño Anton viene a decirle lo que debería hacer? ¿Su hijo de veintinueve años quiere controlar lo que hace? Está acostumbrada a tomar sus propias decisiones y no necesita ayuda para hacerlo. Menea la cabeza.

—¿Por qué?

—Prefiero que no tengas nada que ver con él.

—Pero es inofensivo —replica, gesticulando con la mano en señal de rechazo.

—Eso no lo sabes —contesta, negando con un gesto—. Además, no tiene coartada para cuando Agnes desapareció.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he hablado con él.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Mona se queda mirándolo. Una hora antes, justo antes de que

saliera, Frank fue a su casa para dejar las dos bolsas. Hablaron de Elsa y se disculpó por no haber mencionado lo de la matrícula. Y ahora resulta que había estado hablando con Antón sobre la coartada y tampoco había dicho nada al respecto, aunque había tenido varias oportunidades.

—Pero… —Frunce el ceño al darse cuenta de que el asunto es más extraño que eso—. Yo vi a Frank esa noche.

—¿Dónde?

—Fui a hacer la compra a Ica. Fue la misma noche que me topé con Johnny. Estaban a punto de cerrar, debían ser las diez. Cuando salí, vi a Frank caminando por el aparcamiento.

Anton pone las manos sobre la mesa y se inclina hacia delante.

—¿Y dónde había estado antes?

—No lo sé —contesta, encogiéndose de hombros.

—Entiendo. —Hace una pausa antes de hablar—. Quiero que tengas cuidado cuando estés con Frank.

Mona levanta la vista y se encuentra con su mirada.

—Lo que puedo decirte es que estaba muy borracho. Así que, si crees que se llevó a Agnes, te equivocas.

—¿Qué sabes de eso? —Se endereza en su silla—. De verdad. ¿Qué sabes de lo que es capaz Frank? —continúa con una voz agitada que ella no recuerda haber escuchado antes—. No lo conoces. Hace muchos años que no lo ves y no tienes ni idea de lo que le han hecho estos años. Se ha derrumbado y se ha convertido en una persona totalmente diferente. Pero yo lo he visto. —Se da unas palmaditas en el pecho—. Y puedo decirte que Frank no es inofensivo. Ni mucho menos.

—¿A qué te refieres?

Anton menea la cabeza.

—No quiero entrar en más detalles, solo te diré que quiero que tengas cuidado con él. Está enfermo. Además, es alcohólico, y no puedes confiar en él.

Mona siente ganas de decirle que se detenga, que ella hace lo que quiere, pero una semilla de desazón ha brotado en su interior.

45

—Es una niña dulce e inocente —dice la mujer de cabello oscuro, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Estoy segura de que os agrada, pero nosotros la amamos. Ya es hora de que vuelva a casa con su familia.

Es la madre de Elsa, Tina Gunnarsson, quien aparece en el reportaje apelando a los secuestradores para recuperar a su hija. Ha intentado maquillarse, pero nada en el mundo puede ocultar la pena y la angustia que siente mientras ruega por tener a su hija de vuelta. La gran desesperación de esa madre le llega directamente al corazón. No puede evitar sentir su dolor y hace algo que no ha hecho en muchos años: llorar. Las lágrimas ruedan por sus mejillas y se las seca con cierto enfado.

Ahora aparecen imágenes de un Frank mucho más joven y de su mujer, que luego son sustituidas por una fotografía de Elsa. Es la misma foto que aparece todo el tiempo. Una foto del colegio en donde se la ve con el pelo bien peinado y una tímida sonrisa sobre un fondo azul cielo. Es el mismo tipo de foto que les hacían a ella y a sus compañeras cuando estaba en el colegio, pero que nunca pudo permitirse comprar.

—¿Has visto a Elsa? —pregunta Anna Lindmarker, de la redacción de TV4, pero dieciocho años más joven. Suena igual que hoy, con la misma voz articulada y profunda—. Elsa tiene once años, pelo rubio y ojos azules. Mide un metro y treinta y siete centímetros, y pesa treinta y seis kilos. Desapareció a la salida de su casa en Vänersnäs, a tres kilómetros de Vänersborg, el dieciocho de agosto, cuando se dirigía al autobús escolar. Llevaba unos vaqueros claros, un jersey de rayas y una mochila rosa con libros dentro.

Hedda escucha la misma historia una y otra vez, contada en diferentes canales y por diferentes presentadores de noticias. El reportaje termina de repente y aparece la casa de los Gunnarsson. Entonces se sienta con las piernas cruzadas, coge su jersey y se seca más lágrimas. Es aquí donde comienza el vídeo del que Frank les ha hablado, donde aparece Elsa.

Su respiración se acelera cuando ve a Elsa pasar por delante de la ventana empujando a una risueña niña en un carrito rojo. Debe ser Michelle. En la siguiente secuencia, Elsa está sentada frente a un árbol de Navidad abriendo regalos. De fondo suena un conocido villancico del grupo Busungarna. Alguien se ríe a carcajadas mientras Elsa tira el

papel de Papá Noel a un lado y levanta un libro. Es *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*. Elsa mira a la persona que sostiene la cámara y parece contenta.

Ahora hay una escena distinta. La Navidad ha pasado y Elsa está sentada a la mesa. Es una mesa de pino y en el plato blanco que tiene delante se ven rodajas fritas de salchicha de cerdo con kétchup, puré de patatas y guisantes. En ese momento, una voz masculina que Hedda reconoce como la de Frank la hace reír.

La cámara hace *zoom* en la cara de Elsa y ella levanta la vista para mirarla directamente. Escucha la voz de Frank una vez más y mira a Elsa. Todo eso la hace sentir incómoda. Hay algo íntimo en este vídeo, como si Frank y Elsa compartieran un secreto.

46

La energía fluye por el cuerpo de Charles Backe de una manera que solo ocurre cuando está en la naturaleza. Ha estado todo el día en una sala de conferencias en Gotemburgo con motivo de una reunión de Sveaskog, la empresa forestal del Estado sueco. Se han debatido temas como la deforestación, el cambio climático y la biodiversidad. Son cuestiones importantes, sin duda, pero, tras todas esas horas encerrado, necesita salir y respirar.

Sube las escaleras de Björkås. Son cientos de escalones de piedra natural, muchos de los cuales están cubiertos de musgo verde. Algunos se balancean bajo su peso mientras sube cada vez más alto por el monte Halleberg.

Una vez arriba, se detiene a contemplar el paisaje. Se ven los tejados negros y rojos de Vargön y, un poco más lejos, la luz de las calles y casas iluminadas de Vänersborg. La brisa agita las ramas de los árboles y algo cruje en el bosque. Respira por la nariz y percibe el aroma de la naturaleza, absorbiendo aquel aliento de vida.

Siente que ahora está en un buen momento de su vida. No lo hubiera pensado hace siete años, cuando Louise lo dejó, pero con el tiempo ha llegado a disfrutar de la soledad. Le gusta poder ir y venir a su antojo, y se había hecho a la idea de una vida en soledad. Pero entonces conoció a Mona, quien aterrizó literalmente delante de sus pies cuando el caballo la tiró. Desde que la ayudó aquel día, no ha podido dejar de pensar en ella. No es una persona de la que uno pueda deshacerse con facilidad. Y Charles es consciente de ello porque lo ha intentado.

Mona es diferente a Louise de muchas maneras. Mona parece llena de confianza en sí misma y de alegría de vivir. Para ella, los obstáculos son un reto, mientras que Louise es una mujer amargada y convencida de que todo y todos están en su contra. En realidad, siente pena por ella. Louise lo dejó porque decía que él estaba reteniéndola cuando, en realidad, era ella misma quien lo hacía. Por eso, nada ha cambiado para ella en estos siete años. Sigue viviendo en el mismo piso, sigue teniendo el mismo empleo y sigue comiendo sopa de guisantes y tortitas los jueves y tacos los viernes. Asiente para sí mismo, se gira y continúa por la ladera de la montaña. Podría decirse que la separación fue lo mejor que pudo sucederle.

El sendero se siente suave bajo sus botas y el bosque susurra su canto sosegado. Se sube a un tronco de abeto cubierto de musgo y

helechos, en cuyo lado sombrío crece un conjunto de setas. Se oye un crujido en una de las copas de los árboles y la llamada de un ciervo, y pronto aparece frente a sus ojos el valle Uggledalen.

Oye un crujido cercano y se detiene. Algo grande se aproxima. Entre los oscuros troncos de los árboles aparece un alce, que pasa con largas y majestuosas zancadas sin prestarle atención. Charles frunce el ceño. Alguna persona debe haber molestado al alce. Mira a su alrededor. Hay alguien más en la montaña.

Entonces oye voces, voces bajas que no son más que susurros que trae el viento. Luego se callan. Y, justo después, se oye un grito.

47

La mujer está sentada en el asiento trasero del coche patrulla con una manta encima de los temblorosos hombros. Mientras tanto, el hombre camina de un lado a otro en un intento de calmarse. Sus mochilas están apoyadas en el tronco de un árbol y la humedad del suelo se filtra a través de las fibras. Charles Backe está sentado en una roca junto al árbol. En lo alto del roble, un cuervo observa todas las cosas insólitas que suceden en su bosque.

Anton ha escuchado su descripción de los hechos: caminaban a través de una baja niebla blanquecina, cautivados por el silencio y la belleza del bosque, cuando de repente algo hizo que la mujer se detuviera y mirara hacia abajo. Al principio no entendió lo que estaba viendo: pelo negro y cuerpo blanco. Cuando cayó en la cuenta de lo que era, gritó tan fuerte que sus alaridos resonaron a través de la montaña. No fue posible silenciarla hasta que llegó Charles y los alejó de allí.

Anton aparta la mirada hacia la niebla que se extiende como un suave manto sobre la pradera que rodea la casita roja. En esta zona habita gente desde la época precristiana, y la casita rústica ha servido de hogar a oficiales, pequeños agricultores y guardas forestales que buscaban detener la caza furtiva y el robo de madera; y, más tarde, también a agricultores forestales. Pero ahora lleva muchos años vacía.

Camina hacia la casa, que está rodeada de una hierba que le llega hasta los muslos y en cuyo dintel hay un rótulo que dice «Uggledalen». La puerta está abierta y ve a uno de los técnicos forenses pasar por dentro. La casa es más antigua de lo que parece, las paredes rojas recién pintadas son engañosas. Al echar un vistazo a través de la ventana ve que está abierta hasta el piso inferior, donde se está colocando el nuevo suelo.

Avanza hacia la casita y mira el montón de muebles viejos que alguien ha arrastrado hasta allí. Luego se da la vuelta y se queda de pie junto a Bodil, observando a los técnicos vestidos de blanco que parecen deslizarse por la pradera.

—La danza de las elfinas —dice, volviéndose hacia Bodil.

—¿Qué? —Lo mira mientras mete una mano en el bolsillo del pantalón para sacar la cajetilla de *snus*.

—Se le llama la *danza de las elfinas* cuando la niebla baja a la pradera. Esto se debe a que en el folclore antiguo se creía que las elfinas bailaban en la pradera.

—¿Y tú crees en esas cosas?

—Claro que no.

—Es un fenómeno natural —interrumpe My, acercándose a ellos.

Él asiente y trata de fijar su mirada en uno de sus ojos bizcos.

—Ocurre cuando el aire caliente sube y el aire más cercano al suelo se enfría. El aire húmedo se condensa y se forman gotas de agua microscópicas que se quedan suspendidas —explica, gesticulando con la mano—. Esa es la niebla que vemos.

—Vale. —Bodil tamborilea sobre la tapa de la tabaquera con su dedo índice—. Hadas o fenómenos naturales, lo que sea. Es el cuerpo de Agnes Jakobsson, ¿no?

Anton asiente y piensa de inmediato en Arne y Eva, cuya hija ha sido encontrada muerta. Se dirige a My:

—¿Es posible que haya estado aquí todo el tiempo? Es decir, ¿desde que desapareció?

—No. Solo lleva un par de horas muerta.

Anton se queda mirándola.

—Eso quiere decir que Charles y la pareja que la encontraron podrían haberse cruzado con el asesino.

—Sí, así es.

Anton mira a su alrededor a través de la pradera hasta la linde del bosque y los árboles nudosos que parecen flotar en la grisura de la noche que comienza. Se queda mirando con atención, como si esperara ver de repente una figura que toma forma y se acerca a ellos. Finalmente, parpadea con fuerza y se gira para mirar de nuevo a My.

—¿Habéis encontrado algún rastro de él?

—Estamos buscándolo, como puedes ver.

Anton asiente.

—Pero ¿qué demonios ha pasado aquí? —Su voz parece estar a punto de quebrarse, así que carraspea—. ¿Por qué la han dejado aquí?

My se encoge de hombros.

—Bueno, podría haber sido en cualquier otro lugar.

Miran hacia el lugar del hallazgo. No ven mucho de su cuerpo, pero saben que está tumbada bocabajo con las manos atadas a la espalda, con una ramita enroscada en las muñecas.

—¿Y qué hay de la ramita? —pregunta Bodil—. ¿Por qué tiene las manos atadas con ella?

—Supongo que no había nada más para atarla. Es de un roble, y hay muchos por aquí.

—¡Vamos a darle la vuelta ya! —grita uno de los técnicos.

—¡Espera, espera! Ya voy —responde My, acercándose a ellos de inmediato.

Anton y Bodil la siguen tan de cerca como pueden, pero sin arriesgarse a contaminar la escena del crimen.

Uno de los forenses coge el cadáver por el hombro y otro por la cadera, y después tiran suavemente de su cuerpo hacia ellos para darle la vuelta. My se agacha y saca un lápiz, con el que aparta el pelo oscuro de la cara de Agnes. Se queda petrificada por un instante y luego se retira despacio. Le dice a su colega algo que Anton no entiende y entonces dejan que el cuerpo vuelva a caer como estaba. Cuando My se vuelve hacia él, tiene una nueva expresión en el rostro.

48

—Pero, Mona, tienes que ver esto —insiste Hedda, empujándola hacia el sofá—. Solo te llevará un momento.

Mona reprime un bostezo y se apoya en el cojín del sofá. Al cerdo asado y la tortita de patata rallada del almuerzo los siguió un largo paseo a caballo por el monte Hunneberg, y luego estuvo en el establo hasta antes de volver a casa. Quiere ducharse para después ponerse su gruesa bata y, finalmente, meterse en la cama para dormir a pierna suelta toda la noche. No tiene ánimo de hablar con Hedda en este momento, a pesar de que está delante de ella y casi salta por las ganas que tiene de mostrarle algo.

—Que sea rápido —dice—. Estoy agotada.

—Sí, sí. —Hedda se pone de rodillas frente al reproductor y empuja la cinta. El aparato hace que esta desaparezca dentro con un zumbido y ella va a por el mando a distancia para encender la pantalla. Entonces se alisa el largo pelo oscuro y se vuelve hacia Mona —. ¿La vemos entonces?

Una vez que Mona asiente, pulsa el botón para reproducir la película. Aparece la cocina de la familia Gunnarsson con una niña rubia que lleva lazos en las trenzas y que está sentada comiendo. Miran la secuencia en silencio y el cansancio de Mona se convierte en tristeza al pensar en lo que pudo haberle ocurrido. Pero entonces algo llama su atención. Es Elsa la que está sentada a la mesa y es la voz de Frank la que oye, pero ¿qué es lo que está viendo en realidad?

Cuando la escena cambia a una en la que aparece la hermana menor de Elsa dando sus primeros pasos vacilantes, Hedda detiene la película.

—¿Lo has visto? —pregunta Hedda, mirándola con sus ojos oscuros.

Ella asiente. Lo ha notado. Al menos, eso parece. Lo oyó en la voz de Frank cuando le hablaba de manera provocadora a Elsa y lo percibió en esa mirada especial que le lanzó. De repente, se le revuelve el estómago al recordar las palabras de Sören sobre los padrastros y sus hijas adoptivas.

Se vuelve hacia Hedda.

—Puede que estemos equivocadas —dice, inclinándose hacia delante—. Debemos tener mucho cuidado con esto.

—¿Equivocadas? —Hedda menea la cabeza enérgicamente—. No. Reconozco a un pedófilo cuando lo veo. —Se pone de pie desde la

posición de rodillas con un movimiento rápido, da unos pasos hacia delante y se coloca delante de ella—. Eso no está bien, Mona, y lo sabes.

Ella asiente en silencio. Está de acuerdo. Eso no está bien. Las dos tuvieron la misma sensación al ver el vídeo, pero deben tener cuidado. No sería correcto juzgar a Frank solo por esa breve secuencia. Se lleva una mano a la cabeza y se masajea el cuero cabelludo. Siente que hay algo raro en todo esto, pero no sabe qué es exactamente. Se encuentra con la mirada de Hedda.

—Estoy de acuerdo en que hay algo que no está bien. Pero no lo entiendo, ¿por qué acude a nosotras si está involucrado?

—Lo sé. Yo estaba pensando lo mismo. Pero puede que la cabeza no le funcione bien. Si supieras cuántos borrachos he visto en mi vida que terminan con dos neuronas peleándose entre sí.

Mona asiente y sonríe con cansancio.

—He estado hablando con Anton durante el almuerzo.

—¿Y?

—Ha salido el tema de Frank, ya que es parte de su investigación sobre Agnes Jakobsson. De hecho, se ha reunido con él esta mañana. No sabemos qué hizo o dónde estuvo antes de que me encontrase con él fuera de Ica. No tiene coartada.

—¿Esta mañana? —Hedda sacude la cabeza—. ¿Pero…?

—Sí, lo sé —la interrumpe Mona—. No ha dicho nada al respecto cuando ha estado aquí, como sería lo normal en una situación como esta. —Se endereza en el sofá—. Anton también me ha dicho otra cosa.

—¿Qué?

—Quiere que mantenga las distancias con Frank. Dice que no es tan inofensivo como parece.

—¿En qué sentido?

—No entró en detalles, solo me dijo que deberíamos alejarnos de él.

49

Anton se encuentra con la mirada de My: ha descubierto algo. Él da un paso adelante para averiguar de qué se trata, pero se detiene cuando está a punto de acercarse demasiado.

—¡¿Cómo va todo?! —grita, estirando el cuello.

Ella menea la cabeza.

—¿Podemos acercarnos un poco? —pregunta, intentando sonar tranquilo.

—Tendréis que esperar.

Anton le lanza una mirada cómplice a Bodil y después se da la vuelta y se quedan en silencio uno al lado del otro. La oscuridad ya ha descendido sobre el valle Uggledalen y pronto resultará imposible ver algo. Oye el murmullo bajo de los forenses, y Bodil pisotea el suelo bajo sus pies. El coche patrulla se ha llevado a la pareja, pero Charles Backe sigue allí. Ha encendido una linterna y sigue sentado bajo el roble. ¿De verdad piensa pasar la noche en el bosque después de todo lo que ha sucedido?

El aire se ha vuelto frío y la oscuridad es cada vez más densa. Los técnicos han encendido reflectores para iluminar el lugar y la niebla se ve azul bajo esa luz.

My mira a la colega que está en cuclillas delante de ella. Dicen algo en voz baja e inaudible entre ellas, y luego se dirige a Anton y Bodil, haciéndoles señas para que se acerquen.

—Podéis venir, pero caminad sobre los tablones.

Avanzan hacia My y Anton oye la respiración rítmica de Bodil detrás de él. Pisa con cuidado sobre la pasarela improvisada y, de pronto, siente unas gotas microscópicas de agua a través de la tela de sus pantalones y en su piel desnuda.

—¿Qué habéis encontrado? —pregunta Anton una vez que han llegado.

My levanta la vista hacia él.

—Tenéis que ver esto —responde, y se dirige al hombre que está delante de ella y que tiene la mirada puesta en el cadáver—. ¿Me ayudas aquí? —le pregunta, y él asiente sin más.

Anton mira el cuerpo inerte de Agnes. Está desnuda y tumbada bocabajo. Deja que su mirada recorra la espalda, la curva de las nalgas y los esbeltos muslos.

My y su colega cogen el cuerpo y comienzan a darle la vuelta con suavidad. Se ven sus pechos y luego su estómago, su sexo y la parte

delantera de sus muslos y, finalmente, su cara, aunque esta ha quedado oculta bajo su pelo. El cuerpo está lleno de manchas, pero no sabe si son manchas de cadáver o hematomas de antes de morir. My aparta con suavidad los mechones de pelo húmedo y oscuro. Anton se queda mirando el rostro. La nariz está hinchada y destrozada, y parece como si sus ojos vidriosos lo miraran. Observa la boca. Los labios secos están ligeramente separados y a la luz de la lámpara Anton ve algo que brilla en el interior.

50

Mona sigue cansada, pero de otra manera. Ya no son sus párpados los que requieren descanso, sino que otro cansancio agobiante se ha apoderado de ella. Se resiste a creer lo de Frank. Si fuera verdad, ¿habría acudido a ella en busca de ayuda?

¿O podría ser, como dice Hedda, que el alcohol le ha dañado el cerebro hasta dejarlo estúpido? No cree que sea eso. Se endereza y dice:

—Tenemos que hablar con Tina.

Hedda asiente en silencio.

—Aunque, sinceramente, preferiría no involucrarla. Ha pasado por un infierno. No solo ha perdido a su hija, sino que los medios de comunicación también la han arrastrado por el barro.

—Sí, lo sé —responde Hedda—. He estado mirando las cosas que Frank nos ha traído.

Mona asiente.

—Hubo mucha especulación. Transmitían desde el lugar de los hechos todos los días, a pesar de que ya no tenían nada nuevo que informar. Llamaron a los expertos y les dieron sus quince minutos de fama, pero la verdad es que ninguno contribuyó a la investigación. Todos los medios de comunicación parecían dominados por un hambre malsana de sensacionalismo.

—Y en los periódicos había solo suposiciones —añade Hedda.

—Sí, y se volvió casi una telenovela. Un día aparecían Frank y Tina como víctimas y al siguiente, como criminales. Tuvieron que soportar muchas cosas. Incluso llegó a decirse que su dolor no era del todo convincente y se concluyó que estaban ocultando algo.

—¿Cómo que no era convincente?

—Les parecía extraño que Tina no llorara aún más y que Frank pareciera tan tranquilo y sosegado. Ese tipo de estupideces. Por supuesto que no querían mostrar que estaban destrozados por la angustia y el sentimiento de culpa. Nadie los vio derrumbarse.

—Me pregunto cómo sería hoy en día, con las redes sociales.

—No quiero ni pensarlo —responde, cogiendo su teléfono móvil—. Pero supongo que tendremos que llamarla de todos modos. Tengo muchas preguntas sobre Frank. Aunque no creo que su número sea accesible al público.

Hedda le muestra una nota adhesiva amarilla con un número de teléfono escrito en grandes números negros.

Mona levanta la vista hacia ella.

—¿Qué es eso?

—El número de Tina. Me imaginé que tendríamos que llamarla en algún momento, así que lo he conseguido.

Mona inclina la cabeza.

—¿Cómo?

Hedda señala su ordenador.

—Tú tienes tus trucos y yo, los míos. Aquí tienes. —Le alcanza la nota con el número.

Mona la coge, marca los números en su teléfono y enciende el altavoz. Ambas escuchan las señales con la esperanza de que la llamada sea aceptada.

—Hola —responde al fin una voz femenina.

Mona mira a Hedda a los ojos y después baja la vista hacia el teléfono que está en la mesa.

—Hola —dice—. ¿Estoy llamando a Tina Gunnarsson?

No hay más que silencio.

—¿Hola? —repite Mona.

Se oye un profundo suspiro.

—Sí, soy Tina. ¿Quién lo pregunta?

—Mona Schiller, aunque tal vez me recuerdes como Mona Asplund.

Vuelve a haber silencio y mira a Hedda antes de continuar:

—Puede que no te acuerdes de mí. Estuve…

—Sí me acuerdo de ti —interrumpe Tina—. De Vargön, ¿no?

—Así es. —No le parece apropiado desviarse ahora con una conversación introductoria, así que va directamente al grano—. Ahora trabajo como consultora jurídica. Frank vino a mí y…

—No hace falta que continúes —la interrumpe de nuevo—. No quiero escuchar nada al respecto.

—Pero se trata de Elsa.

—Lo sé —dice con brusquedad—. No podría ser otro tema si Frank está involucrado. Lo que no entiende es que ya está muerta. Desapareció hace dieciocho años. No sé en qué te ha metido, pero lo que está haciendo no es sano. Necesita seguir adelante con su vida. No puede seguir machacándose con lo mismo.

Mona vuelve a mirar a Hedda y gesticula con las manos, y esta le indica con la cabeza que continúe.

—Entiendo lo que quieres decir. Estoy intentando ayudarlo a superarlo, pero ha surgido algo durante la investigación que está haciéndome dudar cada vez más.

—¿A qué te refieres?

—¿Podrías decirme si Frank…, cómo decirlo…, si molestaba a Elsa de alguna manera?

Tina se queda en silencio.

—¿Molestaba? —repite con cierta cautela—. ¿De qué estás hablando?

—Sí, quiero decir, ¿alguna vez hizo algún avance?

Todo se queda en silencio y después vuelve la voz con dureza:

—No tenemos nada más que hablar. No vuelvas a llamarme.

51

Mona mira la pantalla apagada de su teléfono móvil. En realidad, no le sorprende que Tina no haya querido hablar sobre Frank. Pero está decepcionada. Esperaba conseguir algo con la llamada, una pista al menos, pero no ha servido de nada.

—Vaya —Mona se da una palmada en los muslos y se levanta del sofá—, todo esto ha sido un anticlímax.

—¿Un qué?

—Una decepción. Esperaba que quisiera hablar conmigo.

Hedda asiente.

—Lo sé. Ha sido una mierda.

Mona se acerca a la ventana y mira hacia fuera. La luz de la casa ilumina casi hasta el límite del bosque, y más allá solo hay oscuridad.

—Tenemos que pensar qué haremos ahora. —Se vuelve hacia Hedda—. Dejemos a un lado lo de Frank de momento. No vamos a hacer lo que hizo Sören y quedarnos estancadas en la misma pista.

—No, por supuesto que no. Snöret es el típico hombre que nunca cambia de opinión una vez que se ha decidido por algo.

Mona levanta las cejas. ¿Snöret? ¿El personaje del libro para niños? Parece que Hedda domina el arte de poner apodos precisos. La observa sentarse en el suelo con las piernas cruzadas.

Se alegra de haberla dejado entrar cuando apareció allí, en las escaleras de su casa, con sus vaqueros rotos y el viejo Saab verde aparcado en la entrada. Puede que un día resulte contraproducente, como augura Anton, pero al menos le habrá pagado por salvarle la vida.

Se sienta de nuevo en el sofá y Coco salta para ponerse a su lado.

—Es verdad que hay muchos detalles que apuntan hacia Frank, pero también hay que considerar otras cosas. Es un hombre viejo y enfermo. Es alcohólico y, según dice, padece un cáncer incurable. No creo que esté actuando como lo haría normalmente.

—¿Y qué hay de su verdadero padre?

—Martin. Martin Frescati. —Pone una mano en la cabeza de Coco —. Yo también he pensado en ese tema. Su nombre no figura mucho en la investigación. ¿Qué sabemos de él?

—Vive en Jönköping. —Hedda levanta su teléfono de la mesa y escribe su nombre. Pasa el dedo por la pantalla y se estira como un gato para acercarle el móvil a Mona—. Esto es lo que aparece.

Mira la foto que Hedda ha buscado en Google. Tiene una barba

gris bien cuidada, boca rígida y pelo peinado hacia atrás y atado en un moño en la nuca. Pero, sin duda, el rasgo más destacado de ese rostro son los ojos: debajo de las cejas perfiladas y los pesados párpados se asoman un par de ojos azules tan penetrantes como un profeta que todo lo ve. Es increíble lo que Photoshop puede lograr. Nadie tiene unos ojos así en realidad.

—Parece que es pastor de una iglesia llamada Vineyard —dice Hedda, meneando la cabeza—. Qué nombre más raro para una iglesia.

—¿Vineyard? —Mona frunce el ceño y le devuelve el teléfono a Hedda—. Nunca he oído ese nombre. ¿Qué tipo de iglesia es?

—Según su página web, es como cualquier otra iglesia. Solo que con un nombre más raro, en mi opinión.

—Sí, hay muchos tipos de iglesias menos conocidas, pero creo que la mayoría son bastante similares y se basan en los mismos fundamentos cristianos.

—Pero ¿por qué *Vineyard*? Significa *viñedo* en inglés.

Mona asiente en silencio.

—Aquí dice que también están en Trollhättan. Y parece que todas las ramas están conectadas de alguna manera. Comenzó en Estados Unidos en los setenta y llegó a Suecia a mediados de los ochenta. —Hedda levanta la vista—. ¿Crees que deberíamos hablar con él?

—Sí, hay que hacerlo. Si todas las ramas de esta iglesia están conectadas, deberían saber lo de Martin. Sören nos contó que tuvo un pasado bastante problemático y que luego se corrigió. —Mona se pasa el dedo índice por la ceja—. Tengo la sensación de que Sören dejó escapar al padre biológico de Elsa con demasiada facilidad. Por eso casi no hay nada sobre él en el archivo de la investigación. No vamos a soltar lo de Frank, pero creo que es importante buscar a Martin Frescati para hablar con él. —Hace una pausa—. Aunque primero quiero saber un poco más sobre la iglesia Vineyard para tener una idea de en qué estamos metiéndonos.

—Aquí dice que tienen su sede en la Iglesia ecuménica de Trollhättan. Parece que comparten el mismo edificio. —Levanta la vista—. Deben estar de alquiler, ¿no? —Vuelve a su teléfono—. Hay un nombre que aparece como persona de contacto: Gabriel Sandmann. También está su número de teléfono.

—Excelente —asiente Mona—. Llama a ese Sandmann y dile que mañana queremos ir a hablar con él.

52

Anton se despierta temprano y se dirige directamente al lago. Se sumerge en el agua fría y nada en línea recta hasta que empieza a sentir los brazos acalambrados por la fatiga. Entonces comienza a flotar bocarriba, intentando alejar los pensamientos sobre Agnes. Una vez que el frío empieza a entumecerle el cuerpo, se da la vuelta y vuelve nadando despacio. Por supuesto que sabía que le había pasado algo, pero tenía un poco de esperanza. Hasta que la encontraron muerta. Se siente cada vez más decepcionado por este fracaso. Se pregunta si podrían haber hecho algo más y si podrían haber evitado su muerte.

La frustración crece en su interior durante el trayecto hasta su despacho. Se sienta en la silla frente al escritorio, abre sus correos electrónicos y se enfada aún más al leer que su madre ha llamado a Tina Gunnarsson.

Se levanta y camina hacia la sala de conferencias con pasos acelerados. «Esta vez se ha pasado de la raya. Debe parar», piensa mientras abre la puerta de un tirón y entra en la reunión matinal.

—Bueno —comienza Petra Tallberg, de pie frente al extremo corto de la mesa de conferencias, apoyando ambas manos sobre ella. Pasea su mirada por la mesa como si quisiera asegurarse de que todo el mundo está escuchando lo que dice—. Esto no es lo que esperaba.

Anton baja la vista hacia la mesa. Imagina que todos deben estar tan decepcionados como ella. Agnes ha estado desaparecida durante tres días. No puede evitar pensar que han tenido el mismo tiempo para encontrarla. Pero han fracasado.

—Anton —continúa con brusquedad, volviéndose hacia él—, ¿puedes resumirnos la situación?

Él se hace el duro y asiente.

—Sabemos que Agnes fue atacada y secuestrada en el aparcamiento del club de bandy de Hunneberg después de haber salido a correr. Creemos que el criminal la hizo detenerse al golpear fuertemente la chapa del coche para luego fingir que estaba herido. Parece que para eso utilizó la sangre de cerdo. Y, cuando ella lo dejó entrar en el coche para ayudarlo, le golpeó la cabeza tan fuerte contra el volante que le rompió la nariz. —Mira a My y continúa—: Luego la metió en su propio coche.

»Lo más probable es que la drogara, atara o golpeara hasta dejarla inconsciente porque no hay señales de una pelea. —La decepción lo

invade de nuevo y libera un profundo suspiro—. Después de eso, la llevó a algún lugar, no sabemos dónde, y la mantuvo escondida durante tres días. No sabemos por qué tanto tiempo. Una vez allí, no parece que la lastimase, hasta que algo hizo que el asesino la asfixiara al ponerle una bolsa de plástico en la cabeza, la misma que luego le metió en la boca. Finalmente, llevó el cadáver al valle Uggledalen, en el monte Halleberg, donde lo dejó bocabajo en la pradera. Tenía las manos atadas con una ramita de roble.

Al terminar, Anton se queda en silencio, se estira y asiente hacia My.

—Por desgracia, eso es todo lo que sabemos —explica ella—. No tenemos pruebas para conjeturar nada más. Podemos ver que una persona ha andado por la pradera, pero no hemos podido asegurar ninguna pista. —Se rasca el pelo, haciendo que se le levanten todos los rizos—. La bolsa de plástico que tenía en la boca es una bolsa corriente de Coop y podría ser de cualquiera de sus tiendas. Todavía no sabemos si la marca que lleva tiene algún significado o si simplemente es porque tenía una de esas. No hemos encontrado huellas dactilares.

—¿Y la ramita? —pregunta Petra, mirándola a los ojos.

—Es de uno de los robles que crecen en esta región. Ya hemos peinado el bosque en el valle Uggledalen, pero hasta ahora no hemos podido rastrear el origen de un árbol en particular. Para poder utilizarla como cuerda, debe ser de un árbol joven.

—Yo diría que la rama y la bolsa de plástico son herramientas que usó de forma impulsiva —interviene Anton—. Al no tener nada para atarla, consiguió algo del bosque. Asfixiarla con una bolsa de plástico en la cabeza también parece algo improvisado. Y el hecho de que luego se la haya metido en la boca me parece que indica enfado. Porque, de lo contrario, no habría hecho eso.

—Puede ser. Pero, si hubiera actuado de forma impulsiva, no la habría mantenido prisionera durante varios días.

Anton asiente.

—Algo desencadenó su rabia. ¿Tal vez Agnes hizo algo que no le gustó? ¿Tal vez estaba tratando de escapar?

Todos se quedan en silencio en la sala mientras reflexionan sobre lo que podría haber desencadenado su ira.

—¿Y el hospital psiquiátrico Brinkåsen? —pregunta Petra.

Anton menea la cabeza.

—No hay informes de ningún paciente que haya escapado. Eso fue lo primero que comprobamos, pero tenemos que preguntar a otros hospitales y clínicas.

—¿Podría ser un exconvicto? —pregunta Bodil.

—Es fácil comprobar si ha salido libre algún recluso después de

cumplir su sentencia.

—También deberíamos investigar si alguien con antecedentes delictivos ha entrado en Suecia y si se han cometido delitos con características similares en algún otro país.

Petra asiente.

—¿Y la foto? —se dirige a Bellini—. ¿Qué ha pasado con eso? Me parece que ahora es aún más urgente.

—He averiguado quiénes son todas las personas, menos una. Después de muchos intentos, sigo sin poder identificar a la chica de pelo oscuro que aparece a la derecha de Agnes.

—¿Y eso? —Se inclina hacia delante—. ¿No estuvo en el campamento?

—Sí, también estuvo allí, pero no podemos localizarla.

—¿No podéis localizarla?

Se rasca la cabeza.

—He recibido un correo de la administración esta mañana y parece que han tratado de encontrarla, pero dicen que debe haber habido algún error en la inscripción, pues no hay ninguna Rebecka Svensson en la dirección que ella les dio.

Todos en la sala dirigen sus miradas hacia él.

—Tampoco está en las redes sociales de Agnes, por lo que creemos que más bien no quiere ser encontrada, no que haya habido un error en la inscripción.

—¿Has hablado con los otros de la foto?

—Sí. Todos eran jóvenes muy normales y agradables, y lo único que dijeron sobre Rebecka es que es una persona como cualquiera de ellos.

—Sigue intentando localizarla. —Petra extiende la mano y coge su teléfono—. Tres días —dice, mirando la pantalla—. ¿Por qué tres días?

—Puede que no signifique nada —comenta Bodil—. O tal vez es algo fortuito. O tal vez Agnes… —Se encoge de hombros—. Como decíamos antes, tal vez huyó y él la atrapó, ¿no?

—Es posible. —Petra se ajusta las gafas—. Pero ¿eso de meterle la bolsa de plástico en la boca? Me parece que dice algo. Y la ramita de roble. ¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Puede ser algo así como un trofeo a la inversa, ¿no?

—¿Qué significa eso?

—Que deja algo en lugar de llevárselo.

53

Han dejado atrás Vargön y conducen por la carretera Lilleskogsvägen que atraviesa el valle entre los montes Halleberg y Hunneberg. Mona se inclina para subir el volumen de las noticias de las diez y media. Al parecer, una mujer ha sido encontrada muerta en Hunneberg. Se miran y, aunque no se mencionan nombres o circunstancias, deducen que se trata de Agnes Jakobsson.

—Qué pena —dice Hedda, meneando la cabeza.

Mona asiente y siguen escuchando las noticias en silencio. En una parte se oyen algunas palabras de una rueda de prensa en la que Petra Tallberg expresa sus condolencias a la familia y explica que no pueden dar más detalles, pero que están investigando el crimen.

Mona aprieta las mandíbulas. Eso significa que Anton tiene una nueva muerte que investigar. No está segura de que su hijo pueda aguantar mucho en la profesión que ha elegido, es muy sensible. Tiene que estar pendiente de él. ¿Debería hablar con Gabbi?

Adelanta a un tractor con remolque, y unos minutos más tarde se desvían y entran en Vänersnäs, la península que se adentra en el lago Vänern desde el suroeste. En la lejanía se puede ver el paisaje llano de un archipiélago con islas boscosas e islotes rocosos con amplias extensiones de cañaverales. Pero aquí, a mitad de camino, hay campos fértiles con granjas y casas señoriales.

Cuando pasan por la iglesia blanca, se vuelve hacia Hedda.

—Es aquí donde sucedió —dice, señalando delante—. Es por este camino donde vivía Elsa, donde fue secuestrada.

—Lo sé. No está lejos del centro comunitario, ¿cierto?

Mona asiente y echa un vistazo al antiguo garaje de autobuses que está a la derecha de la carretera: un edificio rojo con enormes puertas turquesas que van desde el suelo hasta el techo. Frente al edificio hay restos de coches oxidados apilados unos encima de otros, viejos palés de madera y un montón de madera cubierto por una lona amarilla y otra verde. Ahí se ubicaba un próspero negocio de autobuses cuando Mona era niña, pero ahora parece más bien un viejo cementerio de autobuses.

Después del garaje, pasan por delante de una casa de ladrillos rojos, y Mona frena y acciona la palanca de los intermitentes.

—Aquí es —dice. Sale de la carretera, para después seguir a través de la reja abierta y por el camino de grava.

La casa está cubierta de yeso blanco, pero se ha vuelto gris con los

años. En el gran jardín se ven unos manzanos nudosos entre la hierba sin cortar y un banderín caído cuelga de un asta. Cuando salen del coche, todo está en silencio, pero pronto se abre la puerta de la casa y un hombre con unos pantalones chinos de color caqui y un jersey negro se acerca a ellas. Tiene una expresión seria en el rostro y las mira atentamente con sus ojos grises.

—Bienvenidas —dice—. Soy el pastor Gabriel.

Su voz es articulada, pero un poco baja. Mona piensa que suena amable y piadoso como muchos otros sacerdotes.

—Encantada —saluda ella, estrechándole la mano y mirándolo a los ojos.

Al igual que Martin Frescati, Gabriel tiene una barba gris y el pelo recogido en la nuca. Pero ese es todo el parecido. Gabriel es una pálida copia del colorido Martin.

—¿Habéis tenido problemas para llegar? —pregunta con una sonrisa.

—No —responde Mona—. Ningún problema. Le agradecemos que haya aceptado recibirnos.

El pastor le suelta la mano.

—Por supuesto. Entiendo la urgencia del asunto. Pero tendréis que disculpar el desorden. No recibimos visitas muy a menudo y tenemos poco espacio. Estamos temporalmente de alquiler mientras compramos una propiedad más grande. Por eso dejo que esté un poco desordenado, aunque no es mi estilo. Pero resulta que no es tan fácil. Parece que es difícil conseguir un acuerdo legal.

—En ese caso, puede acudir a nosotras —interviene Hedda, dando un paso para acercarse—. Mona resuelve casos como este.

—Ah, ¿sí? —Se vuelve hacia Mona con un nuevo interés en la mirada—. Quiero comprar el albergue de Hunneberg. Sería perfecto para nosotros.

—¿Y a quién se refiere con *nosotros*? —le pregunta, mirando la gran casa amarilla con el aparcamiento de caravanas frente al minigolf —. ¿Tiene una familia numerosa?

El pastor se ríe alegremente.

—Sí, podría decirse que sí. Todos pertenecemos a la familia de Dios y mi sueño es abrir las puertas a todas las almas perdidas que hay en el mundo.

—¡Ah! ¿Así que piensa usarlo como casa parroquial?

—Sí, algo así —responde con una sonrisa—. Entonces, ¿podrías ayudarme con el asunto inmobiliario?

Mona asiente.

—Hedda se refería a que he conseguido comprar Villa Björkås al ayuntamiento.

—Y no fue nada fácil —añade Hedda.

—Ya veo —asiente sin dejar de mirar a Mona—. En ese caso, tal vez podamos utilizar tus servicios en el futuro.

—Claro, podemos programar una reunión para discutirlo. Pero no tengo ni idea de cuál es la estructura de propiedad del albergue. —Sonríe—. De todas maneras, hoy hemos venido para saber un poco más sobre Vineyard.

—Sí, así es. Ah, cuidado —señala un par de tablones que están al lado del camino—, no vayáis a lastimaros con algún clavo oxidado.

Después de decir esto, da un paso a un lado. Gabriel parece un tipo agradable. Mona tenía nociones preconcebidas antes de venir. Se esperaba alguien como Ulf Ekman del programa *Palabra de Vida* o, peor aún, alguien como Helge Fossmo de la congregación de Knutby. Sin embargo, Gabriel parece ser una persona cálida y amable. Se siente avergonzada por su ignorancia, pero en realidad no ha estado en contacto con el mundo de la Iglesia independiente. Por ello será interesante aprender más.

—Pero bueno —dice, juntando las manos con una palmada—, me alegra mucho que estéis interesadas en Vineyard.

Mona asiente. No le han dicho por qué están interesadas. Si lo hubieran hecho, lo más probable es que no pareciese tan contento. Y, como era de esperar, el pastor toca ese punto:

—¿Puedo preguntar de dónde viene vuestro interés?

—Estamos trabajando en una investigación criminal en la que ha surgido el nombre de la iglesia de Vineyard.

El pastor se vuelve de inmediato hacia ella y la alegría desaparece de sus ojos.

—¿Una investigación criminal? —pregunta con ansiedad.

—No hay nada de qué preocuparse. —Levanta las manos para tranquilizarlo—. No se trata de esta iglesia, sino de otra.

—Me tranquiliza saberlo —contesta, y luego se ríe—. Me he preocupado un poco por un momento. Aunque me apena mucho escuchar que uno de los nuestros está involucrado en algo criminal. ¿Puedo preguntar de qué se trata? —dice con la respiración agitada—. No tiene nada que ver con la joven encontrada en el monte Halleberg, ¿o sí?

—No, nada de eso. Es algo diferente —explica ella, cerrando la puerta a más preguntas, y después se pone una mano sobre los ojos para protegerse del sol—. ¿Podemos entrar para hablar?

—Claro —contesta el pastor, y enseguida suben las escaleras.

54

Mona mira a su alrededor mientras camina por el oscuro vestíbulo. Gabriel tiene razón, el edificio necesita una renovación urgente. Y, cuando entran en el salón y ve la cómoda chapada en teca y los sillones de cuero desgastado con reposabrazos, tiene la impresión de haber retrocedido cincuenta años en el tiempo.

—Como podéis ver —Gabriel señala las paredes y el suelo—, esto está en condiciones deplorables, pero no vale la pena invertir tanto trabajo y dinero si vamos a mudarnos de todos modos.

—Lo entiendo —dice Mona, mirando por la gran ventana que da a un inmenso campo de rastrojos. Aparte del tictac de un reloj de pared, el lugar está en completo silencio. Al mirar el reloj, se da cuenta de que ya son casi las once.

—¿Y de dónde viene el dinero para comprar el albergue? —pregunta Hedda una vez que se han acomodado en sus sillones.

Mona la mira de soslayo. Directa al grano, como siempre. Le parece que podría ser un poco más sutil, pero Gabriel se ríe y no parece haberse molestado.

—Es una pregunta muy razonable —contesta—. Yo recibo un salario por mi trabajo como pastor y, además, tenemos ingresos de varias actividades, como campamentos y cursos, y una cafetería. Todo suma al final.

—Creo que eso responde la pregunta —interviene Mona con una sonrisa—. ¿Podría hablarnos ahora acerca de Vineyard?

—Por supuesto —sus ojos grises brillan de alegría—, es mi tema favorito. Puedo hablar de ello sin parar, así que tendréis que detenerme si me alargo demasiado. Vamos a empezar por el nombre, ya que mucha gente se lo pregunta.

Mona y Hedda asienten en silencio.

—*Vineyard* es básicamente la palabra inglesa para viñedo. Nuestro nombre viene del Evangelio de Juan, donde Jesús nos explica una parábola sobre la viña cuando dice: «Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos». Somos un movimiento internacional, o una familia de iglesias, como nos gusta decir. —Hace un gesto con la cabeza—. Las parroquias son como una red y se apoyan mutuamente. Somos independientes, pero compartimos los mismos valores.

—¿En qué creéis? —pregunta Mona.

Gabriel sonríe y se acaricia la barba con su delgada mano.

—La respuesta más sencilla a esa pregunta es que creemos en Dios.

Vineyard es un movimiento cristiano y, como tal, comparte el mismo fundamento teológico que otras congregaciones cristianas en Suecia. —Gesticula con las manos—. Como, por ejemplo, la Iglesia sueca y el movimiento pentecostal.

Se pone aún más serio y continúa:

—Sé que podemos parecer una especie de orden oscura cuando no nos conocen, pero no es algo extraño. Por el contrario, somos muy tolerantes y sencillos. Para nosotros es importante respetar las diferentes congregaciones que existen. Nos vemos como una tribu entre el gran pueblo de Dios, al cual todos pertenecemos y en el que somos bienvenidos.

Su rostro adquiere cada vez más color mientras habla. Se siente muy identificado con su comunidad. Mona sonríe. Le encanta ver tanta pasión, es contagiosa.

—¿Qué os diferencia de otras iglesias? —pregunta.

—La mayoría de las parroquias de Vineyard son relativamente nuevas, y nos gusta probar cosas nuevas, como diferentes formas de reunión, diferentes estructuras y estilos de música, etcétera. No somos fanáticos de la tradición ni las formas establecidas, sino que buscamos dar cabida a las cosas nuevas que el Señor quiere hacer en nuestra iglesia. Creemos que este ambiente ayuda a que crezca vida nueva que puede ser un recurso para las congregaciones más establecidas. —Mira a su alrededor—. Estoy creando algo bonito aquí y creo que mis ideas pueden atraer a más gente.

—Suena muy bien —contesta Mona. Según entiende, las congregaciones cristianas suelen tener una mentalidad territorial muy fuerte en la que solo su congregación y su fe es la verdadera. Pero lo que Gabriel describe parece ser algo generoso y moderno. En su opinión, la rígida Iglesia sueca también podría beneficiarse de un poco de innovación.

—¿Y os conocéis todos? —pregunta Hedda—. ¿Todos los que pertenecéis a una de las familias, como las llamáis?

—Bueno, yo no diría que todos —contesta—, pero sí muchos. Intentamos reunirnos regularmente en grandes congresos para intercambiar experiencias.

Ella siente.

—¿Conoce a un hombre llamado Martin Frescati?

La sonrisa del pastor se desvanece y toda calidez desaparece de su rostro. Entonces levanta la barbilla y la mira a los ojos.

—Sí, conozco a Martin Frescati.

55

Gabriel mira por la ventana hacia el inmenso campo de rastrojos. Mona sigue su mirada y ve un corzo que se acerca corriendo. De repente, se detiene y gira la cabeza hacia la casa. Ve sus hermosos ojos por encima de esa nariz negra y moteada mirando hacia ellos. Sus grandes orejas apuntan hacia arriba, listas para emprender la huida al menor ruido.

Su mirada se aparta del corzo y regresa lentamente a Mona.

—Sí, conozco a Martin Frescati —afirma—. Por desgracia, mucho más de lo que quisiera.

Ambas se quedan mirándolo. El único sonido en la habitación es el tictac del reloj de pared.

—¿A qué se refiere? —le pregunta Hedda, inclinándose hacia delante con los ojos muy abiertos.

Él deja escapar un profundo suspiro, provocando que su pecho suba y baje, y luego comienza a hablar:

—Martin y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, y su nombre aparece de vez en cuando en temas parroquiales. La verdad es que siempre trato de evitar el contacto con Martin. No quiero tener nada que ver con él, pero es una de esas personas que aparecen de vez en cuando y no puedo hacer nada al respecto.

La calidez de su voz ha desaparecido y la alegría que había en sus ojos cuando hablaba de su fe y de Vineyard ha dado paso a una expresión vacía.

Hedda comienza a pisotear el suelo con impaciencia.

—¿Por qué no quiere tener nada que ver con él?

Gabriel busca reunir sus últimas energías y levanta la cabeza.

—Bueno, los dos somos de por aquí. Yo crecí en Vänersborg y él, en Uddevalla. Nos conocimos cuando trabajábamos en el hospital psiquiátrico de Restad Gård. —Levanta la vista—. Ninguno de los dos podía ponerse exigente entonces. Teníamos que aceptar el trabajo que nos dieran, pues de lo contrario no había dinero. Los dos fuimos inquietos en nuestra juventud y, aunque cometimos errores en el camino, cada uno encontró a Dios a su manera. Como sabéis, los caminos del Señor son inescrutables. Los dos elegimos la Iglesia pentecostal de Gotemburgo y, eventualmente, nuestros caminos se cruzaron a través de uno de nuestros grupos caseros.

—¿*Grupos caseros*? —pregunta Hedda, sin dejar de pisotear el suelo —. ¿Qué es eso?

—Es una manera de reunirnos en pequeños grupos para orar y hablar de la vida y la muerte. Mi esposa Mia y yo terminamos en el mismo grupo que Martin.

—¿Así que ya lo conocía?

—Sí, pero digamos que fue entonces cuando realmente llegué a conocerlo.

—¿Y cuándo fue eso?

—A finales de los noventa.

—¿Y a qué se refiere con que llegó a conocerlo?

Gabriel carraspea.

—Martin no era una persona muy agradable que digamos. Se… —Hace una pausa para pensar—. Se tomaba algunas libertades.

—¿Qué quiere decir?

—La idea de los grupos caseros era que nos reuniéramos en un ambiente informal y relajado para conocer a otras personas y hacer amistades, pero eso también implicaba mayor exposición. Martin se tomaba muchas libertades. Empezó a lanzar miradas a las chicas jóvenes y a decir cosas inapropiadas a las niñas. Al final, tuvimos que disolver el grupo.

—¿Lanzar miradas? —pregunta Hedda.

—Sí, es decir… —Baja la vista, visiblemente avergonzado—. Todo eso fue muy inapropiado… y desagradable —añade.

—¿En qué año ocurrió?

—Debió ser en el 2000.

—Eso fue en Gotemburgo, ¿cierto? ¿Y él también se mudó de allí?

—Sí. Mi mujer y yo nos mudamos a Helsingborg, y Martin, a Jönköping.

Vacila y mira a una y otra sucesivamente.

—No quiero ser demasiado duro ni juzgar a la ligera. La gente puede cambiar, sucede todo el tiempo. Pero, con Martin, no lo sé. Tiene una maldad inherente. —Su mirada se detiene en Mona—. Aunque no creas que lo dejé ir sin más. Lo vigilo desde la distancia y, si escucho lo más mínimo, estoy listo para intervenir.

—Pero… —dice Hedda—. No lo entiendo. Entonces, ¿la Iglesia pentecostal es lo mismo que la Iglesia de Vineyard?

—No. Lo que pasa es que las dos eligieron unirse a Vineyard de manera independiente entre sí. Como he dicho, los caminos del Señor son inescrutables.

—Mmm —responde Hedda, inclinándose hacia atrás.

—Es curioso cómo han coincidido —dice Mona.

Después de este comentario, todo queda en silencio y el tictac del reloj vuelve a ser lo único que se oye. ¿Es el azar, la voluntad de Dios o la elección humana lo que ha hecho que los caminos de Gabriel y Martin se crucen?

—¿Sabe lo que le pasó a su hija? —pregunta al fin.

Gabriel asiente lentamente.

—Sí, lo sé. La pequeña Elsa. —Baja la vista, junta las manos y luego levanta la vista de nuevo. Sus ojos se humedecen y se limpia una lágrima del rabillo del ojo—. Fue espantoso. Para entonces ya nos habíamos mudado a Escania, pero seguimos los acontecimientos. Rezamos por Elsa y por su familia, para que la encontraran ilesa, pero por desgracia no fue así. No vivía con Martin, pero sabíamos que era su hija. Mi esposa Mia, que en paz descanse, tenía sus teorías sobre lo que había pasado en realidad, pero, al final, nunca se supo qué ocurrió.

56

El viento mueve las hojas y el agua brilla entre las ramas que se balancean en el parque Skräcklan. Una barca se dirige lentamente hacia aguas abiertas. Anton preferiría quedarse allí, pero se obliga a girarse y atraviesa la verja para subir a la gran casa blanca.

En el interior hay una tristeza tan profunda que casi puede tocarse.

—Lo siento mucho —dice sin saber a cuál de los dos mirar. Eva, cuyos ojos están hinchados y rojos, o Arne, cuya cara es como una máscara dura de rabia espumosa. Recibieron la noticia por la noche y debe haber sido un infierno desde entonces—. Todavía no podemos devolveros las pertenencias de Agnes, pero me gustaría dejaros esto. —Les entrega una Biblia—. Entiendo que es importante para vosotros y que habéis preguntado al respecto.

Eva abre la cubierta, mira la Biblia y luego levanta la mirada hacia Anton.

—Jens. Era mi padre. Significaba mucho para Agnes. —Lo mira a los ojos—. Gracias por traerla.

Fue Eva quien llamó para solicitar las pertenencias de su hija, pero, cuando le dijeron que no era posible, pidió que al menos le dieran la Biblia. Petra se negó a esa petición, pero Anton insistió y ahora se alegra de haberlo hecho.

—De nada. Me alegro de poder ayudar de alguna manera. —Da un paso atrás—. Ahora os dejo…

—Quiero que traigáis a Frank Gunnarsson —dice Arne, dando un paso hacia él—. Puedes ayudarnos con eso.

Anton sacude la cabeza ante esta repentina petición.

—¿Por qué?

—Sören ha estado aquí.

—¿Sören Claesson? —pregunta, empezando a entender lo que ha pasado.

—Sí.

Anton suspira y menea la cabeza. Las personas no entienden que no deben interferir. Primero, su madre llama a Tina y, ahora, Sören visita a los padres de Agnes Jakobsson. Pero si estos padres acaban de perder a su hija, por el amor de Dios. Malditos jubilados.

—Siento que haya venido a molestaros —contesta con calma, aunque está hirviendo por dentro—. Sören ya no es policía. Está retirado y no está al tanto de esta investigación. No debería haber venido.

Arne lo mira fijamente y entonces se da cuenta de que Sören ha conseguido transmitir lo que siente por Frank, y no debe haberle costado mucho. En estas circunstancias, Arne se aferrará a cualquier cosa que le permita aliviar su dolor. Y Sören acaba de darle algo: alguien a quien culpar.

—Sören está seguro de que fue Frank Gunnarsson —insiste—. Quiero que lo traigas.

Frank ha mostrado un comportamiento agresivo y, en realidad, no tiene coartada para la noche en la que Agnes desapareció. Es un alcohólico deprimido y ahora también le han diagnosticado un cáncer terminal. Cualquiera perdería la cordura con menos que eso. Pero ¿será posible que haya secuestrado y matado a Agnes? Pronto lo sabrán, Bodil y Bellini fueron a interrogarlo anoche.

—Arne… Entiendo cómo… —Se detiene antes de decirle que entiende cómo se siente, porque quizá eso es lo último que quiere y necesita oír en este momento—. Entiendo que necesitas sacar tu frustración, pero esa no es la forma de hacerlo. Es importante que nos centremos en nuestro trabajo y encontremos al culpable. Si te hace sentir más tranquilo, puedo confirmarte que ya tenemos a Frank Gunnarsson bajo vigilancia. Si resulta que tiene algo que ver con la muerte de Agnes, lo atraparemos.

Mira a Arne y nota la tensión en sus mandíbulas. Está claro que no piensa olvidarse del tema.

57

Todos están en la cocina. Charles Backe y Gustav Stark están junto al fregadero, Hedda está sentada a la mesa y Coco en el suelo, mirando todo lo que ocurre. A Mona le gusta tenerlos en casa. El sonido de las voces y la música de ABBA en los altavoces, los dedos rápidos de Hedda sobre el teclado del ordenador y el lento y regular golpeteo del cuchillo con el que Gustav corta cada rodaja de pepino en la tabla de cortar.

Se sienta a la mesa y mira las anémonas otoñales de color rosa brillante que Gustav ha traído de su jardín. Se ven muy bien en el grueso jarrón de diseño.

Qué bien ha resultado todo. Algo bueno ha salido del tiempo que pasó con Alexander, aparte del dinero, y es que ha decidido que no volverá a alinear su vida con la de otra persona. Hace lo que quiere. Y a partir de ahora solo se rodeará de personas que enriquezcan su vida. Tiene a sus hijos, a Coco, a Hedda, la casa, y casi todo ha salido como ella quería. Es capaz de generar su propia felicidad y no piensa volver a depender de otra persona. Se estremece de repente al sentir una fuerte mano en su hombro y se da la vuelta.

—Ah, lo siento. —Charles la mira preocupado—. Supongo que estabas inmersa en tus pensamientos.

Mona suelta una carcajada.

—Sí, justamente.

—¿Todo bien? —pregunta sin quitarle los ojos de encima.

—Sí, todo bien.

—Mmm —contesta, con cara de incredulidad—. ¿Quieres una copa de vino?

—Sí, por favor. Me vendría bien antes de la cena —comenta—. Hedda, ¿quieres un poco también?

—No, yo tomaré una Coca-Cola —responde sin levantar la vista de la pantalla.

Charles va a por la Coca-Cola y el rioja, les sirve y se sienta a la mesa.

—Salud —dice Charles, levantando su copa.

Saborean el vino. Mona disfruta del rioja y apoya la cabeza en una mano, pensando en lo que Gabriel les ha dicho. ¿Por qué habrá tratado Sören tan a la ligera la pista de Martin Frescati? La esposa de Gabriel sospechaba que él había tenido algo que ver con el secuestro de Elsa. ¿Será que Sören nunca se enteró de que Martin se insinuaba a

las chicas durante las reuniones cristianas? Incluso podría haber ido más allá. No se sabe. No sería la primera vez que se impone el silencio y se oculta algo así. Incluso llegaron a disolver el grupo. Debieron hacerlo por una buena razón.

—Pareces preocupada. —Charles interrumpe sus pensamientos.

—No —contesta, dejando la copa en la mesa—, solo pensativa.

Él asiente.

—¿Ya has oído lo que ha sucedido?

Mona se vuelve hacia él y ve mucha seriedad en su mirada.

—¿Te refieres a la mujer muerta?

—Sí. Agnes.

—Así que era Agnes. Lo he escuchado en la radio hoy por la mañana y he supuesto que era ella. Qué pena. —Sus ojos se posan en la cruz que Charles recogió mientras paseaban por la montaña y que ha puesto al lado del jarrón. No es precisamente bonita. Está hecha a mano, pero es algo rústica. Está pintada de negro y tiene una especie de dibujo tallado encima. La cruz hace que piense de inmediato en el funeral que pronto se celebrará por la muerte de Agnes.

—Yo estaba allí cuando la encontraron.

Mona se estremece y se vuelve hacia él.

—¿Cómo que estabas allí? —Se inclina hacia delante y ve por el rabillo del ojo que Hedda ha apartado los ojos del ordenador para dirigirlos hacia ellos.

—Anton no quiere que hable de ello, pero solo es cuestión de tiempo que se sepa.

Se queda mirándolo con atención.

—¿Que se sepa qué?

—Que fue asesinada.

Mona se desploma en su silla.

—¡Oh, no! ¿Cómo?

—La asfixiaron.

—¿De qué forma?

La mira de manera vacilante.

—¿A qué te refieres?

—Sí, ya sabes. —Gesticula con las manos con impaciencia—. ¿Cómo la asfixiaron?

Se queda mirándola como si creyera que está perdiendo la cabeza. Pero no es así.

—Necesito saberlo —explica.

—Le pusieron una bolsa de plástico en la cabeza —vacila—. Y luego le metieron la bolsa en la boca.

Mona traga saliva con fuerza y siente que el pulso se le acelera.

—¿Algo más? ¿Has visto u oído alguna otra cosa?

—Sí —asiente despacio.

Él estaba allí cuando encontraron a Agnes y vio el cadáver, pero eso no le importa a Mona en este momento. Cierra la mano lentamente alrededor del tallo de la copa de vino. Necesita saber.

—Estaba bocabajo y tenía las manos atadas a la espalda. —Bebe un gran sorbo de vino.

—¿Atadas con qué? —Lo mira a los ojos y siente que el pulso se le acelera aún más.

—Con una ramita. —Baja la copa—. De roble.

—Una ramita de roble —susurra Mona, y un escalofrío recorre su columna vertebral. No puede ser.

58

Kristin Fossheim adora a sus perros, dos *schnauzers* negros que se llaman Abbe y Bebbe. Los quiere por su lealtad, pero sobre todo por la forma en que vigilan su pequeña casa rústica en la calle Kanalvägen, en Restad, puesto que se encuentra entre dos grandes villas que casi siempre están vacías.

Todas las tardes, a las siete y media, dan un paseo por el canal, pasando la esclusa de Brinkebergskulle. Los perros corren sueltos delante de ella y la hacen sentir segura. O, al menos, tan segura como es capaz de sentirse.

No sintió ninguna alegría cuando oyó la noticia de que iban a construir el hospital psiquiátrico Brinkåsen muy cerca de allí. A menudo piensa en las personas que están reclusas para recibir atención psiquiátrica y en los terribles crímenes que muchos de ellos han cometido: asesinato, violación, maltrato, pederastia y toda clase de horrores. Y son, básicamente, sus vecinos.

Cuando lo construyeron, prometieron que sería a prueba de fugas, pero hace unos años un hombre se escapó. No desde la prisión, sino cuando obtuvo permiso para visitar la tumba de su madre. Había dos enfermeros con él, pero a pesar de ello se las arregló para escapar.

Se estremece al pensar en ello mientras mira a sus perros, que corren a unos metros delante de ella. Es verdad que aumentaron la seguridad después del incidente, pero todo eso no le sirve de nada. La preocupación es como una espina en su costado, hundiéndose cada vez más con cada año que pasa.

Ha pensado en mudarse. Varias veces. Pero lleva ya veinte años viviendo en este sitio y, en su opinión, si Brinkåsen es terrible, Restad Gård es aún peor, con todos los viejos fantasmas que vagan por la zona. Desde allí se ven los edificios de ladrillo rojo que datan de 1905, cuando se construyeron el hospital y el asilo de Vänersborg.

Sigue su camino y pasa por el viejo cementerio. Entonces mira por encima del hombro y acelera la marcha. Tiene la sensación de que alguien va detrás de ella, pero sabe que es algo ridículo. No hay nadie allí, todo está en su cabeza. «Debería haberme tomado un ansiolítico antes de salir», piensa, mirando el cementerio donde han sido enterrados tanto pacientes como empleados del hospital. Las lápidas del personal están marcadas con nombres, pero las de los pacientes solo tienen una cruz de hierro con un número y una marca que indica si es un varón o una mujer quien yace allí. Ella podría estar también

en una tumba sin nombre. No le importaría a casi nadie.

—¡Abbe! ¡Bebbe! —grita, y los perros se detienen y se vuelven hacia ella—. ¡Venid aquí!

Los perros se acercan corriendo y ella los elogia y les pone la correa, y así siguen el resto del camino a casa.

Cuando entra en la casa, suelta a los perros y saca su teléfono móvil sin ninguna razón en particular. Nadie la llama nunca. Tiene una cuenta de Facebook y también una de Instagram, pero las usa sobre todo para ver lo que hacen los demás. Ella nunca publica nada. ¿Qué podría publicar?

Pero, cuando mira la pantalla, se sorprende al ver que tiene una llamada perdida. Duda si debe devolver la llamada mientras pone las noticias en la televisión. Supone que debe ser algún vendedor telefónico o alguien que ha marcado el número equivocado. Pero la curiosidad es más fuerte y está a punto de pulsar el botón de llamada cuando el presentador de las noticias dice algo que llama su atención. Se gira despacio y se queda petrificada mientras las noticias continúan.

—Oh, no —exclama, dando unos pasos hacia atrás, para luego sentarse de golpe en la silla—. ¡No, no, no!

59

El teléfono de Anton suena y ve que se trata de su madre. Rechaza la llamada antes de volverse hacia Eva y Arne.

—Tengo que irme —dice, poniendo la mano en la manija de la puerta—, pero quiero que sepáis que haremos todo lo posible para atrapar al responsable.

Arne sigue apretando las mandíbulas y respirando de manera colérica. Eva le pone la mano en el brazo para calmarlo y, al verlo, Anton vuelve a maldecir a Sören en silencio. Esa inoportuna intrusión está complicando más la investigación.

Sale y la puerta se cierra tras él. Camina por el jardín y acaba de cerrar la puerta del mismo cuando su madre vuelve a llamar. Debe haber oído que encontraron a Agnes y quiere saber más del tema. Pero él no puede o, mejor dicho, no quiere decírselo. Y quizá sea mejor dejárselo claro desde el principio.

Mientras avanza hacia el coche, se pone los auriculares para responder.

—Hola, mamá.

—Hola —contesta ella—. Me alegra que hayas podido coger la llamada.

—¿Sí?

—Sí, quería hablarte de algo —continúa.

Anton escucha voces y música de fondo, y cuando el sonido se desvanece, se da cuenta de que ella ha entrado en otra habitación.

—Me he enterado de lo que ha ocurrido, de que habéis encontrado a Agnes.

Él asiente para sí mismo: tenía razón.

—Sí —dice—, así es. Pero no puedo hablar de ello.

—Entiendo, pero…

—Como he dicho, no puedo hablar de ello —la interrumpe—. Por otro lado, quisiera hablarte de otro asunto. Acabo de recibir un correo electrónico muy molesto de Tina Gunnarsson. No quiere que indagues en lo que podría haber pasado con Elsa. Ha dejado todo eso atrás y lo único que quiere es intentar olvidarlo. Tiene miedo de que los medios de comunicación empiecen a interesarse de nuevo en el caso y, desde luego, no quiere que suceda eso. —Suspira y mira hacia el agua—. Así que quería pedirte si puedes dejarlo.

Hay silencio por un momento y luego ella continúa:

—Lo pensaré. Pero tengo algo importante que decirte.

—¿De qué se trata?

—Entiendo que no puedas hablar del caso, pero ¿podrías responderme una pregunta? —La oye tragar saliva—. ¿Tenía las manos atadas con una ramita de roble?

—¿Roble? —responde para ganar tiempo.

—Sí.

Se pregunta cómo lo sabe y pronto encuentra la respuesta.

—Te lo ha dicho Charles, ¿no?

Mona no responde, así que él continúa:

—Entiendo que ha sido él, pero aún no hemos dado a conocer esa información, así que no quiero que hables con nadie de ello. Y también voy a llamar a Charles para decirle que mantenga la boca cerrada.

—Sí, me lo ha dicho Charles, pero ya no importa. De hecho, ya está en las noticias, pero no ha sido por él.

Anton guarda silencio. «Maldita sea —piensa—. ¿Quién lo habrá filtrado? ¿Habrá sido la pareja que la encontró?».

—Anton —dice ella en voz baja.

—No entiendo…

—¡Anton! —repite, pero ahora con una voz más fuerte y determinante—. Escúchame, y escúchame bien. No es la primera vez. Esto ya ha ocurrido antes.

60

En la casa reina un silencio casi absoluto. Lo único que se oye es la pesada respiración de Coco al pie de la cama. Hedda ha apilado las almohadas bajo su espalda y se ha puesto el ordenador sobre el regazo para ver una serie. Pero no puede concentrarse.

Se siente demasiado deprimida después de conocer la noticia de que Agnes ha sido encontrada muerta. Solo tenía veinticuatro años. La misma edad que ella. No puede dejar de pensar que podría haber sido su cadáver el que encontraron en el valle Uggledalen.

Por otro lado, algo similar ocurrió hace muchos años. Algo que Mona sabe y cree que podría estar relacionado con el asesinato de Agnes. Por eso se ha marchado con Anton para mostrarle algo. Maldita sea, si tan solo le hubieran permitido ir con ellos. Pasa un dedo por el teclado mientras coge un largo mechón de pelo oscuro con la otra mano. Ha tenido que quedarse y ahora está sentada allí sin saber qué hacer.

Vuelve a mirar la pantalla en otro intento por ver esos malditos dragones volando sobre una especie de mundo medieval, pero su mente empieza a divagar de nuevo. Hay tanta muerte por doquier. Ella misma ha perdido ya a varios amigos. Algunos se han drogado hasta la muerte y otros han sufrido muertes más violentas: Tua se suicidó tirándose delante del tren y Liam murió de un disparo.

Ha visto demasiados funerales a lo largo de los años y todos le han parecido una maldita farsa. El cura dice cosas agradables de alguien que no conoce y se cantan salmos que nadie entiende.

Pero el pastor de Vänersnäs parece diferente. Había mucha luz en sus ojos mientras hablaba de su iglesia. Ella se esperaba uno de esos norteamericanos viejos que hablan en lenguas y fingen estar enfermos ante un público histérico. Pero, en realidad, era bastante normal.

Decide buscar ceremonias religiosas en YouTube. Parece que se divierten en las iglesias independientes. Empiezan con guitarras eléctricas y batería. Algunas de las canciones son incluso bastante buenas y, aunque que ella entiende que tienen un mensaje cristiano, no es demasiado obvio. No se parecen nada a los ritmos de órgano y los salmos, con sus tonos imposibles de cantar.

Después pone un vídeo de la Iglesia pentecostal. Se ve que la cámara hace *zoom* en una chica guapa de pelo rubio cuando, de repente, aparece una imagen que se superpone a su cara. Hedda suelta una carcajada. Un número de la aplicación de pagos Swish cubre toda

la caja mientras la chica habla de lo maravilloso que es donar dinero y de que la recaudación irá destinada a ayudar. Mientras tanto, suena una música ambiental de fondo y una paloma blanca pasa volando. Hedda menea la cabeza. Lo de la paloma ha sido un poco exagerado en su opinión.

De igual forma, mira otros sermones publicados por la Iglesia pentecostal, la Iglesia de Filadelfia y la de Esmirna. No encuentra ningún sermón de la Iglesia de Vineyard, pero sí algo que llaman *ceremonial* y que parece una especie de concierto. Al buscar más sobre este tema, descubre que hay parroquias de Vineyard en Estados Unidos que transmiten sus celebraciones religiosas en directo a través de Internet. La mayoría parecen producciones profesionales y cuentan con un excelente sonido e iluminación.

Tras navegar un rato por YouTube, llega a la conclusión de que todos los pastores estadounidenses son hábiles oradores y tienen iglesias grandes, aireadas y modernas con un aspecto muy lujoso. Allí deben ir las colectas, y en Estados Unidos hay mucho dinero.

La mayoría de los vídeos parecen haber desactivado la opción de recibir comentarios, pero algunos la han mantenido activa. No se leen comentarios de troles, sino aspectos positivos del sermón o gente que alaba a Dios. Pero uno de ellos le llama la atención, ya que es un poco diferente.

En uno de los vídeos de la Iglesia de Filadelfia, alguien que se hace llamar Tellus ha compartido un enlace. Ha dejado el enlace y nada más.

Al hacer clic en él, se abre una página de inicio de sesión completamente negra donde solo hay campos grises para introducir una dirección de correo electrónico y una contraseña.

Al final de la página hay otro enlace con la pregunta: «¿Quieres saber más sobre Electi Populi?».

61

Kristin ya sabe que van, pero eso no la hace sentir mejor. Ha pasado la aspiradora, ha sacado los bollos del congelador y ha rellenado la cafetera. Incluso se ha puesto una camiseta limpia. Y, a pesar de haberlo preparado todo, el timbre la atraviesa como una descarga eléctrica.

Se dirige a la puerta y se pone un jersey que le llega hasta los muslos, pero le parece que es demasiado corto y pequeño, así que coge una sudadera con capucha que está en la silla del vestíbulo y también se la pone.

Los perros ya están listos y esperando. No ladran, pues les ha dicho que no lo hagan. Se agacha para acariciarles la cabeza de manera tranquilizadora. Perciben su malestar y no saben qué hacer con él. Abbe gime por lo bajo y Bebbe parece estar a punto de empezar a ladrar cuando ella lo hace callar.

Siente la manija fría en su mano y abre la puerta, recibiendo el aire húmedo y fresco de la tarde y la mirada de Mona. Los mismos ojos azules amables. A pesar de la edad, sigue siendo la misma. Su sonrisa es la misma. El pelo corto se ve un poco más claro, aunque puede que se deba a algunas canas.

—Hola, Kristin —saluda Mona, estirando los brazos hacia ella.

Se siente incómoda, pero se obliga a quedarse en su sitio. No le agrada el contacto corporal, pero recuerda que Mona es todo lo contrario. Y parece ser así también con los perros, ya que Mona acerca una de sus manos a Abbe.

—Yo no haría eso si fuera tú —le advierte de inmediato, oyendo el gruñido sordo que sale de la garganta del perro.

—¡Oh, oh! —Aparta la mano al instante con una risa nerviosa.

Kristin sonríe con incomodidad.

—Son muy protectores.

Mona asiente y retrocede un paso.

—Yo también tengo una perra —comenta, sonriendo—. Coco no es como estos enormes perros guardianes, pero me avisa cuando alguien viene.

—¿Qué raza es?

—No lo sé. El veterinario dice que debe ser una mezcla entre *cocker spaniel* y *golden retriever*. —Se da media vuelta y extiende la mano—. Este es mi hijo Anton. Es inspector de la Unidad de Delitos Mayores en Trollhättan.

«¡Madre mía!», piensa Kristin, dando un paso atrás. Parpadea mientras lo mira atónita. Le intimida su prominente estatura. Se da una palmadita en la pierna y los perros vienen a ella de inmediato. Se queda mirando los ojos del inspector. Oscuros y preocupados. Aún es joven, pero hay algo viejo en su mirada.

Nunca lo habría dejado entrar en su casa si Mona no estuviera allí. Está asustada. Siempre. Es un guiñapo asustadizo que no tiene las agallas para defenderse. Así era de joven y así sigue siendo ahora. Si hubiera hecho lo que Mona le dijo desde el principio, esto nunca habría ocurrido. Y Agnes Jakobsson seguiría viva.

62

Hedda hace clic en el enlace para obtener más información sobre Electi Populi y es redirigida a otra página. Al principio no entiende lo que está viendo, pero, al observar con detenimiento la imagen en su pantalla, empieza a distinguir una serie de animales como alces, osos y un águila, y también hay personas que caminan junto a los animales en un bosque oscuro. El montaje está muy bien hecho. Sin duda, destaca entre todos los demás sitios por los que ha estado navegando durante la última hora. Parece profesional y muy elaborado. Sigue desplazándose hacia abajo mientras toma un sorbo de la lata de Coca-Cola y comienza a leer.

Electi Populi es una iglesia cristiana que comparte el mismo fundamento teológico que otras iglesias cristianas de Suecia. Creemos y profesamos que Dios es el creador del Cielo y de la Tierra, la Biblia es la palabra revelada de Dios, Jesucristo es nuestro Señor y el único camino para el perdón de los pecados y la vida eterna. Dios hizo de nuestro planeta nuestro hogar. La Tierra es nuestra Santa Arca, y todas las plantas y animales que la habitan son nuestros compañeros de viaje. Hoy en día el Arca se ve amenazada por la destrucción humana como nunca antes en la historia. Sin embargo, con la ayuda de Dios, salvaremos la Tierra y preservaremos sus hábitats y especies.

Los elegidos se reunirán con nosotros en el ceremonial. ¿Eres uno de ellos? Ponte a prueba aquí.

Hedda levanta las cejas. ¿Qué es esto? ¿Una especie de iglesia medioambiental? ¿Un grupo de cristianos que se han subido al carro de la sostenibilidad? ¿Y a qué tipo de prueba se refieren?

Hace clic en el enlace y aparece un formulario donde puede rellenar sus datos de contacto. Empieza a rellenarlo, pero después vacila y levanta los dedos de las teclas. Se pregunta si al rellenarlo tendrá una especie de testigo de Jehová virtual machacándola en la puerta de la casa.

Vuelve a mirar la bella pero surrealista imagen en la pantalla y menea la cabeza. ¿Por qué tanto secretismo? Todas las demás iglesias publican sus sermones, pero aquí tienes que dar tus datos para acceder a ellos.

Coco comienza a roncar a sus pies cuando un pequeño cuadro aparece en el extremo derecho de la pantalla. Es un mensaje de Electi Populi recordándole que debe rellenar sus datos para poder hacer la

prueba.

63

—¿Puedes decírmelo? —pregunta Anton, poniendo la taza de café sobre el platito con un tintineo.

Kristin se retuerce las manos. Se ha preparado para enfrentarse a esto. No quería decírselo a nadie, pero se lo ha prometido a Mona. Se pregunta por qué ha hecho algo así si no le debe nada. Pero es muy buena para persuadir. Estuvo diciendo que no desde el inicio y, de repente, al colgar el teléfono, se dio cuenta de que le había dicho que sí.

La mirada de Anton parece cálida y amistosa, pero ¿quién dice que se puede confiar en esa mirada? Carraspea y al fin comienza a hablar:

—Sucedió cuando salí del trabajo. —Siente su pulso en la fosa yugular y se toca allí con los dedos—. Abrió de golpe la puerta del coche y me metió en él. Luego me llevó a un lugar. —Traga saliva con fuerza y siente su pulso con las yemas de los dedos—. Había un colchón en el suelo y un cubo en la esquina. Allí me mantuvo encerrada durante varios días.

Nota que Anton y Mona se miran entre sí. Sabe lo que están pensando. Sienten pena por ella. Todos piensan lo mismo, aunque no saben lo que le pasó. No tiene vida. Él se la robó para siempre.

—¿Tienes alguna idea de dónde está ese lugar?

Ese lugar. El horrible colchón manchado. Todo lo que le hizo y todo lo que la obligó a hacer. Las lágrimas se agolpan y le cuesta respirar. Llama a los perros y les pasa los dedos por el pelaje. Sentir el calor de sus cuerpos con las manos la tranquiliza. Levanta la mirada y menea la cabeza.

—No, no sé dónde es.

—Tengo entendido que intercambiasteis algunas palabras —dice él, inclinándose hacia delante.

—No sé —contesta, alejándose de Anton todo lo que puede—. Yo no diría que intercambiamos palabras. Era sobre todo él quien hablaba. Al menos, de manera regular. Simplemente, hice lo que creí necesario.

—¿Y dijo algo en concreto que, en tu opinión, podría sernos útil?

Mira de soslayo a Mona.

—Comentó que había estudiado Psicología. Es la única información personal que me dio.

—Ya veo —dice Anton con interés—. ¿Sabes dónde?

—No lo mencionó.

Anton asiente.

—¿Algo más? —le pregunta Mona—. ¿Alguna cosa que llamase tu atención?

Aprieta a Abbe con la mano y ve el pelaje negro que sobresale entre sus dedos.

—He pensado mucho en todo eso, pero resulta difícil definirlo porque era demasiado incoherente. Un minuto hablaba como si fuera un superhombre, diciendo que era más inteligente que todos los demás; fue entonces cuando me habló de su formación como psicólogo. Pero, al minuto siguiente, era difícil entender lo que decía y a veces se quedaba completamente callado.

En realidad, eso le parecía lo peor, cuando no decía nada y Kristin solo podía oír sus respiraciones jadeantes encima de ella.

—Creo que se drogaba con algo. Éxtasis, supongo, porque me preguntó si quería un poco, pero le dije que no. Entonces me dio una copa de vino y me lo bebí. —Mira a Mona, pero no percibe ningún aire acusador en su mirada. Por supuesto que no bebió ese horrible vino porque fuera algo agradable—. Me lo bebí para calmarme.

—Es entendible y no me parece nada extraño. Nadie te acusa de nada. Al contrario, te agradecemos que nos cuentes todo esto. Podría ayudarnos a atrapar a la persona que se llevó a Agnes.

—¿Creéis que es el mismo hombre?

—Aún no lo sabemos —contesta Anton—. Pero seguimos investigando, y hay algunas similitudes con lo que te pasó.

Kristin asiente y los ojos se le llenan de lágrimas.

—En cualquier caso, nunca me drogué. Me negué. Me dijo que solía tomar éxtasis para poder durar más. Ya sabéis, conmigo. Y fue horrible escuchar eso, porque entendí que no iba a dejarme ir. Pero nunca imaginé que me haría todo eso… —Se estremece—. Todas esas cosas terribles.

—No necesitamos entrar en detalles sobre lo que hizo. —Anton levanta las manos para tranquilizarla—. Pero, por lo que entiendo, parece que hubo otras mujeres antes que tú.

—Sí, eso parecía, aunque, como he dicho, era difícil de entender. Antes me preguntasteis si algo en particular me pareció extraño, y hay una cosa que no entendí. Hablaba de otro y de lo que *él* le había dicho. Al principio pensé que hablaba de otra persona, pero después era como si fuera dos personas completamente diferentes. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—Sí, eso creo —responde Anton lentamente.

—No creo que fuera psicólogo, he hablado con muchos a lo largo de los años, pero a veces hablaba con la misma terminología que ellos. Mi teoría es que debió oírla de los médicos con los que había hablado. Como paciente, porque estamos hablando de alguien con una

enfermedad mental grave, tal vez esquizofrenia.

—No recuerdo que me hayas contado esto —interviene Mona.

—No, pero, cuanto más lo pienso, más sentido tiene. —Kristin gesticula con las manos y mira a Mona a los ojos—. Una persona mentalmente sana no haría lo que él hizo.

—Tal vez tengas razón.

—Sí, definitivamente —agrega Anton—. Y también me parece interesante lo que has dicho de la complicidad. ¿Podrías explicarlo con más detalle?

Kristin se queda mirando al hombre que está ahora en su casa. Es el único que ha entrado en ella en muchos muchos años. Resulta típico que sea Mona quien lo haya llevado. Está sentado en el sofá bajo y las rodillas casi le llegan hasta la barbilla. Es un tipo alto. Y los dos son personas muy amables. Si hubiera sabido que ese era el tipo de gente que se encontraría, tal vez se habría atrevido a denunciar aquella vez. Pero ella imaginaba que cuestionarían todo lo que había dicho o hecho: lo que llevaba puesto, cómo había podido entrar en su coche, por qué había bebido ese vino. Mona le explicó todo. Le dijo que tenía que ser fuerte para salir adelante, que estaría con ella hasta el final. Pero no era fuerte. No era como Mona. Solo era una cobarde que no se atrevía a nada.

Se encuentra con la mirada tranquila de Anton y piensa que quizá pueda ser fuerte esta vez. Esta podría ser su oportunidad de marcar la diferencia. Trata de recordar todas las palabras que salieron de aquella máscara negra.

—Hablaba de manera incoherente, pero recuerdo que en algún momento dijo «Lo que tengo que hacer por él».

—¿Qué significa eso? ¿Que lo hacía por otra persona? ¿No quería hacerlo él mismo?

—Claro que quería —bufa ella, y Abbe gruñe—. Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Lo siento. Me refería a que tal vez intentaba justificar sus acciones de esa manera.

Se quedan en silencio y Kristin acaricia a sus perros de forma tranquilizadora. Se ha esfumado la fortaleza que acaba de sentir. Ahora se siente agotada y quiere que se vayan y la dejen en paz. Tal vez pueda usar a los perros de excusa diciendo que tienen que salir. Entonces se encuentra con la mira de Mona. Sus ojos azules parecen estar llenos de compasión y calidez.

—Sé que todo esto es difícil para ti —dice—. Nos iremos en un momento. Pero antes de eso, ¿hay algo más, algún detalle que puedas recordar además de lo que ya has dicho?

—Todo era muy extraño —responde, retorciéndose las manos y provocando con ello que los perros la miren—. Hablaba de vino, de

árboles y flores. —Mena la cabeza—. No lo sé… Me hizo pensar en, ¿cómo se llama?, el dios del vino. Dionisio.

—Sí, en la mitología griega. Y Baco para los romanos —detalla Anton.

—Sí, exacto. Pero tal vez esté equivocada. Nunca mencionó esos nombres, pero hubo algo que me hizo pensar en ellos.

—¿Qué crees que fue?

—No lo sé. Debo estar equivocada.

Mona y Anton se miran, y Anton se dirige a ella:

—Una última pregunta antes de irnos. ¿Sabes por qué te eligió a ti?

—Se lo pregunté y dijo que era mi culpa. Dijo que era demasiado hermosa y que por eso no pudo resistirse a mí, que si hubiera sido más fea, nunca me habría secuestrado.

Baja la mirada hacia la camiseta holgada y la grasa acumulada que oculta debajo. Era hermosa entonces, pero ya no. Después de lo que le sucedió, ya no quería ser atractiva. Para que nadie la deseara.

—¿Pudiste ver algo de él?

—No. —Niega con la cabeza—. Usaba una máscara y guantes todo el tiempo.

—¿De qué tipo?

Kristin suspira.

—Como un pasamontañas, pero no era de punto, sino de algún material gomoso. Y los guantes eran muy delgados, como guantes quirúrgicos. Excepto que también eran negros.

—¿Crees que podrías reconocer su voz?

—Supongo que sí, pero no estoy segura. He escuchado esa voz en mi cabeza todos los días durante los últimos veinte años, pero la máscara la distorsionaba. Sonaba un poco… metálica.

Mona asiente y Kristin tiene la impresión de que Anton parece decepcionado. Vacila. Aún puede dejarlos ir. Y después no tendrá que tratar con ellos nunca más, volverá a su vida tranquila con los perros. Pero decide continuar:

—Tengo algo que podría interesaros.

En realidad, lo ha preparado antes de que llegaran. Está en una bolsa bajo la mesa. Se agacha para cogerla y luego mete la mano para sacar con cuidado lo que contiene.

64

Anton pasa el bolígrafo por la hoja blanca y el dibujo comienza a tomar forma: un árbol con una amplia copa y algunas ramas que sobresalen del tronco. Durante la noche soñó con una persona colgada de una de esas ramas. Esa persona era Kristin y trataba de decirle algo, pero no podía, pues tenía una bolsa de plástico dentro de la boca.

Se despertó a las cuatro con un sudor frío y tuvo que levantarse a beber agua. Después no pudo volver a dormirse, así que bajó para sentarse en la hamaca a observar el amanecer reflejado en la superficie del agua.

—¿Qué estás dibujando? —pregunta Bodil, inclinándose hacia él, y Anton percibe el familiar aroma a diésel y a corral.

—Solo estoy garabateando —responde, rayando el dibujo con el bolígrafo para hacer que desaparezca bajo las líneas.

—De acuerdo. —Se encoge de hombros y se vuelve hacia Petra Tallberg, que está sentada al final de la mesa mirando su teléfono—. No puedo creer que Kristin haya guardado esa ramita de roble todos estos años. —Petra levanta la vista y la mira a los ojos—. Es algo casi morboso.

Petra asiente.

—Sí, pero, con un poco de suerte, los forenses encontrarán ADN en ella. Por suerte, la guardó en un frasco de plástico, así que está casi intacta —comenta, y levanta las cejas—. Es una lástima que no haya guardado también la bolsa de plástico. Aunque la violación con agravantes prescribe a los quince años, podría conducirnos hasta el autor del crimen. Estoy cruzando los dedos por esa ramita.

—Mmm. —Anton deja el bolígrafo—. Yo no estaría tan seguro de que sea la misma persona.

Petra se dirige a My:

—¿Tú qué dices?

—La conexión entre los dos casos es que el autor del crimen ha operado de forma similar, asfixiando a la víctima con una bolsa en la cabeza y atándole las manos con una ramita de roble. Pero también hay muchas diferencias. Kristin fue violada y Agnes no. Además, en el caso de Agnes, la bolsa de plástico estaba dentro de su boca, pero eso no sucedió en el caso de Kristin.

—Tal vez se aseguró de consumar el crimen esta vez. También intentó matar a Kristin.

—¿Y cómo es que ella logró escapar? —pregunta My.

—El tipo pensó que estaba muerta —explica Anton—. La dejó en los robledales de Tunhem. Y Kristin tuvo suerte porque los Wilgotsson, la pareja de ancianos de la vicaría, la encontraron y la llevaron hospital.

—¿Y nunca lo denunció?

—No. Kristin nunca quiso hacerlo, no se sentía capaz de describir todo el proceso.

—Lo entiendo —dice My—. No sabemos qué le pasó a Kristin. Solo ella, Mona y el violador lo saben. Y los de la vicaría, pero ya no están vivos. Honestamente, me cuesta creer que a otro criminal se le haya ocurrido lo mismo. Debe ser la misma persona.

—Pero alguien podría habérselo contado, ¿no?

—También puede ser eso.

—Y, si es la misma persona, ¿por qué han pasado tantos años entre los crímenes?

My gesticula con las manos.

—¡Buena pregunta!

—Ningún asesino convicto ha salido libre de la prisión o del hospital psiquiátrico en fechas recientes —explica Anton—. Y tampoco hemos podido encontrar a ningún extranjero con ese tipo de historial delictivo que haya entrado en el país.

—Podría ser alguien con un trauma —comenta Petra—. Ya hemos tenido varios casos en los que un trastorno de estrés postraumático ha desencadenado actos de violencia.

—¿Supones que ha conseguido mantener su TEPT bajo control durante tantos años y que ahora algo lo ha desencadenado?

Ella asiente.

—Sí, puede ser —dice Anton pensativo—. A juzgar por lo que ha dicho Kristin, podría ser alguien con un trastorno mental.

Bodil se inclina hacia delante.

—El perpetrador hablaba como si tuviera un cómplice, como si hubiera alguien para quien hacía todo eso. Si escuchaba voces en su cabeza, podría ser un síntoma de esquizofrenia y otros trastornos psiquiátricos.

Se quedan en silencio por un momento y luego Anton continúa:

—Según Kristin, estaba tomando éxtasis. Eso también debe haber afectado a su estado mental.

Petra se vuelve hacia My.

—¿Qué sabes de esa droga?

—Se utiliza sobre todo para fiestas y suele venderse en forma de pastillas. Sus efectos secundarios más comunes son fiebre alta, alteraciones del ritmo cardíaco y convulsiones, y también puede causar alucinaciones graves. Así que coincido en que podría haber

influido en él para llevar a cabo el crimen.

—¿Y mejora la resistencia a la fatiga?

—Sí, así es —asiente My—. Podría decirse que la droga es una de las razones por las que la violación de Kristin fue tan prolongada.

Vuelven a guardar silencio.

—¿Y qué hay de Frank Gunnarsson? ¿Tiene una coartada? —pregunta Petra, mirando a su alrededor—. ¿Aún no lo sabemos? —continúa, después de no obtener respuesta—. Entonces, vamos a averiguarlo.

Anton coge el bolígrafo y lo hace girar entre sus dedos intentando deshacerse de la imagen de Kristin colgada del roble que ahora tiene en la cabeza. Cuando Petra golpea la mesa con las palmas de las manos, deja caer el bolígrafo y este rueda sobre la mesa con un tintineo.

—Venga —dice ella—. Sugiero que empecéis de inmediato.

65

Mona baja del escenario por la estrecha y desvencijada escalera. Los aplausos se han apagado y el sonido de cientos de personas levantándose de sus asientos llena el teatro. Se detiene en el foso de la orquesta y se agacha para recoger su bolso del suelo inclinado y alabeado. Luego se levanta y mira la sala y las sillas rojas cubiertas de terciopelo, que siguen vaciándose poco a poco.

Ha sido una mañana muy poco habitual. Normalmente, estaría durmiendo a esta hora, o quizá en la cama con sus periódicos y un capuchino, pero hoy ha participado en el foro mensual organizado por la comunidad empresarial del municipio de Vänersborg, en el cual también se incluye desayuno. Son apenas las nueve y media. A veces, le impresiona lo eficiente que puede llegar a ser.

Abandona la sala y pasa a la antesala. El nivel de ruido es notable. El tintineo de las tazas de café se mezcla con las voces y las risas de los representantes de la comunidad empresarial local, quienes ahora discuten la sesión del día y hacen nuevos contactos. Mona sonríe cuando la jefa de la comunidad empresarial de Vänersborg la felicita por una interesante entrevista, lo cual ella agradece con amabilidad pensando que tiene razón, que ha hecho un buen trabajo en el escenario. Le agrada recibir la atención del público, y parece que esa mezcla de anécdotas de su trabajo en el Tribunal de Distrito y algunos consejos jurídicos para la vida cotidiana ha sido muy apreciada.

—Disculpad —dice, señalando la esquina de la habitación—, acabo de ver que mi colega Hedda está allí y necesito hablar con ella.

—Sí, por supuesto. Podemos seguir hablando después.

Mona se abre paso entre la multitud y recibe varias palmaditas y agradecimientos por su interesante charla. Ella agradece y siente el sudor que emerge a causa del calor que desprenden todos esos cuerpos en la abarrotada sala. Cuanto más se acerca a Hedda, más se disipa la adrenalina del escenario, y sus pensamientos vuelven a centrarse en el trágico destino de Kristin.

Naturalmente, Hedda no está sola. Como de costumbre, tiene un círculo de personas a su alrededor que parecen sentirse atraídas por ella como una polilla por la luz.

—Hola, Hedda. —Le pone una mano en el brazo—. Tenemos que hablar.

—Sí, claro —dice, y su sonrisa se apaga al ver la seriedad en el rostro de Mona.

66

—¿Cómo te ha ido en casa de Kristin? —pregunta Hedda unos diez minutos después, una vez que han conseguido abrirse paso entre la multitud y se dirigen a las escaleras de la salida del teatro.

Mona la mira y comienza a hablar:

—De eso quería hablarte. —Ayer, cuando llegó a casa, se sentía demasiado cansada como para profundizar, así que solo le contó lo que le había sucedido a Kristin años atrás y se fue a la cama, con Coco siguiéndola de cerca—. Fue horrible verla así —dice—. Solía ser una mujer tan dinámica. Fuimos juntas a la Escuela de Negocios y nos hicimos amigas. Éramos de la misma ciudad y nos llevábamos bien a pesar de que ella eligió Economía. Era una chica muy inteligente, locuaz y guapa, pero después de lo que le pasó se convirtió en una mera sombra. Y ahora… —Menea la cabeza—. Apenas sale de casa. Vive solo para sus perros, camina a hurtadillas detrás de las paredes cuando sale y se oculta bajo una camiseta holgada.

—Entonces, ¿no lo ha superado?

—¡No! —Niega con la cabeza—. Todo lo contrario.

Le parece trágico haber constatado la forma en que la violación ha marcado la vida de Kristin. Siente que debe intentar ayudarla a recuperar su antigua vida. Pero ¿cómo? Ha tenido veinte años para levantar el muro tras el que se ha atrincherado. Llevará tiempo derribarlo, si es que eso es posible.

Los pasos de ambas resuenan sobre los escalones de piedra cuando Mona señala con la cabeza a un hombre con pantalones cortos a rayas y un polo de piqué que se aparta para dejarlas pasar.

—¿Nunca quiso denunciarlo? —pregunta Hedda, acercándose a ella.

—Lo pensó muchísimo, pero no se atrevió a llevarlo a los tribunales debido a todos los reproches y comentarios que conllevaría. Si piensas que el sistema es una mierda hoy en día, deberías saber que era aún peor hace veinte años.

Salen por la puerta de entrada que está abierta, giran a la izquierda en la calle Kungsgatan y bajan hacia el muelle.

—Imagínate —continúa Mona—. Te han golpeado, violado y drogado, y después te cuestionan cuando tienes que denunciar a tu agresor. —Menea la cabeza, sintiendo que la rabia hacia el sistema se apodera de ella.

—No necesitas convencerme —dice Hedda—. Lo he visto de cerca

varias veces.

Se vuelve hacia ella y asiente lentamente. Por supuesto que las dos han visto lo mismo, solo que desde diferentes sectores de la sociedad. Ella, desde un despacho de abogados y en un juzgado; y Hedda, desde las calles y el club de *striptease*. Observa la misma rabia en sus ojos mientras caminan en silencio una al lado de la otra, pasando por el parque Plantaget, la plaza y la librería.

—Kristin nos dijo que el violador tomaba éxtasis —dice Mona al fin.

—Ah, sí, ya he visto cómo reacciona la gente después de tomar E. Se ponen muy cachondos y pueden aguantar todo el tiempo que quieran —menea la cabeza—, pero a veces se ponen muy contentos y positivos con todo y con todos. Se enamoran de todo lo que se mueva, hablan sin parar y quieren que los abracen. Y, si la música está muy alta, pueden caer en un trance y literalmente morirse bailando. También hay algunos que tienen alucinaciones y dicen haber huido de monstruos o haber sido beatificados por ángeles. Es una droga impredecible y puede dejar a la gente muy jodida.

—Kristin lo describe como alguien irracional. Hablaba de un dios del vino y se refería a sí mismo como a una especie de superhombre. Supongo que era por la droga. También decía que era psicólogo, pero ella no lo creyó. De hecho, su teoría es que era un enfermo mental.

—Un momento. —Hedda coge la muñeca de Mona—. Gabriel dijo que Martin había trabajado en el hospital psiquiátrico de Restad Gård, ¿no?

—Sí, así es. ¿Por qué?

—No sé —gesticula con las manos—, creo que puede haber alguna conexión.

67

Bodil entra en el despacho de Anton con el pelo desordenado y una taza de café en la mano. Arroja su chaqueta en una de las sillas para visitantes y se sienta en la otra.

—Joder, pero qué lío —exclama, subiendo un pie al borde del escritorio.

—¡Por favor, Bodil! —Anton extiende la mano para bajar el zapato sucio de Bodil de su escritorio.

Está más irritado que de costumbre después de haberse pasado la mañana entera llamando a todas las instituciones para enfermos mentales. Ha estado preguntando si alguno de sus pacientes con antecedentes violentos ha salido libre, pero no hay nadie con el perfil que buscan. También se ha puesto en contacto con la Interpol, y tampoco han encontrado casos similares a nivel internacional. Hay varios en los que la víctima fue asfixiada con una bolsa de plástico en la cabeza, pero ninguna de ellas tenía las manos atadas a la espalda con una ramita de roble.

—Ya he hablado con Frank. Bueno… —pone cara de tedio—, si a eso se le puede llamar hablar. Está en el parque de Vargön. Y está tan borracho que no puedes sacarle una palabra.

Anton se inclina hacia delante.

—¿Has averiguado dónde estaba cuando Agnes fue asesinada?

—*Sip*. Los empleados de Ica afirman haberlo visto fuera desde las tres de la tarde hasta que cerraron a las diez, y para entonces estaba ya muy borracho. Supongo que tendremos que admitir que esa es su coartada, ¿o qué piensas?

Anton asiente y exhala. En cierta manera, sienta bien poder descartar a Frank como el asesino de Agnes. Ahora podrán tacharlo de la lista en la investigación. Además, ¿cuál podría haber sido su móvil? No se le ocurre ninguno.

—¿Lo has dejado solo?

—No. Pensaba meterlo en una celda para que duerma hasta que se le pase, pero he llamado a Wille, y ha prometido llevarlo a casa.

Anton asiente. Le agrada que su hermano haga algo útil.

—Por lo visto, ya no tendremos que pensar más en Frank. —Se reclina en su silla—. Por otro lado, mientras estabas fuera, he estado investigando sobre este asunto del roble.

—Ah, ¿sí?

—Al parecer, el roble ha sido considerado el árbol más sagrado en

Europa a lo largo de la historia. Ha sido un símbolo de vida y fertilidad, pero también de muerte. De hecho, los robledales solían ser utilizados como áreas de sacrificio. Eran centros de culto y de celebraciones donde se sacrificaban animales e incluso personas.

Bodil toma un gran sorbo de café y estira las piernas.

—¿Quieres decir que Agnes y Kristin fueron sacrificadas?

—No lo sé, pero las dos fueron encontradas en zonas rodeadas de robles, lo cual podría ser algún tipo de arboleda de sacrificio. Además, Kristin mencionó lo del dios del vino.

—Sí. —Bodil frunce el ceño—. Pero, que yo sepa, nunca hubo un dios del vino en Suecia o en Escandinavia.

—Así es, no hay nada de eso. Aquí se hablaba de hidromiel y no de vino. Pero, si seguimos con la pista del sacrificio, debe haber alguien o algo a quien sacrificar.

—Es cierto. —Bodil se reclina en su silla.

—He hablado con la sacerdotisa suprema de la Sociedad de Costumbres Antiguas de Suecia.

—¿*Sacerdotisa suprema*? —repite, levantando las cejas—. ¿Qué diablos es eso?

—Es algo así como el equivalente a un sacerdote en la religión nórdica Ásatrú. Esta gente sigue las costumbres paganas y el folclore antiguo. Y la naturaleza es algo muy importante para ellos.

—Suena bastante loco.

Anton se encoge de hombros.

—Sí, puede ser. Pero, en todo caso, hacen sacrificios en un ritual llamado *blot*, y es el sacerdote o la sacerdotisa quien realiza ese rito. Pero no es algo vivo, sino más bien algo simbólico como comida o bebida. Me ha dicho que no ve ninguna conexión entre los rituales antiguos y lo que le ha pasado a Agnes.

—A pesar de eso, los medios se inventan muchas estupideces —resopla—. He visto titulares como «Secta pagana sacrifica a una joven en Vargön».

—Incluso escriben «joven *cristiana*».

—Qué desastre. —Hace una mueca—. Menos mal que tu madre está aquí —dice, metiendo la mano en el bolsillo para sacar la cajetilla de *snus*.

—¿Por qué?

—Estaba pensando en lo de Kristin.

—Seguramente, nos habríamos enterado de todos modos.

—Yo no estaría tan segura de eso.

Anton no sabe dónde meterse de la vergüenza. Sabe que Bodil tiene razón, pero no quiere admitirlo. Nunca habría podido hablar con Kristin si no hubiera sido por su madre. Ni siquiera sabría de su existencia. Aunque no les haya dado tanta información, puede resultar

importante para la investigación en el futuro.

Una llamada a la puerta que reconoce como la de Janne hace que levante la vista. Y, efectivamente, cuando se abre la puerta, es su viejo colega quien asoma la cabeza.

—¿Podrías venir? —le pregunta, rascándose enérgicamente el cuello enrojecido.

—¿De qué se trata? Estamos un poco ocupados aquí.

Janne mira a Bodil de soslayo.

—Hay una pelea.

—¿Y no hay nadie más que pueda hacerse cargo?

Janne carraspea.

—Sí, bueno, tal vez sea mejor que tú te hagas cargo de esto. Wille está involucrado.

68

—La Tierra está corrompida y llena de violencia.

Se aparta de inmediato de la pantalla del ordenador. Este es un nuevo recurso. La indignación que ve en la delgada mujer es tan evidente que lo atrapa al instante.

—Los ángeles que traicionaron a Dios bajaron a la Tierra para influir en la humanidad. Tuvieron relaciones con mujeres humanas y sus descendientes se convirtieron en hijos bastardos de gran tamaño y fuerza. En la Biblia los llaman *nefilim*.

Se calla y mira fijamente a la cámara con ojos brillantes.

—Los *nefilim* eran tiranos que hicieron la Tierra aún más brutal y carente de moral. Pero ¿existen estas criaturas? No. —Menea la cabeza con vehemencia—. Son parábolas que sirven como predicciones en la Biblia. La devastación creada por los bastardos es, de hecho, una metáfora de la destrucción de nuestro mundo con las inundaciones, tormentas, sequías, incendios forestales y temperaturas extremas.

Su rostro se ve brillante y limpio. Se pasa las manos por el sencillo vestido blanco y luego las levanta al frente para formar un cuenco con ellas.

—¿Lo veis? —pregunta.

Él frunce el ceño y se inclina hacia delante, preguntándose qué piensa hacer ahora. Actualmente tiene total libertad en los vídeos. Ya han dejado de discutir el contenido juntos, así que ahora es ella quien decide.

—Lo que afrontamos es, a la vez, lo más fácil y lo más difícil —continúa, con la niebla expandiéndose a su alrededor.

De repente, un cuervo negro como el carbón se posa en sus manos.

—Nuestro cuervo volará como alguna vez lo hizo el de Noé. No encontrará un hogar, sino que volverá. Entonces la paloma volará dos veces, y solo cuando no vuelva a casa saldremos del arca y poblaremos la Tierra. Nosotros, el pueblo elegido.

Hace un movimiento con las manos y el cuervo alza el vuelo al mismo tiempo que ella desaparece en la niebla.

—No será fácil. —Su voz se vuelve cada vez más débil—. Las fuerzas del mal tratarán de detenernos. Se reirán de nosotros. Se burlarán de nosotros. Pero nos mantendremos firmes.

La última palabra desaparece en un susurro.

Respira con fuerza y mira el contador. ¿No será demasiado? El

cuervo y la niebla no parecen algo muy cristiano, sino más bien pagano.

Pero nadie deja de mirar. Todos siguen conectados, aunque ella ya se haya ido.

69

Anton pisa el acelerador. ¿En qué diablos se habrá metido Wille? Está ocupado tratando de resolver un asesinato y no tiene tiempo para salir a seguirle la pista. Esta tiene que ser la última vez. La próxima vez que escuche que Wille está involucrado en algún tipo de fraude o algo con alcohol ilegal o carne barata o bienes robados o lo que sea, no va a mover un dedo. «Ya basta», piensa, y gira hacia el aparcamiento. Su paciencia tiene un límite, y ya lo ha alcanzado.

En cuanto abre la puerta del coche, escucha varias voces: la ronca y arrastrada Frank, la provocadora de Wille y otra que no reconoce.

Camina hacia el estanque y ve a Frank sentado en el banco, con un jersey ensangrentado en la cabeza. El jersey debe pertenecer a William, ya que está allí de pie con el pecho desnudo, mostrando sus vergonzosos tatuajes de borracho. Tiene los brazos ocupados reteniendo a un hombre, del cual Anton solo puede ver la espalda y los brazos, que agita para intentar liberarse.

—Va a confesar —vocifera el hombre—, sé que ha sido él.

Es Arne Jakobsson. Anton suspira y maldice a Sören Claesson, pues es él quien le ha dicho que Frank está detrás de la muerte de Agnes.

Recuerda aquellas mandíbulas apretadas cuando lo vio ayer en su casa. En ese momento se dio cuenta de que Arne no se olvidaría de Frank, y tenía razón. Sören le ofreció un hombre con quien descargar su dolor y su rabia, y Arne lo aceptó con gratitud.

—¡Parad! —grita—. Ya basta.

Al oír estas palabras, se giran hacia Anton y Arne da un paso hacia él. Sus ojos están negros de ira y su camisa tiene un desgarro en el cuello.

—Si vosotros hicierais vuestro maldito trabajo, esto no habría pasado. —Estira su brazo intentando alcanzar a Frank—. Ese hijo de puta está libre, aunque todos sabemos que no debería. ¿Qué le hizo a Elsa? ¿Qué pasó? Y el otro día estaba merodeando cerca del colegio aquí, en Vargön. Y ahora Agnes está muerta.

Arne lo mira con un odio negro en los ojos y Anton se detiene.

—¡Está muerta! —grita, e intenta alcanzar a Frank una vez más.

Pero Wille está ahí para detener a Arne rodeándolo con los brazos.

—¡Ya basta, joder! —exclama—. Frank no ha hecho nada.

Los músculos de sus fuertes y bronceados brazos hacen bien su trabajo, por lo que Arne no tiene ninguna oportunidad contra él, y así lo entiende. Se rinde y se derrumba en los brazos de Wille.

Anton se acerca a ellos.

—Yo me encargo a partir de aquí —le dice, rodeando con su brazo al tembloroso Arne.

Menos mal que Bodil llamó a Wille y que este llegó a tiempo. De lo contrario, Arne habría golpeado a Frank hasta hacerlo pedazos.

70

Kristin cuelga el teléfono, se gira en la silla del despacho y deja la gastada carpeta en la estantería que tiene detrás. Ha recibido la confirmación de que el escenario está montado y listo en la Arena Vänersborg. Mañana comienza el gran congreso de cinco días que reunirá a miles de personas de toda Suecia en torno al aprendizaje, la oración y el compañerismo, y la Iglesia Salem de Vargön es una de las organizadoras. La organización de conferencias no es parte de su trabajo habitual, pero hay mucho que hacer y todos tienen que ayudar un poco. A Kristin no le molesta, siempre y cuando se quede en la oficina y no tenga que salir entre toda la gente.

Está agradecida por su trabajo. Sus colegas siempre tienen una palabra amable que decir y entienden que es feliz por estar sola en su despacho procesando facturas. Hace lo que tiene que hacer y luego se va a casa con sus perros. Puede hacer la mayoría de las cosas mientras la dejen en paz.

De repente, percibe algo. Una sombra aparece en el suelo y ella levanta la vista. Casi pierde el aliento cuando ve al hombre que aparece en la puerta. Está quieto y la mira fijamente. Entonces sus labios se transforman en una sonrisa y ella se pone rígida cuando el hombre levanta la mano, la gira despacio, dobla el dedo índice en forma de gancho y golpea la puerta con el nudillo.

—Toc-toc —dice.

Ella traga saliva y lo mira.

—Hola, Kristin. —Su sonrisa se ha ensanchado aún más.

¿Cómo sabe su nombre? Siente la boca seca y vuelve a tragar saliva una vez más. Entonces se da cuenta de que el hombre debe haber visto la placa de identificación de la puerta y un gran alivio la invade. Qué tontería. Pero, a pesar de eso, hay algo en ese tipo que no le agrada. No solo porque sea un hombre, sino porque actúa como si la conociera.

—Esta zona es muy bonita.

Tiene una sonrisa preciosa, pero a ella no le gusta porque no parece real.

—¿Vives aquí?

Ella asiente, aunque no quiere.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

El hombre mira detrás de Kristin. Ella quiere levantarse y bloquear su mirada curiosa, pero no puede moverse.

—Sí, desde hace muchos años —se apresura a responder, sintiéndose todavía más incómoda. Quiere preguntarle quién es, pero no le salen las palabras—. ¿Ha venido para el congreso? —pregunta al fin.

El hombre sonríe.

—Sí, así es. Estoy aquí para el congreso.

Ella asiente. No sabe qué es en realidad. Tal vez solo sea lo de siempre, el mantra que resuena en su interior: «Eres una cobarde. Eres una cobarde. Gallina, gallina, gallina». En cuanto este tipo se vaya, irá a tomarse un calmante. Por fortuna, su turno está a punto de terminar y pronto podrá irse a casa con sus perros.

El hombre asiente y se inclina más hacia ella.

—Nos vemos pronto, Kristin —dice con una sonrisa todavía más amplia, y luego se da la vuelta y se marcha.

71

Mona gira el rostro hacia los últimos rayos de sol y en ese momento percibe una ráfaga de viento. Esto augura que el clima cambiará pronto y le parece bien. Ya está deseando encender velas y el fuego de la chimenea para leer un buen libro y sentir que sus mejillas se sonrojan de calor. En otoño espera poder disfrutar de muchas tardes así, con una taza de té o una copa de rioja en la mano, acompañada de la música que crean la lluvia y el fuego crepitando y la pesada respiración de Coco.

Entonces oye el rugido cada vez más fuerte de un motor que se acerca y levanta la vista. Una gran *pick-up* blanca se detiene en la entrada y William se baja. Acto seguido, se oye el traqueteo de los juncos detrás de ella y Coco pasa corriendo por delante como si hubiera salido disparada de un cañón. Se acerca a William cuando este está a punto de abrir la puerta trasera, así que se detiene y se agacha para acariciarla. Coco menea la cola con tanto entusiasmo que todo su cuerpo se mueve y Mona se ríe al ver la escena.

William se incorpora, mira a su alrededor y, al ver a Mona, levanta la mano para saludarla. Ella le devuelve el saludo y se acerca mientras él abre la puerta del maletero. Se inclina y estira los brazos para sacar una gran caja de cartón.

Ella frunce el ceño. ¿Qué es eso? ¿Un robot cortacésped?

Al subir la pequeña cuesta, encuentra a William sentado en los escalones de piedra. Él levanta la vista y le sonríe mientras intenta detener a Coco, que ahora intenta lamerle la cara.

—Pero ¿qué has traído? —le pregunta, señalando la caja.

—Pensé que quedaría bien aquí.

—Ah, qué amable de tu parte. —Mira hacia abajo—. Pero ya tengo un jardinero que viene a cortar la hierba.

William se ríe.

—Entonces, tendrás que avisarlo. —Se inclina hacia la caja y comienza a abrirla—. O darle otro trabajo.

—¿Lo has comprado?

La mira y sonríe.

—No, lo he conseguido en un trueque. Pero no lo necesito en mi apartamento.

En realidad, William vive en el último piso de un edificio que antes era la cárcel de Vänersborg. Tiene una gran terraza en la que caben sus muebles de exterior y macetas con palmeras, que es lo más

parecido a un jardín que puede tener.

—¿Qué trueque? —pregunta ella, pensando en el fraude del que es sospechoso según le ha dicho Anton.

Él vuelve a reírse.

—Todo está bien —contesta—. No es ningún negocio raro. Es solo que lo he conseguido y, como no tengo jardín, pensé que podría servirte de algo.

Vuelve al maletero y arroja la caja vacía dentro para luego coger otra más pequeña. Regresa con ella y se la acerca a Mona.

—Esto es para Hedda.

Al mirar la caja, ve que se trata de un rizador.

—También he conseguido esto, y la verdad es que a mí no me sirve de nada. Así que pensé que tal vez Hedda lo querría… —Se encoge de hombros—. Ya que tiene ese pelo y tal.

Mona lo acepta con una sonrisa y tiene la impresión de que William parece un poco avergonzado.

—Muy amable de tu parte. Hedda no está en casa ahora. Iba a salir de fiesta con unos amigos. Pero yo se lo daré.

—Vale, gracias —contesta, y a Mona le parece ver una mirada de decepción en su rostro.

—¿No quieres entrar? —Señala hacia la puerta con la palma de la mano—. Estoy sola en casa esta noche viendo la televisión, así que me vendría bien algo de compañía.

—No, ahora no tengo tiempo. —Le da un abrazo y vuelve a su *pick-up*.

Mona se queda mirándolo. Por detrás, él y su hermano son bastante parecidos: los mismos hombros anchos y la misma postura recta.

—¿No has hablado con tu hermano últimamente? —le pregunta, y William se pone rígido de inmediato.

Desea tanto que se lleven bien y se vean como amigos. Aún no sabe qué pasó realmente entre ellos, si es que ocurrió algo. Tal vez sea solo la rivalidad de hermanos que nunca desaparece, pero no quieren tener trato entre ellos.

William se da la vuelta.

—Nos hemos visto hoy, hace un rato.

Una chispa esperanza se enciende en Mona.

—Ah, ¿sí? —dice con voz alegre y una sonrisa.

—¿Te ha dicho algo?

—¿Sobre qué?

—¿Sobre la pelea?

—¿La pelea? —Su sonrisa se desvanece—. ¿Qué pelea?

—¡Ah! —Agita la mano—. Pues que el padre de Agnes Jakobsson estaba dándole una paliza a Frank y lo detuve. Te juro que, si yo no

hubiera estado allí, lo habría matado.

Mona asiente. Lo entiende o, al menos, cree entenderlo. Es obvio que el padre de Agnes busca aliviar su dolor y para ello necesita un chivo expiatorio. Y Frank es una presa fácil. Es el alcohólico excéntrico al que los niños tiran piedras cuando se queda dormido en el parque; la persona a la que todos culpan cuando se pierde algo. Aprieta el puño, deseando saber más. Piensa en lo que le ha dicho Antón, que debería alejarse de él, y que varias veces ha decidido ocultarle información. Mira a William y quisiera decirle lo mismo.

Pero no lo hace. En cambio, dice:

—Pero, William, ¿por qué te preocupa tanto Frank?

Él se encoge de hombros.

—No es nada, de verdad. Es solo que yo conocía a Elsa del colegio y estuve en su casa varias veces. Frank era un padre genial, y míralo ahora. Siento pena por él, es así de simple.

72

La luz grisácea del amanecer se asoma a través del hueco de las cortinas. Coco ronca a los pies de la cama mientras Mona deja su capuchino en la mesita de noche, ajusta la almohada a su espalda y pone el periódico de la mañana sobre el mullido edredón. Anoche se acostó temprano y, como de costumbre, puso su móvil en modo *no molestar* y durmió toda la noche sin sudar ni soñar. Se siente más descansada y alerta que en mucho tiempo. Incluso podría ser una buena ocasión para llevar a cabo su plan de revisar las fotos antiguas y ordenarlas en álbumes.

Coge el móvil de la mesita de noche para comprobar si tiene notificaciones de llamadas o mensajes entrantes y ve que hay una llamada perdida y un mensaje de Kristin. Levanta la vista. ¿Habrá descubierto algo más desde que se reunieron con ella?

Abre el mensaje de Kristin y lee: «Está aquí». Solo eso. Frunce el ceño. ¿Qué demonios quiere decir? ¿Quién está aquí?

Se endereza en la cama, busca el número de Kristin y está a punto de llamarla cuando Coco levanta la cabeza, salta de la cama y sale corriendo y ladrando.

¿Qué está pasando? Los ladridos enfurecidos de Coco indican que hay algo cerca. ¿Será que el gato rayado ha tenido la audacia de volver a pasearse por su jardín?

Comienza a esbozar una sonrisa, pero esta se congela cuando oye que la puerta principal se abre de golpe. Escucha atentamente. Suena como si alguien entrara en el vestíbulo.

—Pero ¡¿qué está pasando?! —grita. Acto seguido, se quita las sábanas de encima, deja el móvil a un lado y se apresura a ponerse la bata. Luego camina hacia la entrada mientras se ajusta el cinturón.

Coco sigue ladrando cuando Mona llega al pasillo. Delante de ella está Frank, apoyándose en la pared con una mano. Tiene el rostro enrojecido y se puede ver y oler que no está sobrio.

—¿Frank? —dice con determinación, poniendo los brazos en jarras.

Él la mira como mejor puede, ya que sus ojos no consiguen enfocar.

—Calla a la perra —balbucea con saliva saliendo de su boca.

Ella retrocede un paso.

—Coco, ven aquí —ordena con firmeza, pues teme que él le haga daño. La perra acude a su lado, pero sin dejar de ladrar—. ¿Qué

quieres? —le pregunta en voz alta para hacerse oír entre los ladridos de Coco.

—¿Qué quiero? —grita la última palabra, agitando la mano—. ¿Qué demonios crees que quiero?

Ella aprieta las mandíbulas mientras observa los espasmos de su cara y el gorro azul que lleva mal puesto en la cabeza. Además, su camisa tiene manchas de suciedad y de algo que parece sangre.

—¿Te has hecho daño? —le pregunta, examinando su cuerpo con la mirada.

—¡No, joder, no estoy herido! —grita, agitando la mano. Pero, al notar que está a punto de perder el equilibrio, vuelve a apoyarse en la pared.

—¡Cállate, Coco! —dice, y luego vuelve a dirigirse a Frank—: Quiero que te vayas ahora mismo —le ordena, cruzando los brazos—. No te quiero en mi casa si estás así de borracho. ¡Fuera!

—No me digas lo que tengo que hacer —balbucea, levantando el puño, y golpea la pared.

Ella se estremece por el repentino acto de violencia. Es un golpe tan fuerte que deja una marca, pero Frank no se inmuta.

Mona da otro paso atrás. No tiene miedo, pero es desagradable ver que una persona cambie por completo bajo la influencia del alcohol. Le cuesta creer que sea el mismo hombre que estuvo en su cocina hace cinco días pidiéndole ayuda.

—¿Qué está pasando? —pregunta Hedda, que ahora está detrás de ella.

—Frank estaba a punto de irse —contesta, sin quitarle los ojos de encima.

—¡Haré lo que me dé la gana!

Acto seguido, Frank da un paso amenazante hacia ellas y Coco vuelve a ladrar. Mientras tanto, Hedda se desliza como una sombra para ponerse delante de Mona. Sin dudarlo, coge la mano extendida de Frank, la empuja detrás de su cuerpo y la sube por la espalda para darle la vuelta en un solo movimiento. La puerta de la casa sigue abierta detrás de él, así que lo empuja hacia las escaleras.

—¡¿Puedes retenerlo allí un poco más?! —grita Mona.

—Sí, claro.

Su voz suena un poco agitada, pero parece tener la situación bajo control, así que Mona se apresura hacia el dormitorio, coge el teléfono y marca un número. Mientras espera, se queda mirando el armario donde guarda la pistola. Cierra el puño y da un paso hacia ella, pero luego se gira y sale del dormitorio. Continúa esperando a que descuelguen mientras avanza hacia las escaleras. Hedda no debe pesar más de la mitad que Frank, pero aun así ha conseguido sujetarlo contra el césped mojado por la lluvia. Lo tiene sometido para que no

pueda moverse, y al mismo tiempo se inclina hacia delante y dice algo que Mona no consigue oír.

—Hola —responde una voz somnolienta.

Mona se da la vuelta.

—William, soy yo. ¿Puedes venir? Se trata de Frank.

73

«Joder, pero qué mal huele», piensa Hedda antes de soltar a Frank. Retrocede un paso, se aparta un mechón de pelo mojado de la cara y ve cómo Wille lo pone en pie con un solo movimiento y lo conduce hacia su coche.

Lo ayuda a sentarse en el asiento del copiloto y cierra la puerta con un ruido sordo. Luego camina alrededor de su coche y Hedda se encuentra con su mirada. Wille menea la cabeza y se encoge de hombros. Entonces se vuelve hacia Mona y esta se acerca a él.

—Pero ¡¿qué…?! —exclama Mona, deteniéndose y levantando el paraguas. Entonces cambia de dirección y se acerca a su propio coche —. ¿Has visto? —pregunta, gesticulando con la mano, y se vuelve hacia Hedda.

—¿Qué pasa? —contesta, y se acerca.

—Todo el lateral está rayado. Y de qué manera. Joder.

Hedda mira el terrible arañazo que recorre toda la longitud del coche y que ha dañado seriamente la pintura.

—Mierda —profiere Hedda—. Y no va a ser barato de arreglar. — Mira hacia el coche de Wille, donde ve a Frank sentado con la cabeza inclinada, como si se hubiera quedado dormido—. ¿Te ha rayado el coche?

—Eso parece.

«Maldito idiota», piensa, dándose la vuelta para entrar en casa y así evitar la lluvia. «¿Cómo ha podido hacer esto? ¿Y a Mona? Está demente». Menea la cabeza.

Entra en su dormitorio, el más bonito que ha tenido en su vida, y se quita la ropa mojada para después tirarla en un montón en el suelo. En el sillón blanco encuentra un pantalón blanco de chándal y una sudadera de capucha gris que se pone de inmediato. Se envuelve el pelo en una toalla y se dirige a la cocina. Entonces siente el dolor en el muslo y aprieta los dientes. La tensión estática mientras mantenía quieto a Frank ha hecho que se agrave su lesión en el muslo. Maldice a causa del dolor mientras oye las voces de Mona y Wille y después el sonido ensordecedor del motor de su *pick-up*.

—¡Hedda! —grita Mona desde el vestíbulo—. ¿Estás bien?

—¡Sí, todo bien! —grita en respuesta—. Voy a desayunar algo.

—¡Vale! Yo voy a dar un paseo con Coco para intentar que se me pase el enfado. Hablamos cuando vuelva.

La puerta se cierra de nuevo y entonces siente algo de picazón en

la rodilla. Tiene un rasguño y está sangrando.

«Maldito borracho de mierda», murmura Hedda mientras saca un cuenco del armario. Está harta de ellos y de todo lo que provocan. ¿Qué lo hizo ir y entrar en la casa de manera tan agresiva? Están ayudándolo, y él va y hace eso. ¿Es acaso tan torpe que no lo entiende? Y el coche de Mona… Ojalá Wille se ocupe de él para que no tengan que lidiar con sus estupideces en el futuro.

Vierte cereales y leche en el bol y añade una gran porción de mermelada de fresa. Luego se sienta frente al ordenador. Bosteza con fuerza y recibe un recordatorio de que el semestre empieza en una semana. «Joder, qué guay», piensa. Ha sido aceptada en el programa de Política y Economía Internacional, y esto constituye el primer paso real hacia su carrera diplomática. Con veinticuatro años, será un poco mayor que sus compañeros, y seguramente será la única con experiencia en clubs de *striptease*. Esboza una sonrisa irónica y luego siente una punzada de inseguridad que intenta alejar de inmediato. Da igual; al menos, será la estudiante con más experiencias en la vida, lo cual nunca está de más para una diplomática, ¿o sí?

Abre la bandeja de entrada y lo primero que ve es un correo electrónico de Tellus con el asunto: «Has dado tu primer paso hacia el Pueblo Elegido». La curiosidad la empuja a abrirlo.

Le han enviado los datos de acceso. Sonríe satisfecha. Debe ser su nuevo interés por los temas medioambientales lo que ha hecho que la acepten. Hace clic en el enlace y se reproduce un vídeo donde puede verse una oscura arboleda con altos abetos. Entonces pasa una mujer con su largo vestido blanco a través del musgo de color verde intenso y se detiene en medio de la arboleda. Levanta las manos y empieza a hablar, y Hedda la observa con fascinación. Se queda impresionada con su mensaje de que los humanos están destruyendo la Tierra y que hay un arca para el pueblo elegido.

—Joder, qué locura —exclama, pero sigue viendo el vídeo.

Cuando este termina, se da cuenta de que se le ha olvidado comerse los cereales.

74

Las praderas y los gruesos troncos de los robles están envueltos en una niebla matinal que parece un verdadero *baile de elfinas*, como suele llamarse en Suecia. Parece como si unas figuritas vestidas de blanco se movieran lentamente a través de la luz grisácea del amanecer, y cuando una de ellas se aparta, Anton cree vislumbrar una figura oscura que yace en el suelo. A pesar de la distancia y la niebla que le impiden ver con claridad, puede distinguir que el cuerpo está tumbado bocabajo y que tiene las manos atadas a la espalda.

La llamada para avisar sobre la persona muerta le llegó directamente a Bodil y no al centro de emergencias. Su tía estaba dando su habitual paseo matutino por los robledales de Rånnum en compañía de su perra cuando, de repente, esta se puso como loca, totalmente fuera de control. Al principio, pensó que se trataba de un animal que la perra había encontrado, pero resultó ser el cadáver de una persona, así que llamó a Bodil de inmediato. Media hora más tarde, mientras estaba en la ducha, Anton recibió la noticia y acudió enseguida.

Camina con pasos pesados por el trillado sendero que atraviesa la pradera empapada por la lluvia. Los robles forman un anillo de vegetación que crea una barrera con el mundo exterior. El sonido de los coches en la carretera llega apenas como un ruido apagado. A pesar de estar muy cerca del pueblo, el robledal se siente como un mundo aparte.

Levanta la mirada y escucha sus voces bajas y agitadas, y luego dirige la mirada hacia el cadáver. Aunque solo puede imaginarlo por el momento, no necesita verlo. Ya sabe lo que le espera y se le hace un nudo en el estómago.

Continúa por el robledal, atraviesa la pradera y siente que unas diminutas gotas de lluvia lo mojan. Bajo sus pies, en fosas sin excavar, yacen los restos de sus propios antepasados de hace miles de años. Entonces apresura el paso, como si sintiera que las manos de los muertos lo alcanzan.

75

Mona pisa el asfalto con firmeza y sus pasos resuenan contra los edificios de tres plantas, cuyo color rojo ladrillo se desvanece bajo la llovizna gris. El sobresalto inicial causado por la intrusión de Frank se ha transformado en ira. No piensa seguir ayudándolo.

Hedda se acerca a ella y la mira de forma inquisitiva.

—¿Qué pasa?

Mona levanta el paraguas y la mira.

—¿Tú que crees? Estoy furiosa.

Hedda asiente en silencio y mira al frente.

—¿Qué clase de comportamiento es ese? —Se sube el bolso al hombro de un tirón—. ¿Quién se cree para irrumpir en mi casa de esa manera tan brusca y salvaje? Incluso amenazante. Y esa marca en la pared, va a tener que repararla. ¿Y el coche…? ¿Qué demonios hizo que lo rayase de esa forma? —Hedda guarda silencio, pero sigue caminando a su lado—. Si no hubieras estado allí, no sé qué podría haber pasado, y por suerte William ha podido venir pronto para llevárselo.

—Sí, pero…

—Voy a dejar el caso. ¿Por qué tendríamos que ayudarlo?

—Pero…

—Se acabó —dice con voz firme—. Iremos a saludar a Ulla y, luego, a la cama.

Hedda se detiene y gesticula con las manos.

—¿Puedes escucharme, por favor?

Mona se detiene y se vuelve hacia ella. Hedda está de pie bajo la lluvia, con la capucha de su sudadera sobre la cabeza y las huesudas rodillas asomándose por los agujeros de sus vaqueros.

—Pienso que no deberíamos dejar el caso.

—Ah, ¿sí? ¿Crees que deberíamos seguir ayudándolo después de lo que ha hecho?

—¡No! —Niega con la cabeza—. No por Frank, sino por mí.

—¿Por ti? —Mona frunce el ceño y aprieta con más fuerza el mango del paraguas.

—De verdad quiero averiguar qué le pasó a Elsa. —Hedda da un paso adelante—. No puedo dejarlo a medias. ¿Me entiendes? Quiero terminar algo por una vez en la vida. Y, si existe la más mínima posibilidad de que Elsa esté viva, no pienso rendirme hasta que hayamos levantado cada maldita piedra. —Hace una pausa—. Si no

quieres seguir, lo haré yo sola.

Mona la mira. Está a punto de darse la vuelta, pero se detiene. Está claro que Hedda quiere hacerlo de verdad. Es importante para ella. Además, tiene razón. No están haciéndolo por Frank, es por Elsa. Aunque esté muerta, su caso merece un cierre. Mona frunce los labios. Debe admitir que ella también quiere saber qué le pasó a Elsa.

Asiente y se acerca a Hedda. Al abrazar sus hombros mojados, siente la tensión acumulada en los mismos.

—Tienes razón —dice al fin, tirando de ella para meterla bajo el paraguas—. Venga, vamos a ver a Ulla.

76

—Tienes recuerdos muy bonitos —dice Mona, mirando alrededor de la estrecha cocina de Ulla Wagner.

Tiene dibujos en las paredes y una pila de catálogos escolares en la encimera de la cocina, y en el alféizar hay una vasija de barro y una figura hecha con bolas de papel prensado y limpiapipas. Ulla parece haber momificado sus años como directora a través de estos objetos esparcidos por cada rincón de su casa.

—Gracias —asiente Ulla—. Me sigue costando deshacerme de todas las cosas que me han regalado a lo largo de los años.

—Lo entiendo. ¿Vives sola? —pregunta Mona.

—Sí. Nunca me casé.

Hay algo triste en esta mujer que ahora la mira de pie sobre la alfombra de rayas, con el pelo gris alborotado, tocando su collar de cuentas de colores. Dedicó su vida entera a trabajar como directora del colegio Rånnum y, después de retirarse, se quedó sola con sus recuerdos. Mona piensa de repente en su vecino, Gustav Stark, quien también está solo. Tal vez deberían conocerse. Sin duda, podría invitarlos a su casa alguna vez para propiciar ese encuentro. Sí, está decidida a hacerlo. Después de todo, Gustav suele ir a la hora de la cena, así que ¿por qué no invitar a Ulla también?

—Me alegro de verte, Mona —continúa una vez que se han sentado—. Recuerdo a tus hijos, Anton y William. Buenos chicos los dos, pero muy distintos entre sí. William era un poco travieso a veces, pero sin maldad. Y Anton solía estar muy ensimismado.

Mona sonríe y asiente en silencio.

—Y por supuesto que también recuerdo a Elsa, aunque no estuvo en nuestro colegio mucho tiempo. Una niña muy agradable. Y también muy buena estudiante.

—¿Podrías hablarnos del día en el que desapareció?

Ulla pone las manos sobre la mesa. Tiene los dedos torcidos y las articulaciones hinchadas por el reumatismo.

—Nunca lo olvidaré. —Asiente despacio—. Estaba sentada en mi despacho cuando nuestro conserje, Benny, entró para decirme que una de nuestras niñas había sido secuestrada. —Acerca la mano a su collar una vez más y pasa sus dedos torcidos sobre las cuentas rojas, verdes y amarillas—. Al principio, pensé que era una broma de mal gusto de Benny, pero luego me di cuenta de que era cierto y me vi obligada a actuar como directora del colegio. Así que, tras consultar con la

policía, formulamos recomendaciones y precauciones para las familias. —Menea la cabeza—. Había mucho temor entre la gente. El ambiente cambió por completo en Vargön. ¿Te acuerdas?

Sí, lo recuerda bien. En cuanto aparecía un coche desconocido, los vecinos se lanzaban al teléfono y se llamaban unos a otros de acuerdo con los protocolos establecidos. Y, en consecuencia, todo forastero era tratado con recelo, por lo que Vargön se volvió un pueblo xenófobo y aislado. El silencio se apoderó de la comunidad durante ese verano y el otoño siguiente.

—Fue una época terrible —dice Mona—. Pero ¿qué creías que le había sucedido a Elsa?

—Pensé que aparecería, pero pasó el tiempo y no hubo noticias de ella. Mantuvimos vivo su recuerdo en el colegio durante años, pero, a medida que los alumnos y los padres fueron reemplazados por otros, su memoria se desvaneció. En el décimo aniversario de su desaparición, me reuní con su madre y estuvimos hablando de que era necesario darle un cierre —explica—. A menudo pienso en Elsa y en lo que le habrá sucedido. Debe estar muerta, pero me aterra pensar en lo que habrá tenido que pasar antes de eso.

—¿Cómo sabe que está muerta? —le pregunta Hedda.

Ulla se vuelve hacia ella entornando los ojos. Sus ojos se han nublado con la edad, pero aún conservan su agudeza y severidad.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Pero nunca la encontraron.

—No, y nunca la encontrarán. Créeme. Hace ya mucho tiempo que la perdimos y deben haber encontrado la forma de deshacerse de su cuerpo sin dejar rastro.

—Puede ser —dice Mona—. Pero no queremos rendirnos. Tal vez podamos averiguar lo que le pasó.

Ulla menea la cabeza.

—Nada bueno puede salir de ello. A veces, es mejor enterrar el pasado en el olvido.

Hedda resopla y Ulla la mira de nuevo.

—¿No estás de acuerdo?

—No —contesta Hedda—. Es la misma mierda de siempre.

Ulla sonríe con ironía.

—Qué apropiada.

—¿Y Frank? —le pregunta Mona—. ¿También hablaste con él como lo hiciste con Tina?

—Sí, pero yo no diría que fue lo mismo. Tina entendió que lo mejor para ella era seguir adelante, pero Frank nunca fue capaz de superarlo. Lo ha carcomido y le ha arruinado la vida. Creo que le afectó así porque vio cómo se la llevaron, pero no pudo hacer nada para evitarlo. Y, para ser honesta, no creo que estéis ayudándolo

mucho al sacar este tema una vez más.

Mona repasa entonces su último encuentro con Frank: sus ojos brillantes, su barbilla levantada, la saliva alrededor de su boca y sus gritos enfadados, la marca que dejó en la pared después del fuerte puñetazo y el arañazo en la pintura lateral de su coche.

Levanta la mirada hacia Ulla y pregunta:

—¿Alguna vez te ha parecido un hombre agresivo?

77

—Dios me ha encomendado que os guíe en la lucha contra el mal y contra los que quieren destruir nuestro hogar, nuestra Tierra y lo que Dios ha creado.

La mujer se mece mientras habla. Tiene los ojos entrecerrados y gotas de sudor en la parte superior de la frente. Él se queda mirándola en la pantalla y frunce el ceño. ¿Dios le ha encomendado esa misión?

—Todos han sido advertidos, pero no todos han querido escuchar. Algunos se han reído. Algunos se han burlado. Ahora es demasiado tarde, tal y como se predijo en las Sagradas Escrituras, cuando la humanidad no se preocupó de lo que ocurría hasta que llegó el diluvio y los arrastró a todos. Igual que el viento que ahora cruza la Tierra, esparciendo el veneno que el ser humano ha producido.

Dice estas palabras mientras balancea la cabeza, pero de repente la levanta y mira fijamente a la cámara.

—En el Génesis se predice el diluvio universal. E incluso en la antigua religión escandinava se predijeron inundaciones colosales, grandes terremotos y la contaminación de los cielos. La amenaza climática ya no es una amenaza: es real. El diluvio universal está cerca. La Tierra perecerá.

Él no puede evitar fruncir el ceño al oír las palabras «antigua religión escandinava» Pero ¿qué está haciendo? Entonces mira el contador de visitantes y nota que el número sigue aumentando sin parar.

—Solo nosotros, los elegidos, Electi Populi, tenemos un lugar dentro del arca. Solo nosotros sobreviviremos.

Mantiene los brazos extendidos hacia delante y baja la voz.

—Mirad a vuestro alrededor. La oscuridad desciende ya sobre nosotros. Preparaos, pronto os llamaré a mi lado.

La mujer cierra los ojos y se da la vuelta. Y entonces avanza descalza y con pasos lentos hacia la oscuridad del bosque, donde su blanca figura desaparece.

Más de mil seguidores están viendo lo mismo que él. Nunca hubo tantos cuando él estaba delante de la cámara. Llegó a tener, como mucho, treinta y siete. Pero, con ella, el número de jóvenes y maleables seguidores aumenta cada vez más.

Ella ha conseguido este éxito. Al principio no quería prestarse a ello, pero al final acabó haciendo lo que él le decía. Tenía razón: su delicada figura atrae a la gente y su fama se extiende con rapidez. Sus

seguidores se multiplican día a día y su mensaje sobre la Tierra y el medio ambiente está volviéndose viral: el diluvio universal y el fin del mundo se acercan; deben reunirse en la nueva arca, pues solo ellos sobrevivirán.

Se queda mirando el bosque vacío que aparece en la pantalla mientras la preocupación crece en su interior. Sabe que no es a él a quien quieren seguir.

78

Ulla Wagner baja la mirada hacia la mesa y retira poco a poco sus manos doloridas para ponerlas en su regazo.

—Sí. Cuando bebía, a veces se ponía agresivo —explica—. Ya tenía problemas con la bebida en esa época, pero creo que todavía podía controlarse. La mayoría de la gente no lo sabe —se balancea hacia delante y hacia atrás en la silla—, pero Tina me lo contó tiempo después.

—¿Frank la golpeaba? —pregunta Hedda.

—No, que yo sepa.

—¿Y a Elsa?

—No creo. Nunca vi que tuviera moratones ni nada de eso.

—¿Usted misma comprobó si tenía marcas? —pregunta Hedda.

Mientras tanto, Mona piensa que no todas las marcas son visibles, pues hay heridas que quedan en el alma. En realidad, no se sabe lo que Frank pudo haberle hecho.

Ulla inclina la cabeza.

—Por supuesto que no. No tenía motivos para hacerlo.

—Pues a mí me suena que sí los tenía.

—¿Perdón? —dice Ulla, frunciendo el ceño.

—Ah. —Agita una mano como si quisiera ahuyentar el tema—. Olvídelo.

Ulla la mira como si quisiera decir algo, pero luego cambia de opinión y se dirige de nuevo a Mona:

—Ya sabes, ese tipo de mujeres suelen sentirse atraídas por el mismo tipo de hombres.

—¿A qué te refieres?

Ulla se mira las manos en el regazo.

—Me siento como si estuviera cotilleando, pero no es lo que estoy haciendo. Solo quiero que sepáis esto porque tal vez podáis ayudar.

—Ese es el objetivo —asevera Mona, y Ulla asiente.

—No sé si conociste al padre biológico de Elsa.

—No —contesta, enderezándose de manera inconsciente.

—Desapareció muy pronto de sus vidas. Elsa tenía apenas dos años cuando Tina lo dejó. También tenía problemas con el alcohol y era agresivo, pero él sí la golpeaba, a diferencia de Frank. Tina temía por la seguridad de Elsa, así que lo dejó.

—¿Quieres decir que Tina pasó de mal a peor?

—No, no, al contrario, la situación mejoró para ella. Como he

dicho, Frank no la golpeaba hasta donde yo sé. Así que estuvieron bien durante varios años. Frank se controlaba y trabajaba. Luego se mudaron a Vänersnäs. Pero un día fue a verlos.

—¿Quién? —interrumpe Hedda—. ¿El padre de Elsa? ¿Martin Frescati?

—Sí. Apareció allí diciendo que era una persona nueva, que iba a la iglesia y que Dios le había hablado, pero Tina no se creyó nada. Tenía a Frank y muchos recuerdos negativos de Martin —aclara—. La verdad es que Tina y yo llegamos a tener una relación muy estrecha, y traté de apoyarla todo lo que pude. Al principio, se acercó a mí porque se preocupaba de que a Elsa le fuera bien en los estudios, pero después de la tragedia comenzó a confiármelo todo. Hablábamos todo el tiempo.

—¿Y qué quería Martin? ¿Quería recuperar a Tina?

—No, ni siquiera habló de ello. Quería volver a la vida de Elsa. Pero Tina no quería y fue muy firme al respecto. No confiaba en él. Pero él fue muy insistente. También se pasó por el colegio y no me causó buena impresión en absoluto. Casi me pareció que estaba obsesionado. Me repitió una y otra vez que Dios quería que Elsa volviera con él, y que era Dios quien lo había decidido, por lo que no dependía de él o de Tina.

Mona se estremece al escuchar a Ulla y recuerda de inmediato las cosas que decía el hombre que atacó a Kristin veinte años atrás.

—¿Alguna vez le contó esto a la policía? —le pregunta Hedda.

—Por supuesto. Se lo dije al oficial Sören Claesson porque me pareció inquietante que Martin hubiera visitado el pueblo pocos días antes de la desaparición de Elsa y pensé que querría investigarlo.

79

Anton se pasa la mano por el pelo mojado. Ya son dos cadáveres en una semana. ¿Qué está pasando? La humedad ha traspasado la chaqueta y le ha llegado hasta la piel. Tirita mientras mira de soslayo a los técnicos que se mueven en torno al cadáver y luego deja vagar la mirada por los robledales.

Se encuentran en un área que ha estado habitada desde la época vikinga. El ganado pastaba en las tierras arenosas del río mientras las personas hacían nuevos contactos e intercambiaban bienes. La tierra era fácil de cultivar, y había muchos animales para cazar y mucha madera en la montaña. Y justo en esta zona enterraban a sus muertos. Piensa todo esto con la mirada fija en la hierba verde bajo sus pies y se pregunta si tendrá algún significado que hayan encontrado el cadáver en este antiguo cementerio.

Entonces siente la vibración de su móvil en el bolsillo interior. Al sacarlo, ve que es su madre quien llama. Rechaza la llamada con cansancio y luego vuelve a guardar el teléfono y a mirar a su alrededor. ¿Cómo la habrá llevado hasta allí? El maldito bastardo debe haber tenido mucha sangre fría para haber aparcado donde la gente podría haberlo visto al pasar. Se da la vuelta. ¿O habrá cargado con ella a través de los campos? Era una mañana nublada y los campos estaban cubiertos de una niebla tan espesa que podría haberse ocultado en ella sin problemas.

¿O habrá ido ella por su propio pie?

Han buscado, pero no han logrado encontrar ninguna pista en el valle Uggledalen. ¿Qué demonios están tramando?

El móvil vuelve a vibrar y lo saca del bolsillo con aire molesto.

Está claro que su madre no dejará de insistir tras haber visto que rechazaba su llamada. Ahora solo tiene dos opciones: contestar o apagar el teléfono. Elige lo primero. Aún tiene que esperar a My, y es probable que su madre ya se haya enterado y que ahora quiera saber qué ha sucedido exactamente.

—Por fin lo coges —dice ella con voz firme—. Acabamos de hablar con la directora del colegio de Elsa.

Mira hacia la pradera aliviado, pues entiende que su madre aún no sabe nada de esto. Pero, al mismo tiempo, se pregunta si podrá soportar seguir escuchando más sobre Elsa y Frank. Ahora mismo tiene un cadáver delante que exige toda su atención.

—¿Sabías que Martin, el padre biológico de Elsa, estuvo en

Vänersborg unos días antes de que ella desapareciera?

—No, no lo sabía —responde él con voz cansada, mirando la pradera verde en la que la niebla ha desaparecido durante el curso de la mañana—. Como sabes, yo nunca he trabajado en ese caso. No trabajo en casos sin resolver. Además… —se frota la frente—, ahora mismo no es una prioridad para mí.

—No, pero Sören Claesson lo sabía todo —continúa como si no lo hubiera escuchado—. Ulla le dijo que Martin había estado allí, pero no le hizo caso. No hay ni una maldita palabra al respecto en la investigación policial.

—Pero no es extraño que apareciera por allí, ¿o sí? Era su hija después de todo.

—Sí, una hija con la que nunca había querido tener nada que ver. Y, de repente, años después, la quería de vuelta. ¿Por qué? Esa es la pregunta.

—Puede haber muchas razones.

—¿Como cuáles?

—No lo sé, mamá —suspira cansado. La piedra en la que está sentado es tan dura que empieza a dolerle el trasero y cambia de posición—. Tal vez no quería que su hija estuviera cerca de Frank, ¿no? Quizá no estaba pasándolo tan bien allí con él.

Al oírlo, se da cuenta de que Anton podría tener razón. Tal vez Sören sepa algo de Frank que nadie más sabe, lo cual podría explicar por qué ha centrado su atención en él.

—También he estado pensando en otra cosa —continúa sin contestarle—. ¿Recuerdas que Kristin me dijo que creía que su agresor tenía un cómplice?

—Sí. —Mira de soslayo el cuerpo que permanece en el mismo lugar donde lo encontró la tía de Bodil. Pobre Kristin. Vivió con miedo a los hombres durante veinte años. Y, al final, tenía razón. La ha encontrado para matarla. Frunce el ceño. Pero ¿por qué? ¿Y por qué ahora? ¿Se habrán encontrado por azar? ¿El hombre temía que Kristin lo reconociera? ¿O, simplemente, quería terminar lo que había empezado? Suponiendo que sea el mismo hombre.

—¡Hola! ¡Anton!

La voz de su madre lo saca de sus pensamientos.

—¿Sí?

—¿Qué estás haciendo?

—Estaba… —Menea la cabeza pensando que debería decírselo.

—¿Has oído lo que acabo de decir?

—No.

—Sobre lo que dijo Kristin, que parecía haber un cómplice. La directora del colegio de Elsa nos dijo que Martin se expresaba de la misma manera.

—¿Cómo?

—Que alguien le había dicho que Elsa debía vivir con él. Que solo estaba cumpliendo su voluntad.

—No entiendo a qué te refieres.

Se gira para mirar a los técnicos forenses que se mueven alrededor del cadáver. My se ha levantado. ¿Significa que ya están terminando?

—Cuando Martin mencionó eso, estaba hablando de Dios. ¿No habrá sido lo mismo con el violador de Kristin? Es decir, que no estaba hablando de un cómplice en realidad, sino de Dios.

Anton se queda callado. De repente, se da cuenta de que tal vez no se trate solamente de Elsa. Vuelve a mirar hacia el cadáver de Kristin. No puede decírselo a su madre. Aún no han difundido ninguna información y le preocupa cómo la recibirá. Pero no es correcto darle la noticia de esa manera. Se sentirá responsable.

O tal vez él debería sentirse responsable. Consideró la posibilidad de que Kristin pudiera estar en peligro, pero no hizo nada.

—Tengo algo más que contarte —continúa Mona—. He estado hablando con el pastor Gabriel de la Iglesia de Vineyard, ya que él conoce a Martin desde hace muchos años. Estaban en el mismo grupo cristiano, pero el grupo tuvo que disolverse porque Martin no podía mantener las manos quietas. Acosaba a las chicas y decía cosas inapropiadas a las niñas. —Se calla un momento—. Espero que solo fueran palabras y que no les hiciera nada más. En cualquier caso, el grupo se disolvió y todos se mudaron a otros sitios. Gabriel y su mujer, Mia, se mudaron a Helsingborg, y Martin se fue a vivir a Jönköping. El tal Martin no parece ser una persona muy agradable. Incluso la mujer de Gabriel sospechaba que tenía algo que ver con el secuestro de Elsa.

«Martin se fue a vivir a Jönköping», repite Anton en su cabeza. Entonces establece una conexión y la expone en voz alta, aunque no debería:

—Agnes estuvo en un campamento cristiano en Jönköping… ¿Crees que se conocieron allí? Me refiero a Martin y Agnes.

80

—¡Ahí está! —grita Bodil, y Anton frena de inmediato. La niebla es tan espesa que apenas puede ver la siguiente curva antes de llegar a ella. Gira para entrar en el camino que lleva hasta la casita roja y pronto ve a Sören Claesson sentado en los escalones de la entrada. Entonces se levanta con rigidez y da unos pasos hacia el coche. Su cuerpo enjuto parece tambalearse cuando se sube la capucha del impermeable para protegerse de la humedad.

—¡Hola, Sören! —dice Anton al salir del coche. La lluvia ha enfriado el aire, pero es fresco y limpio y huele a hierba.

—¡Anton! —Mira a Bodil y la saluda con un gesto de la cabeza, y luego vuelve a mirar a Anton—. ¿A qué debo el honor?

—Necesitamos hablar contigo.

Sören sonríe con ironía.

—Ya veo, ¿es mamá Mona quien te ha enviado?

Anton se queda mirándolo. No piensa soportar otro comentario sobre su madre. Cierra la puerta del coche con un portazo un poco más fuerte de lo esperado y da un paso hacia Sören.

—Hay otra mujer asesinada —dice con severidad—. Con el mismo *modus operandi* que en el caso de Agnes.

Sören asiente y un brillo surge en sus ojos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—La misma pregunta nos hacemos nosotros —interviene Bodil, acercándose a él con una zancada—. Me parece que te has involucrado tú mismo al ir a casa de los padres de Agnes.

Sören abre la boca, pero la cierra de inmediato. Entonces baja la mirada y raspa la grava con su bota lustrada.

—Las cosas estarían mejor si no hubieras interferido. Nos has creado algunos problemas —dice Anton.

Él levanta la vista y pregunta:

—¿Para eso habéis venido? ¿Para decírmelo?

—No. Necesitamos hablar contigo sobre Martin Frescati.

—¿Frescati? —repite, mirándolos con sorpresa.

—Cuando secuestraron a Elsa hace dieciocho años, descartaste a Martin casi de inmediato. ¿Por qué?

Mira a Anton y Bodil de manera alterna.

—¿Elsa? —dice al fin—. Pero ¿qué tiene que ver un caso tan viejo con todo esto?

—Aún no lo sabemos con certeza, pero existe la posibilidad de que

los dos casos estén relacionados. Así que te agradeceríamos si pudieras decirnos por qué lo descartaste tan pronto.

Sören retrocede un paso y se ciñe más el impermeable.

—Ya veo, ¿así que ahora no os parece que esté interfiriendo?

—Por favor, contesta. —Anton deja escapar un suspiro—. No tenemos tiempo para orgullos heridos en este momento. Tenemos prisa. ¿De acuerdo?

Sören asiente.

—Descarté a Frescati porque no era él quien lo había hecho.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de eso?

—Pues porque no tenía ningún motivo, así de simple. —Gesticula con las manos.

—¿No tenía ningún motivo? —repite Bodil, y después escupe un arco de saliva que cae al lado del camino de grava—. Yo diría todo lo contrario. Si alguien tenía un motivo, era él. Además, según tengo entendido, insistía en que quería recuperar la relación con su hija.

—Sí, claro. Por supuesto que quería. Pero nunca la habría secuestrado.

Anton lo observa en silencio. ¿Era posible que Sören se hubiera obsesionado tanto con Frank que, simplemente, descartó a todos los demás sospechosos? Le cuesta creerlo, ya que es conocido por ser un policía minucioso que siempre intenta llegar al fondo de todo.

Es una pena que se lo recuerde como el detective que no consiguió resolver el caso de Elsa. Debe ser duro cargar con eso. Pero Antón presiente que hay una conexión entre lo que está ocurriendo ahora y lo que le pasó a Elsa. Es solo cuestión de encontrarla.

—Hace veinte años, una mujer fue secuestrada, violada y casi asesinada una noche de agosto. La encontraron en Västra Tunhem después de que el perpetrador la dejase allí tirada creyendo que estaba muerta. Nunca denunció el incidente, ya que no se sentía capaz de afrontar ese doloroso proceso. Tuvo suerte de sobrevivir. Pero su suerte se ha terminado. La han encontrado muerta esta mañana, muy cerca de donde la encontraron la primera vez. —Se estremece al recordar el cuerpo de Kristin en el antiguo cementerio—. Como sabes, hace siete días Agnes Jakobsson fue secuestrada y tres días más tarde encontraron su cuerpo en el monte Halleberg. Tenemos muchos indicios de que estos dos casos están conectados. Y también con el caso de Elsa. Ahora, necesitamos que nos digas qué sabes sobre Martin Frescati.

Sören palidece al escucharlo.

—¿Violada? —Sören retrocede un paso y se queda pensativo, con la mirada perdida. Después se yergue y mira a Anton y a Bodil—. Tengo entendido que Martin fue acusado de agresión y de violación hace muchos años, pero después encontró a Dios y nunca volvió a

oírse nada de eso. Entonces, ¿vosotros creéis que él está detrás de los dos asesinatos… —hace una breve pausa y mira a Anton a los ojos— y el de Elsa?

81

Hedda irrumpe en la cocina con su teléfono móvil delante.

—¿Has visto?

—¿El qué? —pregunta Mona sin levantar la vista de los ojos marrones de Coco, pues está intentando enseñarle a sentarse y sabe que hará casi cualquier cosa por un trocito de hígado.

—Han encontrado otro cadáver. Esta vez en los robledales de Rånnum.

—¿Qué? —contesta, sintiendo los afilados dientes de Coco en sus dedos mientras esta le roba el trozo de comida para perro de la mano. Se da la vuelta—. ¿Han dicho quién es?

—No, solo dicen que es una mujer de mediana edad que vivía en Vänersborg. —Se calla mientras sigue leyendo en el móvil—. Y establecen una conexión con el caso de Agnes.

Mona se queda mirándola. El corazón le late tan fuerte que se lleva una mano al pecho.

—¿Cuál es la conexión? ¿Creen que es el mismo asesino?

—Eso parece —asiente Hedda.

Mona coge su teléfono móvil de la encimera de la cocina, abre los favoritos y marca el número de Anton.

—Voy a llamar a Anton —dice mientras oye los tonos largos y pausados de la llamada—. No contesta —explica, mirando a Hedda.

—Debe estar ocupado, ¿no?

Mona asiente mientras mira la lista de llamadas recientes. Una de ellas está en rojo. Es la llamada perdida de Kristin. Tenía previsto devolverle la llamada de inmediato, pero entonces sucedió lo de Frank y luego estaba demasiado enfadada por lo que hizo. Cuando finalmente la llamó, Kristin no contestó. Y después de eso fueron a casa de Ulla Wagner.

Intenta llamar una vez más, pero el contestador automático del móvil se activa de inmediato. Al abrir sus mensajes de texto, lee el mensaje de Kristin: «Está aquí». Ahora se da cuenta de que no era ningún error de escritura. Lo que Kristin quería decirle era que el perpetrador estaba allí con ella. Y no le respondió.

Se sienta despacio, apretando el teléfono en su mano. Una vez más, ha defraudado a Kristin.

—¿Qué pasa? —pregunta Hedda, acercándose a ella.

Mona le acerca el móvil.

—Kristin intentó comunicarse conmigo anoche, pero no le

contesté.

Hedda mira la pantalla y, luego, a Mona.

—¿Tú crees que es ella la que ha aparecido muerta?

—Sí —responde Mona—, estoy segura de que es ella. El asesino estaba allí con ella, me llamó y no contesté porque había puesto el maldito teléfono en *no molestar* porque quería dormir.

Hedda la observa en silencio. Después se sienta a su lado y se quedan así durante un rato. Mona está desolada. La pequeña y asustadiza Kristin. Al final, sucedió lo que ella tanto temía.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunta Hedda.

—¿Qué podemos hacer? —Gesticula con las manos—. Anton no responde y él es el único que puede confirmarnos que es ella. —Aprieta las mandíbulas.

Está enfadada consigo misma por no haber podido convencer a Kristin hace veinte años, pero está aún más enfadada con ese hombre que se cree con el derecho de violar y matar. «Escoria inmunda —piensa, cerrando ambas manos y apretándolas—. Voy a atraparte. Esto tiene que terminar. Ni una más».

Se vuelve hacia Hedda.

—Vamos a atrapar al hijo de puta que ha hecho esto.

Al oírla, Hedda se echa hacia atrás.

—¡Vaya! —exclama con los ojos muy abiertos—. Ahora sí que estás muy cabreada. Pero estoy contigo. Solo dime qué tenemos que hacer.

—Sigo pensando en lo que Kristin nos dijo. Que el violador se refería a Dios o a algún dios cuando hablaba de una tercera persona.

—Vale —asiente—. ¿Y qué crees?

—No lo sé. Estoy intentando encontrarle algún sentido. Estaba drogado y hablaba de vino, árboles y flores. Fue entonces cuando Kristin se dio cuenta de que se trataba del dios del vino.

Hedda saca su ordenador y empieza a escribir.

—Y les ata las manos con una ramita de roble y las asfixia con una bolsa de plástico. ¿Qué quiere decir todo eso?

Mona menea la cabeza mientras oye el sonido de las teclas que presiona Hedda.

—Vino, árboles y flores —repite—. Y Dios.

Se lleva las manos a la cabeza y cierra los ojos. Sabe que debe haber algo allí.

—Mira esto —le dice Hedda de repente, girando el ordenador hacia ella—. No es nada de robles ni bolsas de plástico, pero…

Mona abre los ojos y entonces lee lo que Hedda le muestra en la pantalla: «Yo soy la vid y vosotros, los sarmientos».

82

Recorren el paisaje gris en silencio. El asfalto está oscuro tras el paso de la lluvia y los limpiaparabrisas producen un sonido sordo cada vez que bajan. Vuelven a pasar por el garaje de autobuses, los restos de coches oxidados y la casa de ladrillo rojo, y después entran en el patio del edificio blanco. Los coches están en el mismo sitio que la vez anterior y la hierba sigue sin cortar, pero aplastada bajo el peso de la humedad.

De repente, Gabriel aparece en las escaleras, haciéndoles señas con la mano.

—¡Entrad, entrad para que no os mojéis!

Ellas corren hacia él a través del sucio patio de grava y entran en la sala polvorienta. La rabia de Mona se ha calmado un poco, pero no ha desaparecido por completo. Escucha el tictac del reloj de pared y mira a Hedda, quien saca su teléfono móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Hemos encontrado esto y nos preguntábamos si usted puede ayudarnos a entender lo que significa. —Le muestra la página web que dice: «Yo soy la vid y vosotros, los sarmientos», y luego mira al pastor —. Por lo visto, tiene algo que ver con Vineyard.

—Así es. —Gabriel asiente lentamente—. Viene del Evangelio de Juan. Jesús dice estas palabras una vez que se ha celebrado la Última Cena y está a punto de ir al huerto de Getsemaní, donde ha de comenzar su Pasión. Es un poco complejo, pero, en pocas palabras, Jesús intenta explicarnos qué significa ser unos de sus discípulos. De allí sacamos también el nombre para nuestra iglesia. Pero el Evangelio de Juan no es nuestro en exclusiva, sino que ha sido interpretado por todas las iglesias cristianas —explica, mirando a Hedda y, luego, a Mona—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Es algo que ha surgido en la investigación. —Mona hace una pausa—. Tengo que hacerle una pregunta un poco extraña y preferiría que no hablase de esto con nadie más. Ya debe haber oído hablar de las muertes que se han producido recientemente. Una en el monte Halleberg y otra en los robledales de Rånnum. —Frunce el ceño. Sabe que Anton se enfadará cuando se entere de que ha compartido esta información, pero no le importa—. Creemos que, de alguna manera, están conectadas con Dios, la Biblia o incluso con Vineyard.

—¿Vineyard? —Niega con la cabeza y da un paso atrás—. ¿En qué sentido?

Una expresión de alarma aparece en su rostro. Pobre Gabriel. Su amada iglesia.

—Sí —contesta con cautela—. Creemos que… —Se calla al ver que se abre la puerta.

Dos niñas entran corriendo de repente, pero se detienen al ver a Mona y a Hedda y se quedan mirándolas con los ojos muy abiertos.

—Hola, soy Mona y ella es Hedda. —Señala a su acompañante y luego les tiende la mano.

Las niñas miran a Mona y después a Gabriel, quien asiente. Se acercan a ella y le dan la mano, presentándose como Stella y Star. El enorme parecido entre ellas le hace suponer que son hermanas. Se vuelve hacia Gabriel con aire inquisitivo.

—Son mis hijas —dice él con una sonrisa.

—Ah, ¿sí? No sabía que tenía hijas. —Las dos niñas tienen los mismos ojos grises que él, pero son mucho más pálidas. Tienen el pelo rubio y se ven bastante despeinadas, y la más pequeña tiene una trenza que parece llevar desde hace días. Se ven muy tímidas y Mona tiene la impresión de que no están acostumbradas a tratar con extraños.

Las niñas siguen mirándolas con grandes ojos. Mona se limita a sonreírles y decide esperar a que salgan de la habitación antes de hacer más preguntas sobre Vineyard. La más pequeña se arriesga a devolverle una tímida sonrisa y tira de su jersey, que parece ser al menos dos tallas más pequeño de lo que debería ser.

La ropa que llevan está terriblemente pasada de moda. Mira a Gabriel de soslayo preguntándose si ella, que nunca ha tenido niñas, podría llevárselas de compras.

—Qué lazo más bonito tienes —le dice a la pequeña en un intento de romper el hielo. Luego acerca su mano a la descuidada trenza y el rostro de la niña se ilumina.

—Me lo ha hecho nuestra hermana mayor —responde con voz clara y alegre.

Mona le devuelve la sonrisa.

—¿Vuestra hermana mayor? —Eso quiere decir que tiene otra hija. Está a punto de preguntárselo cuando ve que la niña se pone rígida y se vuelve hacia él.

—Bueno, no, quiero decir… —Se calla y da un paso atrás mientras su rostro se tensa.

Mona la mira sorprendida y se da cuenta de que la niña está asustada.

83

Algo está fallando en el sistema de ventilación. El aire de la sala de conferencias de la comisaría de Trollhättan se percibe estancado y sofocante. Anton se acerca a la ventana para dejar que entre aire fresco. Hay una profunda preocupación en el rostro de Petra Tallberg mientras mira su teléfono móvil. Entonces lo deja en la mesa con la pantalla hacia arriba.

—Hemos pedido a los colegas de Jönköping que detengan a Martin Frescati —dice Anton, sentándose—. Bodil debe estar a punto de llegar. Una vez que esté aquí, iremos de inmediato a hablar con él.

Petra asiente.

—¿Estamos seguros de que él es el perpetrador?

—Muy seguros. El hombre ha… —Bodil entra por la puerta y se detiene.

—Anton tenía razón. Acaban de confirmarnos que Frescati fue uno de los oradores en el campamento cristiano de Jönköping este verano. —Se sienta a su lado—. Debió conocer a Agnes en ese campamento.

Anton se vuelve hacia Petra.

—Entonces, ahora estamos más seguros. Hay otra conexión.

—Bien —responde Petra, y frunce los labios—. Aunque lo mejor hubiera sido traerlo de inmediato —dice, y luego se dirige a Bellini—. ¿Y cómo ha ido lo de la foto?

—Bueno, esa chica sigue siendo un enigma. No hemos podido localizarla.

—¿Todavía no?

—No. —Se rasca la cabeza—. Hay muchas personas que la vieron en el campamento y hablaron con ella. En general, la han descrito como una persona amable y considerada, pero, cuando hemos intentado profundizar un poco más, ha sido difícil conseguir algún detalle personal que nos ayude a encontrarla. Todo el mundo la conoce, pero nadie sabe más de ella.

Petra se queda mirándolo.

—¿Crees que pueda ser la asesina?

—Sí —contesta con cierta inseguridad, rascándose la oreja—. Supongo que sí. Y con lo que sabemos ahora… —asiente hacia Anton y Bodil—. Puede ser que esa chica trabaje en equipo con Martin, ¿no?

—Contamos con que la policía de Jönköping lo detenga en cualquier momento. —Anton se mete la uña del pulgar en la boca y comienza a mordérsela. Lleva muchos años sin hacerlo, pero se siente

invadido por la ansiedad y la expectación. Aún no entiende cómo están conectados los dos casos, pero sabe que falta una pieza. Con ella podrían resolver no solo los asesinatos de Agnes y Kristin, sino también el caso de Elsa después de tantos años.

—Joder —dice Bodil—. Si Sören hubiera sido un poco más consciente de lo que pasaba, estas dos personas seguirían vivas.

Anton se levanta. Si ellos hubieran estado un poco más atentos, Kristin seguiría con vida. Y ahora tiene que llamar a su madre y decirle que está muerta. Se sentirá destrozada cuando se entere. Tal vez sea mejor llamar a Hedda para que ella se lo diga.

Anton se dirige hacia la puerta, pero se detiene cuando escucha el tono de llamada de Bodil: *Highway to Hell*.

—¡Hola! —saluda Bodil, y luego escucha en silencio—. Espera. Voy a ponerte en el altavoz. —Pulsa la pantalla de su móvil y lo pone sobre la mesa—. Ivar —dice en voz alta—, todos pueden escucharte ahora.

—Vale. Soy Ivar Jönsson, de la policía de Jönköping. Solo quiero informar de que no hemos podido arrestar a Martin.

Anton siente que se le revuelve el estómago y da un paso para acercarse más a la mesa.

—¿Por qué? —le pregunta.

—Se encuentra fuera de la ciudad. Para una conferencia. —Ivar tose después de decir esto—. De hecho, está en Vänersborg. Así que lo tenéis al alcance de vuestras manos, ¿no?

84

Hay algo inquietante en los ojos de la niña. Tiene la mirada fija en Gabriel y sigue cada uno de sus movimientos. Mona dirige la mirada a la mayor y luego se vuelve hacia Gabriel.

—¿Qué está pasando? —le pregunta al escuchar un sonido extraño. Se gira hacia la ventana para ver si es la lluvia, pero el sonido no proviene de allí, sino de la pequeña. Entonces mira hacia abajo y nota que hay una mancha húmeda que comienza a crecer alrededor de los pies de la niña.

La niña se queda allí de pie, orinándose, sin hacer el menor intento de moverse. ¿No se da cuenta? ¿Le pasa algo?

Ahora ve que la hermana se acerca y se pone delante de ella para luego extender los brazos casi como un escudo.

—¿Qué está pasando? —pregunta Mona de nuevo, mirando a Gabriel.

La niña empieza a llorar con un sollozo bajo y casi silencioso, y su hermana la rodea con el brazo y trata de calmarla. Como no se detiene, le pone torpemente la mano en la boca para que se calle, pero no lo consigue. La niña sigue llorando angustiada y Mona se acerca a consolarla. ¿Será que tiene miedo de Gabriel? Pero ¿por qué?

Mona se detiene y dirige la mirada hacia Gabriel, y este la mira con una sonrisa. Pero esta vez la sonrisa no llega a los ojos, que ahora parecen tan fríos y grises como el agua de un río en un día de invierno.

Aparta la mirada de Gabriel para fijarla en una puerta que se abre detrás de él. Una joven entra en la sala y se acerca a la llorosa Star sin decir nada ni mirar a ninguno de los dos.

Mona menea la cabeza, aún sin entender qué está sucediendo. Se vuelve hacia Hedda, quien también mira fijamente a la joven, y parece estar a punto de decir algo cuando Gabriel coge a la joven y tira de ella hacia él. La joven suelta un grito, ya sea de sorpresa o de dolor, y acaba atrapada en un fuerte apretón.

Hedda hace un intento de moverse, pero se detiene. Mona se da cuenta muy pronto de que esto se debe a que Gabriel sostiene un cuchillo contra la garganta de la mujer.

La niña que estaba llorando empieza a gritar y Mona se queda perpleja, sin saber qué hacer. Enseguida ve que la hermana mayor ha provocado que el lazo se vaya deshaciendo poco a poco en el pelo de Star, al mantener el brazo sobre ella, y este cae en el charco de orina

que se ha formado en el suelo.

85

El cuchillo tiene un mango negro y una hoja corta, y Gabriel lo mantiene presionado con fuerza contra el cuello de la mujer. A pesar de la dramática situación, la víctima tiene la mirada ausente y parece muy tranquila. Debería estar tensa o pidiendo ayuda con la mirada. Pero no hace nada de eso, sino que se queda ahí, como si estuviera resignada a su destino.

Mientras Gabriel mantiene a la mujer sometida, dice:

—Primero la mataré a ella y luego me mataré yo si no nos dejáis ir.

Parece decirlo en serio. No queda nada de su cálida sonrisa ni de la conversación sobre el amor y la gracia de Dios. Ahora ofrece solo la cruda brutalidad de su amenaza: solo hay un camino.

—Lo hará —interviene la mujer, sin inmutarse, para reforzar la amenaza de Gabriel.

Mona mira el lazo que está en el suelo. Es de color rosa con puntos blancos, y en el centro tiene una cuenta de color verde que mantiene las cintas unidas. Frunce el ceño, pues lo ha reconocido. Ahora recuerda dónde lo ha visto antes. La última vez que lo vio fue en el pelo de otra niña rubia: Elsa Gunnarsson.

—¿Elsa? —susurra Mona, con los ojos clavados en la mujer de pelo oscuro que ahora tiene un cuchillo sobre la garganta.

La mujer no responde ni se mueve después de oír este nombre. Simplemente se queda mirando a Mona, y esta vacila. Debe haberse equivocado. Se ha dejado llevar por sus emociones. No puede ser Elsa. No puede haber estado aquí todos estos años. Además, tiene el pelo oscuro.

Entonces se recuerda a sí misma que teñirse el pelo y ponerse unas lentillas oscuras es lo más fácil del mundo. Basta con añadir dieciocho años y bien podría ser ella.

—¡Tú! —dice Gabriel con brusquedad, interrumpiendo de esa forma los pensamientos de Mona. Hace un movimiento de cabeza hacia Hedda—. Por allí.

Hedda duda, pero después hace lo que le dice. Mona se encuentra con su mirada y entiende que no quiere arriesgar nada por el bien de las niñas y de Elsa. Sin embargo, sabe bien de lo que es capaz Hedda en cuanto tenga la oportunidad.

Hacen lo que él dice y salen de la habitación. Las niñas se van primero y parecen saber a dónde se dirigen. Las siguen Hedda, Mona,

la joven mujer que podría ser Elsa y, por último, Gabriel. Continúan por el oscuro vestíbulo sin pronunciar una palabra y se detienen al llegar al final del mismo.

—Entrad allí —les ordena.

Mona se vuelve hacia Gabriel, visiblemente confundida. Están de pie frente a una estantería. ¿Qué quiere que hagan?

—¡Stella! —grita él, y la niña mayor se acerca corriendo y mueve un gancho oculto. Luego empuja la estantería hacia abajo, y esta se desplaza casi sin hacer ruido y con sorprendente facilidad, dejando una puerta al descubierto. La abre y detrás de ella aparece una habitación.

Mona respira con fuerza. Gabriel tiene una maldita habitación secreta. De inmediato mira a su alrededor para ver si hay algo que pueda usar. No pueden entrar ahí. Si lo hacen, no volverán a salir. Pero no tiene suficiente tiempo para pensar en algún plan antes de recibir un fuerte empujón por la espalda que por poco la hace caer encima de Hedda. Enseguida, la puerta se cierra de golpe y todo queda en silencio.

86

Las altas ventanas panorámicas del edificio con techo arqueado de la Arena Vänersborg iluminan la noche. Hay varias personas en el espacio abierto frente a la entrada del edificio. Algunos se dirigen al aparcamiento y otros están de pie hablando en grupos. Cuando Anton y Bodil acceden por la entrada B, el enorme cartel que está justo dentro de la puerta se balancea un poco con la brisa. Pasan por delante de un grupo de personas y se detienen frente a otro cartel en el que pueden verse las fotos de los cuatro oradores principales. Martin Frescati es uno de ellos.

—Aquí está —dice Bodil, señalando el letrero.

Anton asiente y mira la imagen con atención. Martin tiene una apariencia atractiva. Parece agradable y duro a la vez, pero son sus brillantes ojos azules los que capturan la atención por encima de todo. Mira a los otros tres oradores y luego vuelve a Martin, ya que él es el objeto de su atención y el motivo de su visita.

—Vamos —lo apremia Bodil, y continúan hacia la arena.

Hay muy poca luz y la pared del fondo está cubierta con una tela de color azul oscuro con una enorme cruz iluminada en el centro. En el escenario hay varios jóvenes que cantan y tocan música, y frente a ellos hay un mar de gente bailando.

—¡Hola! —grita Anton para hacerse oír entre el ruido, y detiene a un hombre que pasa por allí.

El hombre mira hacia arriba con una amplia sonrisa y asiente.

—Buscamos a Martin Frescati. ¿Sabes dónde está?

El hombre se inclina hacia Anton con la sonrisa aún en el rostro.

—¡No, lo siento! —contesta casi gritando—. Ya ha terminado su conferencia. Ha sido muy interesante, debo decir. Pero podéis ir a preguntar al pastor Johannes. Está cerca de la entrada. Tal vez él pueda daros más información. Conoce a todos los oradores.

Anton le agradece al hombre su ayuda y se dirigen de vuelta a la entrada, donde hay menos ruido, aunque todavía pueden oírse los bajos retumbando en el interior de la sala.

Se detienen y miran a su alrededor.

—¿Puedo ayudaros? —les pregunta un hombre que aparece de pronto delante de ellos.

—Sí —contesta Anton—. Buscamos al pastor Johannes.

El hombre sonríe ampliamente y le tiende la mano.

—Soy yo. Johannes Duncan, pastor de la Iglesia pentecostal de

Vänersborg.

—Somos de la policía. —Anton le da la mano.

—¿La policía? —responde con una nueva sonrisa—. Todos sois bienvenidos a nuestra conferencia.

—Necesitamos hablar con Martin Frescati.

La sonrisa del pastor se desvanece al instante, y observa a Anton y a Bodil.

—¿Por qué?

—Lo siento, pero no podemos decírselo.

—Martin ya se ha ido.

—¿Sabe dónde está?

—No —niega con la cabeza—, se fue hace un rato.

—¿Y no sabe a dónde?

—No. Se marchó deprisa y no tuve oportunidad de hablar con él. —Su mirada vaga entre Anton y Bodil—. Pero ¿de qué se trata?

—Le repito que no podemos decírselo. —Anton saca el móvil y se da la vuelta. Tiene que llamar a Petra. Tienen que desplegar una operación de vigilancia en todas las salidas de Vänersborg lo más pronto posible.

—¿Este evento se ha organizado más veces? —Oye que Bodil pregunta al pastor mientras espera a que Petra conteste.

—Sí, este es el séptimo año consecutivo —responde—. Estamos muy orgullosos de ser anfitriones este año. Me parece estupendo que podamos utilizar esta arena para algo más que partidos de bandy.

—¿Y quién ha organizado el congreso?

—La Iglesia pentecostal de Vänersborg y la Iglesia Salem de Vargön.

—¿Y quiénes han venido?

—Personas creyentes de la mayoría de las iglesias de Suecia.

—¿Y Frescati? —Bodil señala hacia el cartel y Anton se esfuerza por escuchar la respuesta—. ¿Qué papel juega él en todo esto?

Johannes vuelve a sonreír.

—Siempre tenemos ponentes invitados y Martin es uno de los más populares. Es un hombre progresista y, en nuestra opinión, muy inspirador. Durante los tres días que dura la conferencia, los asistentes pueden elegir entre una treintena de seminarios sobre distintos temas que van desde la integración y el matrimonio hasta la familia y el liderazgo. El seminario de Martin ha sido uno de los más concurridos.

—¿Y de qué ha tratado? —Oye a Bodil preguntar mientras espera la confirmación de Petra de que han empezado a organizar la vigilancia en las autopistas.

—Nos ha hablado de la importancia de la vida sostenible. De que tenemos que cuidar de nosotros mismos y de nuestras familias, y sobre todo de la tierra y del medio ambiente. Es una pena que se haya ido

tan pronto. Me habría gustado darle las gracias.

87

Mona se acerca deprisa a la puerta cerrada. No hay ninguna manija. Pasa las manos por la superficie de la puerta y, al no encontrar nada, empieza a golpearla con los puños cerrados. Hedda se acerca a ella y las dos gritan y golpean la puerta con desesperación hasta que el escozor en las manos las obliga a parar. Entonces Hedda retrocede un paso.

Mona vuelve a golpear la puerta, pero después se gira y ve que Hedda ha sacado el móvil de su bolsillo y se lo muestra con una sonrisa.

—No ha pensado en esto.

Mona deja de golpear, baja despacio sus manos palpitantes y le devuelve la sonrisa. Qué estúpido ha sido Gabriel. Debería haber considerado que Hedda llevaba su teléfono, mientras que Mona ha dejado el suyo dentro de su bolso en la habitación. Vuelve a mirar hacia la puerta. Cuando salgan de ahí, el pastor tendrá que explicar qué demonios está haciendo.

—Llama a Anton —le dice, y se sienta en la cama, que es el único mueble en la habitación.

Hedda asiente y pulsa el número en la pantalla. Se queda de pie mientras espera la señal. Entonces empieza a mover el teléfono en círculos y luego hacia arriba y hacia abajo. Después se mueve por la habitación y, finalmente, se detiene y exclama:

—¡Mierda! No hay cobertura.

Sigue moviéndose con el teléfono delante y Mona comienza a perder la esperanza. Gabriel no ha cometido ningún error. Ha dejado que se quedara con el móvil porque sabía que no le serviría de nada. No pueden comunicarse con el mundo exterior.

Mira a su alrededor preguntándose cuál es el propósito de esa habitación secreta.

No es muy grande. Debe medir dos por tres metros. No tiene ventanas, y el suelo y las paredes están pintados de blanco. La cama en la que se sienta está junto a una pared y en la esquina de enfrente hay un cubo rojo. En la pared cuelga un traje blanco similar al que usan los forenses. Hay una Biblia sobre la almohada y una cruz de madera negra que cuelga sobre el cabecero.

—Maldita sea —dice Hedda, tirándose a su lado en la cama.

—Sí. —Mona mira el cubo y se pregunta si está allí para hacer las veces de retrete. ¿Quién lo habrá utilizado antes?

Vuelve a recorrer la habitación con la mirada y luego se vuelve hacia Hedda.

—Esto no ha terminado como esperábamos —dice, meneando la cabeza—. ¿Crees que es Elsa?

—No lo sé… Qué jodido sería que fuera ella. Pero también me pareció un rostro conocido. ¿Y quiénes son esas niñas? ¿También habrán sido secuestradas?

—No. —Niega con la cabeza—. Yo creo que es verdad que son sus hijas. Se parecían bastante a él, ¿no?

—Sí, puede ser —asiente—. Pero, si fuera Elsa, ¿quiere decir que ha estado viviendo con Gabriel todos estos años? ¿Por qué no se ha ido de aquí?

—No entiendo nada —responde Mona, meneando la cabeza otra vez—. No parecía una prisionera cuando entró en la habitación.

Después se quedan en silencio y Mona vuelve a mirar hacia la puerta. Una sensación de incredulidad se apodera de ella y se imagina que la puerta se abrirá en cualquier momento y Gabriel estará allí para decirles que todo ha sido una broma pesada. Pero no pasa nada. La puerta permanece cerrada y la habitación está tan silenciosa como una tumba.

—¿Y qué demonios vamos a hacer? —pregunta Hedda al fin.

Mona menea la cabeza y dice:

—No hay mucho que podamos hacer ahora. Solo nos queda esperar y ver qué pasa.

Hedda se levanta y se acerca a la cruz de madera que está sobre el cabecero. Acerca la mano y pasa el dedo sobre ella.

—¿Qué pasa? —le pregunta Mona.

—Ya he visto esto antes.

88

Hedda se queda mirando la cruz negra que cuelga de la pared. El dibujo tallado en la madera negra es el mismo que vio en la sugerente página web de Electi Populi. Parece el contorno de media hoja de roble. Es entonces cuando conecta todo y se vuelve hacia Mona.

—Esto es una locura. —Se guarda el móvil en el bolsillo trasero y da un paso hacia ella—. Mientras desayunaba esta mañana, he encontrado la página de un grupo religioso que se hace llamar Electi Populi. Había una predicadora joven en medio de un bosque oscuro, y el vídeo tenía muchos efectos, como sombras y niebla. La chica hablaba de Dios, de un arca y del medio ambiente, ¿y sabes quién era?

—No. —Mona niega con la cabeza.

—Era Elsa.

—¿Elsa? —responde, frunciendo el ceño—. ¿La que está aquí?

—Sí. Al principio, creí haber reconocido a la pequeña Elsa de once años. Pero no, esa cara es la misma que he visto en el vídeo. La predicadora, o como se diga. La cruz me ha hecho recordar dónde he visto esa cara. —Se da la vuelta para señalarla—. ¿No es el mismo dibujo de la cruz que encontró Charles en el bosque?

Mona vuelve a mirar la cruz.

—Sí, sí, tienes razón —asiente—. ¿Sabes?, ahora que lo pienso, Anki mencionó algo sobre un rodaje en las montañas. Podría ser el bosque que viste en el vídeo, ¿no?

—Sí, debe ser eso. —Hedda se muerde la uña del pulgar. ¿En qué se ha metido? Cuando trabajaba en el club de *striptease*, las cosas podían llegar a ponerse muy raras, pero esto es de otro nivel. Entonces gesticula con las manos—. Pero ¿qué significa todo esto? ¿Gabriel es parte de Electi Populi? ¿Y esto? —Mira a su alrededor—. ¿Para qué tiene una habitación como esta?

Mona menea la cabeza y luego dice:

—Esto se está volviendo cada vez más extraño. Pero ¿qué es eso de Electi Populi? Dime qué sabes de ellos.

—No mucho, solo lo que aparece en su página web y todas las preguntas raras que tuve que responder en el formulario. Creen que el fin del mundo se aproxima. Dicen que estamos destruyendo nuestro planeta y que la humanidad va a extinguirse, y que eso es lo que Dios quiere también. Afirman tener una especie de arca en la que sobrevivirán los elegidos, mientras que los demás morirán. Es bastante perturbador.

—Como el arca de Noé, ¿no?

—Sí, más o menos. Pero sin el barco. —Se queda pensando un momento mientras se muerde el interior de la mejilla—. ¿Crees que hemos acabado en una especie de secta?

—Tal vez. —Mona se aparta el flequillo—. Eso de que algunos sean los elegidos es algo típico de las sectas, como estas iglesias. Gabriel dijo que quería comprar el albergue para utilizarlo como casa parroquial. Tal vez esa sea su arca, ¿no?

—Hace poco vi un documental en Netflix sobre una secta que reclutaba miembros por Internet. Muchos jóvenes se unieron a ella y el líder de la secta los hizo dejar a sus familias y distanciarse de ellas por completo. Supongo que esto es algo similar. —Se rasca el cuello—. Pero ¿quién es el líder de esta secta? ¿Gabriel o Elsa?

—Desde fuera, parece que es Elsa.

—Sí, pero lo que acabamos de ver sugiere que es Gabriel. —Hedda se gira—. ¿Crees que son los responsables de lo que pasó con Agnes y Kristin?

—¿Quieres decir que están tan locos que matan gente?

Hedda levanta las cejas.

—Le puso un cuchillo en la garganta. Si eso no es una locura, no sé qué es… —Gesticula con las manos, mirando a su alrededor—. Y esta habitación…

Mona golpea el colchón con la mano, frustrada.

—Si Anton hubiera respondido cuando lo llamé…

—Creo que debe estar harto de ti.

Ella levanta la mirada y asiente.

—Lo sé. Piensa que estoy interfiriendo. Y tal vez tenga razón a veces. Pero la mayor parte del tiempo solo ayudo.

Se quedan en silencio un momento.

—¿Qué crees que pasará con nosotras? —pregunta Hedda al fin.

Sus miradas se encuentran y luego Mona mira hacia otro lado.

89

Vänersborg es una isla y esto facilita bastante la vigilancia de las rutas de acceso desde la ciudad. Solo pueden utilizarse tres rutas: el puente Gropbron sobre el canal Karl Grav, el puente Dalbobron sobre la bahía más meridional del lago Vänern o el puente sobre el río Göta. La policía ha intensificado la vigilancia, pero ya son las once y aún no hay rastro de Martin Frescati.

—Lo hemos perdido —dice Anton, contemplando las calles iluminadas de Vänersborg mientras atraviesan la ciudad.

—¿Tú crees? —replica Bodil mientras activa la palanca de los intermitentes, haciendo sonar el característico tictac en el coche.

—Quizá debimos haberlo buscado de otra manera.

—Pero ¿cómo ha conseguido escapar? —pregunta, girando hacia la calle Hamngatan.

Anton mira hacia el puerto deportivo.

—Tal vez por la ruta del lago. Podría haber escapado en barco o en moto de agua hacia Dalsland o los alrededores de Vänersnäs.

Bodil lo mira de soslayo.

—Sí, pero me parece poco probable, porque habría tenido que planificar una fuga y no creo que lo haya hecho.

—Sí, tienes razón. Su presencia en la conferencia lo demuestra. —Vuelve a mirar la calle vacía e iluminada—. Lo más probable es que haya conseguido escapar de la ciudad antes de que se instalaran los puntos de vigilancia. Debe haber cogido el coche y acelerado como loco.

—Sí. Pero ¿por qué tenía tanta prisa?

Se vuelve hacia Bodil.

—¿Podría ser por la filtración del caso de Kristin?

—Tendría mucho sentido en cuanto a los tiempos.

Anton abre el navegador en su móvil.

—La noticia de que se encontró el cuerpo de Kristin apareció en internet a las 17:35, y poco después Frescati desapareció de la conferencia. —Lee la nota donde se informa de que otra mujer ha sido encontrada muerta con una bolsa de plástico en la boca y las manos atadas a la espalda con una ramita de roble.

—Sigo sin entenderlo —continúa—. Si es el asesino, debe haberse dado cuenta de que era solo cuestión de tiempo que saliera en los medios de comunicación. Sin embargo, una vez que salió la noticia, no había nada que lo identificara. ¿Por qué habría de huir?

—A mí tampoco se me ocurre nada —contesta Bodil, y se vuelve hacia él—. Por cierto, ¿has conseguido hablar con Mona?

—No. Ni ella ni Hedda me contestan. —Levanta el móvil para hacer otro intento de llamada—. A estas alturas, ya deben haberse enterado también de que Kristin es la víctima del nuevo asesinato.

90

Hedda bosteza y maldice en voz baja. Tiene mucho frío y hambre. Llevan encerradas toda la noche y no ha comido nada desde el almuerzo de ayer. Se baja las mangas de la sudadera para cubrirse las manos y se abraza las rodillas.

Ha pasado por muchas cosas jodidas, como aquel oligarca ruso que intentó sedarla y llevársela a Moscú, o cuando su padre hizo que se colaran en la feria, a pesar de que estaba cerrada, cuando eran pequeños. Puso en marcha el tiovivo para que ella y su hermano Ragnar montaran en el unicornio y luego subieran a un coche de policía de verdad. Pero esto es distinto. Estar atrapada en una maldita habitación oculta por una secta cuyo líder ha secuestrado a una niña de once años y la ha mantenido oculta durante dieciocho años. Y parece que ella también está en involucrada en esto. Menea la cabeza sin poder entender nada.

Mira a Mona. Su respiración es el único sonido que puede oír. Es pesada y regular. Tal vez demasiado pesada. La calidad del aire es pobre y la noche transcurre muy despacio. De repente, se pregunta cómo estará Coco, sola y sin comida.

Al mirar la pulsera de oro en la muñeca de Mona, se pregunta si ha llegado el momento de decirle que se la robó. Algo así como la confesión de sus pecados. Aparta la mirada. Tal vez sea mejor no hacerlo. Piensa que sería una pena estropear el ambiente, si cabe decirlo.

Vuelve a mirar la cruz en la pared. Ha pensado mucho durante las largas horas de la noche. Ha tratado de encontrar una forma de escapar de la habitación, pero la única manera de salir es a través de la puerta y es imposible abrirla. Quienquiera que haya construido la habitación ha hecho un buen trabajo. Pero la pregunta sigue siendo la misma: ¿para qué la utiliza? ¿Es ahí donde encierra a Elsa? ¿O a las niñas?

Se muerde el labio inferior al pensar que tal vez está reservada para alguna otra persona. En todo caso, no estaba prevista para ella y para Mona, sino que resultó conveniente cuando Gabriel sintió que su secreto estaba amenazado. Menea la cabeza otra vez y la acerca aún más a sus rodillas. Nunca las dejará salir ahora que conocen su secreto. Saben que ha secuestrado a Elsa y la ha mantenido oculta, y que podría ser el asesino de Agnes y Kristin. Dejarlas salir sería lo mismo que entregarse a la policía.

Está volviéndose loca por estar encerrada ahí. Se levanta de la cama por centésima vez haciendo un último intento de encontrar cobertura para su teléfono. El icono de la batería está casi vacío y solo queda una fina línea roja.

—Maldita sea —exclama en voz baja.

Y entonces se queda petrificada. ¿Ha oído un ruido detrás de ella? Se da la vuelta y vuelve a oírlo. Viene de la puerta. Primero, es como si algo raspara la puerta y, luego, percibe el sonido de un cerrojo al girar.

—Mona —susurra—. ¿Estás oyendo?

Se gira y ve que Mona está levantándose de la cama. Señala la puerta y Mona asiente. Oyen el sonido una vez más, pero ahora ven que la puerta empieza a abrirse poco a poco.

91

Anton se despierta al ser sacudido por Gabbi. Agita la mano para alejarla y tira de las mantas para envolverse con más fuerza, pero ella insiste. Continúa sacudiéndolo hasta que, finalmente, hace un esfuerzo por abrir los ojos y la mira a la cara.

—¿Qué pasa? —le pregunta con aire soñoliento—. ¿Lo han encontrado?

Eran más de las tres cuando se fue a la cama. Estuvieron recorriendo las calles oscuras de Vänersborg, Vargön y Trollhättan sin encontrar rastro de Frescati. Al llegar a casa se metió en la cama casi de inmediato, pero siente como si apenas hubiera dormido.

—No lo sé. —Gabbi se sienta a su lado en la cama—. Es Wille.

—¿Wille? —La mira con decepción. Además, no le gusta cómo dice su nombre. Siente que lo invade una ola de celos inesperados e indeseados—. Dile que lo llamaré más tarde —continúa, dándole la espalda, y se tapa la cabeza con las mantas.

Siente la mano de Gabbi y se gira.

—¿Qué? —pregunta molesto.

—Perdona —dice ella con voz ofendida, alejando la mano—, pero creo es importante. Parece que es algo sobre tu madre.

—Lo siento —responde, arrepentido de su brusquedad, que solo puede achacar al cansancio y la preocupación.

Ella asiente y le da el teléfono, para luego levantarse e irse. Al cogerlo se da cuenta de que es el teléfono de Gabbi. Así que Wille ha llamado a su mujer y no a él. Siente otra llamarada de celos.

—Sí —contesta secamente.

—Soy Wille.

—Me lo han dicho.

—Sí, bueno, me ha llamado Gustav Stark, ya sabes, el viejo veterinario que vive al lado de mamá y que suele pasarse por allí.

Le molesta la voz de Wille. Suena siempre tan confiado y engreído. Como si fuera el dueño del mundo.

—¿Y? —contesta sin más.

Wille no parece darse cuenta del estado de ánimo de Anton y sigue hablando:

—Pasó por delante de la casa esta mañana y vio que no estaba el coche de mamá. Él sabe que no le gusta salir tan temprano, así que se acercó a la puerta. Entonces oyó a Coco y supo que algo iba mal, así que me llamó.

—¿Que algo iba mal?

—Sí, el viejo sabe mucho de perros, así que interpretó por los ladridos que algo no iba bien y me llamó. Fui para allá y al entrar vimos que la casa estaba vacía.

—¿Habéis entrado? —Eso significa que Wille tiene una llave de la casa de mamá—. Bueno, debe estar fuera en algún lugar.

—No estaban ni mamá ni Hedda. Además, es muy extraño que hayan dejado a la perra sin comida y sin agua. Y, considerando lo que ha sucedido en los últimos días, es algo preocupante.

—¿Te refieres al asesinato? —Ahora está totalmente despierto.

—Sí, los asesinatos y la ocurrencia de Frank el otro día. No sé si mamá te lo ha dicho, pero se metió a su casa y Hedda tuvo que echarlo.

Anton se sienta en la cama. ¿Así que ese maldito de Frank ha vuelto a hacer de las suyas?

92

La niña agita su delgada y pálida mano para que se acerquen. Mona duda. Está de pie, inmóvil, observando. La niña se pone el dedo sobre la boca para indicar que se callen y gesticula una vez más. Mona mira a Hedda y esta asiente, así que deciden seguirla.

La niña camina delante de ella, y ve que la despeinada melena rubia le llega hasta la cintura y parece no haber sido cepillada en mucho tiempo. Huele a tierra, como si viniera de un sótano donde se guardan patatas. Está muy delgada y Mona piensa que debe tener unos once años. Camina un trecho corto sin hacer apenas ruido con los pies descalzos y sucios y, de repente, se detiene y se vuelve hacia ellas con los ojos muy abiertos. Entonces da un paso a un lado, abre una puerta y les hace señas para que se acerquen.

Mona no duda esta vez, sino que la sigue de inmediato y después la ve cerrar la puerta de la manera más silenciosa posible. Algo muy raro está pasando en esa casa. Primero, su hermana pequeña orinándose de miedo; luego, el cuchillo en la garganta de Elsa y la habitación secreta; y ahora, esto.

Quiere preguntarle por qué las ha ayudado, pero en ese instante se oye un crujido en el suelo en el exterior y se da cuenta de que es Gabriel, que pasa con rapidez. Vuelve el silencio y la niña se gira, acerca la oreja a la puerta y se queda así un momento. Tiene la respiración agitada, como si hubiera estado corriendo. Luego mira a Mona y asiente.

Mona le sonríe.

—Gracias por dejarnos salir, Stella —le dice en voz baja.

La chica aprieta los labios y la mira con sus ojos grises.

—¿Quieres decirme por qué lo has hecho? Está bien… —sonríe y asiente—, puedes contármelo.

—No quería que tuvierais hambre —contesta con un susurro de voz—. Cuando me encierran, nunca me dan comida. Eres amable, así que no quería que estuvieras allí.

Vuelve a sonreírle, pero se le revuelve el estómago al pensar que suelen encerrarla sin comida en esa asquerosa habitación, y se pregunta por qué y por cuánto tiempo.

Mira a Hedda y ve que tiene el móvil en la mano, pero después ve que levanta la vista hacia ella y menea la cabeza, mostrándole la pantalla negra del teléfono. No queda batería.

Maldice en silencio y vuelve a mirar a la niña, que ahora está de

nuevo con la oreja pegada a la puerta. Parece que Stella está acostumbrada a hacerlo. Ha aprendido a interpretar los sonidos y sabe cuándo aventurarse. Pobrecita.

Tienen que salir de ahí sin encontrarse con Gabriel. Aún tiene la llave del coche en el bolsillo de su chaqueta y todo lo que tienen que hacer es salir a donde está al coche. Mira a Stella y se detiene. No pueden dejarla ahí, y tampoco a su hermanita y a Elsa.

Oye que Hedda hace un ruido detrás de ella y se gira de inmediato. No debe hacer ruido, ¿acaso no lo entiende?

Ha encontrado unas tijeras que ahora sostiene delante de ella. Son grandes y robustas, pero tienen la punta roma. A pesar de eso, supone que servirán como arma a falta de algo mejor.

Stella abre la puerta con cuidado y se asoma. Luego se vuelve hacia ellas y les hace señas para que se acerquen, lo cual hacen de puntillas. Siguen a la pequeña y delgada silueta que se desliza tan silenciosa como un fantasma. De repente, se queda petrificada y enseguida señala una habitación a la izquierda.

Se encuentran muy cerca de la puerta principal, así que Mona niega con la cabeza y señala hacia esa dirección.

—Vamos allí —susurra.

Stella menea la cabeza con determinación y vuelve a señalar hacia la habitación. Mona vacila, pero entonces Hedda le da un codazo y le indica que deben hacer lo que Stella desea.

Cuando entran en la habitación, Mona comprende por qué no quería que salieran. Oye que un coche se acerca, así que se dirige a la ventana y se coloca detrás de las sucias cortinas para mirar en la mañana gris.

El coche ya se ha detenido y dos hombres salen de los asientos delanteros. Primero reconoce a Frank. Y, cuando el otro levanta la vista, ve que se trata de Martin Frescati.

93

Anton salta fuera de la cama y pone a Wille en el altavoz mientras se viste.

—Ahora mismo iré a hacerle una visita. —Coge su ropa interior y se la pone—. Ya he tenido suficiente de Frank.

—Voy contigo —dice William.

—No, tú te quedas —ruge Anton, tirando de sus vaqueros.

—Haré lo que me dé la gana.

Anton se queda callado y respira hondo. Intenta sonar tranquilo cuando continúa:

—Soy policía y esto es un asunto policial, por eso te digo que no vayas.

—Vete a la mierda —contesta Wille, y finaliza la llamada.

Anton mira la pantalla de su móvil.

—Muy maduro —murmura, cerrando la puerta de la casa con un portazo, y se va hacia el coche—. Muy maduro por tu parte, hermano —repite.

No entiende cómo ha podido sentir celos de William hace un momento. Sigue siendo un tipo inmaduro. Tiene veintiocho años y nunca ha tenido un trabajo de verdad. Va por ahí fingiendo ser alguien importante en sus enormes *pick-ups* y haciendo tratos de mierda con gente de mala calaña solo para ganar una miseria. ¿Cuándo va a crecer? Sigue siendo un maldito adolescente.

Arranca el coche y, mientras conduce, la preocupación por su madre se apodera de sus pensamientos. Le advirtió que debía tener mucho cuidado. Si Frank le ha hecho algo… Aprieta las mandíbulas con tanta fuerza que le duele.

Cuando conduce por la calle Lilleskogsvägen, suena su móvil. Primero, piensa que se trata de Wille una vez más; pero, cuando mira la pantalla, ve que es Petra Tallberg quien llama.

—Martin Frescati ha sido visto en un coche en Vänersnäs —dice Petra sin mayor dilación—. ¡Voy a enviarte un coche patrulla ahora mismo, quiero que tú y Bodil vayáis a por él de inmediato!

94

Hay algo salvaje y casi depredador en su cuerpo tenso y en la forma en la que sus ojos azules se fijan en algo fuera del campo de visión de Mona. Martin Frescati lleva el pelo largo recogido como en la foto, pero su barba está más larga y desarreglada. Se acerca a la casa y justo detrás de él va Frank, quien todavía lleva el jersey sucio y ensangrentado de la última vez.

—Hedda —susurra, y le hace señas para que se acerque.

Acto seguido, oye sus pasos silenciosos sobre la moqueta y siente el calor de su cuerpo cerca de ella. Señala a los hombres y Hedda se inclina hacia delante para mirar.

—Pero ¿qué demonios? —susurra, y enseguida se aleja de la ventana—. ¿Qué hace Frank aquí?

—¿Con Martin? —responde Mona, sin poder dar crédito a lo que ve—. ¿Qué hacen juntos?

Martin, el mismo hombre que golpeaba a Tina, que se insinuaba a las chicas del grupo cristiano y que estaba en Vargön en el momento de la desaparición de Elsa. Con Frank. El exmarido de Tina y el padrastro de Elsa. ¿Cómo es posible?

Los hombres se mueven deprisa y Mona los pierde de vista.

—Joder —susurra Hedda—. Tenemos que salir de aquí. Voy a ver qué está pasando.

—Yo también voy —dice Stella.

—Espera aquí —le contesta, pero la niña hace un puchero y menea la cabeza, haciendo que su despeinado pelo rubio se agite en todas direcciones alrededor de su cabeza.

—No, espera aquí. —Se agacha y le pone las manos con suavidad alrededor de los brazos—. Necesito ver qué está pasando.

La niña sigue meneando la cabeza y coge la mano de Mona. Al sentir la pequeña y cálida mano en la suya, baja la mirada hacia ella y asiente.

—Vamos —dice, y las dos siguen a Hedda. Tal vez sea mejor que esté con ellas si tienen que irse deprisa. Gabriel es una cosa, pero podría ser más difícil si además tienen que sortear a Frank y a Martin.

95

Un viento gélido recorre la casa mientras avanzan por el pasillo. La puerta de entrada se cierra de golpe, y Mona oye la voz de un hombre y luego un ruido sordo. Aprieta con más fuerza la pequeña y pegajosa mano de Stella y saca la llave del coche de su bolsillo, preparándose para salir corriendo con ella. Mira hacia fuera y ve a Hedda de pie en los escalones, con los brazos cruzados, de cara al jardín. Al seguir su mirada ve a los tres hombres en el césped. Gabriel está tumbado bocabajo y Frank tiene una rodilla apoyada en su cuello y lo mantiene agarrado de uno de los brazos, el cual levanta muy por detrás de su espalda.

Siente que la mano de Stella se estremece y la aprieta con más fuerza.

—¿Qué están haciéndole a papá? —jadea, y luego se suelta de su mano—. No deben ser malos con papá.

Mona se agacha para abrazarla, pero Stella se tensa como un resorte y comienza a resistirse, empujando contra sus hombros.

—No pasa nada —dice, mirando a los hombres. No sabe a qué está enfrentándose o si puede confiar en alguno de ellos—. Solo están jugando.

Stella se vuelve hacia ella y Mona ve sus ojos grises brillando de preocupación.

—¿Están jugando?

—Sí… —La abraza más fuerte. No sabe qué decir, puesto que ella tampoco entiende lo que está pasando. Entonces se le ocurre que tal vez Stella ni siquiera sepa lo que es un juego—. Está bien. Todo está bien.

Solo quiere llevarse a Stella, encontrar a su hermanita Star y a Elsa y sacarlas de ahí lo antes posible.

Vuelve a mirar hacia el jardín. Gabriel sigue tumbado con la rodilla de Frank en su espalda. Y junto a ellos está Martin de pie, mirando todo con rostro perplejo. Se pasa la mano sobre la barba como si no supiera qué hacer. El rostro de Frank parece muy tenso. De repente se vuelve hacia Mona, pero su mirada se fija en algo que está detrás de ella.

96

Mona se da la vuelta y ve que Elsa se encuentra de pie detrás de ella sosteniendo a Star entre sus brazos.

—Suéltalo —ordena—, no podéis hacerle eso a Gabriel.

Frank mira al hombre que está sometido bajo su rodilla y luego a Martin, quien solo menea la cabeza. Entonces se gira de nuevo hacia Elsa y la mira con ojos cada vez más grandes.

—Dios mío —susurra, levantándose, y sacude la cabeza como si no estuviera seguro de estar viendo bien—. ¿Será…?

Gabriel mueve la cabeza una vez libre del peso en su cuello y, al darse cuenta de ello, Frank baja la rodilla de nuevo, pero pronto vuelve a mirar hacia Elsa.

—¿Eres tú, Elsa? —le pregunta.

Ella lo mira y abre la boca para decir algo, pero luego la cierra.

—Está bien —dice Mona, acercándose a ella para ponerle una mano en el hombro—. Puedes decir la verdad.

Elsa se vuelve hacia Mona al mismo tiempo que abraza a Star con más fuerza. No la entiende. ¿Es que acaso no quiere decirles la verdad? ¿Es de Frank de quien ha estado escondiéndose? No sabe qué sucede con Elsa. Lo único que sabe con certeza es que la verdad saldrá a la luz tarde o temprano.

Elsa se vuelve hacia Frank y asiente, al principio un poco vacilante y luego con más determinación.

—¡Dios mío! —grita y se le quiebra la voz—. ¿De verdad eres tú?

Elsa vuelve a asentir y da un paso hacia atrás.

Frank se pone la mano libre sobre la boca y menea la cabeza lentamente.

—Lo sabía. —Los ojos se le llenan de lágrimas—. Siempre he sabido que estabas viva.

Elsa sonríe y su sonrisa reservada se va ampliando poco a poco hasta iluminarle el rostro. Eso hace que Mona recuerde el vídeo casero en el que estaban en la cocina de su casa. Vuelve a sentir el vínculo entre aquel hombre roto y sucio y la joven con la niña en brazos, pero esta vez no parece haber nada extraño en sus miradas.

Martin da un paso adelante.

—¿Elsa? —pregunta, rompiendo el hechizo del momento.

—Sí, soy yo —asiente ella—. ¿Cómo habéis sabido que estaba aquí?

Los dos hombres se miran el uno al otro y, después, a ella.

—No lo sabíamos. Hemos venido por otra razón.

97

Hedda sale de la casa con una cuerda de tender ropa en la mano. Entonces se acerca a Frank.

—Puedes usar esto —le dice, dándole la cuerda—. Es lo único que he encontrado. Átalo hasta que venga la policía, para que no tengas que estar sobre él.

Gabriel intenta zafarse sin éxito.

—¡No podéis hacerme esto! —grita—. Dios va a castigaros. —Levanta la cabeza y mira a Elsa. Tiene la cara sucia por el lodo y el pelo se le ha soltado, por lo que ahora le cubre parte de los ojos—. ¡Tienes que detenerlos! —le grita—. ¡Son emisarios del diablo!

Elsa se queda mirándolo. Entonces hace un esfuerzo por moverse, pero Mona extiende una mano y le toca el brazo frío con suavidad.

—No —le dice—. Deja que lo hagan.

Ella mira confundida a Mona.

—Deja que lo aten. —Retira la mano—. Para que nos expliquen todo esto. Han dicho que tienen una razón para haber venido. Hay que escucharlos.

«Y después me gustaría escuchar tu historia», piensa Mona, volviendo la mirada hacia los hombres y Hedda. Entre los dos atan a Gabriel con la cuerda de color gris. Frank le dice algo a Hedda, y esta asiente y tensa la cuerda. «Allí hay alguien más que tiene que dar explicaciones», piensa.

Una vez que han terminado, Martin se sienta en las escaleras con un fuerte suspiro. Se gira para mirarlas. Mira primero a Stella y a Star, y luego, a Elsa.

—Os diré por qué hemos venido, pero lo que voy a contaros no es para oídos pequeños.

Elsa vacila un instante, pero luego asiente y acaricia a las niñas en la cabeza.

—Stella, llévate a Star contigo y coged cada una un helado del congelador.

—¿Podemos hacer eso? —pregunta la niña con los ojos muy abiertos, mirando a Gabriel, que está sentado en la hierba con las manos a la espalda y la cabeza inclinada hacia delante.

—Sí —contesta Elsa con una sonrisa.

Stella coge a su hermana pequeña de la mano y está a punto de irse, pero entonces se detiene.

—¿Qué están haciéndole a papá?

—Está bien. No te preocupes. —Elsa vuelve a sonreír—. Ahora, ve a por tu helado.

Stella asiente y entra en la casa. Martin las sigue con la mirada y, una vez que se han ido, se aclara la garganta y se dirige a Mona:

—Me llamo Martin Frescati —le dice, tendiéndole la mano—. Frank me ha hablado de ti y de Hedda y de cómo lo habéis ayudado en estos tiempos difíciles que está pasando.

Mona mira a Frank de soslayo, pero decide no decir nada. No confía en él después de todo lo que ha hecho.

—Antes que nada, quiero decir que lo que voy a contaros no es algo de lo que esté orgulloso. —Desvía la mirada hacia Elsa.

Gabriel levanta la cabeza y grita:

—¡Dios ha de juzgarte!

—Dios ya me ha juzgado —dice Martin, y suspira.

Se vuelve hacia Mona y ella mira sus ojos azules.

—Cuando me enteré de lo que le pasó a Agnes, supe que había sido Gabriel. Y, cuando me enteré de lo de Kristin, comprendí que tenía que detenerlo.

Mona respira de manera agitada.

—¿Qué quieres decir?

Martin mira hacia el jardín empapado por la lluvia.

—Lo siento mucho, de verdad. Y también lamento mi parte en esto y no haber actuado antes.

—¿Tú? —pregunta Mona.

Martin deja escapar un profundo suspiro.

—Yo era una persona completamente diferente antes de que Dios me encontrara. Hice cosas terribles. Cosas repugnantes.

Entonces mira a Elsa de soslayo y Mona recuerda las palabras de Ulla sobre cómo maltrataba a Tina.

—Y la pobre Kristin fue una de las que sufrió por mi culpa.

—No estoy entendiéndote bien —lo interrumpe Mona—. ¿Acaso fuiste tú el que…? —Mira a Gabriel—. Yo creía que…

—Yo estuve allí.

—¿Estuviste allí? —repite ella, meneando la cabeza.

—Estuve allí y la violé. Una vez. —Levanta las manos hacia delante como si hubiera algo de oración en esos ojos azules, como si estuviera pidiéndole perdón—. No estoy tratando de defenderme ni de justificar lo que hice. Fui cómplice y soy culpable. Debí haber detenido a Gabriel cuando la tenía cautiva en ese garaje, pero no lo hice. Me dejé llevar por las circunstancias. Debí haberme entregado a la policía, pero nunca lo hice. Sin embargo, sé que ahora es el momento de asegurarme de que esto termine. —Se vuelve hacia Gabriel—. Dios tenía un plan para mí al traerme a Vänersborg en este día. Mi misión era detenerlo, pero sabía que no podía hacerlo solo, así

que convencí a Frank para que viniera conmigo. Frank necesitaba la noche para recuperar la sobriedad, así que esperamos y luego vinimos aquí.

—¿No era más fácil llamar a la policía? —pregunta Hedda.

—Sí. —Agacha la cabeza.

Mona entiende.

—Pensaste que, si venías con Frank, habría una posibilidad de que esto permaneciera en secreto, ¿no?

Martin la mira y asiente sin más.

—¿Así que erais dos? —Mona arde de ira y siente deseos de abofetearlo.

—Pero ¿por qué parecía que Gabriel hablaba con Dios y decía cosas de Vineyard y un dios alado? —pregunta Hedda.

Martin menea la cabeza y mira a Gabriel.

—No creo que lo haya hecho. Hablaba con Dios, pero el resto yo diría que era solo palabrería confusa de alguien que se encontraba bajo los efectos de las drogas y no estaba bien de la cabeza.

—Pensamos que se refería a Vineyard y que esto tenía alguna conexión contigo. Por eso vinimos a verlo.

Martin asiente.

—Teníais razón hasta cierto punto. Gabriel no era parte de Vineyard en esa época. Se unió después, cuando descubrió que yo había elegido esa iglesia.

—Así que te siguió.

—Me ha seguido todos estos años.

—¿Por qué?

—Creo que siente que hay un vínculo entre nosotros después del incidente —responde, meneando la cabeza—. Pero he tratado de mantenerlo alejado. Cuando se unió a nuestro grupo, pensé que todo estaría bien. Ya se había casado con Mia y parecían felices. Pero fue un error. Tuve que disolver el grupo y mudarme para deshacerme de él, ya que todavía tenía un comportamiento poco saludable.

Mona levanta las cejas.

—Según él, fue justamente al revés.

—Sí —asiente—. Gabriel puede ser muy persuasivo, ¿verdad?

—¿Está loco? —pregunta Hedda, y muerde una manzana que ha cogido de uno de los árboles.

—No lo sé. Pero es verdad que ve las cosas de otra manera. Hace veinte o veinticinco años, estaba metido en cosas muy turbias. Pensaba que había sido salvado y que Dios le hablaba y le pedía que hiciera cosas. Justificaba todas sus violaciones, pues por desgracia fueron varias, diciendo que Dios le había dicho que su misión era crear un nuevo pueblo elegido. Kristin fue una de las que sufrió a causa de estas ideas.

Martin levanta la mirada.

—Hice todo lo que pude para ayudarlo y apoyarlo. Me aseguré de que recibiera rehabilitación para su adicción y de que asistiera a cursos de educación psicológica. Pensé que estaba recuperándose. Sé que fue una estupidez protegerlo, pero se aferraba a mí como un parásito y supuse que la única salida era independizarlo.

Mona se queda mirando a Martin. Llegó a preguntarse si todos los pastores tenían el mismo corte de pelo y la misma barba, pero ahora se da cuenta de que Gabriel intentaba parecerse a Martin. Entonces mira a Elsa. ¿Secuestrarla también era parte de sus obsesiones?

—Incluso llegó a ser pastor en vuestra iglesia —dice Mona—. Eso no habría pasado si no lo hubieras protegido.

—Lo sé —asiente—. Pero llevamos mucho tiempo intentando que se vaya de Vineyard. Parece que quiere crear su propia iglesia y sospechamos que no es compatible con nuestros valores. Aunque no lo sabemos con seguridad.

—Pero tú ya eras religioso cuando violaste a Kristin, ¿no? —le pregunta Hedda.

Martin se vuelve hacia ella.

—No, aún no. Eso fue un poco después. Fue ese acto el que me hizo buscar a Dios. Me avergonzaba de lo que había hecho y quería ser una persona mejor.

Mona asiente. Está muy molesta. Se dejó manipular por la sonrisa amable y la voz suave de Gabriel. Piensa en lo que podría haber pasado si hubiera cumplido su plan de comprar el albergue de Hunneberg para llenarlo con sus feligreses. Es una pesadilla imaginar hasta donde podría haber llegado ese trastornado.

—Entonces, ¿fue él quien mató a Agnes y a Kristin? —pregunta ella.

—Creo que tendrá que decirlo él mismo —contesta Martin, mirando al hombre atado junto a uno de los manzanos más cercanos.

En ese momento oyen un ruido detrás de ellos y ven que Stella y Star salen de la casa. Elsa se levanta de inmediato.

—Ya se hablará de ello después —dice, cogiendo a las niñas de la mano.

Mona levanta la mirada y siente que un escalofrío le recorre la nuca, pues ahora entiende quiénes son esas niñas.

98

Bodil se lanza dentro del coche con el pelo revuelto y los zapatos en las manos. Apenas tiene tiempo de cerrar la puerta antes de que Anton pise el acelerador a fondo, haciendo saltar la grava tras ellos. Conduce tan rápido como puede mientras intenta priorizar lo que debe hacer. ¿Ir a buscar a Frank o a Frescati? En realidad, no tiene opción.

Se vuelve hacia Bodil.

—Tenemos que ir a casa de Frank para ver si sabe algo sobre mi madre y Hedda.

Bodil se ajusta las gafas unidas con cinta adhesiva y asiente.

—Entiendo.

Llegan a Vänersnäs y pasan por delante de la iglesia, del garaje de autobuses, la villa de ladrillos rojos y la casa blanca. Mira hacia delante, hacia el camino, y luego hacia atrás.

—¡Qué demonios! —exclama, frenando de repente y haciendo que los neumáticos chirríen.

—¡¿Qué pasa?! —grita Bodil, apoyándose en el salpicadero.

Anton pone la marcha atrás, mira por el espejo y acelera.

—Wille —dice sin más.

El coche de Wille está aparcado fuera de la casa blanca. Es el único que conduce esas *pick-ups* monstruosas. ¿Cómo ha llegado tan rápido? ¿Y qué hace ahí?

Gira hacia el camino de entrada y pasa junto a los coches.

—Pero ¡qué demonios…! —exclama, parando el vehículo.

Martin Frescati está allí, en el césped, con la espalda recta y la barba gris de la foto. Delante de él hay un hombre atado y junto a él está Frank Gunnarsson, con el gorro en la mano.

—¡Hostias! —exclama Bodil.

Entonces ve a su madre y lo invade una sensación de alivio. Ve que dos niñas rubias entran en la casa y luego su mirada se detiene un segundo en Hedda, que está sentada en la barandilla. La larga cabellera le cuelga por la espalda y, como tiene una pierna doblada bajo la otra, puede ver la planta de su pie descalzo. Luego mira a Wille, que está a su lado. Finalmente, desvía la mirada hacia las escaleras y vuelve a exhalar.

—¿Estás viéndola? —pregunta Bodil—. La que está sentada al lado de Mona.

Ha centrado la mayor parte de su atención en los demás, pero ahora ve que hay algo familiar en ese rostro pálido. Frunce el ceño sin

conseguir ubicarla.

—Es la chica de la foto —dice Bodil.

Anton vuelve a mirarla.

—¡Joder! —exclama. Ahora se ve seria, pero en la foto estaba riendo y parecía feliz. Por supuesto que es ella.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—Solo hay una manera de averiguarlo —dice Bodil, abriendo la puerta del coche.

Salen del vehículo y Mona se levanta de inmediato.

—¡Hola, Anton! —grita ella mientras se acerca apartándose el flequillo—. Estábamos a punto de llamarte. —Pone una mano en el hombro de la mujer—. Ella es Elsa.

Se detiene y vuelve a mirar a la joven. Elsa era rubia y de ojos azules, pero ella tiene el pelo oscuro y ojos marrones. Entonces se da cuenta de lo que su madre ha dicho en realidad. «Joder, está viva», piensa. Mira a Frank y, después, a Bodil. Así que Elsa era la mujer de la foto.

99

Las niñas rubias corren por la hierba muy cerca de Villa Björkås. Hedda, que está con ellas, se levanta de repente sobre las manos y comienza a caminar de cabeza. Al principio, la miran sorprendidas en completo silencio, pero después estallan en risas y aplausos de fascinación. Coco corre hacia Hedda e intenta unirse a ella, lo cual le hace perder el equilibrio y termina derribada entre risas con la perra encima. Al verlo, las niñas se desternillan de risa.

Un poco más arriba, en la pequeña colina, está Frank sentado en el césped. El rostro se le ilumina de vez en cuando con alguna sonrisa. Pero a Mona le duele verlo. Le quedan como máximo seis meses antes de que el tumor cerebral termine con su vida. Y no se le permitirá ver a las niñas a solas, debido a que el tumor puede provocar graves cambios de humor como el que tuvo ayer. Mona nota que Hedda lo mira de vez en cuando y sabe que debe sentirse fatal después de afirmar que estaba inventándoselo todo.

Tendrán que irse pronto. Están esperando a que Tina venga a por ellos para ir juntos a la clínica psiquiátrica de Brinkåsen. La comisaria Petra Tallberg quería enviarlos allí de inmediato, pero Tina pidió que la esperaran. Tiene horribles recuerdos de la clínica psiquiátrica y no quiere que Elsa y las niñas pasen por algo así sin que ella esté presente. Anton preguntó si la familia podía esperar con Mona en Villa Björkås y, como es natural, ella dijo que sí. Así que, al final, fueron bajo la custodia de dos policías uniformados, que ahora están sentados detrás de Frank. Esa fue la condición de Petra para que pudieran esperar allí.

Mona se vuelve hacia Elsa.

—¿Y cómo fue hablar con Tina?

La cara se le ilumina al oír ese nombre.

—¿Con mamá? —dice, sonriendo. Se ha quitado las lentillas oscuras y sus ojos son ahora tan azules como los de Martin—. Es difícil de explicar —continúa—. Al principio, pensó que era una broma de mal gusto cuando le dije que era yo. Empezó a preguntarme cosas que solo yo podía saber, y al final me creyó y simplemente lloramos y reímos juntas.

—Debe haber sido maravilloso.

—Sí, y pronto podré verla.

Mona asiente y sonríe tratando de asimilar lo que ha sucedido y el hecho mismo de que esté viva. Mientras tanto, se quedan en silencio,

mirando a Hedda y a las niñas.

—No sabes lo maravilloso que es ver a Star y Stella así —dice—. Riendo. No están acostumbradas a reír libremente. Siempre ha dependido del estado de ánimo de Gabriel. Pocas veces las he oído reírse de forma espontánea. En la cara de Stella puede verse que todavía está preocupada. —Elsa levanta la mano y saluda a Stella cuando esta se gira para mirarla.

Mona también ve en sus ojos la preocupación que ni siquiera ese ambiente seguro y las risas alegres pueden quitar. Aún les queda un largo camino por delante antes de poder llevar una vida normal.

—¿Nunca han ido a la escuela? —pregunta Mona, volviéndose hacia Elsa.

—No. No existen, ¿cómo podrían ir a la escuela? Se supone que vosotras no deberíais haberlas visto, fue un error. He hecho lo que he podido para educarlas, pero el trabajo apenas me ha dejado tiempo para ello en los últimos años.

—¿Trabajo? —le pregunta sorprendida.

—Sí —asiente Elsa—. Yo soy la que se encarga de hacer todas las páginas web. Tengo mucho que hacer, porque trabajo para muchas de las iglesias independientes de Suecia. Además, hay que crear y publicar vídeos. Tenemos que correr la voz y soy yo quien lo hace. Hay muchas personas que quieren seguirnos en la lucha de Dios para salvar la Tierra. Es nuestra responsabilidad. Dios nos ha elegido a nosotros, a Gabriel y a mí, y solo nosotros en Electi Populi sobreviviremos cuando el mundo se acabe.

Se queda mirando a Elsa. El brillo que ha aparecido en sus ojos es casi siniestro. Anton le dijo que no mencionara a Electi Populi y ahora entiende por qué. Es obvio que no solo las niñas necesitarán tiempo y ayuda para poder tener una vida normal. Incluso podría pensarse que ella lo necesita con más urgencia. Pone las manos en los reposabrazos y está a punto de preguntarle si quiere una taza de café, pero empieza a hablar de nuevo:

—Mia conducía la furgoneta —dice, asintiendo—. Y Gabriel iba en la parte de atrás. Él fue quien tiró de mí para subirme.

Mona abre la boca para detenerla, pues debería hablar con los psicólogos sobre eso, no con ella, pero Elsa continúa:

—Y me llevaron a su casa en las afueras de Helsingborg. Allí tenían una habitación que habían preparado para mí. —Se vuelve hacia Mona con un rostro inexpresivo—. Era igual a la habitación en la que vosotras estuvisteis encerradas.

«Dios mío», piensa Mona. Pero si Elsa tenía apenas once años. Las lágrimas están a punto de brotarle en los ojos.

—Mia no podía tener hijos —continúa con naturalidad—. Pero Dios le habló a Gabriel y le dijo que me había elegido para ser la

madre de sus hijos, pues somos el principio del pueblo elegido —dice, y luego asiente con una repentina sonrisa, poniendo las manos en su regazo—. Fui elegida.

Mona siente que el estómago le da un vuelco. Esa sonrisa no le agrada en absoluto. No sabe si debería hacerle más preguntas, pero quiere saber cómo ha sido su vida y cómo ha sobrellevado tantos años de cautiverio.

—¿Y qué ha sido de Mia?

Elsa aparta la mirada y se queda sentada en silencio durante un momento. Luego se vuelve hacia Mona, aún con la mirada perdida.

—Murió hace tres años.

—¿La echas de menos?

—Sí —contesta, mirando hacia las niñas, y luego asiente—. Me dio un hogar. Pero fue Gabriel quien se ocupó de mí. —Su rostro se vuelve más hermético—. Me dieron un libro. Sobre gatos. Un libro muy bonito. También me alimentaron. Por eso sobreviví. Les debo mucho. Si no hubiera sido por ellos, no habría…

—No —interrumpe Mona, negando con la cabeza—. No tienes nada que agradecerles. Te hicieron cosas terribles.

Elsa asiente.

—Sí. Al principio, fue difícil. No entendía por qué me hacían eso. —Mira a un punto fijo—. No pasó mucho tiempo antes de que él comenzara a visitarme —explica—. La primera vez, grité. Fue tan doloroso. Y tan horrible. —Hace una pausa—. Y también la segunda, la tercera y la cuarta vez. —Baja la mirada—. Pero luego me acostumbré. Dejé de luchar. Me encontré. Entonces lo entendí.

—¿Entendiste qué?

Se vuelve hacia Mona y clava sus ojos azules en ella.

—Que todo lo que hacía era por nuestro bien.

—¿A qué te refieres?

—Dios le ha dado una misión, la misión más importante de la historia. El fin del mundo se acerca. Estamos destruyendo nuestra Tierra, la Tierra que Dios creó…

—Pero… —Mona intenta hablar, pero Elsa la interrumpe levantando la mano.

—Solo hay un camino —dice con gran determinación—. O te unes a Electi Populi, o pereces. Agnes y yo hablábamos mucho de eso.

La respiración de Elsa se vuelve más rápida. Habla con un tono autoritario y parece creer lo que dice: solo hay un camino a seguir.

Mona mira a las niñas que siguen riendo y correteando por el césped, y ahora entiende que no es solo Frank quien no puede estar a solas con ellas. Elsa también debería ser vigilada.

100

Dios lo ha puesto a prueba. Año tras año ha luchado por hacer llegar su palabra, sin embargo, pocos o ninguno lo han escuchado. Pero ha esperado su momento de manera paciente. Como dice Jesús en el Sermón de la Montaña: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la Tierra». La perseverancia es puesta a prueba en aquellos que guardan los mandamientos de Dios.

Y Dios, en su infinita sabiduría, tenía razón. Envió a Elsa para que ella fuera su recipiente y la nueva madre.

Pero el Señor tenía un plan y lo puso en marcha cuando llegó el momento. Habló con él y le dijo que Elsa sería su portavoz. Al principio, dudó a causa de su torpeza. Alguien podría reconocerla. Pero su aspecto había cambiado por completo. Nadie fue capaz de establecer la conexión entre la pequeña y rubia Elsa de once años y la apasionada predicadora de pelo y ojos oscuros.

Y Dios tuvo razón al protegerlo, puesto que sus seguidores se han multiplicado por diez y todos pagan por su lugar en el arca. Ahora comprará su hogar y proclamará la palabra de Dios. Dios lo ha designado para guiar al nuevo pueblo, mientras que el resto de la humanidad perecerá.

Pero el Señor puso a prueba al hombre y a su fe una vez más cuando el Diablo llevó a Agnes a Elsa, en Jönköping, muy lejos de él. Como la serpiente del Paraíso, Agnes sedujo a Elsa para que la siguiera y huyera de él. Con voz delicada, la convenció de hacer lo que quería y consiguió que se fuera con ella. Pero él demostró su lealtad a Dios, ya que su fe era más fuerte que cualquier otra cosa. Liberó a Elsa y al mundo de Agnes.

Fue cuando el Señor puso a Kristin en su camino que entendió el plan. Veinte años atrás, Dios, en su eterna sabiduría, le ofreció el roble, la niebla y la bolsa de plástico como herramientas. Debía usarlas para mostrar lo que la humanidad, llena de maldad, estaba haciendo con los animales de la Creación. El plástico es portador de muerte, pero nadie hace nada. Reaccionamos solo cuando la gente muere asfixiada por el plástico. Pero solo entonces.

Dios ha ordenado la limpieza de la humanidad. Y ha comenzado con Agnes y Kristin, pues ambas fueron enviadas por el Diablo para entorpecer su labor.

Gabriel mira la pared de color amarillo pálido de la sala de interrogatorios. Apoya las manos en la mesa que tiene delante, cierra

los ojos y se balancea hacia delante y hacia atrás en la silla.

Dios está poniéndolo a prueba de nuevo. Pero él se mantiene firme en su fe.

101

Mona agita la mano en el aire para despedirse del minibús gris que ahora desaparece en la curva. Le habría gustado hablar un poco con Tina a solas antes de que se fueran, para explicarle que Elsa no está bien, que necesita ayuda y que deben tener cuidado, pero Tina no tenía tiempo para eso. Lo único que deseaba era ver, oír y tocar a su hija, que ha vuelto de la muerte, y a las niñas rubias que son sus nietas. Pero confía en que recibirán ayuda en Brinkåsen y todo irá bien. Tiene que ser así.

Se da la vuelta y da unos pasos cuando Anton se acerca a ella.

—Es increíble, ¿no? —dice con una sonrisa—. Una verdadera historia con final feliz.

—Mmm —replica Mona, pues cree que hay mucha más tristeza que felicidad en esa historia.

Anton la mira y ella se da cuenta de que está malinterpretando su silencio mientras la rodea con su brazo y continúa hablando:

—Es lo correcto, mamá. Van a evaluar las necesidades de Elsa y las niñas para que puedan superar lo que han sufrido. Disponen de todo el personal necesario para afrontarlo de la mejor manera posible. No te preocupes. Todo saldrá bien.

—Sí —asiente ella—. Estoy segura.

Caminan hacia la casa con Coco corriendo delante de ellos.

—¿Cómo va todo con Gabriel y Martin? —pregunta Mona.

Anton retira el brazo y comienza a hablar:

—Gabriel está detenido, acusado de asesinato y secuestro. Además, estamos investigando un posible fraude. Es probable que haya estafado a muchos seguidores de Electi Populi —explica, meneando la cabeza—. Pero, en realidad, no sé si está bien. Se pasa el tiempo murmurando para sí mismo. La violación de Kristin por parte de Martin ya ha prescrito, por lo que no está detenido, pero queremos hablar más con él sobre su implicación y ha dicho que está dispuesto a ayudar. Por otro lado, la ramita de roble que Kristin guardó ya no será necesaria, puesto que el forense ha encontrado ADN de Gabriel en el cadáver.

Esa maldita ramita. Siente deseos de gritar su frustración, pero en lugar de eso aprieta los puños con fuerza.

—¿Has hablado con Sören Claesson? —le pregunta.

—Sí. Ha dicho que quiere disculparse con Frank.

Mona asiente.

—Estaría bien que lo hiciera.

—Hizo las cosas de manera muy independiente, el buen Sören. Nadie sabía que había utilizado métodos tan poco ortodoxos como el detector de mentiras y una médium. Muy raro en Sören.

—Y debió tener buenas razones para ello. Porque, de lo contrario, no habría podido continuar.

—Así es.

Entran en la casa y ven a Hedda en el sofá con su ordenador en el regazo.

—Han cerrado el sitio web de Electi Populi —comenta, levantando la mirada.

—Sí —dice Anton—. Lo hemos cerrado de inmediato.

—¿Por qué?

—Porque Gabriel es el líder de ese grupo y es un criminal.

Hedda asiente despacio.

—Pero…

—Pero ¿qué?

—El mensaje que divulgan no tiene nada de malo. Elsa predica una especie de híbrido entre cristianismo y activismo medioambiental, cuyo objetivo es salvar a la humanidad de una inminente catástrofe medioambiental. Me parece normal que la gente se sienta atraída por su mensaje. Además, hace un trabajo muy bueno. Te hace creer en lo que dice, pues parece que tiene razón en todo.

—Aunque apenas haya salido de casa —resopla Anton.

—Su mensaje es muy relevante en esta época —dice Mona—. Todos los días nos llegan imágenes de la destrucción del medio ambiente. Todos los días nos enteramos de que los plásticos están destruyendo la vida marina, que estamos acabando con nuestros ecosistemas al talar los bosques, y también oímos de fenómenos extremos como sequías, tormentas e inundaciones. La gente habla de temas como la contaminación del aire, la compensación de las emisiones de carbono y el consumo responsable de alimentos. Los activistas medioambientales se han convertido en nuestros nuevos héroes y heroínas al exigir a los políticos que actúen ya, pues no podemos esperar. Así que no es de extrañar que Electi Populi tenga muchos seguidores en este escenario si ofrecen una alternativa.

—Además —añade Hedda—, tienen a Elsa. Joder, es increíble lo que hace delante de la cámara. Es casi aterrador cómo trabaja con las imágenes sugerentes del bosque para transmitir su mensaje. —Menea la cabeza—. De verdad que casi me convence de unirme.

Anton asiente.

—Podría decirse que Elsa se volvió todo un culto. Si no fuera por ella, Electi Populi no habría crecido tanto. Los informáticos han mirado las estadísticas y han encontrado seguidores a lo largo de todo

el país, desde Malmö hasta Jukkasjärvi. Aún no sabemos cuántos de esos seguidores están dispuestos a trasladarse aquí, ya se sabrá luego a través de una investigación posterior, pero lo que está claro es que tienen un montón de seguidores muy dedicados. —Mete las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Parece que ella se encargaba de todo, delante y detrás de la cámara, y fue ella también quien diseñó todo el montaje.

—¿Se habrá dado cuenta de lo grande que era su papel en todo esto? —pregunta Mona, volviéndose hacia él.

—La verdad, no lo sé. Todavía no he podido hablar bien con ella, pero no sería nada extraño dadas las circunstancias. Espero poder hablar con ella una vez que esté más lejos de todo esto y reciba ayuda psicológica.

—Bueno —dice Hedda, subiendo los pies a la mesa de café—, hay una cosa que no entiendo. ¿No os parece raro que Elsa haya tenido acceso libre a Internet durante tantos años y que nunca haya contactado con nadie?

Mona asiente.

—Creo que no es tan sencillo. Tenía once años cuando Gabriel y Mia la secuestraron y la sometieron a los más horribles abusos. Y, después de eso, Gabriel debió consolarla cuando lloraba de miedo o de dolor, o cuando añoraba a sus padres. Se convirtió en todo su mundo. Aunque también estaba Mia, yo creo que él era el que controlaba todo en esa casa. Vivió en completo aislamiento durante dieciocho años. No es de extrañar que las ideas de Gabriel se volvieran lo normal. Ese era su mundo. Esa era su normalidad. —Se mueve hacia el otro extremo del sofá—. Creo que esto podría clasificarse como un caso de síndrome de Estocolmo. Y también creo que se notó en la casa, cuando tenía miedo de que Gabriel saliera herido.

—Él insiste en que no ha hecho nada malo —explica Anton—. Dice que ella quiso quedarse con él.

Mona deja escapar un suspiro.

—Así es. La víctima desarrolla aprecio por el secuestrador. Es una forma de sobrevivir, así de simple. Y, antes de eso, creo que su personalidad fue lo que la salvó.

—¿Cómo?

—Al ser una persona reservada. Si se hubiera defendido más y hubiera gritado y luchado, creo que Gabriel se habría deshecho de ella. Habría sido demasiado incómoda y difícil de tratar. Sin duda, hoy no estaría viva.

—Agnes era la única que podía ayudarla a salir de allí. Pero, a la hora de la verdad, Elsa se echó atrás. Ni siquiera el miedo a lo que pudiera pasarles a Stella y a Star pudo convencerla de llevar a cabo ese plan. El lavado de cerebro era más fuerte que eso.

—Entonces, ¿Agnes y Elsa pretendían continuar con el plan de Electi Populi ellas mismas?

—Sí. Y creo que eso es lo que Agnes quería preguntar al pastor Joel Lööv, pero sin decirlo abiertamente. Entiendo que era Agnes la que insistía. Y la foto que le dio a Elsa era un recuerdo, pero no se atrevió a guardarla por miedo a que Gabriel la encontrara. Por desgracia, se enteró de sus planes de todos modos, ya que Elsa no podía mentirle.

Mona se inclina hacia delante.

—Así que mató a Agnes y a Kristin para proteger sus asuntos.

—Sí. Se deshizo de quienes podían hacerle daño. Y utilizó la niebla, el roble y las bolsas de plástico como símbolos de Electi Populi. Por eso esperó tres días antes de asesinar a Agnes. Estaba esperando la niebla. Mientras tanto, la mantuvo atada, amordazada y escondida en la habitación oculta.

Mona se estremece al pensar que Agnes estuvo encerrada en la misma habitación que ella y Hedda.

—Y fue su obsesión con Martin lo que hizo que fuera solo ella.

Mona asiente. Estos hombres que se toman el derecho de crear un universo a su medida, sin pensar en las personas que sufren. Como Alexander. Mira hacia el jardín. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, supo que tenía que detenerlo. Le llevó un poco de tiempo, pero al final valió la pena ver cómo sucedía. La venganza es dulce.

—Tengo que irme —dice Anton, asintiendo hacia Hedda.

Mona se levanta de la silla.

—Te acompaño fuera.

Mientras caminan hacia el coche de Anton, este se detiene.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta.

Mona sigue su mirada y contempla el profundo arañazo que recorre todo el lateral de su Land Rover.

—No sé. Algún idiota debe haber rayado el coche para luego huir como un cobarde.

Anton se acerca al coche y recorre el arañazo con la mirada. Entonces se vuelve hacia ella y dice:

—Esto lo ha hecho alguien a propósito. Parece hecho con una herramienta.

Mona asiente.

—Pensé que había sido Frank, pero él jura que no lo ha hecho.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Ayer. Me percaté por la mañana, pero, como han sucedido tantas cosas, se me había olvidado decírtelo.

Mona ve por el rabillo del ojo que algo se mueve. El ratoncito de campo ha vuelto. Viene corriendo por el césped, se detiene y se sienta sobre sus patas traseras. Mira sus brillantes ojos negros por un

instante, y luego el ratoncito corre para adentrarse en el bosque y desaparece.

—¿Has hecho algún enemigo? —le pregunta Anton, mirándola con preocupación—. No creo que sea Johnny. No se atrevería.

Mona se queda mirándolo. «No, no es Johnny», piensa. Esto es algo totalmente distinto. El arañazo en el coche y quizá también el sapo muerto. Debió haber dado más crédito a esa sensación de que alguien la observaba. Ella sabía que el día llegaría.